

Jesús
Fernández Santos

Libro de las memorias
de las cosas



Premio Eugenio Nadal
1970



Lectulandia

Libro de las memorias de las cosas hace referencia a momentos distintos de la Historia de los protestantes en España. En primer lugar, la obra de los fundadores —Cecil y Sedano en la novela—, que tienen una entrevista con el Primer Ministro para obtener los permisos que les niegan las autoridades locales y provinciales, y de las dos hermanas solteras que protagonizan la historia, Margarita y Virginia. Es un retrato intimista, bastante oscuro, en que la soledad y la frustración sexual se mezclan con las grandezas y miserias de esta pequeña comunidad.

El segundo momento de la novela es en 1968 —tras la aprobación de la ley de libertad religiosa del año anterior y los debates que provocan una división entre los protestantes—. Encontramos acontecimientos reales, como el Congreso Evangélico de Barcelona del año 69, narrados en la novela con todo detalle. La cada vez mayor secularización de la sociedad española sitúa a los protagonistas, protestantes de segunda (Molina y Margarita) y tercera generación (Adela y Alfredo), a punto de abandonar la iglesia.

No son muy abundantes son las novelas que en la literatura española han concedido al tema religioso del protestantismo un papel relevante: Galdós en *Rosalía*, Delibes en *El hereje* y Fernández Santos en el *Libro de las memorias de las cosas* lo han hecho. El aislamiento que rodea la Comunidad de Hermanos protestantes le sirve para ahondar en uno de sus temas habituales: el principio de libertad en contra de las «vallas» ciegas que pretenden aislar y encerrar conciencias con reglas y normas restrictivas o defensivas.

Lectulandia

Jesús Fernández Santos

Libro de las memorias de las cosas

Premio Nadal 1970

ePub r1.1

Titivillus 10.02.15

Título original: *Libro de la memoria de las cosas*

Jesús Fernández Santos, 1971

Diseño de cubierta: Destino

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Aquella noche se le fue el sueño al rey, y dijo que le trajesen el Libro de las memorias de las cosas de los tiempos; y leyéronlas delante del rey.

Libro de Esther. Capítulo sexto.

Ahora, pues, si diereis oído a mi voz y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la Tierra.

Y vosotros seréis mi reino de sacerdotes y gente sana.

Éxodo. Capítulo diecinueve.

Es como un dado de paredes ocres, rematado por una pequeña cúpula deslucida por el tiempo. Una valla cubierta de pequeños tejadillos apenas deja descubrir el edificio coronado por ventanillos redondos como bocas de palomares. Tiene también un balconcillo breve de madera mirando al campo que allí mismo empieza, a las viñas, a punto de brotar, y a aquel monte solitario, único prácticamente en toda la llanura, que los romanos bautizaron con un nombre que perdura y cuya cumbre, con nieve la mayor parte del año, relampaguea en invierno más blanca aún, apuntando neta en el horizonte, hacia lo alto.

Por encima de las tapias se asoman las parras en los primeros días del otoño. Parecen a punto de saltar hacia afuera, pero pronto caen vencidas, recogidas hacia el interior. La tapia rodea por completo al pequeño edificio y su único vano es un gran portalón de recias hojas metálicas. Todo se halla pintado, revocado, limpio, y esto le hace destacar más aún del resto de las casas. Ello y que realmente se halla separado, solo, como un islote desgajado del barrio nuevo, a punto de alejarse navegando entre las viñas, hacia la gran montaña coronada de blanco.

Las otras casas forman el barrio construido después. Se adivina por su alineación recta, desolada, por sus corrales estrechos, desmedrados y porque ocupa los peores terrenos: los más altos y menos defendidos, lejos del barrio antiguo que se ampara del viento al resguardo de la suave loma que corona la mole de la iglesia. Son casas de adobe. No todas tienen enganche de la luz, y sólo unas pocas, caballerías en los corrales o a la puerta. Los tractores y los pocos carros grandes que van quedando, están abajo, en la falda de la loma, en las grandes casonas desportilladas, al otro lado del cauce seco por donde el agua va, en tiempo de tormenta.

Así el barrio de las casas de adobe extiende su silencio entre el Páramo y ese cauce vacío que, a pesar de todo, es preciso salvar por la pasarela de cemento, a causa de la broza que lo inunda y lo convierte a veces en vertedero.

El Páramo liso, infértil, tostado, se extiende desde más allá de las tapias de la capilla hasta más allá de lo que se alcanza a ver del horizonte. Al Sur asoma la silueta vaga de una lejana cordillera, mas sólo por la tarde y con el sol en contra. Lo normal es encontrar tan sólo, apenas dejadas atrás las últimas huertas, esa montaña que bautizaron los romanos y el cerro que defiende el barrio viejo. También se ven hileras quebradas de álamos señalando secos meandros de arroyos que, apenas nacidos en las lluvias de primavera, se consumen en su propio cauce, antes de abril. Algunos son como enhiestas cucañas jalonadas de muñones donde tan sólo nacen unos cuantos brotes cada año; a otros se les ve secos, medrosos por el frío y las heladas, rematados por algún torpe nido de cigüeñas, y casi todos muestran sus copas peladas arriba, quemadas por el rayo. Unos cuantos alambres de espino tendidos sobre palitroques pretendieron alguna vez parcelar esta tierra, mas ahora aparecen oxidados, caídos en grandes trechos. El Páramo aparece así más desnudo aún en sus senderos de guijarros y arena, donde a veces se posan las cigüeñas, desde los cuales se alzan en bandadas los grajos, cuando al disparo de algún solitario cazador responde la montaña desde

lejos.

Hacia ella mira el balconcillo cerrado de la capilla. Apenas se abre, salvo en alguna especial ocasión, cuando también el portal queda entreabierto, como invitando al paso. Mas sus alrededores suelen aparecer desiertos, no sólo porque las otras casas se hallen un poco lejos, sino porque los vecinos, aun cuando tengan que pasar junto a ella, apenas se detienen.

Los perros sestean tranquilos en aquel soleado corredor como en tierra de nadie, las gallinas escarban sus cimientos, y, al caer la tarde, las cabras frotan sus lomos contra el áspero revoque de sus adobes. Precisamente por esta soledad llama más la atención esa limpieza incólume, su color por igual, su parra tan pulida, muy cargada en otoño, incluso los arbolitos simétricos que asoman tras de las tapias. El edificio todo parece como bajo un fanal, lejos del polvo, de los helados vientos que lo barren, del sol de agosto que resquebraja la argamasa y la sal, de la lluvia violenta, inesperada que, cuando cae, es como si el cielo reventara.

Está limpio, pulido, nuevo; pintada incluso su puerta de un verde que destaca sobre el único color que se ve en rededor, el color ocre, marrón, del Páramo y también de las casas hechas del mismo polvo, del mismo barro de la tierra, En alguna ocasión, cuando la puerta de la capilla queda entreabierta, puede leerse en el muro interior un pequeño impreso enmarcado en orla de latón, con su cristal empañado por los gruesos goterones de la lluvia.

«Reglas que deben observarse durante la visita y culto de nuestras iglesias:

La primera de las reglas a observar durante el culto y aún en simple visita, consiste en evitar, en cuanto sea posible, cualquier ruido al entrar en el templo, lo mismo que al andar o sentarse. El lugar donde los fieles se reúnen para las prácticas religiosas, reclama, en justicia, el silencio y respeto de los concurrentes. Lo demanda, por otra parte, la misma educación.»

Sin embargo, ya esta regla primera no es fácil de observar. El suelo, bajo los pies, chirría en la penumbra a cada paso. La madera reseca, gastada de tantos años, de tanto frotarla con arena, señala impertinente cada pisada, a medida que se avanza por la habitación. En verano suena también a solas, sobre todo al caer la tarde, cuando el sol cede y viene de lejos la primera brisa de la noche. Al sentarse en alguno de los pocos bancos que son tan sólo tablones de madera, se oye también a la madera lamentarse. Todo cruje como si fuera a partirse, a romperse, incluso la escalera que sube hasta el rústico estrado y la tarima que ocupa el fondo de la sala. Todo suena de tan viejo y tan seco y la cúpula, en lo alto, recoge con nitidez todos estos rumores, los amplía, los fija y los mezcla con los otros rumores del mundo en rededor, del pueblo que se despierta o muere cada noche al compás infalible de su vieja campana.

«La segunda de las reglas consiste en prestar gran atención a la lectura de las Sagradas Escrituras, lo mismo que a la predicación del Evangelio, fijando la

atención exclusivamente en ello, sin divagar por otras ideas, pues el objeto que ha de llevar al cristiano al templo es el de escuchar la Divina Palabra e instruirse en las verdades que ella nos enseña.»

Hay al fondo, en el centro del estrado, un facistol para la lectura, con su brazo de luz que se adelanta sobre el plano inclinado defendido por unos metros de barandilla. Las paredes han sido revocadas con cal muchas veces y su único adorno son, ya cerca del techo, unas bandas de almagre con algunos letreros piadosos. Los dos del fondo, donde la habitación se acaba en un muro circular, dicen: «*Dios es luz*» y «*Dios es amor*», y por encima del estrado corre un tercero más: «*Nosotros predicamos a Cristo crucificado*». Hay también, muy cerca de la puerta y también en el muro, una pequeña lápida de mármol con letras doradas, dedicada al fundador. Además de su nombre, puede leerse en ella dos fechas y tres renglones de encendidas palabras que hablan de una gran esperanza en el glorioso porvenir de la capilla.

«La tercera es no volver el rostro a todos lados, al menor ruido o a la llegada de nuevas personas, porque esto revela una muy censurable distracción y destruye toda la solemnidad del acto.»

No es necesario volver el rostro, porque la habitación es igual en sus cuatro rincones. Únicamente atrás, frente a la lápida, se ven unas cuantas sillas de paja. También en el estrado, junto a la puerta que da paso a un pequeño cuarto interior, hay una mesa con unos cuantos himnarios y la bolsa para las colectas, junto con un cochecito de hojalata, un juguete que ya no se ve ni en los mercados de los pueblos.

«La cuarta es evitar, lo más posible, el estrépito al toser, estornudar, limpiarse la nariz o producir otros ruidos inconvenientes, puesto que todo esto revela falta de educación y que se desconocen las reglas de urbanidad. Siendo por otra parte muy repugnante hacer esto delante de las personas, y también escupir sobre el piso de madera o sobre la alfombra. La urbanidad y el acto del culto nos exigen que nos reprimamos lo más que sea posible.»

Alfombra no hay. Si la hubo alguna vez, una de esas de esparto que aquí se fabricaban, no queda rastro de ella, ni siquiera su sombra en la madera, que tiene idéntico color por todas partes y se halla gastada por igual, del estrado a la puerta. Escupideras tampoco se ven, aunque aquí se tose, se estornuda a menudo por culpa de los hornos que, en los días de calma, cubren de un toldo gris el cielo despejado del pueblo. El día en que se cuecen los cacharros —potes, ollas, ceniceros, botijos—, en los treinta hornos que restan de los casi cuatrocientos que había no hace tanto, casi antes de la guerra, los hornos, los soportales que dan paso al corral y los corrales mismos y al final el resto de la casa, se van borrando, mientras los ojos escuecen y la garganta parece a punto de romperse y la tos sacude el cuerpo si no se busca alivio en

el aire de fuera.

En el barrio reciente se construyeron muy pocos, pues los vecinos nuevos son tan poco amigos del barro como de la capilla. De ella evitan hablar, sobre todo si quien pregunta no es vecino del pueblo.

—No sé. Yo nunca entré. No me pregunte. No puedo decirle. Yo nunca tuve nada que ver con ellos —son sus respuestas habituales, lo que murmura vagamente la mujer que riega ante su casa la porción de calle que le corresponde; la del enfermo afilado que en su sillón de mimbre toma el sol del invierno que termina; la del muchacho que, en su bicicleta, se detiene un instante, justo para responder, volverse a subir y alejarse.

«La quinta es tener una postura decente en el asiento, sin recostarse o inclinarse demasiado en él, ni alzar los pies a los otros bancos, porque esto demuestra mucha falta de cultura, poco respeto al lugar y al acto, y nada de urbanidad.»

En los bancos es imposible recostarse. No son más que un largo tablón, tan reseco que sus nudos menguados se desprenden, tan curvado que en el centro ha sido necesario colocarles nuevas patas a fin de, en lo posible, retrasar su ruina. A juzgar por su deforme silueta debió haber un tiempo en que se llenaban, aunque quizá su ruina sea obra del peso de los años. Tampoco sobre esto aclaran gran cosa los vecinos:

—No sabemos... De todas esas cosas no queda nada ya. Tres o cuatro familias que lo aprendieron de sus padres. Por seguir el ejemplo, pero por lo demás, lo mismo que nosotros. Hay poca diferencia. Además, desde que Sedano se fue de aquí, desde que se murió, esto, lo suyo, se vino abajo, a pesar de que sus hijas vienen a veces, sobre todo en verano.

—La capilla la encontrará subiendo esta calle todo a lo largo hasta el barrio nuevo. Tiene usted que cruzar la pasarela. Allí, donde está el cine que se ve en seguida, tuerza detrás y en seguida la ve; no tiene pérdida. No; yo nunca entré, nunca tuve esa curiosidad. Está cerrada siempre. Conocerla la conocemos todos, pero sólo de fuera.

«No se debe fijar demasiado la atención en las personas presentes y mucho menos se debe criticar su lujo o su pobreza en el vestir, porque esto pone en evidencia a la persona que lo hace, dando muy mala idea de sus principios y demostrando su carencia absoluta de moral cristiana.»

¿Cómo será esa gente? ¿Cómo entrarán, escucharán, cantarán en común? ¿Serán como estos que charlan, cuando cae la tarde, a la puerta del cine, como esos otros que miran sus desvaídas carteleras con expresión lejana o como aquellos otros de las partidas interminables hasta la noche, mecidos por el rumor monótono del televisor

de la cantina? ¿Cómo clasificar su lujo, su pobreza, cuando todos visten igual? Sólo los jóvenes se distinguen en esto, pero quedan pocos. Además, ahora falta la ocasión, porque las fiestas casi han desaparecido, reducidas apenas a las meras ceremonias religiosas.

«No se debe estar conversando, ni mucho menos riendo, porque esto es violar lo sagrado del lugar y objeto, porque es anticristiano, civil y bajo.»

Reír, no deben reír, salvo los niños. Charlarán de vino y de cebada, de avena y remolacha, del mosto que fermenta en las bodegas horadadas en la tierra como primitivas fortificaciones, como guaridas de topos formidables. Hablarán de lo mismo que los otros, los que nunca pusieron los pies en la capilla: del vagón que trae el plomo para dar brillo al barro y que, esta vez, se retrasa como tantas otras; del barro que sin él quedará como crudo, sin prestancia; de las becas fallidas por desidia y que, de molestarse el presidente del gremio, hubieran permitido estudiar en la Escuela de Artesanía de la capital a cuatro o cinco chicos del pueblo. Al acabar el culto, harán esa tertulia, una pequeña reunión simbólica, porque los asistentes se ven todos los días. Se esperarán unos a otros, y tras saludarse simbólicamente también, lanzarán un vistazo por el jardín, por si hay alguna cara nueva o conocida de algún Hermano venido de otro pueblo.

«Todos los miembros de la Iglesia deben tomar, tanto como les sea posible, participación activa en los cantos y oraciones que se elevan para alabar a Dios o para implorar Sus misericordias, no debiendo desaprovechar estos privilegios que Él nos concede. Nada da peor idea del desaliento y poco espíritu de una congregación que el ver a pocas personas de entre ellas manifestar su devoción y su deseo de alcanzar los beneficios del Padre Celestial, por medio de la oración y el canto.»

Una de las razones para alzar la capilla en las afueras seguramente fue el temor a que sus cánticos se confundieran entonces con los de los católicos en la iglesia. También debió influir la mayor comodidad e independencia, el precio del terreno y que además nadie quiso vender el suyo para que la levantaran en el centro. El solar donde fue construida quedaba entonces bastante solitario, pero ahora, con las nuevas casas, cuando el viento sopla de más allá de la montaña, deben llegar hasta ellas las voces desafinadas que se alzan de cuando en cuando como una ardorosa letanía. Lo que más las distingue de las de los católicos es la falta del órgano, que ayuda a limar las pérdidas de tono más, quizá por ser pocos, sus cánticos se alzan a veces vivos, bravíos, casi desafiantes, después de los primeros titubeos, cuando la voz solitaria que al principio les guía, cuida y endereza las estrofas hasta que todos, como una buena grey que no llega a ser coro, unen algo mejor sus voces y parecen querer extenderlas por toda la llanura.

«Todos los miembros de una corporación deben dar pruebas, así en la iglesia como fuera de ella, a todos sus semejantes, tanto creyentes como no creyentes, por sus maneras sencillas, por sus palabras cristianas y por sus prácticas afables y caritativas, de que realmente están animados del espíritu de Cristo, para que su saludable efecto traiga al rebaño del Señor a todos aquellos que de Él se han desviado o que aún no han entrado en él, mostrando el más sincero cariño especialmente a los nuevos investigadores de la verdad.»

Al salir será noche cerrada ya, porque el culto tiene que comenzar tarde, cuando acaba el trabajo. De día es distinto porque entonces es fiesta, una fiesta que se diferencia poco de otros días, salvo en no encender el horno, tener el carro inmóvil en el corral y visitar a algún amigo, Hermano o familiar. No fuman, no van al cine ni al bar, salvo en casos de extremo compromiso. Tampoco van al baile los jóvenes cuando raramente aparecen por el pueblo y tampoco se han comprado televisor los que contaban con medios para hacerlo. Se expulsa a aquellos que trabajan habitualmente en domingo, por mostrarse rebeldes a los padres, por inmoralidad, por hacer vida marital sin estar casados, y por dejar de asistir a los cultos seis meses consecutivos, aunque al cabo de los tres primeros se le hace al infractor un aviso preventivo.

«Deben ofrecerse los libros de Cánticos a las personas nuevas que hayan entrado en el culto para que sean atraídas por la amabilidad. Así como invitar con un asiento a los que están de pie.»

—Pues no, nuevos no hay, al menos que se sepa. Eso sería cosa de jóvenes y los jóvenes, hoy, piensan en otras cosas. No, no es fácil convencer a nadie ya, aunque la capilla se sigue abriendo alguna vez, cuando vienen ellas, las hijas de Sedano. Llegan en un Seiscientos, algún domingo que otro, y dicen que son amables con los suyos. Con los demás, con nosotros, ¿qué quiere que le diga?, ni que sí, ni que no, porque apenas nos tratamos. Vienen en ese coche que le digo, aparcan allí mismo a la puerta de su casa, de esa casa de piedra grande que habrá usted visto cerca de la capilla, y de allí salen poco si no es de visita a los amigos del padre, sobre todo a primeros de año o si alguno está enfermo. Deben traerles medicinas y dinero, pero eso aquí lo sabemos de oídas, porque no nos preocupamos de preguntarlo y ellos maldito lo que cuentan.

«Finalmente, debe llevar consigo, todo cristiano, la Biblia, para seguir a los demás en la lectura de ella y en su predicación. Y para marcar en el momento, en ella, lo que les haya impresionado más. Cristianos hay que marcan en su Biblia los textos de las predicaciones y hasta los hechos más importantes ocurridos a la Comunidad, con el día, el año y la impresión que recibieron.»

«Sesión primera, celebrada el día primero de junio del presente año, con motivo de la fundación de nuestra Iglesia. Abrióse la sesión a las diez y media de la mañana, bajo la presidencia del Consejo de Ancianos, recientemente formado entre los de más edad y mayor conocimiento de la doctrina. Nuestra Iglesia quedó constituida por las personas admitidas a la Sagrada Cena, cuyos nombres constan en el Registro de los Miembros, formando un número total de quince. Darse cuenta de que poco a poco iban faltando. Allí, en las fotos, está con su bonito traje y su sombrero adornado con cerezas y la sombrilla de mango tan largo que parece que viene del teatro. Viéndola así, con ese paisaje pintado tras ella, con cisnes y puentes rústicos, quién diría que acabaría misionera. Quien diría que vendría a morir a esta tierra que ahora, bajo el cielo tan oscuro, es como un cerro negro, con la mancha de luz del cine y nuestra casa. Seguramente fue una vocación como ya no se dan entre nosotros y el ambiente de su familia allá en Inglaterra. Allí debió despertar su vocación, tomar la decisión de venir a España por un año de prueba, para quedarse luego aquí y casarse con papá, viviendo, no en la capital, sino en esta casa que sus padres les compraron, que luego les vino grande, cuando el Señor no quiso concederles hijos.

Este cuarto vacío ahora, con sólo ese gran armario de caoba, su lámpara de alabastro en forma de copa colgada de tres cordones rosas y el sofá de patas retorcidas, tapizado de azul un día, es todo lo que resta de aquel cuarto de Cecil, todo lo que ella es aún, donde ella continúa cerca de su balcón, ante su mesita que ya no está, que fue vendida con el resto de los muebles, recortando periódicos y revistas piadosas que después servían a papá cuando tenía que hablar en la capilla. Otras veces, también copiaba poesías para ser recitadas en las reuniones femeninas que las señoras de la capital entonces celebraban:

*Va como a un baile a misa. Mira al novio,
cuenta cuántas amigas ha encontrado
y examina el color de cada traje
fingiendo que se fija en el breviario.*

*Lo que menos repara es en el cura.
Tiene el libro al revés; todo lo mira,
habla, ríe, y se marcha repitiendo:
«Ya he cumplido con Dios. Estuve en misa».*

*Yo, entretanto, en la calma de mi casa,
sin nada que distraiga el pensamiento,
elevo el alma a Dios en las plegarias,
surcando con mi fe los anchos cielos.*

¡Sublime Emperador de las alturas!,

*¿quién mejor cumplimenta tus preceptos?
¿La que corre al bullicio a que la adoren
o quien corre a adorarte en el silencio?*

Decía papá que, como todas las inglesas, tenía la piel tan blanca que ni siquiera con el sol de aquí se le cambió, y los ojos azules. Le ayudó a conseguir muchas cosas —el cementerio, su casa, la capilla— y en tanto ella vivió, nuestra Iglesia, en toda esta región, estuvo más floreciente que nunca. Su entierro en ese cementerio, por el que tanto había porfiado, fue un acontecimiento. Era un día terrible —según contaba papá—, y el camino desde casa a las afueras parecía echar fuego. Sonaban las chicharras tan fuertes, tan cercanas que parecían chirriar dentro de la cabeza, pero todas las gentes —las de aquí y las de todos los alrededores que vinieron— seguían tras de Cecil, que allá dentro de la caja tan humilde iba, con sus manos cruzadas sobre el pecho, con los ojos cerrados por papá mirando al cielo.

Y papá lo contaba muchas veces: el calor era tanto que la pintura de la caja se desteñía, manchando las manos, los hombros de los que la cargaban, la caja que tampoco el carpintero quiso cobrar a pesar de trabajar en ella —tan bonita quiso hacerla— casi toda una semana. Tal calor hizo. Los hombres sujetando el pañuelo sobre la nuca, las mujeres defendiéndose del sol con sombrillas y paraguas, como podían. Y el perro —el pobre «Tom»—, que murió después, antes de que nos fuéramos de aquí, aullando, adivinando el final de su ama. Fue una ocasión nunca vista aquí. Eso decía papá, que aquel día estuvo a punto de perder el conocimiento del calor y la impresión de verla enterrar aquí, en ese rincón de tierra miserable, tanta gente, pobres y ricos, Hermanos en la fe, conocidos y amigos, llorando, orando, llenando totalmente esta calle empinada que va por delante de la casa. Y allí, en el cementerio, después del oficio de sepultura, se cantaron los himnos y hablaron, después que lo hizo papá, otros Pastores venidos de la capital, de Madrid incluso. Fue la última misión de la difunta porque todos aquellos que asistieron al entierro, los unos por curiosidad, por piedad los otros, salieron conmovidos por igual, escuchando tantas santas palabras de tantos ilustres predicadores como vinieron.

Ya los pocos días, para que nada faltara en el final de la vida de una tan grande misionera, se nos acusó de manifestación pública por haber ido rezando por la calle, y de que al ser el cementerio civil, debía considerarse local público y por tanto impropio de nuestros cánticos y discursos. Pero el Señor, que vela por nosotros lo mismo que en la otra vida por el espíritu de aquella su gran obrera, hizo que la cosa no pasara a más y que nadie, por su causa, volviera a molestarnos.

Ahora ya, ¡qué lejos está todo! Ahora todo es igual, como es igual la tierra con sus hierbas y cardos a los dos lados de esa tapia caída. Ahora, de noche, a medida que ese gajo de luna se va alzando, el mismo viento barre el cementerio grande y el

pequeño, la misma escarcha caerá en la madrugada y llegando a la verdad, como dice el discípulo predilecto de Jesús, idénticos gusanos se juntarán como las aves de su libro para la cena, a uno y otro lado de la tapia. «Vi un ángel —dice—, que estaba en el sol y clamó con gran voz, diciendo a todas las aves que volaban por en medio del cielo: “Venid y juntaros ante la cara del gran Dios. Para que comáis carne de reyes y de capitanes, y carne de fuertes y carne de caballos y de los que se sientan sobre ellos; carne de todos, de libres y siervos, de grandes y pequeños”.»

Y como todos los lunes, ha preguntado Arturo, viéndola entrar:

—¿Qué tal la excursión de ayer?

—Muy bien.

Ese «muy bien» dicho así, en modo impersonal, es una de las barreras que mantienen a raya a este Arturo de mandil azul y torpes ademanes que al dirigirse a ella la llama «señorita» y cuando está de charla con los amigos, simplemente «la protestante».

No lo dice con mala intención, sino con aquella emoción de los que cada día rozan lo insólito y quizá lo prohibido. Aparte de murmurar de los estudiantes, que durante las vacaciones del verano dan más trabajo, llevar la cuenta de los puntos que le debe el Ministerio y subir y bajar a regañadientes la escalera de mano, uno de sus modos de llenar las horas de trabajo es intentar averiguar el fruto o la razón de las idas y venidas de Margarita, de sus viajes a los pueblos cada domingo, de lo que él llama «los trabajos extra» de la auxiliar de la biblioteca.

—Entonces, ¿preparando el veraneo?

—Falta mucho todavía.

—No crea. Cuando menos se piensa, se tiene el calor encima. Además, teniendo casa parece que llama el campo antes. Si yo tuviera una casa así y mi coche además, no me iba de cuando en cuando; me iba todos los fines de semana.

—Hace mucho frío ahora para estar allí.

—Hará el de siempre, el que hacía cuando vivieron allí de pequeñas.

—Ahora algo menos.

—Ya se lo digo yo. ¿Y qué tal la carretera? ¿Es su hermana la que conduce? ¿No? ¿Qué tal se la da?

—Bien. ¿Por qué se la iba a dar mal?

—No; por nada. Ya sabe que hay montones que no aprueban a la primera.

De estar presente la titular, esa señora rubia, madura ya, de gafas con montura dorada que se quita cuando habla con los hombres, Arturo bajaría la voz, o ante ese anciano cuyo nombre nunca alcanza a descifrar en la papeleta y que más de una vez le ha ordenado callar amenazando con cursar una protesta. Pero hoy ninguno de los dos está. La titular porque durante largas temporadas apenas aparece, y el anciano quién sabe si acabó su trabajo para el que tomaba tantas notas en los pesados

volúmenes de arte. La mañana pasa pronto; la tarde es lo peor. En la tarde, las horas crecen como las grietas profundas que surcan las paredes, como esas parras que van llenando el patio interior con su estanque y sus gorriones que alborotan sobre la taza seca, sobre el patio empedrado donde algún bedel ha dejado caer blandas migas de pan. La tarde crece, se prolonga verde en el verano, en los marcos descompuestos de las tres ventanas en el piar que pasa a su través, en el suave rozar de las hojas de los libros, en los rumores, toses, suspirar de los chicos embebidos en novelas, cuyo espíritu vuela por países lejanos, en paseos en busca del botijo que fue blanco algún día, pero de agua tan fresca que se diría nuevo. Los rumores se van encadenando, pero ahora, con todas las ventanas cerradas, la voz de Arturo prima sobre todos. En invierno la luz de las lámparas, encendidas lo más tarde posible, se agradece como si templara un poco el ambiente, como si concentrara bajo los grandes techos de la sala un poco de la vida de la calle, de fuera. Además, su luz, encendida como a regañadientes, quiere decir que resta apenas una hora de quedar allí, con el brasero eléctrico a los pies y un libro entrevisto a duras penas o algún montón de fichas que sólo a duras penas se consigue llenar. La hora de cerrar se adivina pronto porque Arturo se quita con mucha ceremonia el guardapolvo intimidando a los lectores nuevos y a los de las novelas, que se apresuran a cortar el hilo de su aventura particular, y con un concienzudo desperezarse que les vuelve a este mundo, se levantan y devuelven el libro. Finalmente, para los que se resisten, suenan unas palmadas secas que son como una sentencia definitiva de que la tarde concluye.

Como la biblioteca se halla en la calle principal, salir de ella es entrar en la ciudad que, a esa hora, con el tráfico cortado, pasea de arriba a abajo como si el tiempo no hubiera pasado por ella. En invierno, a veces, cuando sale Margarita, ya la niebla ha borrado tiendas y soportales y sólo quedan las luces de los arcos. En los meses más fríos es como ir avanzando a través de un cristal opaco, lo mismo que los del Casino pero sin sus anagramas floreados, a través de un cristal traslúcido, intangible. Yendo bien abrigada, hasta puede resultar un placer hundirse, navegar por ella y bajar hacia casa sin ser conocida, sin conocer a nadie, como en un país lejano de esos a los que, de niña, soñaba con marchar de misionera.

Esas sombras que vienen, que hablan, que ríen, ¿quién serán? Seguro que las chicas de la Escuela de Comercio. Y el otro grupo, el que viene detrás tonteando, los chicos de otros cursos que traen a la memoria los problemas de Virginia con Molina. Esa otra sombra que entra en el Casino podría ser él si viviera aquí, parece igual de alto, igual de fuerte; y esa otra que le sigue fumando, tal vez papá si fumara, si viviera todavía. Pero papá no fumaba, ni tomó en sus manos jamás una baraja y el Casino nada más sirve para eso y para abrigar en invierno las tardes ociosas de las parejas. Viéndole así, en la niebla, con sus grandes ventanales iluminados y las sombras que van y vienen o que surgen de pronto por la dorada puerta giratoria, se diría un palacio de una gran ciudad como esos que también se sueñan de pequeñas, pero abajo el bar está sucio y vacío casi siempre y el gran salón de baile sólo se usa

una vez al año, por las fiestas. Hay también lo que los socios llaman biblioteca, donde no es posible encontrar ni un solo libro piadoso, sino revistas de ganaderos o manuales de cultivo y algún diario atrasado de la provincia.

Pero el meollo, el corazón oculto del Casino, capaz de sobrevivir a todas las reformas, es la sala de juego, a la que nadie llama así, a la que nadie llama de ninguna manera. Nadie quiso tocar, en las reformas sucesivas que el local sufrió desde que fue construido, las orlas con los retratos de los socios, ni las vitrinas, ni la sobada mesa, ni las sillas tan recias y antiguas. Ni quisieron cambiar la gran tulipa azul que baña con su luz de luna el azar incierto de los socios, el pálido cartón de las barajas, las manos toscas, cuadradas, el tableteo nervioso de las fichas, los pagarés apresurados, dolorosos, los vales, los recibos y esas tazas de trémulo café, cuando ya el día empieza a asomar por las ventanas.

—Tenemos que abrir un poco la mano —confiesa el secretario—. Si no se les consiente un poco, los socios no vienen. Sobre todo en invierno, que hay tan pocas distracciones. En invierno unas horas, y siempre, a ser posible, después de la cena, cuando la gente joven ya está en casa durmiendo. Nuevos grupos, más risas, chicas con libros bajo el brazo, con esas faldas tan cortas que se llevan ahora. La señora quiso en un principio, cuando salieron las primeras, prohibirles la entrada. Hubiera estado bien, pero ¿qué se consigue? Que no vuelvan. Además, ya todas van así, y hasta la novia de alguno de los nuestros se ha pasado y enseña las rodillas. ¿Quién se atreve? ¿Quién dice: «Váyase, salga, cámbiese el vestido?». Quizá Arturo, pero Arturo se niega.

—Eso trae alegría, señorita; eso, aquí en este sitio, levanta el ánimo, levanta la moral.

Y lo dice como si él supiera lo que es la moral y, lo que es peor, como si estuviera hablando con una anciana.

Más luces difuminadas, sordas a uno y otro lado de la calle, deslizándose, navegando también sobre los adoquines pulidos por la lluvia. A medida que se baja hacia el río, que la casa va quedando más cerca, el cristal de la niebla se hace totalmente plano y oscuro, no a rachas como antes, y se empiezan a oír los distintos rumores y maniobras de los trenes y llega ese olor a carbón húmedo que es muchas veces el olor de la casa.

Ahora, allá arriba, en el último piso, antes de la azotea, esperar a que llegue Virginia. Adivinar por la cara el humor que trae, si se olvida de aquello o no lo olvida. Viéndola así, tan seria, tan altiva, oyéndola hablar a veces con tanto despego de los hombres, no se entiende que aquello la calara tan hondo, no se comprende que se niegue a volver por allí, aunque al final Muñoz acabará, como siempre, convencéndola, si es que consiente en volverle a dirigir la palabra.

Esperemos que sí, que vuelva de su orgullo, porque Muñoz, después de todo, ¿qué culpa tiene? Ni Muñoz, ni Martínez, ni los otros. El único culpable es el que ella perdona, aunque en cuestión de culpas nadie puede juzgar a nadie.

Pero de todas formas, aun con el riesgo de quedarnos solas, hay muchos hombres más, no todos Hermanos, desde luego, aunque ella sólo mire dentro de los nuestros y le parezcan mejores sólo por eso, como aquel colportor de la moto que un buen día no volvió más. Era gracioso, pero no tanto como a ella le parecía. Era gracioso por su hablar como ceceante, por su mechón rojo tapándole la frente y sobre todo porque era extranjero, el primero que las dos conocíamos. Cada vez que aparecía por casa, siempre Virginia buscaba algún pretexto para estar en el jardín, en tanto él, con su pipa en forma de ese pegada a la boca, como si le resbalara por toda la barbilla, atufando el jardín con mis humos, charlaba con papá y acariciaba a «Tom», que siempre le conocía a pesar de que estaba ya tan viejo.

—Cuando queráis, Hermanos —comienza Martínez—, podemos empezar.

Poco a poco se deshace el corro del jardín y se van ocupando los bancos, sobre todo los primeros. Atrás quedan las mujeres con los niños, que se resisten a sentarse a pesar de arrastrar consigo sus juguetes. Junto al Hermano Martínez, ocupan el estrado otros dos Ancianos, no tan viejos como él, enfundados también en sus tabardos y con la boina en las manos. El Hermano Martínez pide otra vez silencio y luego alza el rostro, fijando la mirada en un lejano, invisible interlocutor, más allá de los bancos, más allá de los muros de la capilla, más allá seguramente de los últimos arrabales del pueblo.

—Señor: me dirijo a Ti, quiero hablarte de todos nosotros, los que aquí, como cada domingo, nos hallamos reunidos. Lo mismo que nosotros nos alegramos con las noticias de nuestros Hermanos, así creo que Tú te alegrarás sabiendo de nosotros, escuchando estas cosas de la vida nuestra. Porque aunque labradores que apenas tenemos tiempo de aprender, ni otras luces que Tu Divina Palabra, que sólo podemos leer cuando dejamos el arado, y descontando aquellos que con sus ausencias y pecados se han separado de nosotros, queremos, como siempre, dar testimonio de nuestra fe cristiana.

»Es verdad, Señor, que somos menos que otras veces, pero justo por ser menos deseamos recibir, más unidos aún, tus bendiciones. Así pues, haz soplar sobre nuestras cabezas, sobre esta Tu grey, sobre estos Tus obreros, el Espíritu Santo, para que el nombre de Jesús sea glorificado y el Evangelio siga vivo aquí, tanto como en los últimos años. Nada más te pedimos, Señor. Amén.

La voz del viejo, apagada pero firme, concluye de pronto tal como comenzó, sin preámbulos ni titubeos. Se ha sentado y hay ahora un pequeño conciliábulo que resuelve uno de los que con él ocupa el estrado, levantándose a su vez.

—Vamos ahora a cantar, todos juntos, el salmo veinticinco. —Su voz es más clara, su modo de hablar más espaciado, como de quien está acostumbrado a hacerse entender—. Es el Salmo en que David, confiando en la bondad de Dios, pide que le sean perdonados sus pecados. Empieza con la estrofa que dice:

*A Ti mi alma he alzado.
Confié, Dios mío, en Ti.
No sea avergonzado
ni alégrense de mí
mis enemigos...*

Ha leído la estrofa muy despacio, en tanto los asistentes se apresuran a buscarla en sus himnarios de hojas ya pardas de tanto usarlos. En torno a los más grandes se agrupan dos o tres rostros, dos o tres voces, que al principio se pierden y vacilan persiguiendo a las pocas que cantan al unísono hasta llenar la capilla en un instante. Es como si todos quisieran multiplicar su testimonio, suplir su escaso número con el rumor que sale de sus pechos. Más allá del jardín, el eco de los salmos cruza la calle como un himno de batalla, inundando las casas fronteras.

*Muchos son mis enemigos,
aumentando sin cesar.
Tú, Señor, eres testigo
de su eterno batallar.*

*Guarda mi alma, líbrame.
No sea yo avergonzado,
porque en Ti siempre confié
y en Ti vivo refugiado.*

Pero el rumor no altera la vida al otro lado, ni siquiera parece llamar la atención del enfermo que seca sus huesos al desvaído sol, inmóvil en su silla como siempre, ni los intrincados caminos que los niños trazan en el polvo. No se sabe si en realidad oyen las voces o, como los gorriones o la blanca montaña, también ellos son sordos, impasibles, indiferentes a ellas como al trueno o al viento.

Dentro, bajo la cúpula color ceniza, el Anciano que comenzó el salmo toma de nuevo la palabra.

—Me alzo y tomo la palabra, Señor, para dirigirme como cada domingo a mis Hermanos.

Él también mira a lo alto, a lo lejos, como si Dios le escuchara desde ese balconcillo que hay sobre la puerta, es una voz más sabia, más educada, muy distinta a la de Martínez. Parece explorar, uno a uno, el corazón de todos los presentes que seguramente conoce desde siempre, hablar a su imaginación y a su conciencia con palabras que llegan a todos, que comprenden todos, tal vez hasta los niños que, poco a poco, abandonan sus juegos y los ruidosos papeles de los dulces.

—Hoy quiero hablaros, Hermanos míos, de un tema hacia el cual raramente volvemos nuestra atención, nuestros ojos y nuestros oídos, a pesar de que nos rodea desde el dichoso día en que Dios nos da el ser. Y no le prestamos atención suficiente,

le pretendemos ignorar por falta de responsabilidad y también, ¿por qué no decirlo?, por miedo. Como todos sabéis, nuestra Hermana en el Señor, Isabel Ibarra —su voz se vuelve profunda, opaca ahora—, pasó a su presencia hará cosa de un mes aproximadamente, después de dar testimonio durante tantos años, en todos estos pueblos. No vamos a rogar por ella, como otras Iglesias hacen, ni haremos el inventario de sus grandes virtudes porque ya está ante la presencia de Aquel que, con tan sólo Su Gracia, puede guiarla por los eternos senderos del Cielo.

El Hermano Eloy toma un leve respiro. En el silencio, puede ahora oírse el pasar y repasar de los vencejos junto a los ventanillos de la cúpula y el eco monocorde de la pelota en el frontón, cubierto súbitamente por las horas que canta la torre de la iglesia.

—Y es tal la Gracia de Aquel que por nosotros vela, igual que por las flores y los pájaros, que los familiares de nuestra Hermana, a pesar de no ser creyentes, dieron toda clase de facilidades para que se celebraran nuestros cultos. Y es que la muerte, Hermanos, nos iguala a todos, unos y otros, grandes y pequeños, aunque con una diferencia: la muerte, que para los demás es sólo destrucción del cuerpo, supone para nosotros, queridos amigos, libertad definitiva del alma. Es término de la vida terrenal, pero también comienzo de otra vida, de la vida verdadera. Es la separación corporal de parientes y amigos, pero no más allá del breve plazo de unos instantes, que tal puede considerarse, y no de otra manera, lo que llamamos siglos.

Ahora la voz se torna triunfante, exaltada, poderosa. Menudos regueros de sudor comienzan a deslizarse por sus sienes sumándose a los meandros de sus venas. Pero su voz, su ademán, su inspiración, no se detienen. Se limpia con una leve pasada del pañuelo y con él en la mano prosigue, no mirando a la puerta de entrada sino a los rostros de los fieles, apuntándoles, a veces casi amenazando.

—¡Será la muerte motivo de espanto para aquellos que pretenden ganar su corona por propia justicia, por propios méritos, mas no para el que sabe que sólo la justicia de Jesucristo ya consumada es la que ha de ganarle el Cielo! Han olvidado el frío que arranca nubecillas intermitentes de los labios, el camión del plomo que se retrasa ya casi una semana, la avena, la cebada que las tormentas del verano acechan, el vino que, tal vez, nunca llegue a las bodegas.

Pero el tono del Hermano Eloy cambia una vez más. Deja de ser exaltado, violento, vuelve a ser espaciado y solemne, vuelve a mecerles, recalcando bien las palabras, como un viejo maestro que repitiera siempre parecida lección.

Nosotros no creemos que ninguna condenación pueda haber para los que están en Cristo Jesús, incluso para el pecador que al final será limpio por la sangre de Jesucristo, pero aquellos que voluntariamente se salen de su seno, aquellos que viven en el pecado —recalca bien—, despreciando ser asistidos por Su Gracia, esos teman, repito, el día de su muerte, como el deudor que un día será emplazado ante su juez. Tema la hora final aquel que se ha separado de nosotros. Porque como ya sabréis, Hermanos, nuestra Comunidad, firme en su fe, aunque poco numerosa, ha sido

mutilada no por la muerte corporal, sino por la muerte del espíritu en la persona del hasta hace poco Hermano Molina.

»Y es, esta, muerte mucho peor que la de nuestra Hermana Isabel Ibarra, muerte escogida voluntariamente, para vivir en el pecado con desafío y contumacia, muerte que quiera el Señor transformar algún día en vida, volviéndole al camino verdadero.

»Así lo declaramos aquí, para que vuestras oraciones y las nuestras no le abandonen y le ayuden a abrir los ojos de la fe y volver a esta su casa, donde fue, y debe ser aún, uno de los pilares más firmes y antiguos. Así sea.

—¿Que por qué nos dejó Molina? —responde Martínez—. Y ¿quién lo sabe? Sólo el Señor. Él todo nos lo da y lo quita, empezando por la Fe. A veces, cuando más desesperado se está, Viene como un alivio, como una voz que te deja tranquilo. Es la Gracia. Otras, en cambio, cuando menos se espera y sin saber por qué, esa Gracia te deja, vienen las dudas, cambia, el destino y naufraga el hombre. Ya ve, yo no nací en la Fe, yo tengo muchos años y muchas veces he sentido esa fatiga, ese cansancio que le digo. He visto mundo, anduve por muchos sitios desde que salí, no de aquí, porque yo no soy de aquí, sino de más al Norte, de un sitio que le llaman La Montaña. Aquello no es tan seco, ni tan llano, pero en cambio es más mísero. Sí, no ponga esa cara, más mísero aún. Allí la mayoría se iban a la presencia del Señor sin conocer el tren, ni la luz eléctrica, ni lo que es un pantano dé estos que hacen ahora por todas partes, bueno, hasta sin saber lo que eran unos zapatos nuevos.

»Pues yo todo eso lo vi de mozo, después de que un amigo del amo que era viajante él y andaba a menudo por Asturias, me dejó aquel Libro, un Libro donde aprendí yo las primeras verdades. Porqué allá en Asturias hubo muchos creyentes siempre, y los hay todavía, con parroquias mejores que las nuestras.

»Yo lo leí, más que nada por matar el tiempo, los días tan largos en el monte, pero un día que el amo me pilló con él en las manos me amenazó con devolverme al hospicio. Nada más hojearle debió saber por dónde iban los tiros y se empeñó en saber quién me lo había dado y en pedírmelo porqué era de judíos (decía) y había que quemarlo. Así estuvimos, él pidiéndomelo y yo negándolo, como cosa de un mes, hasta que lo pensé bien y me vine más abajo, a La Ribera, y allí entré a ayudar en casa de un zapatero. Y el nuevo patrón, en cuanto que vio él libro, ídem, aunque este tardó más en descubrirlo, pero al no ir yo a misa se ve que le puso sobre aviso.

»Y la pura verdad es que yo la Biblia la leía por encima, sin entender gran cosa, y lo más que sentía a veces era ese consuelo tan grande que le digo. Pero de lo importante entendía bien poco, sólo lo que me explicó el amigo de mi primer patrón y aún eso malamente.

»Así que llegó el tiempo de sentar plaza y me enrolé en el ejército. Yo quería ir a África por ver mundo, porque de joven siempre fui un poco inquieto, pero al fin no llegué más allá de Sevilla. Allí, mucha instrucción, mala comida y paseo los

domingos. Hasta que un día, a la hora de la misa, se armó una buena gresca porque uno de los reclutas, a la hora de alzar, no quiso arrodillarse. Lo debía llevar mucho tiempo pensando, porque allí se estuvo derecho a pesar de las amenazas y los gritos. Total, que se lo llevaron, lo metieron preso y le juzgaron, pero él alegó sus creencias y a los dos o tres meses estaba de vuelta en la compañía y con tan buena fortuna para mí (y ahí se ve la mano del Señor) que llegó justo a tiempo para salvarme la vida. Me la salvó un día que estábamos bañándonos y yo perdí pie, y si no es por él, que andaba cerca, me voy al fondo, de modo que hasta en eso le tengo que estar agradecido. Fue entonces cuando empezamos a tratarnos y cuando empecé a ir con él a la iglesia Evangélica, a hablar con el pastor que me ayudaba. Quiero decir que me daba algún durillo. Así fui cambiando de incrédulo en creyente. Me hice con un Nuevo Testamento y otros libros que allí me prestaban, pero aun así, el mundo me tiraba todavía, aunque ya digo que las sobras, maldito si llegaban para vicios. Pero el pastor debía tener algún amigo influyente allí, en Capitanía, porque yo mejoré, quiero decir que me subieron a cabo, pero el Señor había cambiado por segunda vez mi destino y ya no quería seguir la carrera de las armas ni conocer mundo, sino cumplir mi servicio cuanto antes y buscar Su Verdad y seguirla. De modo que cuando me licenciaron me vine para acá porque aquel compañero me dijo que además de trabajo en los hornos, encontraría aquí al Hermano casado con la inglesa.

Ha bendecido el pan, la vajilla de los días festivos, salida seguramente de ese horno que abre su negra boca, muerta hoy, en el fondo del patio. Ha bendecido también el vino que ellos no tomarán pero que se ha mandado traer como un obsequio especial para el invitado extraordinario. Bendice también la carne y la fruta mezquina y un queso, seguramente de la casa, en tanto los dos nietos y la madre y la abuela inclinan la cabeza y se unen a la oración que el Hermano Martínez a media voz murmura.

Hay en los muros, blancos como los de la capilla, algún cuadro piadoso que esta vez son portadas de revistas, inglesas sobre todo, con escenas de la Biblia o grabados de principios de siglo que los nietos se hacen explicar a menudo, aunque hoy, por encima de todo, prefieren la historia interminable, minuciosa que va diciendo la voz infatigable del abuelo.

—A Sedano, claro que lo traté. Ya le dije que traía una carta de mi amigo. Estuve en su casa alguna vez y en la escuela, aunque yo ya era un hombre para aprender lo que en ella enseñaban. Por entonces vivía su primera mujer, la inglesa que le digo, no la madre de las chicas, pero lo de leer y escribir no tengo que agradecersele a él, sino a la mujer de mi segundo patrón que, aunque sierva de Roma, era muy buena y compasiva y en el poco tiempo que estuve con ellos, acabó cogiéndome cariño. Aquí yo no estaba para escuelas, andando como andaba, trabajando en los cacharros y, ¿por qué negarlo?, no siempre en muy buenas compañías, de modo que me faltó poco para

volver al mundo y caer en la incredulidad, que viene a ser el peor de los vicios. Pero gracias a la Comunidad, que entonces era grande y compuesta por personas piadosas y cristianas, empecé a sentir dentro de mí un gran remordimiento y el Espíritu Santo me mostró con toda claridad lo que debía ser mi vida. Pero cuanto más quería enmendarme, tanto más largo me parecía el camino y así, cayendo y volviendo a levantarme, como Jesús en el camino del Calvario, llegué a tal extremo que no podía dormir pensando en la otra vida que estaba a punto de perder, ahora, justo, que empezaba a conocerla.

»Pasaba horas enteras, noches enteras sin decir palabra, de rodillas, y a veces, hasta tirado por los suelos, sin encontrar respiro. Me pasaba los días leyendo la Palabra del Señor, sobre todo el salmo ese que dice:

*Envía Tu luz y Tu verdad; ellas me guiarán,
me llevarán al monte de Tu santidad
y hasta Tus tabernáculos...*

»Pero el Señor me tenía dejado de su mano, quién sabe si con razón, y fue el demonio quien se aprovechó de ello, llegándome incluso a hacer desconfiar de mi salvación, liándome por segura mi condena, dejándome dos caminos tan sólo: o volver al mundo, o quitarme yo mismo la vida.

Y casi al extremo opuesto del pueblo, más allá de la iglesia y de la plaza, el demonio —su demonio— habla a Molina, que desde el balcón de la alcoba mira la montaña, azul ahora, bajo su eterno casquete blanco. Su demonio le pregunta, como tantas veces, en qué piensa, y Molina, como siempre, no responde. Su mirada sigue lejana como sus pensamientos, sobre la tierra sin germinar, dura aún por la escarcha y las heladas, sobre los meandros vacíos, relucientes de redondos y menudos cantos, más allá de los alambres de espino que cantan en el viento.

La voz de su demonio llega monótona, insistente, desde el lecho. Ahora que ya nada le ata a allí, mejor marchar a la capital, emprender algún negocio que no le obligue a chamuscarse día tras día, a oler a ese carbón infame, cada vez que se mete en la cama. Allá en la capital tiene un hermano de verdad y este puede ayudarle. No es preciso marchar este mes, ni el que viene, pero es mejor ir pensándolo, por su bien, ir haciéndose a la idea de no pasarse el resto de sus días en un pueblo mezquino y miserable. Molina se vuelve entonces y pregunta cómo, siendo tan malo, quiso quedarse en él y el demonio responde que está claro: porque Molina le gustaba, y Molina no sabe si su demonio miente o de veras quiere llevárselo de allí para ayudarle. Después de todo, si ella quisiera marchar, abandonarle, ¿quién se lo impediría, si nunca habla, como otra cualquiera, de casarse? Su demonio asegura —y tiene razón— que quizá dentro de un tiempo que no puede medirse resulte ya muy tarde, que los años, que la vida, a partir de cierta edad, pasan como un suspiro, como

esos buenos días que, al final del verano, llegan y que, de tan fugaces, viene el invierno y apenas se gozaron. Allá en la capital, con la ayuda de su hermano de veras, es tiempo todavía de prosperar.

Lo malo es que Molina no conoce más oficio que el barro. ¿Qué negocio podría emprender? ¿En qué podría ayudarle su pariente? El único negocio posible es el de todos: un bar, y la ciudad está llena de ellos, por eso son tan caros los traspasos. Su demonio, en cambio, no lo ve tan difícil. A fin de cuentas, son ellos dos nada más y al principio ya se sabe: perder, pero siendo dos solos es fácil esperar. Luego, poco a poco, la gente se acostumbra y el negocio prospera, sobre todo si se sirven comidas. Lo sabe bien porque sirvió en unos cuantos y muchos parroquianos se quedaban por ella. Esto es fundamental, y lo calla también, mientras Molina mira a lo lejos la cordillera azul que ahora, por el lado del camino que lleva a la ciudad, va naciendo en la tarde.

Su demonio no quiere quedarse allí, acarreando el agua a la cocina. Piensa que ya fregó, lavó bastante, que ya amó suficiente en ese cuarto donde muy de mañana le despierta ese humo que odia tanto desde la primera noche que durmió en la casa. Y ya esa primera noche esperó lo que vendría luego, lo que ya imaginó desde aquellas primeras palabras suyas, tan torpes, en la plaza, aprovechando una ausencia del patrón, después de aquella compra tan prolongada que saltaba a la vista no le importaba demasiado. No era un hombre como los demás, al menos como los demás patrones que ella había conocido, de menos palabras, más claros y precisos, estuvieran o no casados. Molina le había hecho dormir en el cuarto de junto a la cocina, mientras él se acostaba arriba, en aquella gran cama matrimonial tan inútil entonces.

Casi un mes fue preciso, hasta darse cuenta de que Molina no iba a misa como los demás. Si no hubiera ido nunca, no le hubiera extrañado. Su patrón tampoco ponía los pies en la iglesia, pero a Molina le veía vestirse algún que otro domingo, coger su libro negro y salir de casa, pero no al toque de campana sino más tarde, en dirección a una extraña capilla, sin atrio ni espadaña. Nunca hubiera pensado que fuera devoto, aunque de devotos también conocía algunos casos. Pensó ir ella también y así se lo dijo a Molina, pero ante su sorpresa, Molina se lo prohibió hasta más adelante, con lo cual aumentó su incertidumbre. Pero al cabo del tiempo, todas aquellas preocupaciones se borraron cuando Molina dejó de recorrer aquel camino y ella, al fin, pasó a ocupar aquel lecho matrimonial que no volvió a quedar inútil desde que él la hizo subir a la alcoba de arriba. No lo había hecho mal; había protestado un poco, en tanto aquellas manos, algo más ásperas que las del último patrón, bajaban desde el cuello en busca de sus pechos, abriéndose paso, al fin, por el tibio sendero de la carne. Molina era también un buen demonio a su modo, un demonio vacío y tembloroso en los primeros días, hasta que, poco a poco, se fue llenando de alegría y fortaleza y hasta empezó a venir con algún que otro regalo como aquellos clientes de los bares alegres y voraces también, incluso generosos. A veces susurraba a su oído

palabras que apenas entendía, que siempre debían de ser las mismas, las que todos los hombres murmuran según se van volviendo niños caprichosos y crueles en busca de un placer que las más de las veces es daño. Luego, más tranquilo, con los ojos cerrados y los brazos inertes a ambos lados del cuerpo, callaba, debía pensar en su pecado, a lo mejor veía en la pared las sombras de esos otros Hermanos que había abandonado, de los que nunca hablaba, pero en los que debía pensar a menudo entonces. Para borrarlos de aquella pared blanca, para apartarlos de sí, se levantaba haciendo restallar todos sus huesos y se asomaba a la ventana desde la que, sobre tejados, parras y antenas, se abarcaba parte de la plaza y aquel montón oscuro de ceniza, con sus redondos huecos coronando la capilla. Otras veces se quedaba en la cama y era el momento mejor para hablar con él, para intentar convencerle dejándole jugar como a los niños, trazar caminos en aquel sendero que empezaba al pie de aquellos pechos por donde su pecado comenzaba siempre, hasta la bruma oscura, final, a través de la cual el demonio había entrado en él, tal como se lo propuso desde el día primero.

Porque sólo verle mirar, allá en la plaza, los pendientes, los broches como joyas auténticas al sol, los collares de perlas, los zapatos o las telas, era fácil adivinar qué le tenía inmóvil allí, pegado al improvisado mostrador, como aquellos del bar. Ella se daba cuenta y el patrón también, pero al patrón no le importaba demasiado. Al contrario; porque las mujeres, ellas solas venían. Lo que él no supo lúe que, viendo a Molina, su demonio pensó que bien podía cambiar al fin su vida, su destino, sobre todo cuando al día siguiente volvió, como por casualidad. No era como los clientes fugaces del bar, gente de paso. Este, además de ser mayor, tenía un gesto algo desamparado que ella estaba dispuesta a animar, a poco que ofreciera a cambio.

Y por su modo de hablar, por su forma de vestir, puede que no fuera tan poco. No era feo, ni sucio, ni demasiado mayor para ella. Sólo al cabo del tiempo le descubrió el defecto aquel de preguntar siempre, de querer saber qué hacía con su antiguo patrón, con los que llegaron antes, cómo había dejado de ser virgen. Hasta que una noche, ya cansada de inventar historias, le respondió en mal tono que el sastre de su pueblo lo hizo con las tijeras de cortar los trajes. Eso le tuvo otra vez pensativo, callado durante cierto tiempo.

—Así es nuestro demonio. Así es el demonio que cada uno lleva con nosotros. Así me tuvo a mí hasta que un día el Señor Jesús, con toda Su luz y Su gracia salvadora, se manifestó a mi alma. Aquella feliz mañana, me levanté temprano como siempre, o mejor, diría que no me había acostado. Me levanté más cansado que nunca y, como tantas veces, me puse de rodillas pidiendo a Dios Su luz, Su gracia y Su paz. Así estuve como cosa de una hora, mudo y de rodillas, sin tener nada que decir a Dios, sin saber qué decirle, rendido por mis luchas. Con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho me parecía como si las tablas del suelo se abrieran poco a

poco debajo de mí y yo me fuera hundiendo, cayendo en el vacío, como en esos sueños que se tienen a veces. Así iba yo, hacia abajo, hacia el abismo, cuando, de pronto, se hizo la luz y yo abrí los ojos como quien recupera el conocimiento y Dios me habló dentro de mí por Su espíritu y con Sus palabras, dándome ánimos, destruyendo la presencia, las palabras del demonio, enseñándome que yo no era el único pecador, ni el primero en dudar desde el principio del mundo.

»Y en aquella misma habitación donde yo pensé tantas veces en matarme, y a la misma hora, como si ese fuera mi destino, me presentó el Espíritu Santo unas como luces brillantes que no eran sino palabras de versículos. Yo las tomé como dirigidas a mí y acudí a Jesús en busca de refugio y entonces sucedió que Jesús mismo estaba allí conmigo. Yo no le veía, pero era Él quien hablaba a través de la Biblia que tenía en mis manos. Yo me puse a llorar y fue como si me oyese, porque al fin tuve paz y verdadero gozo. Descansé de mis pruebas pasadas y empezó para mí una nueva era de luz y alegría.

»Todo esto que le digo, vino a durar no más de dos horas, como de cuatro a seis de la mañana. Cuando acabó y las luces brillantes se fueron, yo, solo, me puse a cantar de gozo:

*Jehová es mi pastor; nada me faltará.
En lugares de delicados pastos yaceré.
Junto a aguas calmas, será mi pastor.
Y así confortará mi alma.*

»Era tanta mi alegría que tuve que bajar la voz para no despertar a los otros de la casa, porque Jesús lo llenaba todo en mí y lo sigue llenando ahora. Desde entonces no he dejado de sentir como una fuente que nace en mí, de aquí, del centro de mi pecho, que me llena de gracia y de poder y que nunca me ha vuelto a faltar hasta ahora.

Cuando Emilio conoció el proyecto del colegio que Muñoz pensaba abrir en la capital para los hijos y familiares de los Hermanos hizo ese gesto vago que tanto prodigaba, que no era ni de entusiasmo ni de desánimo. Cuando en la votación reglamentaria Muñoz explicó que educar a los niños era el medio mejor y más seguro, a la larga, de mantener en pie la Comunidad, incluso de conseguir nuevos prosélitos, Emilio aseguró que si la votación era favorable, citaba dispuesto a colaborar en lo que pudiese, aunque siempre sus estancias en España fueran tan breves e irregulares.

Emilio había cambiado poco al cabo de los años —pensaba Margarita—, después de tantos viajes a Inglaterra, después de tantos cursillos en Suiza. Quizás hasta estaba más guapo ahora, más delgado, con el pelo poblado ya de mechones Mancos y ese modo de hablar a la vez profundo y melodioso. Lo había comentado con Virginia a la hora de comer, pero Virginia no se había fijado o disimulaba como siempre, o seguía pensando en Molina, ahora que se empeñaba en no volver allí, después de su expulsión definitiva.

Era un tema imposible de tratar con ella. Respondía con monosílabos, adoptando una expresión lejana algo ridícula, o hundía la mirada en la comida, como si se hubiera quedado, a la vez, sorda y ciega. Ni siquiera oía a la criada, cuando llegaba a cambiarle el plato; por eso aquel tema del colegio de Muñoz había llegado en buena hora, antes de que aquel silencio llegase a ser total y definitivo.

Sin embargo, los Ancianos habían rechazado el proyecto, y era fácil de imaginar el disgusto de Muñoz, de su mujer sobre todo, tan fiel a sus ideas siempre, que parecía anotar mentalmente sus palabras, adivinarlas antes de que salieran de su boca, cada vez que hablaba en la capilla.

Al final, Emilio había votado en contra, con la mayoría. Le parecía, después de meditarlo mucho, un proyecto ambicioso pero poco factible, una utopía suponer que los niños de las otras confesiones vinieran a este de Muñoz, que en un principio y en buena lógica, tendría instalaciones insuficientes. Le parecía demasiado esfuerzo para tan pocos, hipotéticos alumnos que en las escuelas del Estado podían recibir la enseñanza, como venía haciéndose hasta ahora, y en casa una formación cristiana propia de los Hermanos de la que ningún padre o familiar debería excusarse.

—¿Tú qué crees? —preguntaba Margarita—. ¿Que hizo bien?

—Bien, ¿en qué?

—En hablar así, en arrastrar a todos.

—Cada cual tiene su opinión sobre esas cosas.

—Pero después de lo que ha trabajado Muñoz en eso...

—¿Y qué tiene que ver? Las cosas no son buenas o malas por lo que hayamos trabajado en ellas. También hay muchas cosas inútiles que cuestan.

—Entonces tú piensas que hizo bien.

—Yo no lo sé. Si él lo creía así, hizo bien en decirlo. Allá cada cual con su conciencia.

—Pues su conciencia no debía andar tan bien, porque al jueves siguiente no estuvo por su casa a tomar el té.

—Eso son bobadas que sólo se te pueden ocurrir a ti a estas horas.

—¿Y lo del novio de la hija de Muñoz, es otra bobada también?

—¿Qué le pasa a ese loco?

—¿Loco por qué? ¿Por ser Testigo?

—¿Te parece poco?

—Ni poco, ni mucho, pero eso de locos, si vamos a ver, cuántas veces nos lo habrán dicho a nosotros.

—Y ¿qué le pasa? Acaba.

—Pero ¿te interesa o no te interesa?

Siempre era el mismo juego: por un lado dominando el mundo; por otro tan curiosa como cualquiera, muriéndose por conocer las noticias que Emilio en cada viaje traía.

—Emilio sabe que, dentro de poco, los dos se piensan casar. No se te ocurrirá

decírselo.

—¿Qué crees? ¿Que soy idiota?

—Idiota no, pero se te puede escapar.

Y Virginia había mantenido su palabra cuando, como todos los jueves, fueron a tomar el té con ellos. No había contado lo de aquel raro novio, ni que la hija andaba de casa en casa, con otros compañeros, Testigos de Jehová también, intentando explicar la Biblia a los pocos que se avenían a escucharlos. La mayor parte de las veces eran cortésmente rechazados, otras nerviosamente o con cierta ironía. Otros pensaban que venían a ofrecer algún producto nuevo, alguna inscripción a una revista, a una publicación periódica y cuando ello —una pareja siempre, pulcra, discretamente vestida— comenzaban a explicar sus propósitos, lo más común era que el dueño de la casa —la dueña casi siempre, por las horas— se sintiera incómodo, y en el caso menos grave, un silencio negativo y vago en que el discurso entero naufragaba.

Virginia había mantenido su palabra. La tarde entera transcurrió entre ella y Muñoz en resúmenes y proyectos de Misiones entre las que tácitamente no se mencionaba el pueblo de Molina. Parecía un mutuo intercambio de favores, en tanto Margarita llenaba con su charla los largos silencios de la mujer de Muñoz, cuando no se aplicaba a preparar más té o a retirar las tazas.

No estaba mal Emilio —pensaba, en tanto su anfitriona se alejaba rumbo a la cocina—; no estaba mal, a pesar de su corbata un poco llamativa para un hombre que ya pasó de los cuarenta, a pesar de su traje arrugado, de su chaqueta falta de algún botón que denunciaba su soltería al primer vistazo. No estaba mal Emilio, sobre todo porque le recordaba a papá aunque, como de costumbre, Virginia se negara a reconocerlo.

—No es que se le parezca en todo. Es el aire, su forma de ser. Así al detalle, claro que son distintos.

—¿Pero tú te acuerdas de cómo era papá?

¿Cómo era papá? ¿Más bien alto o de estatura media? Más alto que Cecil, más alto que mamá, hasta puede que más alto que Molina. Eso es fácil de comprobar en las fotos que quedan, pero ¿y los ojos y el color del pelo? ¿Y su voz? Es difícil de acordarse. Su voz y todo lo que no dice la foto, se esfuman como a su alrededor sin dejar rastro. Y sin embargo, hace años, hace unos cuantos años, aún podía evocarlo cerrando los ojos, ver su imagen, como a veces en sueños. A veces en sueños me coge de la mano, me levanta de la cama. ¿Dónde vamos? ¿Qué hacemos? ¿Dónde está Virginia entonces? ¿Por qué se queda? ¿Por qué sigue durmiendo y no viene con nosotros? Entonces viene el despertarse de golpe con esa sensación de ahogo, como si de repente la garganta, más que los pulmones, se quedara inmóvil, convertida en piedra. Así, de piedra inmóvil, debe estar también la memoria cuando se dice «era tan bueno» o «era tan alto» y apenas si se acuerda una del color de sus ojos.

¿Cómo eras? ¿Como dicen algunos, tan bueno, emprendedor, listo y constante?

La placa de la capilla del pueblo dice eso. La de aquí, de la ciudad, añade más elogios aún. Cierro los ojos y no consigo verte y los viajes que hacemos por la noche me es imposible recordarlos de día. De modo que no sé por qué Emilio me recuerda a ti, quizá porque a pesar de todo recuerdo algo de ti sin saberlo o porque hubiera querido que tú fueras como él y así me lo imagino. No recuerdo tu voz, ni tu forma de andar, ni —lo que es más raro— de hablar en la capilla, pero sí otras cosas menos importantes: que cuando alguien te ofrecía un cigarro, alzabas la palma de la mano como interponiendo una barrera entre tú y el cigarro, como ante una costumbre poco recomendable. Me acuerdo de la mano pero no si decías «gracias, no fumo» o «gradas, paso» como otros, o movías la mano en sentido negativo como el limpiaparabrisas, como ese amigo que se ha traído Emilio de Suiza y toca con tanto gusto la guitarra.

Esa mano de papá rompió con furia un oficio en pedazos. Un oficio de la Diputación poniendo no sé qué pegas para la construcción de la capilla. Y otra vez estrelló el tintero contra la pared como nuestro padre Lutero, cuando oyó por enésima vez aquello que al principio decían aquí los pobres llamando a nuestra puerta:

—¿Cuánto ganaremos al día por cambiar de religión?

Yo no lo vi y, sin embargo, lo recuerdo. Virginia lo niega. Yo no lo presencié, pero es como si alguien me hubiera dicho: «Esto fue este día, de esta forma y manera».

Otra taza de té y Virginia y Muñoz todavía con sus listas y sus sumas y restas. Si se hubieran casado los dos no tendrían estas prisas de ahora, todos estos problemas. Podrían dedicarse todas las tardes a los proyectos de ambos, aunque seguramente al Hermano Muñoz le gusta que le cuiden después de trabajar tanto por la mañana y trajinar por la tarde en la capilla.

—¿Otra taza? —ofrece su mujer—. ¿No le apetece más?

—No; por favor; muchas gracias. A estas horas me pone muy nerviosa. Luego, con las palpitaciones, no consigo conciliar el sueño hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

—¿Ha probado a leer un poco?

—Sí; a veces lo hago.

—Yo podría prestarle algún libro. Mi marido tiene muchos que podrían interesarle —pasea su mirada por las estanterías—. No es que yo se los recomiende para dormir, sino porque, ya que tiene ese tiempo vacío, lo aproveche para perfeccionarse y acercarse de algún modo al Señor. ¿Conoce «La Bandera de la Reforma»?

—No; oí hablar de él, pero ya le digo que leo pocos libros.

—No es un libro, es una revista muy interesante. Para nosotros, claro. Aquí la tenemos toda encuadernada y se puede leer muy cómodamente. En la cama incluso.

Se alejó hasta el pasillo, también con sus estantes como la trastienda de una librería, y después de un examen minucioso volvió con dos tomos, uno grueso,

encuadernado en rojo, y otro en rústica, más pequeño.

—La verdad es —intentó justificarse Margarita— que me paso todo el día metida entre libros. Cuando vuelvo a casa, entre ayudar a la criada y descansar un poco, apenas tengo tiempo para nada.

—Bah, no hay prisa. Léalos con tranquilidad. Ya tendrá luego tiempo de devolvérmelos. Mire —le alargaba el pequeño—, este es muy interesante: «Un Nicodemo en el mundo de hoy».

Después del primer sueño, profundo y breve, cuando esa sensación de ahogo que tan bien conoce la vuelve súbitamente lúcida, la casa, la habitación se halla a oscuras, salvo el leve resplandor de la calle. En la cama de al lado, a veces ronca suavemente Virginia: un rumor agitado al que, de vez en cuando, se mezclan palabras en un galimatías que a ratos se entiende y a veces es como un estertor que fluye, baja de tono y súbitamente desaparece.

—¿Y crees que tú no hablas? —se defiende al día siguiente.

—¿Y qué digo?

—Cosas. No sé. ¿Cómo quieres que me acuerde?

Viene después esa angustia de no saber dónde se está. Si esa luz llega de la calle o de los campos que rodean la casa de piedra, del jardín con la tumba de «Tom» y su callada fuente. Pero de pronto el rumor de los trenes es como si hiciera luz en el cuarto, lo centra, lo arropa, lo anima, lo vuelve comfortable. Silbidos lejanos de algún convoy que pide entrada; el bramar de otro lejano que se acerca, el resoplar pesado de las pocas locomotoras de vapor que aún quedan para las maniobras y, de cuando en cuando, el altavoz opaco, gangoso, que avisa a los viajeros dormidos en los bancos o en la sala de espera.

Todos los rumores se repiten siempre, iguales, a su tiempo debido, llenando la noche como el vapor del gasoil que en verano llega a través de las ventanas abiertas, o el olor a carbonilla, al carbón que recuerda su llegada a la ciudad, a este piso, a esta casa, un olor que perdura aún, a pesar de las nuevas locomotoras eléctricas. Los silbidos, los lejanos bramidos, los metálicos golpes, el estruendo del chocar de los topes, se hablan, se contestan, acompañan a cada convoy que parte. ¿Cuántas almas de esas que viajan, trabajan en las tinieblas de las vías o esperan soñolientas en los andenes conocen al Señor? ¿Cuántas le sirven? ¡Oh Tú, gran Dios que por Tu bondad y poder haces ver la verdad! Cuida de ellos en la Tierra, como en el Cielo, donde quiera que estén o vayan, para que, como dice Pablo, sean un día nuestro gozo y nuestra gloria.

(Sr. Don Lucio Sedano. Muy Sr. mío y de mi todo mi aprecio: Con gran pena han llegado a mis oídos algunas noticias de su persona y actividades en ese pueblo que, como usted debe saber, a pesar de no residir yo en él, forma parte de mi parroquia. En principio me resistía a creerlas, pero habiéndose repetido en estos días, no puedo por

menos que dirigirme a usted, no precisamente como párroco, sino como amigo, para que me diga con toda sinceridad lo que haya en la materia.

Ya puede suponer que me refiero a voces que se han propagado por esa vecindad, ligándole a algunas personas afiliadas a la secta protestante y en particular a cierta mujer de nacionalidad inglesa, con la que vive en perpetuo concubinato. También se dice que lee la Biblia a los vecinos, que la explica a su modo sin hallarse preparado para ello y que incluso piensa recabar fondos para construir una capilla.

Yo no lo he creído; no puedo creer que usted haya olvidado los principios que mamó con la leche de su querida madre y que, apostatando de la religión verdadera, vaya a echarse, a la vez, en brazos de concubina y compañeros sediciosos. Todo hombre es capaz de una alucinación y acaso usted sea víctima de una de ellas inadvertidamente y sin quererlo. Por eso, yo desearía que usted me franqueara el corazón y le agradecería muchísimo se viese conmigo si no tiene inconveniente, más que, si mal no recuerdo, en algún tiempo hemos sido amigos, cuando en los días de la infancia nos reuníamos en la misma escuela. Espero me dará ese placer, si puede ser esta misma semana, o si esto le fuese molesto, contestarme, lo antes posible, seguro de que, en todo caso, se lo agradecerá en el alma su amigo affmo. y párroco q.b.s.m. Firmado A.M.)

Un día, su demonio le llevó a Molina a conocer todo aquello que podía ganar siguiendo su consejo. No le subió a la cima de la montaña blanca para decirle: «Todo esto es mío»; alquilaron un coche y se fueron a la ciudad, una ciudad distinta a la que en vida de su mujer había visitado. Su demonio la conocía bien, aunque siempre afirmaba que sólo había pasado en ella unos días, cierta vez que operaron a su madre. «Después, sólo de paso. Lo que pasa es que a mí el tiempo me cunde. Abro los ojos bien y veo más que otros en un mes, en un año.» Y en verdad debía tener ojos de halcón porque, desde la piscina, cerrada ahora, hasta aquel oscuro club recién inaugurado, todo se lo sabía, todo lo había visto, incluso aquel barrio tras de la catedral, donde lieres y casas de comidas se apiñaban abiertos hasta la madrugada. Aquello era preciso conocerlo, allí estaba su futuro negocio, aunque a Molina no le gustaban aquellos callejones con olor a sebo, a aceite rancio, en que la carne se freía. Su olor era el olor de la retama ardiendo, el aroma de los hornos, sus secas llamaradas, su vaho ardiente como viento de tormenta, no aquel aliento graso y pegajoso que dejaban escapar puertas y ventanas, expulsado, como sin ganas, por mugrientos ventiladores. Aquel no era su reino, su país y su demonio lo comprendió bien pronto. Se acabaron los paseos después de cenar, después del cine de la tarde, para calcular el número de clientes en cada local, si parecían muy llenos o vacíos, incluso el preguntar a algún viejo conocido que siempre respondía igual, que el negocio no cubría gastos y que por su gusto ahora mismo lo vendía. Mas cuando por probar, como en tono de broma, se preguntaban precios, ya comenzaban las

respuestas vagas, las evasivas y titubeos. Era inútil volver y, como decía su demonio, bien se veía que todos aquellos marchaban bien, a pesar de las lamentaciones de sus dueños.

Podían haber insistido más, pero Molina se sentía incapaz de trabajar, de vivir allí. Una cosa es que dejara a los Hermanos y otra que fuera a meterse en el infierno. Su demonio lo comprendió pronto y como era un demonio paciente pensó que era mejor esperar a otro viaje. O quizá mejor en otra capital, aunque en ella no tuviera parientes, porque en esta se daba cuenta de que en el fondo le molestaba aquel trato familiar hacia ella de muchos de los chicos de los bares. A fin de cuentas él era su patrón, ahora algo más que su patrón, aunque continuara sin hablar de casarse y ella no fuera tan torpe como para recordárselo. Por el contrario, como siempre, repetía:

—¿Para qué? ¿No estamos mejor así?

Y Molina pensaba que tenía razón, sobre todo si comparaba aquellos días con los de su matrimonio. Hasta la incertidumbre de buscar hotel, que al principio le parecía una barrera infranqueable, llegaba a ser un aliciente más cada vez que se encerraban en el cuarto, cuando su demonio solucionó el alojamiento, encontrando un parador en las afueras a cuyo encargado, casualmente, también conocía.

Y era cómodo también visitar a su hermano, comer en su casa, dejando a su demonio en el hotel o de compras a la hora de la siesta. El hermano debía conocer las dos historias: la del demonio y la de su expulsión, y saltaba a la vista que las dos le divertían y que ninguna de las dos le importaba demasiado. Él nunca fue religioso, al menos practicante, y las pocas veces que se veían, jamás se preocupaban de esas cosas. En cambio la mujer era católica y siempre hubo problemas, sobre todo antes de enviudar, entre las dos esposas de los dos hermanos. Ahora, seguramente aprobaba su salida de la Comunidad y debía parecerle un momento excelente para volver a casarse.

—A tu edad ya no es para estar tan solo —le decía—. Sobre todo en un pueblo como aquel, donde ni siquiera médico tienen.

—¿Y tú qué sabes si está solo Miguel? —se reía el hermano, mirando al otro por encima de su copa—. A lo mejor no está tan solo, no te fíes mucho —y gozaba viéndola escandalizarse y volverse tan serio el rostro de Molina—. Además una vida bien tranquila, no como yo, dejándome por ahí los años mejores, en sacar adelante a los hijos.

Pero bien se veía, como siempre, cuán satisfecho estaba de sí mismo aunque a él también le gustara lamentarse como a los otros, a los dueños de los bares. Hasta quizá se sintiera superior, trabajando en la piedra, mejor que luchando con la tienda y el barro. Tenía una cantera de mármol, en el camino opuesto al de Madrid. La había comprado muy barata cuando el dueño anterior perdió su fe en ella, pero él era hombre de fe y tenía ese instinto especial de los que llevan mucho tiempo denunciando terrenos. La cantera, el mármol habían respondido y ahora ya tenían otras y alguna que otra pequeña mina de carbón. Molina pensaba que él, en cambio,

por mucho que su demonio se empeñara, era de otra pasta, de otra raza, de la raza de aquel polvo del Páramo, y que a fuerza de amasarlo tantos años, de trabajar en él como las gentes de la Biblia, ese mismo barro le había transformado. Por eso el primer día se cuidó mucho de no explicarle ninguna clase de proyecto. Tiempo habría más adelante si es que se decidía, teniendo en cuenta que su cuñada no dejaba de insistir en que pasara a comer el próximo día que volviera.

—Claro, hombre; no dejes de pasarte por aquí. Ya verás cómo, si ella se lo propone, te casas sin remedio. Aunque eso sí; esta vez tendría que ser con el cura por delante.

—Qué tonterías dices. Ya sabes que yo no me meto en esas cosas.

—Es verdad. Que me lo digan a mí.

—Te quejarás encima.

—No es que me queje, no; sólo digo que como las mujeres no os podéis casar más que una vez, os desquitáis casando a los solteros.

—¿Cómo que sólo una vez?

—Digo en vida del marido.

—¿Y los hombres?

—Los hombres, las veces que quieren. ¿No es así? —había mirado a Molina que, con su mala cara, aceptaba a duras penas la ironía. Después, para hacerse perdonar el enfado, le había llevado a la cantera en su coche, recién estrenado, que embalaba por aquellas carreteras mal asfaltadas, a través de pueblos que aparecían de pronto sin una mala señal, conduciendo como si fuera veinte años más joven. No es que Molina tuviera miedo, pero le molestaban aquellas exhibiciones de su hermano. Además había aceptado contra su voluntad, pensando en su demonio, que en el hotel estaría aguardando y que a la noche tendría que calmar. Había sido, después de todo, un viaje cortó a fuerza de tan rápido. Media hora todo lo más, entre prados cercados de mimbreras y álamos gigantes, como de otro país a cien leguas del Páramo. Prados de hierba alta, coronados por montes rojizos cubiertos de avellanos. El agua centelleaba abajo a borbotones, sobre lávanas inmensas, lisas, pulidas, llanas o en pozos de fondo azul en cuyo fondo la sombra de las riberas crecía hasta juntarse como un limo amenazador, impenetrable. Al principio la mancha fosforescente de los prados se alzaba hasta la cima de los cerros, pero después, a medida que el hermano aceleraba, iban quedando esas cimas peladas, desnudas, grises, taladradas, pulidas por la nieve y el cierzo. Del otro lado de aquellos roídos paredones convertidos en entradas, en caminos tortuosos del viento en cauces de invisibles ríos, en nidos de grandes pájaros que no existieron nunca, venía la primavera ya, llegaba en el húmedo olor de la genciana, a punto de brotar al pie de los últimos neveros, de las grietas donde, bajo los hielos, comenzaban de nuevo a deslizarse las maños recién licuadas de la nieve.

—Aquí donde me ves, este camino me lo he hecho yo, durante casi dos años, todos los días, en invierno y en verano.

—En un buen coche, se tarda poco —replicaba Molina, a su pesar,

avergonzándose de halagarle así, de esa manera.

—¡Ay, hermano! Hasta a pie tuve yo que hacerme una vez casi veinte kilómetros; una vez que se me estropeó la moto que entonces tenía.

Oyéndole, se diría que no fueran hermanos, que nunca hubieran vivido juntos, que fuera hijo de un rey. No parecía recordar cuántas veces, de chicos, les fue preciso andar, tanto o más, para buscar un médico o por gusto, simplemente, nada más levantar la veda cada año. Pero él hermanó estaba en su día de gloria y no sería él quien fuera a estropeárselo.

Por fin habían llegado a la cantera donde los peones, el capataz y el conductor del camión le trataban con gran respeto. Había charlado un buen rato con el capataz y su tono ya no era el de antes. Ahora había olvidado las bromas; aparecía tal como debía ser, pidiendo cuentas, mirando constantemente a los que arriba trabajaban en el tajo. Finalmente se había vuelto sin escuchar siquiera las razones del capataz.

—¿Qué pasa? ¿Va algo mal?

—No; nada, vámonos a tomar una copa. Siempre están con lo mismo; si los contratas a destajo, mal; si los contratas por horas, tampoco están contentos. Nunca en la vida los verás conformes.

Y abajo, en la cantina, a un lado cada uno de la mesa, como adorando a la dorada botella entre los dos, había vuelto su buen humor de antes, había preguntado en su tono habitual de hermano mayor, como si aún se encontrara entre sus peones:

—Y tú, a ver, cuéntame qué demonios haces por aquí. Porque ¿no me irás a decir que vienes de turista?

—¿Quién dice eso?

—Ni que viniste a pasarte unos días con la fulana esa.

—Lo de fulana o no, es más bien cosa mía.

—Bueno, chico, perdona. Yo no la he visto, es la pura verdad; pero ya me vinieron al oído con que la tienes en el hostel ese de ahí, de la carretera de Madrid. Seguro que a estas horas está el dueño en la cama con ella. Hermano —añadió, intentando como siempre hacerse perdonar—, tú no tienes término medio: o te comes los libros de santos o te emputañas con la primera que llega.

—¿Y tú?

—¿Yo? —le miraba sorprendido, paladeando su copa y volviéndose a servir—. ¿A mí me dices? Tú no distingues, o es que te empeñas en sacar las cosas de quicio. Una cosa es un polvo de cuando en cuando, una expansión que no hace daño a nadie, y otra traerte a esa prójima, a esa ciudadana aquí, aquí precisamente, donde debes creerte que la gente está ciega.

—¿Y a mí qué me importa la gente?

—Sí; eso decías antes, y ya ves cómo acabó la cosa.

Otra vez se había dado cuenta de su error y se había apresurado a pagar, en tanto que Molina, sin responder palabra, se metía en el coche. Habían vuelto en silencio por los valles ya oscuros, donde el río de las rocas pulidas por el agua alzaba su

rumor hasta las cimas pulidas por el cierzo.

—Bueno, Miguel —se había despedido el mayor—, bromas aparte. Después de tanto tiempo, no vamos a enfadarnos por palabra más o menos. Además ya oíste a Antonia: no para de decirme que debíamos vernos más a menudo. En serio te lo digo. Aunque no sé lo que piensas hacer, si te hago falta dímelo, a pesar de que no tengo la menor idea de por qué estás aquí y yo, donde no me dan pie, no meto la cabeza. Cada cual sabe lo que hace con su vida y tú eres un hombre, no un niño precisamente.

(Sr. Don Antonio Miñana. Ribera de Negrillos. Muy Sr. mío y de toda mi consideración: Tengo a la vista su muy grata carta, por la cual veo se toma usted gran interés sobre mi humilde persona. Respecto a lo que usted me dice que ha oído, referente a mis relaciones con personas ajenas al culto Romano y más concretamente a mi esposa, debo decirle que, efectivamente, me ligan a ellas, no tan sólo la amistad corporal, sino también la espiritual, y en lo que se refiere a aquella con la que usted afirma vivo en perpetuo concubinato, no es otra que mi esposa ante Cristo. Esto creía yo que lo sabía ya anteriormente, pues di de ello testimonio cuando pasaron a recoger las cédulas de comunión y mi misma esposa manifestó que pertenecíamos a estas Asambleas.

Respecto a lo que usted me dice de haber olvidado yo los principios del Catolicismo Romano y que, según usted, mamé de los pechos de mi querida madre, diré a usted que estoy muy agradecido por todo lo que mi madre hizo por mí, pues sustentó mi cuerpo.

Pero ¿y el alma? ¡Ah! El alma necesita leche espiritual y esa leche está en la palabra de Jesús y Sus apóstoles, tal como está escrita en Sus Santos Evangelios. ¿Cómo pues acusa usted de falsa una religión que se basa en tales cimientos?

No crea usted que por ningún concepto haya abrazado el Evangelio víctima de engaño alguno o, como nuestros enemigos nos achacan, movido por ventajas de dinero. No. Lo he abrazado convicto y confeso de su verdad. Y las mayores persecuciones y tribulaciones que me puedan sobrevenir por causa de Jesús y Su Evangelio, me servirán para afirmar más y más mi fe en Su Santa Palabra. Si antes la hubiese conocido, antes la hubiera aceptado.

Si algo me da pena, es el haber vivido tanto tiempo en tinieblas. No se extrañe pues si intento propagar la Buena Nueva entre mis vecinos y que incluso intente levantar una capilla, cosa que es tan sólo el principio de lo que, con la ayuda del Señor, emprenderé.

Espero que mi carta no sirva para que se enemiste conmigo. Si hemos sido amigos en nuestra infancia, cuyos recuerdos juveniles no se olvidan fácilmente, ¡cuánto más podremos serlo ahora! Créame usted que le amo con todo mi corazón y pido al Señor inflame el suyo con el mismo amor. Queda de usted, como siempre, su affmo. s.s., Lucio Sedano.)

Dos lápidas cuadradas, no muy grandes, de mármol, con las letras negras hundidas en la hierba, con nombres, fechas y signos que son cruces y renglones como el más y el menos de las sumas. No están bien situadas, sino hundidas a medias en el prado y se nota que fueron recientemente lavadas. Dos lápidas que llaman la atención ahora que pueden distinguirse, con sus esquinas partidas recortadas. Ahora pueden distinguirse bien, leerse los nombres y apellidos y las fechas, desde que las dos hermanas las fregaron. Antes, con el camino vecinal, tan sólo se llegaba a aquella altura a caballo y ello con gran trabajo, pues venir de la villa más cercana llevaba una mañana y una tarde. Ahora, con la nueva pista forestal, es un paseo en coche, un paseo a veces peligroso, sobre todo si no se conocen bien las últimas rampas, que Virginia siempre baja despacio temiendo patinar sobre la grava.

Las dos hermanas lavaron las lápidas, las frotaron con arena del río y piedra pómez y el Hermano Muñoz hasta propuso repasarlas con ácido para que cualquiera pudiera leer con claridad las fechas y los nombres.

Y los nombres quedaron nítidos sobre su fondo blanco: dos de hombre y uno de mujer que sólo alguno recordaba vagamente. Sólo el herrero guardaba memoria de ellos, ese Hermano gigante y tosco de aspecto, que trabaja en la fragua movida por el agua. Viene retumbando por un canal de piedra para mover las palas de la rueda que, al girar, alzan y dejan caer el tronco enorme del martillo pilón. Y el agua también, cayendo por otro cauce vertical de granito, desplaza violentamente el aire que aviva el fuego donde el hierro se vuelve rojo, rosado, casi blanco, convirtiéndose en picos, azadas o rejas de arado, como hace siglos.

Los padres del herrero son dos de los que están allí, bajo las lápidas del prado que Margarita y Virginia limpiaron con tanto cuidado. Ellos fueron allí los primeros Hermanos.

—Hasta entonces, nadie, por estos pueblos, había oído la Palabra del Señor. ¿Qué iban a oír, si estaban, como quien dice, en el fin del mundo? Aunque mis padres la aprendieron en el fin del mundo, en Argentina, nada menos, donde estuvieron de emigrantes. Volvieron al cabo de los años, ni con más ni con menos de lo que se llevaron. Quiero decir: con nada, pero ya convertidos. Tenían como un tesoro esa Biblia que yo guardo todavía y no perdonaban domingo sin cantar los salmos.

Tras dejar aparcado el coche en las afueras del pueblo donde ya el herrero esperaba, han emprendido los cuatro el camino de la fragua. Emilio y el herrero van delante, seguidos con dificultad por las hermanas. Allá van, junto al agua, entre los olmos que comienzan a romper en las puntas doradas de sus hojas. Salvo el herrero, los otros tres parecen excursionistas ya un poco maduros, Emilio con su pelo casi blanco y su andar decidido y las dos hermanas detrás, algo rezagadas, sin atreverse a pedirles que aminoren el paso.

Siempre es así, siempre cerca del agua parece que la fragua estuviese más cercana, se cree oír el zumbido del caz, pero el rumor engaña y el cauce se prolonga y crece entre las zarzas lamiendo paredes que llevan años a punto de caerse, lamiendo

los cimientos donde una fauna diversa de insectos nada contra corriente, haciendo subir desde el fondo las sombras voraces de las truchas.

De pronto Emilio cae en la cuenta de que las hermanas se rezagan. Además, ahora el camino sube aún más estrecho, cortado por vetas de cascajo y pizarra.

—Perdonarnos —se excusa—, perdonar. Es que hablando, hablando, se olvida uno de todo lo demás.

Ha dejado a sus pies la bolsa de lona donde va la comida y mira, entre los abedules, el brillo de los tejados de la fragua.

—Mejor que hagan una parada aquí —dice el herrero— mientras yo voy preparando las cosas.

Ahora, a solas, en pie, con su jersey deportivo, por cuyo cuello asoman los picos de la camisa abierta, es casi como uno de esos actores de las películas que Margarita ve en el salón de los Hermanos de Madrid, esas películas viejas, gastadas ya, que en sus raros viajes prefiere a las reuniones femeninas.

En la penumbra repleta de sillas, de libros encerrados tras cristales donde la luz de la pantalla se refleja y deshace en rostros a veces limpios y tranquilos y a veces impasibles, como muertos, se oye más el rumor del proyector que la voz de ese actor que toma de la mano a su pareja, para bajar juntos, pausadamente, el camino que lleva hasta un río como este, murmurando quién sabe que palabras, perdiéndose al final entre los árboles. A pesar de lo viejo de la copia, las nubes resplandecen a medida que la música sube, llenando el pequeño salón, anunciando la palabra «fin» que hace encender las luces. Luego viene el despertar, el volver al mundo un poco tímidamente, antes de esa palabra, ese primer saludo al vecino de silla, como debe hacerse, lo mismo que a la mañana en la capilla, una vez terminado el culto.

Al cine de los otros, de los del mundo, también va alguna vez cuando dan alguna película de esas que anuncian tanto, de las que Emilio dice que siempre enseñan algo, incluso desde el punto de vista moral. Aparte de que en Madrid es tan grande que sería mucha casualidad encontrarse con alguien conocido. Allí, en la oscuridad pegada a la pantalla, lejos de las parejas que se abrazan en las últimas filas, se está bien, aunque a veces resulten incómodas esas escenas de prolongados besos o cuando la protagonista comienza a desnudarse o esas conversaciones en la cama que abundan tanto ahora. Entonces desvía la mirada al techo o a los lados o mira de soslayo al público que se mantiene bien atento, por cierto, hasta que, a través del diálogo, deduce que la escena ha pasado ya. Luego, al final, cuando ve que la historia va a terminar, sale discretamente antes que los demás, a ser posible por una de las puertas laterales.

A Virginia, en cambio, el cine la aburre, incluso el del salón de los Hermanos. Prefiere aprovechar el tiempo en reuniones sociales, en el periódico oral o en cultos juveniles, incluso en los musicales, que reúnen a todos los Jóvenes Evangélicos de Madrid, aunque en ellos, y en razón a su edad, no le hagan mucho caso cuando quiere intervenir y organizarlos. Por su culpa no hay televisión en la casa, algo que es como

el cine pero más instructivo y menos peligroso. Su peligro consiste —asegura Muñoz— en el tiempo que hace perder, en que al estar metida en casa puede verse con sólo darle vuelta al botón, en tanto que para el cine hay que hacer un acto de voluntad, vestirse, salir, comprar la entrada y arriesgarse.

La televisión está en casa, incluso puede disimularse con una bonita cortina de cretona, y a la noche, a la vuelta del trabajo, se cena, se descorre esa cortina y se asoma una al mundo hasta la media noche.

Virginia no quiere asomarse al mundo. Ella, de la capilla a la oficina de seguros, y del trabajo a casa de Muñoz o de nuevo a la capilla. La verdad es que no tiene tiempo para más, tal como tiene organizada su vida: recoger el correo, contestarlo, visitar a los Hermanos, cuidar de la capilla y, encima, los domingos, las Misiones. Así no puede apreciar el parecido de Emilio con el actor aquel que bajaba con la chica de la mano. De todos modos, aunque fuera capaz, ¡quién sabe qué diría! Seguramente: «Deberías pensar en otras cosas», o si está pesimista o con ganas de herir: «Nosotras ya no estamos para eso». Ahora que el mundo dicen que va a cambiar, que ya está cambiando, debería de haber algún pequeño agujero, un pequeño resquicio para mirar al cielo como a través de esos álamos al pie de los que Emilio está. ¿O es que no cambia, como dicen míster Baffin y Virginia? ¿Por qué no asistir a ese Congreso que va a haber en Barcelona? La respuesta de Virginia, como siempre, ha sido: «¿Para qué?», pero alguna vez hay que empezar a olvidar sus respuestas.

Ahora, al pie de la fragua ya, comienza a aparecer en la casa frontera la familia del herrero y dos Hermanos más cuyos caballos sacuden las crines a la puerta.

—¿Qué tal? ¿Cómo les fue? —rodeaban a los recién llegados—. Ya creíamos no volverles a ver, sobre todo al Hermano Emilio.

—Estuve fuera casi cerca de un año.

—Ya; ya nos lo escribieron. ¿Es verdad que se queda, por fin, allá en el extranjero?

—No me gustaría, la verdad.

—Allí se vivirá mejor que aquí.

—Pues yo prefiero esto.

—El Hermano tiene razón —respondía el herrero—; el Señor está en todas partes y ¿dónde va a encontrar otros aires como estos?

Todos reían excepto el hijo menor, el último en aparecer con sus botas de lona, su camisa de colores y su gorrilla terciada sobre la frente repleta de apretados mechones.

—Dígaselo a este —el herrero había pasado su brazo macizo sobre las espaldas del muchacho—, dígaselo a este, que se quiere marchar como el hermano. El hermano se me fue a Barcelona allá para Septiembre, y este, en cuanto le llamen a la mili, no vuelve por aquí, acaba con el otro, en la fábrica de coches. Claro que —se apresuraba a justificarle de antemano— ¿quién mete a un chico ahí, en ese infierno de la fragua, de rodillas todo el día, respirando humedad y carbón como su padre y su abuelo? Si bien se mira, tienen razón —iniciaba con los demás el camino Inicia la

puerta de su casa—; lo único que me preocupa es lo que será de todo esto, el día en que yo falte.

Habían subido al piso superior por una escalera quejumbrosa y limpia que multiplicaba la ascensión como si fueran tres veces más de Hermanos, y allá en el comedor, Emilio había abierto aquella vieja Biblia venida del otro lado del océano. Tras leer unos versículos, entonaron torpemente unos salmos. Sobre la mesa, cubierta de un mantel recosido cuidadosamente y limpio, había un canastillo de pan recién cocido, caliente aún, y sobre una bandeja una jarra con vino, vasos y servilletas blancas como el mantel. Emilio había tomado con cuidado el pan, dividiéndolo en cuatro porciones. Era un pan delicado, blanco y esponjoso que esparcía por la reducida habitación su rico olor, un olor fecundo y penetrante. Ofreció el canastillo, en primer lugar, al dueño de la casa que, tras depositarlo en su regazo —todos se habían sentado ya—, y tomando con cuidado, con la punta de sus dedos deformes, una porción blanda y suave de miga, se la llevó a los labios, pasando luego el canastillo a la mujer, a su lado. Así, todos los presentes en torno de la mesa, fueron tomando su porción hasta que el pan dio la vuelta completa a la mesa y su aroma llegó a ser más fuerte que nunca. Luego, de igual forma, circuló la bandeja con el vino y los vasos, ofreciéndoselo unos a otros, limpiándose los labios tras el breve sorbo hasta acabar en las manos de Emilio. Habían guardado silencio un instante con los ojos fijos en el suelo, hasta que Emilio, de nuevo, había alzado la cabeza.

—Ahora, después de dar gracias al Señor en nuestros corazones, sólo queda daros gracias a vosotros, Hermanos, por vuestra hospitalidad. Para nosotros siempre es motivo de alegría venir hasta aquí, gozar de la Santa Cena con vosotros. Nuestro único pesar es no acercarnos tantas veces como quisiéramos. ¿Qué mayor gozo que reunimos aquí, lejos del mundo, para dar testimonio de Cristo? Acaso penséis: pero Cristo, ¿no está también allá en las grandes capitales? Hermanos, yo os aseguro que Jesús está aquí, entre estas sencillas paredes, más gozoso que en cualquiera de esas enormes ciudades. Jesús fue humilde y es y será principalmente el Señor de los humildes, recordarlo, llevarlo en vuestro corazón, donde quiera que estéis, donde quiera que vayáis al cabo de los años.

Después, tras la comida, había llegado el adiós a las lápidas del prado y al pueblo con su fragua, hundido cada vez más en el fondo, del valle, por donde ya las sombras avanzaban, apagando el río y su haz centelleante. Abajo quedaba el herrero con su fragua y los nombres de sus padres. Era siempre una mala hora, aquella, para volver de noche con los faros, abriéndose paso a duras penas en los vagos caminos nocturnos. A veces alzaban estúpidos mochuelos o hacían correr ante su luz algún torpe gazapo y cierta noche de un cálido verano corrió, junto a las ruedas delanteras, sin que supieran reconocerlo, la sombra queda, un poco misteriosa, del lince.

Pero aquellos rumores de la noche, aquellos gritos espaciados, leves, agudos o profundos, traían siempre, inevitablemente, el recuerdo del jardín y la casa vacía y el de las otras casas de otros Pastores de distintas confesiones. Unas caídas, otras

abandonadas, tras muchos años de trabajos inútiles, algunas cerradas desde el tiempo de la guerra. Las de los Pastores ingleses aparecían con sus ventanas tapiadas, como esperando algún asalto, pero todas habían sido respetadas. Por algo se trataba de bienes extranjeros. Incluso, la de un Pastor bautista que vivía diez leguas más al Sur que Sedano y del que se murmuraba que era espía por la antena de radio que coronaba su tejado. Un día, con el país ya dividido por los frentes, se había detenido a charlar con Sedano, camino de Vigo con el salvoconducto en el bolsillo y el billete del barco que habría de devolverle a Inglaterra. Venía acompañado de un joven colportor a quien la guerra había sorprendido repartiendo Biblias y propaganda en Tierra de Campos y del que Virginia se pasó hablando cerca de un mes, con sólo haberlo visto al entrar con el té en el despacho del padre. Sedano y el Pastor estaban tan serios como Emilio ahora, pero aquel colportor del mechón rojizo, sobre la frente tan pálida, tan blanca, no debía dejarse impresionar por los asuntos que los otros trataban. Tan sólo iba repitiendo: «Muy interesante; muy interesante», y seguía atentamente la conversación, de la que era dudoso que comprendiera algo.

Más tarde, en el jardín, su estatura, sus hombros más anchos que los de Sedano, su mismo rostro poblado de rizada barba, le hacía parecer uno de esos apóstoles que aparecían a veces en las revistas. Fue la primera vez que Margarita supo que Virginia se fijaba en tales cosas, la única en que la conoció así, antes del desdichado episodio de Molina. Tiempo más tarde, una vez acabada la guerra, cuando ya los amigos de Madrid comenzaron a volver, se acercaron una tarde a la casa del Pastor inglés. Allí estaba, tan solitaria como las demás, con su jardín hirsuto y sus postigos cerrados, en las afueras del pueblo. Aunque las madreselvas cubrían las paredes como entonces, la verja del jardín aparecía oxidada, las pizarras se hundían y por el redondo ventanillo del desván entraban a su antojo las palomas. Los amigos de Madrid quisieron entrar, por lo menos hasta el jardín, pero el Hermano Muñoz se opuso, por no llamar demasiado la atención de los vecinos. «Además —añadió—, en realidad nosotros tampoco tenemos nada que ver con esto.»

Y debe seguir siendo territorio inglés porque ninguna de sus piedras falta y sus ventanas permanecen igual que entonces, tapiadas. Se diría que hasta el viento la respeta.

Sólo la antena, arriba, tiene doblados sus dos soportes y todas las conexiones rotas, caídas sobre la fachada.

(Sr. Don Lucio Sedano. Laguna de Negrillos. Querido Hermano de mi consideración y respeto. Aunque tarde, por el retraso con que llegan hasta aquí los periódicos, los del mundo y también los que atienden los negocios de Cristo, he podido enterarme de las barreras que, por su trabajo, levantan ante usted y su familia nuestros comunes enemigos. Aunque no tengo el gusto de conocerle personalmente, sino a través de las revistas que le digo, sepa usted que cuenta, en primer lugar, con

mis oraciones, y a la vez con un amigo de verdad que, como usted, también tiene sembrado de espinas su camino.

Dueño de un molino, con el que voy sacando a mi familia adelante, siempre hago llorar, con los libros en la mano, a toda criatura que viene por aquí a escucharme. Por estas predicaciones me llaman «el lorico de mi pueblo», diciéndome también que me aparte de la religión protestante. Pero yo les contesto que el protestante también es cristiano y protesta las mismas cosas que Jesús; que yo seguiré siéndolo por todo el resto de mi vida.

Así sigo con mi molino, y a todos los vecinos que se hallan avecindados en los campos, por estas cercanías, les gusta que les lea y les hable de Jesús, y quedan muy complacidos porque dicen que hago lo mismo que Él, que predicaba por las ciudades y los pueblos. Yo les recomiendo que tengan buen ánimo, sean firmes y constantes en la oración y el amor, y que tengan presente la promesa de que «el que habita al abrigo del Altísimo, morará a la sombra del Omnipotente». Quisiera conocerle y darle un abrazo por el mérito de su labor. Que las bendiciones del Señor desciendan sobre usted, ahora y siempre. Amén. Firmado, A.M.)

Tú, ¿cómo eras, papá? ¿Tan alto como Virginia dice? ¿Más alto que Cecil, que mamá, que nosotras? ¿Y el pelo? ¿Blanco como el de Emilio? ¿Cómo eras? ¿Bueno, trabajador, piadoso, como dicen esas lápidas de mármol a la entrada de las dos capillas? ¿Quién será capaz de juzgarte, salvo el Señor, después de tantos años de tu muerte? ¿Quién será capaz de recordar tus años con mamá, con Cecil? Pero mamá contaba, y otros muchos también, que, antes de que Cecil viniera, ya dabas ejemplo a los demás muchas veces, como en el año aquel tan malo de la plaga. Aquel año, aquella tarde famosa del mes de Julio, cuando se oyó en el pueblo como el ruido de un mar embravecido y una nube ensordecedora cubrió el sol, como dice el Santo Libro. Y así como Moisés extendió su vara sobre la tierra de Egipto y vino un viento de Oriente todo un día y toda una noche, trayendo la langosta, así debió el Señor extender su brazo sobre aquel pueblo incrédulo y la langosta vino sobre nuestra tierra, cubriendo la provincia entera, oscureciendo el día, consumiendo las hierbas y la fruta, la avena, la cebada y el centeno. El ruido venía de lo alto, de aquella nube oscura, toda chirriante de pequeños puntos negros que parecían temblar, tan pronto juntos como formando regueros en lo alto, caminos terribles cuando al final caían sobre los campos.

Cuando aquel zumbido sombrío y rechinante acabó de posarse sobre el vino y las huertas, las mujeres y los niños corrieron a la explanada, donde las tierras empezaban, a llorar sin consuelo, viendo al terrible y destructor insecto comerse, hoja a hoja, las viñas, las espigas y las coles. Como en el Libro Santo, todo pereció. Quedó el pueblo lo mismo que en los peores años de sequía, pero peor aún, con aquellos bichos asquerosos que al arder llenaban el aire de un olor repugnante. Un día, una noche entera y otro día, estuviste con los hombres del pueblo cuidando de los fuegos, y por lo mucho que te distinguiste te nombraron a ti y al párroco para entrevistaros

con Cecil, que venía con medicinas y socorros la primera vez que llegaba hasta el pueblo. Pero el párroco no quiso aceptar. Dijo que aquellos socorros eran sólo una excusa para traer al pueblo una calamidad mayor, de tal modo que tuviste que ir solo a encontrarte con ella.

Y Cecil está retratada en el jardín, tal como debió aparecer allí, con sus ojos claros, su falda hasta el tobillo y sus mangas hasta las muñecas, y lo que más llama la atención en la foto: ese gesto tan seguro que molesta un poco, que de venir de un hombre no humillaría tanto.

¿Cómo fue? ¿Qué pensaría Cecil, viéndote allí, a la entrada del pueblo, esperando, vestido de domingo, entre tantas ruinas y lamentos? ¿Cómo la saludaste? ¿Seguro o un poco tímido, como Muñoz, o cortés, como Emilio, con ese punto de luz en el fondo de los ojos que es como si se riera un poco, para dentro de sí, muy hacia dentro? ¿Cómo sería Emilio en una ocasión así? ¿Cómo es en realidad, cuando se excusa de ir a tomar el té a casa de Muñoz? ¿Qué piensa en realidad del porvenir de los Hermanos, cuando va tan callado en el coche de estas dos Hermanas que somos nosotras? ¿De qué habla cuando ríe después con ese amigo suyo que toca la guitarra? No se le entiende a Emilio. Junto a eso, junto a sus ironías y sus bromas con el amigo que se trajo de Suiza, están sus oraciones en la capilla o en Madrid, esa forma suya de hablar que a nadie se parece y que con su voz tan queda y tan profunda, dan ganas de cerrar los ojos y escucharle en los últimos bancos.

«Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino para dar testimonio de la Luz, para que todos creyesen por él.» Estas palabras, tan repetidas tras la muerte de aquel cuya memoria vamos hoy aquí a recordar, son la mejor síntesis, el mejor resumen y comentario a su vida y a su obra. Fue un gran padre santo, y al decirlo, me dirijo a los que nos comprenden y a los que no nos quieren comprender. Fue un hombre justo. Creía en los hombres, no en la Humanidad, en nombre de la cual se cometen hoy día tantas injusticias. Era un hombre, en fin, que creía en los hombres. Fue enemigo, por naturaleza, de la polémica y de la distancia. Sufría si alguien se colocaba sobre un pedestal. «Amo —dijo una vez— el trabajo colectivo, pero en mi barca no quiero remeros forzados. Por todo ello y porque consiguió de la Iglesia Católica el reconocimiento oficial del nacimiento ecuménico, nuestro hermano Juan quedará en nuestro recuerdo como un padre venerable, digno de nuestro profundo reconocimiento.»

Apenas se le distingue allá lejos, en el crucero de la iglesia católica, solemne como una catedral, barroca y dorada, poblada de lámparas y capillas, de imágenes en brillantes hornacinas. Más allá de los dos enormes púlpitos de mármol y bronce, hay colocada una mesa cubierta de terciopelo con su micrófono para los oradores y seis sillones rojos también. Emilio, tras sus palabras, se ha sentado, y su modo despreocupado de cruzar las piernas contrasta con la actitud más compuesta de los otros. Antes habló un sacerdote católico y el presidente de la Comunidad hebrea y el rector de la Iglesia Ortodoxa, pero Margarita sólo recuerda las palabras de Emilio,

allá, tras el micrófono, su voz, esta vez un poco deformada por los altavoces de la iglesia. Eso: la voz y la iglesia tan enorme donde cabrían diez o veinte capillas de Hermanos y el temor de ser vista, y lo que los mismos Hermanos pensarían del discurso de Emilio.

A la salida había multitud de rostros, algunos conocidos de otras confesiones, del salón de cine, de las Semanas Bíblicas o el concurso de coros. Un grupo de jóvenes había tomado el acto en su magnetofón y ahora, en el atrio, escuchaban y discutían algunos de los párrafos. Otros se saludaban o despedían y las tertulias en que ni un solo Hermano aparecía duraban aún incluso cuando ya sacerdotes y pastores se habían ido. Cuando Emilio pasó cerca de ella, Margarita se hubiera acercado a felicitarle, pero le pareció demasiado importante, entre el grupo que con él iba y que parecían suizos o alemanes. Además, ¿qué podía decirle? En aquel momento le pareció tan ajeno, tan lejano como en la realidad debía estarlo siempre y procuraba después recordarlo, cada vez que se acercaba a él y le estrechaba la mano, a la vuelta de alguno de sus famosos viajes.

Y como los caminos del Señor son difíciles de adivinar a veces, se había servido de Molina para hacer que Virginia se decidiera a asistir al Congreso de Barcelona. Molina no había hecho nada, ni dicho cosa alguna, pero cuando Virginia le vio allí, sentado con su demonio, en aquella terraza del café principal —el que antes sacaba sus sillas, al primer sol templado del año—, había prometido no parar en la ciudad un día más, en tanto aquel demonio estuviera en ella. Exageraba un poco, como siempre cuando estaba demasiado irritada, y además debió pensar que habían llegado para vivir allí definitivamente. No podía saber que después de fracasar en aquel primer viaje, en aquel intento preliminar, dejarían la ciudad al día siguiente.

Sin embargo, sólo había sido un fracaso en cierto modo. Su demonio no estaba dispuesto a ceder y si aquel capítulo primero había terminado, existían otros posibles, quizá más fáciles de intentar de llevar a buen fin, incluso. De ello estaban tratando, cuando de pronto había notado sobre sus ojos y sus manos, sobre todo su cuerpo, aquellos ojos que al pronto no reconocía, pero que más tarde, haciendo memoria y viendo el desconcierto de Molina, recordó verlos igualmente fijos como los del halcón, con su pico carnosos y su pelo negro y brillante atado atrás con una tinta negra, examinándola como pidiendo cuentas, cierto día al salir de casa, lo mismo que ahora. Hasta un día Molina había saludado a aquellas dos, y la que no miraba ahora, la que disimulaba, le había respondido, mas la de ojos pequeños, oscuros y castaños había mirado lejos sin responder, como huyendo. Esta vez, también Molina había iniciado un saludo que se quedó en el aire porque el halcón y su cría habían vuelto violentamente la cabeza.

—Esas dos son amigas tuyas, ¿no?

—Tanto como amigas... —respondía Molina—. Son las hijas de Sedano.

—¿Y quién es ese Sedano? ¿Es un rey?

—Uno que fue importante allí, en la Junta. El que hizo la capilla.

—Debió de ser un rey, uno de esos antiguos que salen en la Biblia, porque hay que ver las hijas cómo van vestidas.

Porque a fuerza de preguntarle, de querer saber, Molina había tenido que prestar a su demonio aquella Biblia que ella se pasó hojeando en la cama unos cuantos días, hasta que se dio cuenta de lo mucho que a él le molestaba.

—No querrás que la lea de rodillas...

—De rodillas no. Ni siquiera hace falta que la leas.

—¿Por qué? No soy tan bruta. ¿No dices tú que todo el mundo tiene derecho a leerla a su manera?

Molina se sentía como ante un muro. No era capaz de explicárselo ni siquiera a sí mismo y a veces le parecía que su demonio fuera enviado por sus antiguos Hermanos, justamente para crearle problemas de conciencia. De modo que guardó el Libro donde ella no pudiera encontrarlo más y se dedicó a escuchar sus proyectos ya ajenos a los bares.

Ahora se trataba del hermano. Molina le había explicado lo del coche, lo del hijo mayor estudiando peritaje, lo de aquella cantera donde todos le trataban con respeto, incluso lo de las otras minas que, ya de antiguo, tenía denunciadas.

—¿Y por qué no se mete con ellas?

—No sé; será porque tiene ya mucho dinero.

—Nunca se tiene mucho dinero —había respondido pensativa el demonio.

—Pues yo me conformaba con el que tiene ahora.

—Tú, sí —insistía.

—Entonces será porque no puede abarcar tantas cosas a la vez.

—Eso quiere decir que ya va para viejo.

Su demonio se lo había susurrado casi en tono de desafío para un hombre como Molina, que decía hallarse todavía duro y joven. Y le había susurrado también que si su hermano, de verdad, quería ayudarle y ayudarse a sí mismo a la vez, nadie antes que la familia, nadie mejor, más honrado y capaz para encargado de esas futuras minas, incluso aportando, por su parte, un poco de dinero. El periódico que ella leía tantas veces en el salón de espera del hostel venía repleto de ofertas parecidas.

—¿Y yo qué entiendo de minas, mujer?

—¿Y qué sabía tu hermano cuando se vino para acá?

Las razones de su demonio resultaban casi siempre irrefutables. Si Molina explicaba que su hermano había comenzado más joven, mucho antes que él, su demonio decía que no era cuestión de años, sino de decidirse a no ceder, de negarse a ser viejo, y hacía hincapié en aquello de la edad, cuando la discusión les sorprendía después del amor, en la incierta frontera de la cama.

Así habían llegado al final de aquellos días, mezcla de luna de miel y viaje de negocios. Como despedida, y otra vez en el coche poderoso, había ido Molina de

excursión con el hermano, la mujer y el hijo mayor, que hizo el viaje como ausente, aburrido, a ver cómo marchaban las obras del chalet que se estaba construyendo en la Montaña.

—A nuestra edad, hay que pensar en descansar un poco —repetía, a pesar de que Molina fuera cinco años más joven—. Además a los chicos les gusta y les conviene respirar estos aires, de cuando en cuando.

Pero el chico no parecía compartir aquellos entusiasmos, ni el del padre por el hotel ya a punto de cubrir aguas, ni el de la madre por el tío recién recuperado. Se veía que aquellos tesoros —el sol, el viento, el agua— le atraían poco y allí, dentro del coche, con su destino a cuestras, apenas se molestaba en disimular su indiferencia. Mas para Molina fue una buena ocasión, un día señalado, según contó a la vuelta.

—Empezamos con la mina en seguida.

—¿Cuándo?

—Dentro de un par de meses.

—¿Le convenciste, entonces?

—Le convenció mi cuñada, la verdad.

Su demonio había guardado silencio y, al cabo, preguntaba:

—¿Y cuántos años tiene esa cuñada tuya?

Y Molina, fundido a su demonio, le había murmurado al oído:

—Siempre piensas en eso. ¿Cuántos quieres que tenga? Más o menos los mismos que mi hermano.

Pero el demonio, que todo lo ve, que todo lo sabe, prepara y asegura que desconfía siempre, no preguntaba por capricho. Había aprendido casi desde niña que nadie da nada por nada, ni siquiera el trabajo, desde el día en que su madre la llevó a asistir a aquella casa de comidas, convertida más tarde en el hostel donde ella y Molina vivían ahora. Al cabo de los años, nadie, al llenar las hojas en recepción, la había reconocido, tan cambiada estaba. Además de que al llegar a la ciudad había hecho a Molina comprarle zapatos y un par de cortos y brillantes vestidos nuevos. El dueño, aquel antiguo y primer patrón, sí que la había reconocido, tras muchas dudas, cierta mañana, cruzando el vestíbulo ante la sala donde el televisor bombardeaba a los clientes. Se había acercado curioso, hasta amable, con esa otra cara tan distinta de la de aquellos días, de la de aquellas noches, para las chicas jóvenes que trabajaban en la casa. Le había preguntado si esperaba a alguien, si estaba sola, aunque bien se adivinaba que no lo estaba. Parecía respetuoso, distinto de años atrás, cuando todo eran órdenes, amenazas o promesas vagas, jamás cumplidas, de día tras el mostrador, de noche entre las sábanas. Y en sus palabras, en su tono y sus modales comprendía el demonio lo que había progresado en su camino desde salir de allí, de que, en tan poco tiempo, en un pueblo del fin del mundo había conquistado su derecho a mantener allí, al otro lado de la mesita repleta de revistas, a aquel amo tedioso, gritón de día y desnudo de noche, como un mono gordo, blanco y pelado, con la panza colgando, apuntando hacia los pies, entre las rodillas hinchadas como nudos de roble.

Nadie daba nada por nada. Ella comenzó a saberlo entonces y ahora lo recordaba y se sentía alegre viendo, calculando en sus ojos, cuánto había ganado en aquel pueblo miserable y a lo que aún podría llegar si algún día venían a la ciudad definitivamente. Entonces —lo veía en los ojos del dueño y en los de otros muchos inquilinos del hostel—, su suerte, su destino, podía apuntar aún hacia más altos vuelos.

—Sí, aquí es —responde el portero, receloso—. No, hoy no tienen reunión; es el jueves y el domingo también. Hoy no es fácil que venga ese señor por el que usted pregunta. Seguro que no. —Y continúa impávido, sin franquear el paso, como un pequeño y galonado mandarín. Por su gusto, se encerraría de nuevo en su cabina de cristales—. Déjeme su teléfono; él puede llamarle a usted. Déjeme su tarjeta.

Pero cuando se insiste, se resigna a facilitar el teléfono de míster Baffin. Quizá no pertenezca a los Hermanos, quizá su fiel silencio, todas sus calculadas precauciones, se deban sólo a que el grande y moderno edificio, cuya planta baja ocupa totalmente la capilla, pertenece por entero a la Comunidad.

—No sé; no puedo asegurarle que esté en Madrid. Viaja mucho —insiste—. Aquí en Madrid, ya le digo, para poco. Téngalo, apunte, es la casa de unos parientes, de una hermana, creo.

La finca toda, el portal, la escalera, está cuidada, limpia, pulida incluso la gran puerta de cristal del fondo, que parece que diera paso al garaje de la casa, pero tras de la cual, jueves y domingos, se oye rumor de cánticos a eso de las doce. La casa, esta capilla sí que ha crecido, al contrario que las otras, al revés que sus hermanas del campo, las del color del Páramo, las otras que son pisos en pequeñas capitales, las de Galicia, limpias y blancas, algunas seudogóticas imitando a sus hermanas de Inglaterra y, como ellas, concurridas los domingos, con buen número de coches a la puerta.

Esta capilla no, a esta no se la ve. Se la veía entonces, cuando nació como una rústica cabaña rodeada de muros protectores igual que las del Páramo, con jardín amparado también. Una vez, un grupo de jóvenes forzó la cerradura de la verja, rompió las vidrieras de unas cuantas ventanas y escribió con alquitrán en las paredes: «¡Viva la Virgen!», y algún que otro letrero. Hace de esto casi veinte años ya. Madrid crecía en esta dirección, de modo que se pidió un crédito, se echó abajo la cabaña y se alzó un nuevo edificio de diez plantas, la primera de las cuales encierra la biblioteca, el salón de reuniones y la capilla.

Míster Baffin, sin embargo, se queja. Ahora, en proporción, asisten menos Hermanos que en los tiempos de la cabaña de madera, recién llegado a España, en los años que pasó repartiendo por todas las provincias sus Biblias y folletos.

—¡Oh, sí!; a los servicios de la mañana vienen, vienen... —vacila en su español elemental, al tiempo que agita la cabeza como riñendo—, pero por la tarde, muchos menos. Sí; menos —un gesto de desánimo, un leve soplido de sus labios gruesos y gastados—. Las chicas suelen ir a las visitas de enfermos y al Hogar de Ancianos pero, con el tiempo bueno, se nota mucha falta de asistencia. Por la mañana no —

insiste otra vez—. ¡Oh, por la mañana es hermoso! Sobre todo teniendo en cuenta que en Madrid tenemos otras capillas, incluso en la misma provincia. Nosotros llevamos la palabra del Señor, ante todo, a los campos. Nosotros creemos que la única salida del Cristianismo en el momento actual, está en volver a lo que fueron sus primeras Comunidades, sencillas, sin ataduras, libres, sin jerarquías que les ordenen lo que deben hacer para salvarse, ni que respondan luego, ante el Señor, por nosotros. El mundo actual es demasiado cómodo, incluso para nosotros los cristianos. Yo, a pesar de mi edad, prefiero, a estos de ahora, los tiempos en que llegué, aunque por entonces, algunas piedras me cayeron encima. Incluso aquellos años terribles de las últimas epidemias. Todavía se hablaba de ellas entonces. Porque el dolor, el dolor nuestro y el de nuestros hermanos nos une más y nos acerca más al Señor; nos hace verdaderamente más cristianos.

Era un día de sol, un día claro. Ya el buen tiempo venía asomando más allá de la blanca montaña, por toda una semana. A pesar del invierno tan seco, ya apuntaban los brotes en los tallos y las nubes de Marzo, tan brillantes, tan negras y tan grises, luchaban entre sí allá arriba, repartiendo regueros de luz sobre los campos, iluminando súbitamente los oscuros terrones del Páramo. Tal era el tiempo, ese fue el día en que los espíritus se sobrecogieron, viendo cómo el Dios de las justicias enviaba veloces a Sus ministros de la muerte, como caballos de guerra, sobre aquellas tierras ya de por sí tantas veces castigadas. Y los pueblos miraron a la verdadera serpiente de metal, es decir, a la Cruz, y abrieron su corazón para recibir, la sangre de Jesús, a fin de quedar limpios de todo pecado, dispuestos a dejar este valle en sombras de la muerte.

Porque aunque allí, en la asamblea de aquel mes, se trataran negocios importantes, la mente, el miedo, la memoria de todos andaba detrás de la campana que sonaba solemne en la espadaña que coronaba el cerro. Ya se había votado y decidido en aquella habitación, en aquella casa donde se reunían antes de la capilla, establecer relaciones con las otras asambleas vecinas, fijar las horas de los cultos y recaudar un fondo para los enfermos, pero todos adivinaban que aquella rapidez insólita en aceptar las sugerencias según iban surgiendo, llegaba espoleada por aquel rumor que a las claras reflejaba también cómo los católicos temían, cómo los romanistas preparaban sus propias rogativas. Porque ya la gente de paso, los leñadores, tenderos y gitanos, incluso los arrieros que llegaban al pueblo para recoger su carga de cacharros, traían la noticia, antes que los periódicos, de por sí tan parcos y atrasados.

—Queridos Hermanos —había alzado por fin la diestra Sedano desde el rincón de junto a la ventana que acostumbraba a ocupar cuando no presidía la asamblea—. El buen Dios, que en Su misericordia infinita nos ha favorecido clemente hasta ahora con la salud del alma, nos viene a amenazar con Su justicia inescrutable. Todos sabéis de qué hablo. Es inútil ahora repetirlo. Cúmplenos sólo, en tales circunstancias, como Congregación y como ciudadanos del país, ante el mal que nos amenaza, reconocer y

confesar de corazón y en voz alta nuestros pecados, que así provocan la justicia del Señor, y entregarnos a Sus designios ocultos, con toda esperanza.

Fuera, más allá del hueco libre que dejaban las opacas siluetas de los hombres, lucía un sol brillante. Era difícil imaginar que bajo un cielo tan nítido y tan limpio, volara esa amenaza que Sedano advertía. Pero ya en todo el Sur de España —reconocían los periódicos por fin— causaba más estragos cada día. Parecía injusto, era injusto —había alzado su voz opaca alguno de los presentes—, que un pueblo donde las cosas buenas del país no llegaban, ni la luz, ni el tren, entre prados desiertos en verano y verdes lodazales en invierno, fuera a llegar tan rápido lo malo.

—Hermanos míos —había continuado Sedano, sin escuchar la queja, aquella acusación en voz alta al destino—, yo sólo os recomiendo, en el nombre del Señor, la humillación, el arrepentimiento y la oración, y que, a semejanza de Abraham rogando por la suerte de Sodoma, oréis en favor de este pueblo y de nuestra nación entera.

Y como si se dispusieran a orar ya entonces, quedaron en silencio mirando algunos fuera, oteando la llanura, como espiondo el camino por donde el cólera habría de llegar, como antes la langosta. Pero no todos. Ahora Martínez se había levantado otra vez, había vuelto a tomar la palabra.

—Bien, está bien —comenzó—, ya sabemos lo que podemos hacer por el alma; veamos ahora qué se puede hacer por el cuerpo.

—Para eso estamos aquí.

—Para eso vinimos nosotros —añadían otros recién llegados de más lejos.

Y a la voz de Martínez se habían unido casi todas las demás como si, en un instante, lucharan por alejar aquel miedo, alejar el rumor de la campana, darse ánimo unos a otros, aunque sólo fuera con el estruendo de sus voces. Sedano blandía en cambio un ejemplar de aquellas revistas que solía recibir a menudo.

—Un momento de calma, Hermanos. Veamos lo que se dice aquí, veamos lo que se puede hacer por el cuerpo. Es voz común —leyó— de los entendidos que si, todos a una, vivimos con precaución y ordenadamente, la epidemia no se cebará en nosotros.

—¿Y qué se entiende por vivir con precaución?

—Se entiende —había alzado los ojos de la revista— no comer, por ejemplo, alimentos crudos.

—¿Y el pan?

—El pan está cocido en el horno y por lo tanto carece de gérmenes malsanos. Aquí se habla de frutas, legumbres y agua cruda. Está demostrado por dolorosa experiencia que los alimentos fermentados son nidos del microbio del cólera. No deben tomarse ni en estos tiempos ni en ningún otro.

—Entonces, según eso, ¿qué se puede comer? De cosas sanas, se entiende.

—Vale más comer menos, pero sano y cocido, que más y crudo. Esto pueden hacerlo todos, lo mismo que cocer el agua. El agua bien cocida, enfriada y agitada dos o tres minutos en la botella, sin tajarla, puede tomarse, pero como todo, con

medida. Además, dice aquí, mucho aseo en la casa, especialmente en la cocina, en bacinillas y retrete el que lo tenga. El que lo tenga debe desinfectarlo dos o tres veces al día con un puñado de cal y tenerlo bien cerrado siempre.

Todos callan. Han quedado abrumados con tantas precauciones. Su sola enumeración, que Sedano va leyendo en la revista, asusta más que las noticias de ese mismo semanario sobre las muertes en otras provincias. También la revista dice que es preciso un exquisito aseo en las ropas, que —a ser posible— deben ser lavadas en casa, pues al decir de muchos, las aguas de los ríos son los principales conductores del germen maligno. Y también en el agua del lavado debe verterse ácido fénico.

Ninguno sabe en qué consiste ese ácido fénico, ni cómo es posible guardarse del sol, tal como añade la lista de consejos, ni del relente de la noche, ni cómo evitar sofocarse al andar o en el trabajo, aun llevándolo a cabo todo con cuidado y orden.

Tampoco han de dormir aglomerados en la misma habitación, y puesto que de noche no se reciben visitas —concluye «La Luz»— deben distribuir todas las camas por los distintos lugares de la casa.

—Pero un momento, y que mi Hermano me perdone —se ha alzado otra vez la opaca voz de antes—. ¿Se sabe si hay peligro de que llegue hasta aquí la epidemia?

—Lo hay. Ya se habla de dos casos, aquí en la capital.

Así pues, esa muerte invisible, perceptible apenas, como la brisa de Noviembre, venía ya del Sur, estaba en camino. ¿A quién de todos marcaría primero? ¿A ellos, allí deliberando, o a los otros, a los romanistas con sus preces? ¿Sabría acaso distinguir los unos de los otros? ¿No había señalado el ángel del Señor, con una cruz, las casas de los que no debían ser asolados por la peste? Mas la voz implacable de Sedano no les daba tiempo a demasiadas consideraciones.

—Como la primera cosa necesaria a un enfermo es tener una mano amiga y generosa que lo cuide, tenemos que escoger, de entre nosotros, Hermanas y Hermanos que, consultándolo con Dios, se ofrezcan a asistir a aquellos que sean atacados. Aquel que caiga enfermo no será abandonado. Se verá asistido incluso con dinero y medicinas que nuestra protectora la señorita Cecilia North nos anuncia por carta que trae de fuera. Aquellos de nosotros que nos comprometamos a esta caridad —y yo desde ahora me comprometo—, vigilarán constante y activamente sobre su enfermo, atendiendo a todas sus necesidades. Yo, y mis Hermanos que quieran colaborar conmigo, me comprometo a velar día y noche por el cumplimiento de estos acuerdos y a orar continuamente, lo mismo por los nuestros que por los que no lo son, para que el Señor se apiade de todos los vecinos de este pueblo, cualquiera que sea su credo.

—Que el Señor te escuche.

—Así sea.

—Esperemos.

(Mas el cólera tardó mucho aún en llegar. Ya pasado incluso todo el verano, nadie pensaba que hasta allí alcanzaría, pero llegó puntual en los meses del vino porque él sigue el camino de toda intemperancia y ase principalmente la mano del bebedor con apretón mortal. La intemperancia es combustible de toda pestilencia y escogió con precisión fatal a los aficionados a beber, descubriendo con ello dolorosamente a alguno de nuestros Hermanos. Por estos pueblos algunos dueños de tabernas las cerraron y huyeron, y algunos de los del mundo que trabajaban en el barro, aunque se les aconsejó que se quedasen, marcharon, arrastrando algunos los gérmenes con ellos.

Estos hechos, ¿no nos amonestan ahora, en tonos de trompeta, cuando vemos al gran enemigo quizá preparándose para tener su carnaval de muerte en nuestro país? ¿No debería ponerse a la entrada de cada taberna, de cada mancebía, un cartel que dijera: «Aquí se vende el cólera»? Reconozcamos nuestros malos caminos, seamos misioneros de nosotros mismos, confesemos nuestros públicos pecados y oremos por estas nuevas Sodomas que son nuestros pueblos.

Enfermos hay que están tres y cuatro días sin asistencia de nadie, llorando, suspirando en una habitación cerrada de la casa para que nadie se acerque a ellos, para que nadie se contagie, ni parientes ni vecinos, ni Juntas religiosas o civiles. Enfermos como aquella mujer que entre los dolores que sufría y las angustias de su desamparo, con un hijo cadáver y un marido colérico también, se agarró a las rejas de la ventana y sentada, sacando por ella las piernas, pedía a voz en cuello socorro, y así permaneció sin ser socorrida y así murió, y tal cual, con las piernas colgando, quedó una mañana entera hasta que la retiraron.

Y aquellos infelices me preguntaban a mí, que no a Sedano:

«Hermano Martínez; esto, ¿cuándo acabará? ¿Cuándo tendrá el Señor piedad de nosotros?».

Y yo sólo sabía decir: «Señor, ten piedad de este pueblo, de todos los demás, de España entera. ¿O es que pretendes acabar con ella? ¿No oyes la voz de Tus hijos queridos que aquí tienes y claman a su Padre? ¿Serás sordo por más tiempo a sus súplicas?».

Y yo, que no Sedano, me fui a la ciudad y volví con un médico que estuvo entre nosotros dos días. A los enfermos les dio a tomar una medicina usada ya con éxito en la India Oriental, a base de agua destilada, ácido sulfúrico y tintura de opio. Se les suministraba una cucharada chica, de las de café, cada dos horas, y a muchos se les notó la mejoría ya casi a la semana.)

—Sí; Cecil empezó sus visitas a los enfermos nada más llegar, después de entregar las medicinas a mi padre. Primeramente pensaba quedarse, ayudar tan sólo mientras durase la epidemia. La epidemia no recuerdo en qué año fue, pero eso puede saberse por los periódicos de entonces. La que sí se acordará, de oírsele contar a papá, es mi hermana, que aunque, como es natural, tampoco había nacido, tiene una

gran memoria y recuerda, punto por punto, todo lo que oía a nuestro padre. Yo sólo sé que la primera persona a quien Cecil socorrió fue a una viuda y dos hijos que vivían en la mayor soledad y sin recursos ni dinero alguno. Al verla, aquellas desgraciadas se abrazaron a ella y ella no las rechazaba —eso decía papá—, a pesar del peligro de contagio, porque era tal su fe que la enfermedad, para ella, parecía como si no existiera.

Ella se dio cuenta pronto de que la enferma no tenía salvación, pero de todas formas mandó a buscar a alguien, algún hombre que la ayudara a darle fricciones en las piernas y brazos con alcohol y ponerle sinapismos de mostaza que traía en su bolsa. Y fue mi padre quien vino con dos tazas de caldo y un cuartillo de vino para reanimar a aquella pobre mujer que no era de los nuestros y que decía que papá era san Francisco y quería besarle los pies. Pero mi padre respondió:

»—Sólo soy un hombre que cumple con su deber para con sus hermanos». Y estando así, la vino de repente la agonía. Cecil rezaba y un pariente que llegó entonces lloraba en un rincón. Así estuvieron casi una noche entera hasta que el Señor, en Su piedad, tuvo a bien llevársela consigo. Pero a los dos o tres días, tal vez a la semana, la misma Cecil se sintió invadida por el cólera. Ella misma, en el cuarto que la dieron en casa de un Hermano, se administraba sus medicamentos, té y láudano y una dieta que la dejó más delgada todavía. Solamente tenía de compañía al perro de la viuda, que ella llamó «Tom» al adoptarlo, cuando quedó tan solo en aquella casa que el cólera dejó, como tantas, vacía.

Dime Cecil: ¿cómo estar enferma, tan lejos de tu casa, en una habitación que son tres paredes, las que ves, entre personas que apenas conoces? ¿Qué fe, qué voluntad es preciso tener para no huir, para no marchar, cuando la fiebre aún te lo permitía? ¿O no te dejó papá? ¿O quizá lo hizo el Señor, a fin de que Su obra perdurara? ¿Qué se siente al estar de día oyendo esa campana que los de Roma tocan cada vez que entierran a uno de los suyos? ¿Cómo pasar en vela gran parte de la noche, oyendo a lo lejos gemidos, voces, palabras, lo mismo que yo oigo abajo los pitidos, el resoplar, la marcha de los trenes? Pero yo estoy en casa, en mi cama, que es como mi escudo y fortaleza cuando apago la luz, y a mi lado se revuelve Virginia, que habla de cuando en cuando, quizá con el recuerdo de Molina, que llena, bien o mal, este vacío de la noche en el que los reflejos de las luces de fuera pasan veloces sobre la superficie lisa del techo hasta que, al fin, la claridad, amiga de la niebla, llega a empañar poco a poco los cristales, alegrándote porque es un día más aunque luego no sea distinto de los otros. Di, Cecil, ¿cómo es ese miedo, o ese valor que yo apenas tengo para nada, que me hace temer de todo cada vez más, no estar segura nunca?; ¿ese valor que tú tuviste, que dicen que tenías, esa voz que te dice en la noche, en la hora peor: «Tu vida es importante y sirve para algo»? Dime cómo es eso de pasar hora tras hora, noche tras noche, con tu Biblia en la mano, luchando para que las letras no se borren,

sudando, meditando, pensando en tu casa y tus padres. O quizás en papá. ¿O es que ya le querías?

*(Yo dormía, pero mi corazón velaba.
La voz de mi amado me llamaba:
«¡Ábreme hermana mía, amiga mía,
paloma mía, perfecta mía!».)*

Y ¿cómo te lo dijo? ¿O fuiste tú? ¿Cómo es también decirle a los padres, allá tan lejos, a pesar de su celo misionero: «Me quedo aquí, en este país que no conoceréis nunca, ni siquiera en los mapas encontraréis, porque nadie lo puso en ellos. Me caso; voy a vivir con un hombre que sólo tiene su trabajo y una casa de adobes, dos huertas y un horno hecho de barro como aquellos de que hablan los Libros Santos»? ¿Y cómo era papá para quererle así, para hacerte quedar? ¿Qué tuvo para ti que no venías de un pueblo como los nuestros, sino de una ciudad, de un país de los más avanzados de la Tierra? Di, Cecil, ¿tanto le querías?

*(Heme desnudado mi ropa: ¿cómo la he de vestir?
He lavado mis pies: ¿cómo he de ensuciarlos?
«Yo os conjuro, doncellas de Jerusalén,
si hallareis a mi amado,
que le hagáis saber que de amor estoy enferma».)*

Y en la boda presentándote a los otros Hermanos, aunque ellos bien que te conocían, después de la epidemia; presentándote ya como su esposa a los pocos que quedaron, tan maltrechos. Aquella boda, con la comida tan parca, por lo poco que había para todos y por lo poco que cada cual podía comer, por los estragos que en el cuerpo dejaba aquel mal por unos meses. Pero nada debía importar, ni aquello, ni la casa de papá, tan humilde y pequeña, tan caliente como el barro en verano y tan fría en invierno como el dedo aquel que se oculta nevado entre las nubes. No importaba aquel suelo de tierra, ni aquella cama que el mismo papá hizo, ni aquel techo de tablas que dejaba entrar por la mañana el sol y en primavera el rebullir de los gorriones.

*(Las vigas de nuestra casa son de cedro
y de ciprés los artesanados.
Su izquierda está debajo de mi cabeza y su derecha me abraza.
Mi amado habló y me dijo:
«Levántate, amiga mía, hermana mía, y vente
porque he aquí que ha pasado el invierno hase mudado; la lluvia se
fue.
Se han mostrado las flores en la tierra
y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola».)*

Y así fue, porque todo cambió. Llegó la lluvia, con los vientos de Marzo acabó de llevarse la epidemia y llegó también aquella carta a través de la cual tus padres no sólo aprobaban la boda sino que os regalaban la casa de piedra donde al final vinimos a nacer nosotras. Era como si el Señor, después de tantas calamidades y miserias, quisiera premiaros un poco en vida, anticiparos Su gloria.

Y debió venir, también por entonces, aquella ropa que mamá guardó luego tanto tiempo, hasta desaparecer un día regalada —regalada, ¿a quién?, ¿quién más que tú podría usarla?—, pero que yo y Virginia alcanzamos a ver todavía. Y recuerdo que Virginia dijo, a pesar de su admiración por ti: «¿De qué le serviría toda esta ropa en este pueblo?». Y mamá calló y yo tampoco supe qué contestar delante de aquellas sábanas rosas y blancas, tan suaves que era un placer de por sí tocarlas, con aquellas iniciales bordadas y ese borde de encaje que por aquí nunca vimos.

Y a nadie se enseñó ni aquella ni la otra, tan distinta a la que en las misiones usabas, casi como de soldado, cuando eras la primera en dar ejemplo metiéndote en el barro. Yo no lo entendí entonces: tú siempre tan cerrada, casi como Virginia, con frío o con calor, eso sí, siempre oliendo a colonia y después, por la noche, esas ropas tan suaves como seda, tan ricas como nácar para esa cama de bronce que también os regalaron de Inglaterra.

*(He aquí que tú eres hermosa, amiga mía.
tus labios como un hilo de grana.
Tus sienes como porciones de granada.
Tu cuello como la torre de David,
edificada como muestra.
Huerto cerrado eres, mi hermana,
esposa mía.
Fuente cerrada, fuente sellada.)*

Y mamá, al casarse con él tras de tu muerte, no quiso al principio aquella casa, ni aquella habitación, a la que luego, poco a poco, papá la fue acostumbrando. Pero todo se fue guardando, arrinconando, olvidando. Aquella cama grande y tan hermosa que yo vi en el desván, allí debe estar cada vez más oxidada, aquel recuerdo tuyo, aunque no tanto como la ropa aquella por la que un día ni nos dejaron preguntar, de la que nunca más supimos. Mamá hubiera querido vender la casa pero papá debió de convencerla también porque era, y es aún, a pesar de lo descuidada que está, la mejor de todo el Ayuntamiento. Quizá temía verte aparecer con tu traje de día por aquellos rincones poblados de macetas o en tu traje de noche, a los pies de la cama, con aquel peinador como seda y esas chinelas con su flor amarilla, que parece que florece en el suelo.

(Y cuando la epidemia se alejó, se la llevó la lluvia, los vientos o, qué sé yo, se deshizo en sí misma, no tardamos en volver a ser lo que habíamos sido antes de que el miedo nos uniera. De nuevo nos dividimos y otra vez volvió el problema de los

entierros que en los meses del cólera no fue problema nunca, sino facilidades por las dos partes. Pero con el último que murió de los nuestros —que por cierto era un niño—, las cosas no vinieron tan por derecho. Allí se estrelló toda la mano izquierda de Sedano, que por cierto era mucha y que luego creció al casarse con la inglesa. Nos reunimos en casa de los padres el duelo, como se acostumbra, y después de leer unos versículos de la Biblia, intentamos llevar el cadáver del crío a enterrar. Pero abajo, en la calle, estaba el Presidente con otros dos señores que no conocíamos, con un papel que enseñaron a Sedano, en el que se le obligaba a hacerlo en el católico. Además el padre de la criatura tenía que presentarse en la Secretaría del Juzgado a firmar el acta de defunción. Pero el padre no quiso ceder y al día siguiente, con el niño aún sin enterrar, empezaron a tocar a muerto las campanas de la iglesia y el Juez y unos cuantos vecinos de los que siempre se hacían notar contra nosotros, que se presentan en la casa a pedir el cadáver para enterrarlo a su modo. El padre, que seguía en sus trece, alegando sus derechos y Sedano que agarra el coche y se va sin más a ver al Gobernador, a por una carta para el Alcalde. Pero la carta debía valer menos que nada, por muy orgulloso que Sedano volviese con ella. No era nada más que un papel aunque ordenaba al Juez Municipal que, en cumplimiento de la Ley de Sanidad, al día siguiente se enterrara el cadáver por suponerse se hallaba ya en estado de putrefacción, de modo que prepararan el féretro a esa hora, a la puerta de casa.

Pero a la puerta de la casa estaba otra vez el Alcalde-Presidente con un cabo y cuatro guardias, pidiendo como siempre que se le entregara el muerto. Sedano exigió que se cumpliese lo que en la carta decía el Gobernador y vuelta a ver al Juez, que esta vez no se anduvo por las ramas. Se salió con una orden de allanamiento de morada, con lo que agarraron la caja, dieron al muerto sepultura canónica y se acabó el asunto, a pesar de todas las cartas y todas las protestas. Así fue, así acabó para nosotros la epidemia. Lo recuerdo muy bien, a pesar de mis años. Parece que estoy oyendo las amenazas de Sedano, que se quedaron en eso, en amenazas, y la ristra de leyes que, según él, el Alcalde y el Juez se estaban saltando a la torera derecho de los padres sobre el cadáver de los hijos menores de edad, reglamento de leyes del Registro Civil, la orden del Gobernador y hasta el Código Penal. Pero como le digo: los otros se salieron con la suya. ¿Que por qué? Pues porque eran más y porque entonces por estos pueblos mandaba más el Alcalde que el jefe de Gobierno, si me apura.)

«El Pastor Martín Lutero King, siervo de Jesucristo, Premio Nobel de la Paz 1964, ha muerto el 4 de Abril de 1968, sirviendo a los hombres en el nombre de su Señor. Las Iglesias Evangélicas de Madrid celebrarán un culto memorial mañana lunes, día ocho, a las ocho de la noche, en el templo evangélico de la calle de Noviciado.»

Fue con... ¿cómo se llama? ¿Cómo se llama ese chico que trajo Emilio esta

última vez? ¿Ese chico que toca la guitarra, que tuvo la ocurrencia de ponerse a cantar salmos en el Rastro, un domingo, para hacer propaganda de los libros y folletos que allí teníamos para vender? El trabajo de los demás, de los de las otras confesiones, era mucho más fácil. Más sencillo. Colocar su puesto los domingos, igual que los que venden ropas o trastos, igual que los que venden muebles, plásticos o restos de buhardillas. Ellos arman su puesto, ya pasadas las doce, con los libros que tienen y que tan pocos compran, y a esperar. Es una espera inútil porque ninguno compra, unos por miedo a no saben bien qué, por miedo a pecar, de que estén en el índice o prohibidos, y otros porque los confunden con los de otros tenderetes, como el del alemán que siempre coloca el suyo al lado con diccionarios y revistas, o con todos los que vienen después, donde revuelven chicos y grandes, total para no comprar nada tampoco.

¿Cómo se llama ese chico que dice que él mismo se hace sus guitarras? Aquel día estaba allí con Emilio, con su barba rubia y cantando a su manera aquello de:

*Oídme pueblos todos.
Escuchad habitantes del mundo,
así los plebeyos como los nobles,
el rico y el pobre juntamente.
Mi voz hablará sabiduría
y el pensamiento de mi corazón
inteligencia.*

La gente que vagaba por la plaza le miraba, y algunos se reían, pero él seguía cantando como la cosa más natural del mundo, como era, en realidad, hacer llegar la Palabra del Señor por cualquier medio, la canción incluida. No siempre se va a cantar para nosotros, en nuestras iglesias y capillas. «Si los demás —decía Emilio— utilizan sus canciones, ¿por qué no hemos nosotros de hacer oír las nuestras?» Aunque bien es verdad que podían haberle hecho callar, pero con el ruido de los altavoces de las rifas ofreciendo mentiras para engañar a la gente de los pueblos y el ruido de los puestos de discos, la verdad es que poco se le oía. Él cantaba alegre, como a quien no le importa si le escuchan o no porque su voz dice la Palabra del Señor; siempre tan convencido, tan ajeno a los otros, al mundo alrededor, como aquella vez en la pensión de Madrid, donde estaba construyendo una guitarra que pensaba vender, aunque ya le dijo Emilio que aquí no era Suiza y aquí había talleres que las hacían quizá más buenas y desde luego más baratas. Allí, en aquel cuchitril donde fuimos a buscarle, daba un poco de pena, con sus sierras, su lija y su madera; daban ganas de ayudarle, de ampararle un poco, aunque él ya estuviera acostumbrado a vivir así, y seguramente aquella vida no le pesara. Toda la tarde, Emilio y él hablando de política, de cosas que ni Virginia ni yo entendíamos, sólo aquello de que si no se pertenecía a un grupo no había nada que hacer, como en todas partes; que allí no pensaba volver, que estaba

harto y que, en cambio, en España se encontraba muy bien, en el poco tiempo que llevaba.

»—Cuestión de gustos —había respondido simplemente Emilio.

Debe ser algo como un revolucionario, al menos yo así me los figuro. Y no es raro, siendo amigo de Emilio, que a veces dice cosas parecidas. No es católico, ni adventista, ni de los reformados, ni Testigo de Jehová, como el novio de la hija de Muñoz. ¿Qué será? Allí estaba con Virginia, Emilio y yo, luchando entre avalanchas por entrar a lo de Lutero King, delante de la puerta de la capilla de un sitio tan pequeño, un culto tan mal organizado, para cosa tan importante como aquella. ¿Cómo fue? ¿Por qué fue? Quizá porque en las avalanchas Emilio y Virginia se perdieron, quizá también por culpa de su enfado.

»—Si no son capaces de organizar un culto memorial, ¿cómo quieren, después, convencer a nadie? Una ocasión tan buena —murmuraba arrastrando las palabras, mirando la calle a rebosar, cortado el paso de los coches por el público que llenaba, aún con el culto comenzado, el centro de la calle y las aceras.

¿Cómo fue? Quizá por descargar su ira o porque ya estuvo otras veces o porque quizá su confesión no se lo prohiba. Lo mío fue por no llevarle la contraria y por esa curiosidad que nos dice: «No es malo ver aquello alguna vez, aunque sea tan sólo para después poder aborrecerlo».

Las luces giran, se mueven sin parar, van dejando destellos rojos, amarillos, azules en los muros, en los rostros y manos de la gente. Ni una palabra con el chico aquel. Apenas se oía otra cosa que la música y, además, ¿qué podía decirle? A todo que sí y eso con la cabeza, mientras allá en la penumbra, en su cabina de cristal, aquel otro demonio manejaba sus discos y sus luces, dirigiéndolos a todos, incluso a los sentados en la oscuridad, juntos, fundidos. ¿Por qué quiso ir allí? ¿Por qué fuimos? Él decía después que por venganza, por vengar en sí mismo que los otros, los del mundo, supieran organizar mejor sus cosas, supieran realizarlas mucho mejor. Pero yo no entendía, sólo recordaba aquellas palabras de Pedro: «Sed templados, velad porque vuestro adversario, el diablo, anda como un león bramando alrededor de vosotros, buscando a quien devorar». Y eso era aquello: la cueva del león bramando sin parar llena de luces que giraban sin dejar ver, enseñando sólo un instante las manos y los rostros que suben y bajan en el centro, jóvenes y mayores también. Era hundirse despacio, como olvidar que fuera de allí sigue el mundo y los Hermanos, aturdirse sin saber qué decir, sin poder pensar, sin atreverse a huir.

Cada vez que esa lámpara gira repartiendo relámpagos de colores por todos los rincones de la sala, aparecen esas caras pintadas, unas de frente, otras de perfil y todas yo diría que se parecen a ti. ¿En qué? No sé. Quizá tú no tenías ese pelo largo y enortijado como serpientes, pero en todo el tiempo que estuvimos sentados yo me preguntaba: «¿cómo quién son?», y en seguida aparecían, como en la otra oscuridad de la memoria, esas fotos tuyas, Cecil, que Virginia guarda o guardaba hasta hace poco. ¿Qué pensarás de mí? ¿Qué piensas, dime?; ¿qué estarás pensando? ¿Hice bien

o hice mal? Pero tú nunca contestas. Sigues inmóvil, muda, igual que en los carteles, escuchando el roncar de Virginia o su charla con Molina por la noche.

Y en invierno, cuando las manchas grises, esponjosas de la nieve van dejando regueros diminutos sobre el cristal de la ventana que tan sucio tiene la criada, tampoco respondes, con tu traje de invierno, con ese abrigo largo como se usan ahora, tu sombrero y ese boa que yo creo que la vi alguna vez, apolillada ya, antes que desapareciera definitivamente. ¿Qué piensas? Dime; di: ¿oyes o no los trenes? ¿Escuchas esas palabras de Virginia, su revolverse entre las sábanas tantas veces que a la mañana deja como una cordillera, como una fila de montes blancos en el centro de la cama? Ahora que el altavoz de la estación va a estar callado por media hora al menos, es tiempo de pensar en lo que el amigo de Emilio dice: que estamos fuera, como encerrados en una bola de cristal, que vamos para atrás, que no contamos. Dice montones de cosas que no entiendo. Emilio escucha en silencio y unas veces contesta y otras asiente. Seguramente discuten entre ellos a solas muchas veces. A mí me gustaría preguntar a Emilio, pero siempre hay más gente delante, siempre está tan lejano como aquella vez en la iglesia católica hablando ante el micrófono para tantos. Preguntarle a Virginia es gastar las palabras y el tiempo. A veces casi ofenderla, de lo mal que contesta:

»—¡Qué tonterías dices! ¿Fuera de qué? ¿Qué bola de cristal? No sé dónde habrás tú leído todo eso.

Y no me atrevo a decirle que son cosas del amigo de Emilio, porque ahora que por fin parece decidida a ir a lo de Barcelona, no se vaya a arrepentir y nos amargue el viaje. Sería una pena no perder de vista la biblioteca por toda una semana. Allí sí que se está en una bola de cristal, con la señora de al lado medio dormida por el calor del brasero y Arturo vagando de mal humor por la sala helada. Es una bola de grandes ventanales sucios por donde boga un pez que se llama Arturo y donde en vez de arena hay unos bancos con un señor mayor que maneja un diccionario y dos o tres muchachos devorando novelas. Subir el cierre es el primer tormento y yo creo que Arturo lo hace rechinar bien para hacernos saber que comienza la tortura. Luego, hasta que la puerta giratoria se mueve, durante casi una buena media hora, es preciso aguantarle, la señora o yo, sus problemas de si se casa o no, de si el dinero no le alcanza, o sus preguntas de lo que llama a veces «mis trabajos extra» y otras, más brevemente, «mis viajes». Después viene ese viejo a pedir el Pijoan para escribir artículos sobre iglesias de la provincia que nunca le publican, y ese matrimonio que toca por la radio sin cobrar, él con su chalina negra y ella cuidando tanto los libros que se diría que apenas los roza. Allí dentro debería pasar un mes, una semana, una tarde, el amigo de Emilio, desde que el cierre se alza, hasta que Arturo se asegura de que el candado ha quedado bien echado. Se vuelve despacio, se mira algún escaparate que otro y se piensa si una sería capaz de ponerse aquellas cosas o las que llevan las chicas que se ven por la calle. Se sube a casa, se entra en la habitación y se mira una al espejo. ¿Será verdad lo que ese chico dice? ¿Lo creerá también Emilio aunque lo

calle? ¿Pasarán esos chicos y chicas, la gente que se ve, la que no vemos, lejos de nosotros, sin rozarnos siquiera, sin oírnos, sin vernos, cada vez más lejos? ¿Será realmente así? ¿Estará a punto de ser así? Contéstame; ven; dime.

«Bueno, vamos allá» —había dicho el más viejo de los hombres, aquel en quien más fe tenía el hermano de Molina—. Lo había dicho como una invocación, una llamada, un desafío a la suerte, al tiempo que volteaba el pico contra aquel paredón de piedra manchada por el óxido, brotado de piornos en sus enormes grietas. «Vamos allá», y tras él, los otros dos picadores, traídos de otras minas de tercera, iban abriendo el corazón del monte, colocando traviesa tras traviesa, hasta que la galería, como un gusano lento pero tenaz, fue entrando, abriéndose paso en la montaña buscando el fondo de ese corazón negro, ese carbón que Molina esperaba y que al principio sólo se reducía a unas cuantas míseras vetas. Un día estalló el agua, un repentino manantial que hizo salir a todos blasfemando —esas blasfemias que aún mortifican el alma y el oído de Molina—, rebozados en barro y polvo negro, de ese que, cuando tiñe cicatrices, queda como un tatuaje y dice los años del minero. Aquel día Molina quiso parar el trabajo mientras la bolsa de agua se agotaba. El viejo le había mirado con su par de ojuelos sonrientes. Suspenderlo, ¿por qué? Ayudar a salir el agua y nada más. Todo lo más, mojarse un poco. Y los otros dos picadores escuchaban en silencio, divertidos. El mismo Molina estuvo baldeando para borrar aquellos ojos, y verdaderamente el viejo tenía razón, porque a la noche, el manantial se reducía y, con un pequeño canal, consiguieron desviarlo monte abajo.

Aquel viejo, desecho de quién sabe cuántas minas, como los otros dos, suplía con su ciencia aquellas fuerzas que aparentemente le faltaban, sobre todo cuando se trataba de trabajos recios. Su ciencia consistía entonces en quedarse rezagado, sobre todo al oír ciertos crujidos que sólo él debía reconocer, o cuando el polvo era tanto en el interior que podía perjudicar a sus pulmones ya de por sí bastante taponados y maltrechos. Molina sospechaba, aunque maldito lo que entendiera de estas cosas, que aquel hombre debió estar retirado ya y el hermano lo había arrastrado, no sabía si legalmente o no, ni con qué vagas promesas, lo mismo que a los otros. Se preguntaba si todos sus negocios serían así, si aquella aventura mísera estaría dentro de la ley o no, si valía la pena seguir de capataz con privilegios, con un sueldo que apenas alcanzaba para vivir, en tanto el carbón, y su parte, por tanto, no apareciera.

—Hay que esperar —le animaba su demonio—. Los negocios son siempre así.

—¿Y tú qué sabes de negocios?

—Es lo que siempre oí decir.

Y volvía a su idea favorita: nadie daba nada a cambio de nada. El dinero jamás llovía del cielo. ¿Cuánto había tardado el hermano en empezar?

Y el hermano llegaba de improviso, de cuando en cuando, con la seguridad, la indiferencia de ese dinero que el demonio ponía siempre como ejemplo. No parecía tener prisa ninguna.

—Estas cosas son siempre así. Son duras al principio; ya se sabe que es preciso

arriesgar.

Y se marchaba antes de anoecer, sin dejar de lanzar una mirada al demonio, que desde la cocina salía a despedirlo, dejando, por un momento, sobre el fuego, la cena.

No tenían ahora una casa de adobes, porque aquella no era tierra de barro y todo se levantaba —iglesia, casa, establos y pajares— con aquella caliza un poco oxidada, como el gran paredón de piedra, al pie del cual los hombres trabajaban. No había polvo, ni viñas, ni aquel humo de los hornos, sino un humo más leve y gris que apenas nacido se alejaba por el valle castigado, deshecho por el viento. Además, a unos pasos, corría aquel río centelleante y bravo que Molina admiraba tanto cuando a la caída de la tarde, una vez terminada la faena, bajaban todos a lavarse en él, en aquel agua de nieve que parecía dejar la cara, las manos y los pies como las lávanas, tan pulidas, tan limpias y tan duras. Ahora que el gusano invisible cuya cabeza eran los dos picadores más jóvenes ya se perdía de vista desde la entrada de la mina, había sido preciso traer rieles y una vagoneta que subieron en carro los del pueblo hasta el pie de la pared oxidada y luego hasta la boca, con bueyes y cadenas y también con el esfuerzo de los cuatro. Parecía material de desecho de alguna otra mina fracasada, lo mismo que los hombres, igual que aquella peña amenazadora y fea, agrietada, carcomida, ceñida, animada sólo por el vuelo impasible de los milanos.

No tener prisa, no perder la paciencia. Sólo faltaba, se decía Molina, un buen: «Perseverad, hermanos», para que pareciera cosa de la Biblia. Era fácil decirlo; más difícil escucharlo con el sueldo que cada semana él tenía que bajar a recoger a la ciudad y repartir después un poco abochornado. Con aquel sueldo y la paciencia que el hermano predicaba, podían, por poco dinero, permitirse el lujo de taladrar la montaña entera a pesar de que el verano iba cayendo. Allí duraba poco. Empezaba ya tarde, y a finales de agosto aparecía poderoso el cierzo que, fuera de la mina, se metía en la carne como el agua del río. Fue preciso que su demonio hiciera otro viaje a la ciudad, a comprar mantas, viaje que aprovechó para visitar como siempre a su madre, después de aquella luna de miel primera. Por allí el tiempo era bueno aún y entre coger el coche y esperar a que saliera y, luego en la ciudad, comprar algún regalo, había llegado ya casi de noche al barrio. Allá en el barrio viejo, por donde ahora, durante el día, pasaban fugazmente los turistas de los nuevos tiempos, todo seguía igual en aquella su plaza diminuta, rodeada de edificios blasonados y maltrechos. Los vecinos que aún quedaban en ellos, sacaban por la noche sus sillones y hamacas al centro de aquel triángulo de ruinas, como a la arena de un insólito jardín, asomaban el televisor a alguna de las ventanas inferiores y dejaban pasar la noche, como en los viejos cines, al aire libre. A veces una ráfaga de viento venía, rebotando, enfilada a lo largo de callejones y pasadizos, a refrescar la plaza, agitando los geranios de las casas vivas y moviendo las sombras de los jaramagos en los palacios muertos. Por un instante, aprovechando la pausa de la publicidad, se habían levantado, habían olvidado la historia que las blancas imágenes contaban dando cuenta de las cajas de dulces, en tanto el hermano pequeño jugaba con su balón de plástico, a punto de

perderse en las tinieblas. Al padre no habían querido despertarle. Visto así —se decía el demonio de Molina— aquel triángulo de arena, sin pavimento ya, que no llegaba a ser plaza, entre un palacio roto, un convento de monjas donde sólo quedaban seis, y dos casas de vecinos que no podían reformarse, parecía otra plaza, otra ciudad de aquella donde había nacido y en la que un propietario, al derribar de improviso una casa, había provocado una orden fulminante, declarando monumental gran parte del barrio, y por tanto sus edificios intocables. Además nadie quería alejarse de allí, ni siquiera el padre, que tanto se había opuesto a que ella se marchara a ganar la vida fuera de aquel barrio. Nadie quería marchar a vivir a aquel país lejano, al otro lado de la ciudad, más allá del río, donde el Ayuntamiento levantaba casas de papel como los chinos. Se diría que la única con ganas de cambiar, de prosperar, era ella. Les había contado que ya había ascendido a jefa de camareras, que ahora tenía novio y que al año siguiente se casaba. Les hubiera podido contar que su novio era el Gobernador, porque de allí, de aquel barrio, apenas se movían. Tras los dulces y la publicidad, de nuevo aquellas sombras nunca inmóviles volvían a controlar su vida, eran su voz, sus amigos, su familia, hasta la hora del sueño.

Al día siguiente tampoco preguntaron mucho, ni siquiera el padre, que apenas trabajaba y que quizás esperaba vagamente que aquella hija le redimiera definitivamente de un oficio que apenas ejercía. Los únicos que preguntaban, que intentaban llevarla de copas o a bailar, eran los del taller de forja de los bajos. No el dueño, que sólo dirigía el negocio, limitándose a copiar los modelos que las tiendas le daban, sino los aprendices que allá, sudando, golpeando, estirando entre explosiones y rosarios de chispas y chirridos el acero en el agua, daban forma a certeros estoques, espadas gloriosas, dagas sutiles y torvos puñales que, una vez al mes, venía a recoger la furgoneta de algún ejército fantasma que debía partir para guerras heroicas. Ellos sí la llamaban al pasar, la recordaban de otras ocasiones y si no estaba el dueño, intentaban detenerla para una parrafada. Se asomaban negros, con los ojos enrojecidos, con el pelo quemado, salidos verdaderamente del infierno. Pero ya su ocasión, su tiempo había pasado, había pasado incluso el de su dueño, que también la saludaba ahora con mucha ceremonia. Ahora ya el mineral, el carbón, la antracita o como lo llamara cada uno en aquellas tediosas tardes de la cantina, estaba a punto de aparecer, según el viejo, en cantidades que valían la pena.

Se notaba en Molina y en los dos picadores más jóvenes, incluso hasta en el viejo, que parecía haberse quitado diez años de encima, y se notaba, más que nada, en el largo cable que comenzaron a tender desde la bocamina hasta la carretera, salvando la vaguada —casi un pequeño valle—, por encima de prados y pozas. Al que menos parecía impresionar aquel hallazgo inminente era al hermano de Molina. De allí habían deducido los dos que su capital en canteras y negocios debía ser mayor de lo que suponían y allí empezó el despecho de Molina por su socio, por su sueldo y por el de los demás a pesar de lo poco que hacía el viejo.

De todas formas, con los trabajos de la instalación del cable, el pueblo y la

cantina se habían animado un poco.

Durante unas semanas, las tardes, con más hombres, con más vino y más cánticos hasta bien entrada la noche, ya no fueron tan largas, aunque a Molina, escuchar esas voces, esos coros le irritaba, le recordaban otros que creía olvidados para siempre. Si su demonio lo hubiera podido entender se lo hubiera explicado para que no les animara a cantar como todas las tardes, para que ella, que era capaz de acabar poniéndolo todo a su favor —al menos en teoría, en la cabeza—, le salvara de aquellos imprevistos malhumores, de aquel insomnio que llegaba después, a la noche. Mas su demonio gozaba oyéndolos cantar y ella misma cantaba a veces y sabía tratar al viejo mejor que él y a los dos picadores, por supuesto. Incluso en asuntos de la mina conseguía convencer al hermano que ahora llegaba, a veces, acompañado del hijo que no parecía aburrirse tanto cuando estaba ella. Molina se preguntaba si no sería su demonio el verdadero encargado, el verdadero capataz que, sin trabajo apenas, sin tener que madrugar, desde el bar donde ni agua bebía, era capaz de dirigir, de controlar aquella negra boca que allá para Septiembre, a través de aquel cable con su vagón colgado sobre el valle, iba a empezar a sacarles de pobres, antes de que el cierzo empujara las nieves.

El coche de Virginia ha quedado en Madrid, aparcado al pie de la capilla, al cuidado del portero. Es muy largo el camino a Barcelona para ella, sobre todo teniendo en cuenta que nunca condujo tan largo. Este grande en el que van ahora lo ha traído el amigo de Emilio no se sabe de dónde. Es posible que sea suyo porque tiene matrícula extranjera. Si no es suyo, se le nota acostumbrado a él porque conduce sin gran atención, charla y al tiempo corre infinitamente más que Virginia en su Seiscientos. Y la desviación de Guadalajara queda atrás, quedan a un lado las farolas solitarias de su polígono industrial y las torres de los nuevos pisos, rojas como los suaves cerros que las rodean. ¿De qué charla el amigo de Emilio? Habla, arremete, juzga lo de Upsala, una ciudad lejana, en el norte de Europa, donde las Iglesias andan agitadas como en tantos lugares ahora, donde unos ochenta jóvenes protestaron caminando, a lo largo de tres días, con pancartas para todos los gustos y una carta para el Consejo Ecuménico.

—¿Y para qué llevaban las pancartas? —pregunta Virginia.

—Una decía: «El hábito no hace al cristiano».

—Al monje, querrían decir.

—Al cristiano. Y otra: «Renovación total».

—Eso suena a «Revolución total».

—Es que eso es precisamente lo que querían decir.

—¿Y qué mérito tiene hacer ese camino a pie?

—Siempre más que nosotros, que lo hacemos en coche.

—No vamos a ir andando a Barcelona.

Los cuatro callan. Detrás, Margarita y Emilio miran a ambos lados aquel páramo, parecido al otro a pesar de su color naranja casi rojo, cubierto de retamas. Delante, junto al conductor, Virginia sólo parece animarse un poco cuando a la salida de una curva aparece el castillo de Torija, recién restaurado con sus piedras nuevas.

—Hubo un discurso bueno del Arzobispo. Vino a decir que todas las Iglesias, sin distinción, siempre estuvieron dispuestas a apedrear a aquellos que no pensaban como ellas.

—Las Iglesias, los estados civiles y los estados militares.

—De eso, quien puede hablar es míster Baffin. Eso a él ya le pasó hace años, antes de que el Arzobispo lo dijera.

—Y terminó el discurso —continuaba el amigo de Emilio— con que el Señor no puede estar con aquellos que arrojan piedras a los hombres, ni con esos que meten la cabeza en casa y dicen: «Con salvarme yo, allá los otros; que intenten ganar el cielo por su cuenta».

—Ese no es nuestro caso, afortunadamente.

—Ese sí es nuestro caso, desgraciadamente.

¿Quién es ese charlatán amigó de Emilio? ¿A qué viene decir estas cosas, pensar

siquiera así, aunque lo diga en broma? Si es en broma aún resulta peor. ¿Qué adelanta con hablar así, si ni siquiera estuvo en ese sitio que dice y si, lo que es peor, lo repite ante tanta gente tan poco o nada formada como abunda? Mamá decía y tenía razón: ¿Qué decía...? No recuerdo las palabras exactas, pero sí estoy segura de lo poco que la hubiera gustado escucharle. Ella, en su casa, junto a papá, dando ejemplo a todos los demás, incluso a los católicos. Ella siempre la primera en la capilla, un ejemplo en otros tiempos ya de por sí mejores, sin tantas dudas, ni discursos ni Congresos. ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué vamos aquí después de los primeros entusiasmos? Es buena cosa dejar la biblioteca, dejar por unos días a la señora y a Arturo, pero no en este coche que este loco conduce como a mí no me gusta, cogiendo las curvas tan veloces. ¿Por qué vamos? ¿Por hacer acto de presencia ante las demás Comunidades? ¿Para que no digan que queremos estar aparte? ¿O por huir de Molina y la ciudad, porque Emilio nos arrastra a pasar unos días en Barcelona? Si al menos a Virginia le viene bien, servirá para algo, porque esto de Molina lleva camino de ser como aquello de la otra vez con aquel colportor del pelo rojo. Se enamoró lo que se dice nada más verle, sin saber una palabra de su idioma. Así era Virginia entonces y así es ahora, aunque de día quiera disimularlo y es posible que con los que no la conocen lo consiga. Y el colportor aquel, con su moto y su mochila repleta de folletos no era gran cosa, como todos, salvo la novedad, salvo aquel pelo del color de estas tierras que vamos viendo ahora, y la moto que sonaba diez kilómetros antes de aparecer entre los cerros donde están las bodegas. Seguro que cuando volvió a pasar por casa una vez acabada la guerra, Virginia ya se veía casada con él, recorriendo media España en aquel nuevo artefacto que traía, sembrando juntos la palabra del Señor por toda la Península. Pero aquel colportor era como un jinete del Apocalipsis, de aquellos que con sólo su presencia anunciaban las guerras, porque a los pocos días de llegar estallaba esta vez la Mundial. Esta vez era él quien hablaba con papá y también se marchó a escape, aunque ahora sin decir aquello de «muy interesante». Se veía que ahora le tocaba más de cerca. Cuando le acarició, ya con las gafas para el viento puestas, Virginia estuvo encerrada un día en su cuarto y una semana entera sin hablarnos, como si la culpa de aquellas visitas tan apresuradas fuera nuestra. Ella también lo llamaba «nuestro jinete del Apocalipsis», pero no por la guerra, sino porque debía parecerle un ser del otro mundo sobre su caballo y con el casco y las gafas puestas.

Desde aquellos días, ¿cuánto tiempo ha pasado? Da miedo pensarlo, cuando somos mayores, quiero decir más viejas. ¿Por dónde andará nuestro jinete? ¿Se casaría o no? ¿Volvería por España? Eso sí que no creo. Aun sin vivir papá, no habría dejado de pasar a hacernos la visita, aunque por el bien de Virginia es mejor que no haya aparecido; bastante tenemos ya con Molina. Debía ser otro loco de la velocidad como este amigo de Emilio, que pisa y pisa cada vez más como si el diablo nos viniera siguiendo. Quizá sea uno de esos Testigos de Jehová o de esos Adventistas, y piense que si, total, el fin del mundo está a punto de llegar, da lo mismo acelerar o no,

acabar un día antes o después. Pero no es Adventista. Yo al menos no lo creo. Ahora, más allá de ese pueblo que se llama Torija, vienen de nuevo llanos tan parecidos a los nuestros, pero con pueblos más grandes y alguna que otra gasolinera con los del servicio detrás de los cristales aguantando el frío. La tierra no tiene ese color castaño de la nuestra que parece que abriga, que acompaña; aquí es igual de estéril, pero, además, blanca y descarnada, como muerta desde hace mucho tiempo. Menos mal que ya vienen repechos suaves que el coche sube o baja en un instante, descubriendo de pronto un pueblo, un merendero vacío, con las sillas recogidas bajo el cañizo roto, o rebaños de cabras que se confunden con el suelo. El coche se empina o baja, cortando las faldas de los montes en los tajos que se nota recientes, para hacer la carretera más fácil y en los que el coche vuela mientras Emilio y yo nos miramos y el amigo se ríe con los ojos a través del espejo. El suelo espejea lo mismo que en verano; está bien, pero cuando comienza a rodear los cerros de ese otro pueblo que se llama Medinaceli, parece como viejo y maltrecho, arrugado —según dice Virginia— por las ruedas de los grandes camiones. Emilio ha explicado algo sobre un arco grande, ciego y vacío que se recorta lejos, en lo alto, mientras echamos gasolina, pero nadie sale de su silencio, aunque alguno desvía la mirada, más por cortesía que por otra cosa.

El motor vuelve a zumbar. El viaje ya no es tan plácido porque las curvas llegan una tras otra y el frío aprieta a pesar de la calefacción que, al ser el coche un poco antiguo, tampoco ayuda demasiado. Es como atravesar un helado desierto, un páramo cubierto todavía de escarcha, por donde nada más salir a campo abierto bajan, deslizándose de los montes, blancas manchas flotantes de niebla.

(Sr. Don Lucio Sedano. Laguna de Negrillos.)

El día 20 de octubre llegó a esta el colportor inglés que ya anduvo por aquí hace algunos años, antes de la guerra. Vivió unos días con nosotros, compartiendo nuestra humilde casa, repartiendo propaganda que traía y predicando los dos cuanto pudimos. A pesar de traer medio de transporte de su propiedad, los Hermanos de esta fuimos con él a despedirle hasta la salida del pueblo. Al pasar por debajo del balcón de la escuela, oímos decir: «Ahí van esos». Pasamos sin hacer ningún caso, pero cuando habríamos andado como unos doscientos metros, vimos venir una turba de muchachos con piedras en la mano y gritando: «¡Ahí va eso! ¡Ahí va eso!». Volvimos y entramos en la escuela a reprender al maestro, pero este nos empezó a tratar diciendo que éramos la hez del pueblo, despreciados por todos, a causa de la religión a que pertenecíamos, y que ni el mismo Alcalde, ni el Gobernador en persona eran quién para reprenderle a él. La hija agarró al colportor por los bajos de la cazadora para echarle fuera. Gracias a que el Señor nos ayudó como en tantas ocasiones, llegó gente y entre unos y otros pudimos evitar que sucediera algo más desagradable, aparte del escándalo consiguiente, que, eso sí, no pudimos evitarlo.

Entre unas cosas y otras, el colportor ya no pudo marchar ese día, pues su estado nervioso no lo aconsejaba, y a la mañana siguiente nos citaron ante el Juez municipal, acusándonos de haber entrado en la escuela sin previo aviso, insultado al maestro y a la religión romana y faltando a la hija del maestro en medio de la plaza. Todo ello falso. Después nos notificaron ante el Juez de primera instancia; a mí me pusieron una multa y al colportor le incautaron su motocicleta, aunque después se la devolvieron, cuando llegó una carta del consulado, y por fin se pudo marchar.

El Alcalde dice que no para hasta que acabe con nosotros aunque quede pobre, y que si no, se tira un tiro en la cabeza. Ha llegado a pedir al Párroco la excomunión para todo aquel que nos dirija la palabra, cosa difícil, pues parece que la gente es de lo que más tiene que hablar. Por lo demás, no han pasado de ahí las cosas y, en general, reina buena armonía entre Evangélicos y Romanistas. ¡Ah, cuando el buen pueblo es dejado a su buen sentido, cuando no está influido por los eternos cizañeros de la sociedad, el pueblo conoce sus intereses y los busca y queda hecho una balsa de aceite!

De todas formas, el viernes tenemos que ir a juicio oral. Pedimos las oraciones de los Hermanos. Mis recuerdos de amor cristiano para todos ellos.)

Ahora el cielo se ha vuelto feo, blanco, y aunque a veces el sol asoma, no acaba de barrer esas rachas de niebla. Si hay niebla, habrá que ir más despacio, y entonces en un día no llegamos.

Es un desierto. ¿Cómo será después, más allá de Zaragoza, donde dice Virginia que no crecen los árboles? También mamá decía que la vida es un desierto, aunque ella sólo conocía el nuestro. Lo decía cuando se quejaba de estar sola, de quedar sola con nosotras cuando papá salía de Misiones, a visitar enfermos, asistir a algún culto o cumplir con sus obligaciones allá en la capital. Cuando ella se quejaba, papá no respondía. Puede que porque no tuviera razón o porque volvía tan cansado de discutir con los demás que los ánimos no le alcanzaban para seguir dando explicaciones en casa. Mamá se lamentaba y un día la vi llorar, estoy segura, a ella, tan dura, tan fuerte, tan entera. Quizá por culpa de los del mundo o puede que de alguno de los nuestros, como ese viejo que todavía vive y en vida de papá no perdió ocasión de ponerse en su contra. Así fue aquella vez, cuando no entramos a formar parte de la Iglesia Cristiana Española porque papá no quería despegarse de aquellos a quienes todo debíamos. ¿No era eso justo? ¿No era de razón? Pero Martínez, que entonces era joven, más joven que papá, echó los pies por alto, en plan revolucionario, como el amigo este de Emilio, diciendo que no era justo ni patriótico depender de otro país que no fuera el nuestro. Como si este mundo no fuera un país único, una sola patria para todos, un valle reseco y doloroso. Luego vino aquello tan feo de que porque él hubiera estado casado con la inglesa quería hacerles depender a todos de la misma nación y que si papá era de esa opinión, los demás querían, aún siendo pobres, seguir

siendo independientes y españoles. Fue la primera derrota de papá, aunque en la votación ganara, entre otras cosas, porque vivir de nosotros mismos resultaba imposible. Bien que se le notó cuando explicó a su vuelta que no le comprendían, que sólo habían votado a su favor por su prestigio.

(El Hermano Sedano manifiesta en la Junta de esta capital el propósito de su Comunidad de no ingresar en la Iglesia Cristiana Española, quedando así los Hermanos independientes bajo la única dirección de ellos mismos y, en última instancia, del Comité que sufraga los gastos de la Obra. Se fundan en los motivos siguientes:

La Iglesia Cristiana Española no es más que la sombra de una unión de Iglesias y apenas existe sino en el papel. Las Iglesias que la forman no saben lo que hace el Sínodo y la Junta ejecutiva. No se nos comunica nada de lo que en dichos Sínodos sucede. La Iglesia Cristiana Española se compone de Misiones más bien que de Iglesias, no gozando, por consiguiente, ninguna, de verdadera independencia. La profesión de fe y el código de disciplina son poco prácticos y van en contra de los hábitos de los primitivos cristianos, añadiéndoseles cláusulas que les hacen prácticamente inútiles. Tal modo de obrar se parece más a un juego de niños que a la obra de hombres formales. Lo único factible, dado el estado de cosas actual, sólo puede y debe ser un lazo de unión y de amor cristiano entre las varias Misiones.

Los señores Ancianos aprueban el pensamiento del Hermano Sedano y acuerdan que se extienda un acta de la sesión y de los motivos que nos mueven a no ingresar en la Iglesia Cristiana Española.)

Aquella última lucha, aquella última votación, y papá como ausente a la vuelta, más que nunca le conocimos hasta entonces, desde que tuvo que cerrar la escuela. Por entonces ya empezó a faltar la fe, cosa que ahora se nota mucho más todavía, razón por la que debemos unirnos los cristianos, dicen, aunque Virginia, míster Baffin y Muñoz no estén de acuerdo. Si el Señor nos ayudó tantas veces —dicen—, bien puede ayudarnos todavía. ¿Cuándo se mezcló con los demás el pueblo de Israel? ¿No fueron independientes los primeros cristianos? ¿No les vino de ahí, su gloria y su grandeza? ¿Por qué no han de volver aquellos buenos tiempos de Cecil cuando se alzó nuestra capilla? A veces fue necesario trabajar de noche, a la luz de la luna, para acabar de techar el edificio antes que el Obispado consiguiera suspender las obras. Eso era fe: trabajar en la era, amasar los adobes y cortarlos, dejar que se secaran al sol y de noche levantar los muros. A veces, cuando el tiempo se nublaban, trabajaban de noche a la luz de los carburos. Se turnaban unos a otros para ir a cenar, y los más jóvenes —que entonces los había— se disputaban el subir las paredes más aprisa que los viejos. Todo a la luz de esos carburos y la luna, que allá en verano, cuando sale

amarilla, tan enorme, alarga casi hasta el pueblo, como una mano enorme: la sombra picuda de la montaña sola.

El día en que la inauguraron, vino gente de toda la provincia y de mucho más lejos. Hasta tres familias obreras de Madrid, y eso que entonces no se viajaba con tantas comodidades como ahora. Llegaron Hermanos de Marín, de Madrid, de Linares, de La Coruña y Betanzos, y hasta un anciano que tardó tres días en llegar andando desde no recuerdo dónde. Lo mismo que nosotros ahora, que no sabemos ya dejar el coche, como si nos hubieran cortado las piernas. ¿Irás a tener razón en parte el amigo de Emilio? ¡Quién sabe!

—Pues no, no soy Testigo de Jehová, ni Adventista, eso Emilio lo sabe —Emilio asiente atrás sin mucho entusiasmo—. Y no lo soy porque los Adventistas ya se equivocaron una vez y nadie me asegura que no vayan a equivocarse otra. Sobre todo cuando no es cuestión de fe, sino de interpretación de las Escrituras.

—Equivocarse, ¿en qué? —pregunta Virginia.

—Que calcularon mal —responde Emilio.

—Lo que decía: estudiaron la Biblia y llegaron a la conclusión de que el final del mundo y la venida del Señor, sería en 1884. Como ni lo uno ni lo otro sucedió, la gente llamó a aquel año el del «Gran Chasco». Pero ellos siguen con su idea de que todas las profecías están ya cumplidas. No fuman, no beben y hacen su propaganda como todos.

—Bueno —añadía Virginia—, eso de la propaganda lo hacen muchos. Los Baptistas tienen una emisión por radio. Yo la he oído alguna vez en casa de Muñoz. Pero, como él dice, si con esos himnos con música vaquera consiguen convertir un alma, hay que reconocer que el Señor es generoso, sobre todo cuando en España hay himnos antiguos españoles.

—¿Y por qué no cantan esos?

—Porque son emisiones que ya traen grabadas de América.

—Bueno —interviene Margarita—; al Señor le debe dar lo mismo.

—A mí no, desde luego. A mí esa música no me da ningún respeto.

—Entonces, ¿en qué se diferencian de nosotros, de mí por ejemplo, los Adventistas, digo?

—Pues, quitando lo del final del mundo —responde el amigo de Emilio—, prácticamente en nada. De todos modos, como no pertenecen al Movimiento Ecuménico es difícil que encontremos alguno mañana.

—Eso mismo pensarán los demás de nosotros.

(Aquello fue un verdadero acto de fe y a la vez un gran espectáculo. No por la organización, que fuera de España ya se sabe que siempre es mejor, sino por aquel

palacio de deportes moderno, grande, circular, bonito, lleno hasta rebosar por quince mil personas pendientes de las palabras que resonaban en las gradas enormes y redondas, en aquel círculo diáfano; quince mil almas en el último día de la Creación, esperando su Juicio Final. En el centro, donde se juntan los pasillos, hay un estrado que parece minúsculo, con micrófonos para los oradores y un gran letrero sobre él con tan sólo cuatro palabras: Paz en la Tierra. El resto, todo lo demás, es el acento encendido de los discursos, de las advocaciones de esos quince mil niños y mayores inmóviles, con los ojos y oídos atentos a fin de no perder un ademán, una palabra de esas voces que anuncian que Armagedón se acerca.

Fuera, al otro lado del muro de cemento, los del mundo van, vienen, compran, fornican, roban o pecan por ignorancia, como antes del Diluvio, cuando sólo Noé y su familia se salvaron.

«¡Armagedón, Armagedón! —clama la voz potente, multiplicada por los ocultos altavoces—. Ese es el nombre de la catástrofe que acabará con este mundo envilecido, el día que verá el fin de las naciones. Queda muy poco para que se cumplan las palabras, la profecía que dice: “Esta buena noticia del Reino será predicada en toda la Tierra habitada, como testimonio a todas las naciones. Entonces vendrá el fin”. Han pasado ya muchos años —la voz retumba, vibra— desde que un hombre humilde, allá en la lejana Pennsylvania, obsesionado por la idea del fin del mundo, se dio cuenta de que algunas de las verdades contenidas en el Viejo Testamento no habían sido enseñadas al pueblo de Dios correctamente. Aquel hombre se llamaba Charles Taze Russell.

La voz, el nombre resuena como un seco desafío al mundo que vive y pasa, más allá de los muros del Palacio de Deportes.

»Este hombre, escogido de Dios cual otro Juan, pionero de Dios por las tierras de América, fundó aquella sociedad que llamó Torre de Guardia. Desde esa firme torre y con la ayuda del Señor y la Biblia en la mano, supo ver que el final del mundo se acercaba y era, ¡fijaros bien!, el año 1914. Es decir, el año de la primera catástrofe, el año en que comenzaron los males que desde entonces nos vienen castigando.

La voz apocalíptica de los altavoces ha enmudecido, en tanto el orador apura su vaso de agua.

»Nosotros no aseguramos hoy, no afirmamos el fin, la destrucción del mundo. El mundo proseguirá, pero en otro orden más justo. No podemos adivinar de qué medios se servirá Cristo para gobernar de nuevo el mundo. ¿Quién puede asegurar que no será una de esas guerras nucleares que cada día nos amenazan desde los periódicos? Lo que sí podemos afirmar es que los signos que se leen en Mateo, en Lucas, en las epístolas de Pablo, se van cumpliendo inexorablemente. Guerras; naciones contra naciones, reinos contra reinos; hambre, peste, miseria, terremotos; rebelión de los hijos contra los padres; los hombres cada vez más ávidos de placeres y dinero. La fe de las Iglesias se ha secado. Se nos dirá que son cosas que han sucedido siempre, pero a eso, nosotros contestamos: “No siempre coincidieron todas estas señales a la

vez”. Hoy existen medios de borrar la vida de la faz completa de la Tierra. La mayor parte del mundo pasa hambre, y el cáncer hace más estragos que en los siglos pasados. El crimen, la violencia, la fornicación, nunca fueron tan extendidos ni feroces. Se deshacen las familias, se defiende el divorcio, los métodos anticonceptivos, el adulterio, la pornografía, de la que ha habido incluso un festival público recientemente en Dinamarca. Nuestra misma sociedad de consumo, ¿qué es sino la práctica descarada de un moderno hedonismo?

Otra pausa en el ardiente, absoluto silencio, hasta donde llega casi nítido el rumor del tráfico de fuera, un rumor que parece de pecado, de necia indiferencia, en contraste con aquella multitud silenciosa y atenta, temerosa y serena, orgullosa y humilde, ante tanta amenaza de destrucción y muerte. Pero es sólo, como antes, un minuto, un instante. De nuevo esa voz, unas veces violenta, otras tan mansa y queda, continúa:

»Sólo ellos, Testigos de Jehová, se salvarán, sobrevivirán a Armagedón: el día señalado y tendrán vida eterna, paz absoluta, salud, justicia y abundancia. Es preciso leer los Salmos, consultar a los Profetas. Llegará un nuevo Edén, un paraíso físico y espiritual que durará siempre después de aquel terrible día.»)

Y como si tanta amenaza comenzara a cumplirse, de pronto una sorda explosión hace añicos, polvo de cristal, el parabrisas del coche, que se deshace como una centelleante tela de araña, viniéndose abajo. Súbitamente los viajeros han quedado cubiertos de cristales diminutos. Un golpe de aire helado los envuelve. El amigo de Emilio ha frenado, echando, casi a ciegas, el coche a la cuneta en tanto el frío se vuelve insoportable. Los cuatro han quedado un instante en silencio; después comienzan a quitarse los fragmentos brillantes de encima y se oyen las primeras protestas, las del conductor sobre todo, acusando a un camión que se aleja retumbando, sin apenas enterarse de lo que a sus espaldas deja.

—La culpa no es del camión —explica la voz dura de Virginia—, es nuestra, por ir tan cerca de él, habiendo grava suelta en la carretera.

El amigo de Emilio no responde; continúa en su trabajo de acabar con la tela de araña, de arrancar los cristales que restan; luego por fin, murmura:

—¡Si me hubiera dejado adelantarlo!

—Había un cartel indicando que empezaban las obras.

—Sí; claro que los hay. Lo que no dicen nunca es dónde terminan.

El frío arrecia. Cada racha entumece aún más a los cuatro, a pesar del ejercicio que supone sacudirse una vez y otra los cristales que se pegan a la ropa, se incrustan en costuras y dobladillos, llegando a brillar, sin saber cómo, en los sitios más inverosímiles.

Se ha detenido un coche. Un matrimonio con un niño pequeño.

—¿Necesitan ustedes algo? —asoma el padre.

—No; gracias.

—¿Quieren que avise a los del Tráfico?

—No, gracias; ya nos arreglaremos. Procuraremos llegar a Zaragoza. A ver si allí nos ponen un parabrisas nuevo.

—¿Y si no nos lo ponen? —pregunta Virginia cuando el otro coche ya se aleja.

—Pues si no nos lo ponen, dejamos este allí —replica el amigo un poco violento— y seguimos en tren mañana. De todos modos habrá que hacer noche en algún sitio.

—¿Cuánto nos falta?

—Para Zaragoza, unos veinte kilómetros. Puede que un poco más.

—Allí tenemos amigos —media Emilio, como siempre—. No hay más que abrigarse, ir despacio y seguir. Pero no corras mucho, porque esto se convertirá en una nevera.

—Lo único a nuestro favor, es que no hay viento.

—Veremos cuando lleguemos a esos puertos.

—¡Si te empeñas en llamar puertos a eso...!

Fríos, de mal humor, como quien va a un suplicio, han entrado los cuatro. En cuanto el coche se acelera un poco, el mismo amigo de Emilio levanta el pie del pedal, antes de que empiecen las protestas. El suplicio se hace más soportable. Ahora las dos mujeres van atrás, con los abrigos y la manta vieja encima, la de las averías, y las bufandas tapando los oídos, anudadas fuerte bajo la barbilla. Emilio y su amigo, con las caras rojas, cortando con sus pómulos el viento, apenas abren la boca, ni siquiera miran cuando otros coches les adelantan o les siguen, extrañados de su paso lento.

De todos modos, son un poco injustos con este chico. Virginia sobre todo. No por lo que dice, que ya sabemos que tiene razón, sino por ese tono, porque después de todo, él se ofreció a llevamos y nosotros aceptamos. Nadie nos obligó, y la misma Virginia adelanta a veces cuando no debe y una vez se salió del camino. Ni Muñoz ni yo dijimos nada. Debería acordarse y olvidar esas palabras y ese tono, el tono sobre todo, a pesar de este frío tan horrible que yo creo que no nos deja llegar a Zaragoza. Ahora empezamos con ese puerto primero que avisan los carteles y la misma montaña nos abriga un poco. Veremos lo que pasa allá arriba, en lo alto. Pero así es la vida. No se deben cargar las culpas sobre nadie —predicaba papá—, y mucho menos sobre el más débil, y el más débil es ahora ese chico. La vida puede cambiar en un instante, se puede pasar en un momento a la presencia del Señor. Para eso estamos prevenidos. Hasta un trocito pequeño de grava nos puede llevar ante Él, sólo con que en vez de la cuneta hubiera estado el río como unos metros antes. El fin del mundo entonces sería para nosotros hoy el fondo de ese agua helada, sin necesidad de tantos cálculos y errores sobre la Biblia como explica nuestro amigo. ¿Para qué calcular tanto, como hacen los Testigos, si sabemos que nuestro destino está en manos de

Dios, sin tener que esperar a esa fecha con un nombre tan raro? ¡Armagedón! ¡Qué nombre, aunque sea sacado del Libro Santo! Y qué frío en la frente, en los pies, en las piernas, en cada hueso, a pesar de la manta enrollada que llevamos. Emilio y su amigo han querido quitarse los abrigos. Dicen que ellos son hombres y lo aguantan mejor, pero nosotras no se lo hemos consentido. ¡Armagedón, qué nombre! ¿Será este para nosotros ese día? Sería tonto coger alguna enfermedad por algo tan absurdo como el cristal de un coche. Deberíamos parar en algún pueblo, tomarnos todos algo caliente y después intentar seguir, si es que ha salido el sol un poco, que lo dudo. Y si no, quedarnos a comer, que siempre reanima más y que, después de todo, ya casi es la hora. ¿Qué más da hacerlo aquí que en Zaragoza? Luego incluso hacer noche allí y mañana, en el coche o en tren, llegar a Barcelona. Total, el dichoso Congreso ese dura unos cuantos días. No vamos a morirnos por perder el primero.

El péndulo va y viene. Se acerca desde la boca abierta del gusano hasta la curva de la carretera donde aguarda el camión su carga de negro corazón, de piedra oscura y negra. Molina piensa que su demonio es no sólo un excelente capataz, sino también un mago. Dijo: «De esta semana no pasa», y antes de que el sábado llegara, rebosó por primera vez la vagoneta. El viejo había aparecido en la bocamina, agitando la boina en la mano a un lado y a otro, como los marineros al entrar en puerto, al cruzarse con otros barcos. Tal era la señal y Molina, a través de ella, había comprendido que su demonio, además de ser mago, era su suerte. Le iba a comprar unos vestidos más, le iba a dejar que se fuera con su madre por toda una semana, ya que su suerte estaba allí, modesta pero bastante para justificarse ante sí mismo, ya que no ante su hermano y los demás. El hermano había llegado y, en tanto el dueño del bar descorchaba unas cuantas botellas, iba explicando cómo la vida —es decir, los negocios— no era cuestión de fe, sino de saber, de experiencia en ellos, de saber en dónde se metía la cabeza. Habían brindado, charlado y animado a Molina para que bebiera. Nunca era tarde para aprender y eso animaba a llenar las tardes hasta la cena. Había tomado un sorbo. A pesar de la falta de costumbre, un sorbo no iba a sentarle mal y era preciso para entrar con buen pie en los nuevos tiempos. Esos tiempos —se decía Molina— preocupaban a su hermano más que el pequeño agujero de carbón, quizá porque bocas como aquella tenía muchas, al menos en proyecto, y hermano sólo una, o quizá porque la mujer seguía empeñada en buscar para él aquel camino recto.

Ha bebido un trago que le repugna, ha comido un poco, y ha seguido bebiendo a su pesar, para salir y alejarse hasta el río. Es un agua tan fría que sólo de sentirla se desea bebería; es como su demonio, como fue en un principio: sólo sentirle, verle, se pensaba en las largas horas que aún quedaban a la boca del horno, hasta la noche. ¿Qué será de la casa de adobes? ¿Cómo andarán las huertas, las viñas, la montaña? ¿Qué será de Muñoz y Martínez y Eloy? ¿De los demás Hermanos que no quiso recibir? Ahora que ya el carbón estaba allí, los recordaba más ahora que ya la nieve apuntaba en los altos. ¿Y las hermanas? Las dos: el halcón y su cría; la que nunca le

habló después de que su demonio apareciera y la que al menos saludaba dando los buenos días, como cuando de chicos eran amigos, compañeros de juegos y de amores. Ahora, en tanto que vomitaba aquel vino que no debió beber, aunque ninguna regla ni ley se lo impidiera, sino sólo su cuerpo, recordaba a las hermanas y, lo que era más raro, a su mujer. Se sentía flotando en aquel pozo, en el fondo de aquella torrentera blanca que se precipitaba a sus pies tan hermosa y violenta. Se sentía vacío como cuando el demonio fue ignorando primero y quitando después los retratos de su mujer, igual que decían de la segunda de Sedano con la primera. Las dos fueron borrando, poco a poco, sus huellas. El demonio porque decía que no le gustaba ver caras de mujer a su alrededor, y la otra, la de Sedano, porque, según Martínez, las hijas no cesaban de preguntar por ella. Pero cuando al fin acabó por guardar todos los retratos, había sido como echar al mismo Sedano de la casa y las preguntas habían arreciado aún más. Ya las hijas no se contentaban con conocer su cara o su figura, se atrevían incluso a preguntarle a él que sabía más o menos lo que todos, lo que murmuraban a veces los Ancianos a la salida de las Juntas, o aquello que cualquiera podía adivinar en los años que vinieron tras la segunda boda y que le había hecho prometerse no volverse a casar, cuando él también, a su vez, se quedó viudo. Nunca hasta entonces, desde que se llevó consigo a su demonio, había vuelto a acordarse de estas cosas. Tampoco se acordaba del Señor, aquel a quien tantas veces había cantado, adorado, pedido salud, lluvia y fuerzas para el barro, con quien hablaba tan llanamente, como con su demonio ahora. Quizás este había venido a ocupar su lugar y por ello veía a aquel más en la casa, en la lluvia monótona que nutría la avena, en aquellas tormentas súbitas que alumbraban el cielo y la llanura con laberintos luminosos, los mismos que en las noches serenas recorrían despacio las estrellas. Ya el Señor no estaba allí, no lo veía en parte alguna, ni en aquel río que le arrastraba ahora, ni arriba en el trabajo, ni de noche en los brazos del demonio, ni en aquellos deseos vagos de no despertar nunca, de ser otro demonio más, de que el río llegara a alguna parte, a algún lugar que él no era capaz de imaginar, pero que en nada debía parecerse al resto de su vida.

Había alzado la mirada hacia aquel corazón que de aquella manera se vengaba, hacia aquel cable, tenso ahora, donde gemía el viento, hacia los cánticos del bar que, como de costumbre, le recordaban otros. Su demonio tenía razón: nadie daba nada sin pedir nada a cambio, y a cambio de su suerte, de su pequeña suerte, al pie del oxidado murallón de piedra, él vagaba en el fondo del río, dejándose llevar como los haces de mimbreras, cada vez que en la sierra llovía, dejándose arrastrar por su demonio, que lo alzaba en su cuerpo a la noche, para hundirlo después en su velada y pequeña sombra. En sus tibios y largos caminos, en su pelo, sus dientes y sus uñas, era a veces un demonio lejano, otras voraz, que le llenaba, al despertar, de un odio, de un rencor hacia sí mismo que era preciso expulsar, vomitar, echar fuera de sí, igual que aquella bilis que ahora, a sus pies, deshacía la corriente entre las lávanas.

Aquel péndulo, ahora inmóvil y pesado, indicaba que había cambiado al Señor

por su pequeña suerte y su demonio. Ahora que aquel viejo vagón iba a recorrer su camino más despacio, el hermano cumpliría su promesa, repartiría a cada uno su tanto por ciento, y quizá cuando la veta terminara no le dejara allí, le llevaría a otras bocas, a otras vetas mejores, junto a pueblos más grandes, ríos mayores, allí donde estos, fugaces y rápidos, se serenan, concluyen.

Ahora llegaba una sombra que preguntaba a sus espaldas:

—¿Todavía estás ahí? ¿Estás malo todavía?

—No; ya casi bien.

—Ya te decía yo que no bebieras.

—¡Qué iba a hacer! Hay que celebrarlo, ¿no?

—Sí, claro, pero no de esa manera. Anda, levántate.

—Sí, mujer, ya me levanto. Además, me estoy quedando frío.

—Es que está empezando a nevar.

Su demonio exageraba. Sólo a la tarde, días después, llegaban los esponjosos cristales del cierzo, pero el sol aún era capaz de disolverlos. Ahora que el péndulo iba a mudar su suerte, no iba a nevar tan pronto, mucho antes que otros años.

—Oye —ya volvían a casa—, he pensado que me voy con tu hermano. Así me ahorro el coche.

—Está bien. ¿Llevas dinero?

—Cogí un poco.

—¿Cuánto tiempo te piensas estar?

—No lo sé. Tres o cuatro días todo lo más.

—Bueno; diviértete.

Y al decirlo, dudaba, como siempre, de lo que en realidad deseaba, si quería que su demonio volviera o no, o que emprendiera un viaje con el hermano, hasta el Infierno, definitivamente. Había vuelto al bar a despedirlos, ante los ojos maliciosos de los otros, pero él sólo sentía aquel cuerpo suyo maltrecho y vil y escuchaba aquellos cánticos de siempre y acechaba más tarde aquellos copos espesos, al otro lado del cristal de la ventana, y oía la voz de ese río que en la noche le llamaba, que le arrastraba, en sueños, a lugares desconocidos y remotos, a aventuras angustiosas, alegres, obscenas, igual que cuando niño, y que le era imposible de recordar después en los largos silencios al pie del cable, aguardando la descarga de aquel péndulo, junto a la camioneta.

Aquel año nevó más que nunca; se presentó más frío que ninguno. Se llegó a helar incluso el surtidor del jardín, cosa que hasta entonces ninguno recordaba, y el Páramo fue como una gran costra de hielo punteada por las manchas oscuras de las viñas. No vino correo en muchos días, ni tabaco, ni fruta, ni el plomo para el barro. Fue un invierno muy duro y muy largo, sin poder siquiera sacar a los animales hasta la fuente. Los hombres tampoco pudieron abrir paso en el camino que llevaba hasta la carretera comarcal, ni siquiera a fuerza de vino caliente, y tuvieron que volverse, cansados, ateridos y maltrechos, por aquel viento que se alzaba de la nieve. Las nubes

bajas, el sol sin conseguir romperlas. Todo en torno era un telón oscuro, un flácido edredón igual que aquellos tan pesados, macizos con que la madre abrigaba por la noche a las muchachas. De día, allá estaban las dos, mirando, desde detrás de los cristales, el chorro helado del verde surtidor, aguardando a que rompiera su funda de cristal dando fin de una vez al invierno, acechando el mullido caminar de algún paisano solitario, con su cubo en las manos enfundadas, camino de la fuente a por agua para sus animales. Un día, la funda de cristal amaneció fundida y desde entonces, en los años siguientes, nunca más se volvió a congelar, nunca más volvió a nevar como entonces e incluso el frío fue menguando cada año. Había sido una dura y memorable despedida. Apenas hubo reuniones de oración, ni bautizos, ni —se diría— entierros. Sedano sólo asistió a los cultos de su capilla y pasó el tiempo casi constantemente en casa, al lado de la estufa, leyendo aquellos libros de divulgación científica a los que no había perdido la afición, aún después de cerrada la escuela. También repasaba sus lecciones a las dos muchachas, sobre todo el francés a Virginia, a la que pensaba enviar con una beca al extranjero, mas parecía haber perdido sus ímpetus antiguos y a veces, con el pretexto de la nieve, las campanadas de las diez le llegaban metido con sus libros en la cama. Aquello no había sucedido antes de aquel invierno, ni lo de dormir solo en una habitación aparte, para poderse dedicar a sus lecturas nocturnas sin molestar a nadie.

Cuando la carretera quedó libre, más por sí misma que por el trabajo de todos, la primera revista que para él llegó de Madrid insertaba un anuncio de la Federación Británica Continental para la abolición de la prostitución, ya se tratase de legal o tolerada. La conferencia correría a cargo de una condesa de apellido inglés parecido al de Cecil. Se abriría con una introducción sobre sus obras, para luego pasar a la conferencia en sí, que se titulaba: «Las dos morales: la de los hombres y la de las mujeres».

Fue por entonces cuando Virginia preguntó al padre qué cosa era eso de la prostitución, y la madre quiso prohibirle que respondiera y que en adelante dejara leer sus revistas a las niñas.

»—En primer lugar, no son niñas ya, y en segundo, todo buen cristiano tiene, como primer deber, responder la verdad cuando se le pregunta.

»—Pues podrías esperar unos años más.

»—No veo la razón.

»—Ya lo discutiremos luego.

»—Yo creo que estas cosas nunca deben discutirse a escondidas.

Y al final vino la respuesta del padre. Aquello que Virginia preguntaba, podía entenderse en sentido real o figurado. Figurado, quería decir degradar, envilecer, echar a perder o profanar alguna cosa. En cuanto al sentido real, y a fin de no provocar las iras de la madre, ya se lo explicaría con el tiempo.

Pero no hacía falta aclaración ninguna. Bastaba con abrir el diccionario del padre, con ocasión del primer viaje, un día que la madre las dejara solas. Prostituir

significaba: «Abandonar alguna persona impúdica y torpemente su cuerpo, su honra, etcétera. Envilecer una mujer su pudor y su hermosura, convirtiéndola en objeto de liviano tráfico». Prostituta era aquella mujer perdida que se entregaba a la liviandad y al desorden, satisfaciendo los deseos lascivos de uno o más hombres, por remuneración.

Allá, al final de aquel invierno tan frío, lo que más preocupó a las dos fueron aquellas palabras finales de «uno o más hombres». Lo que más inquietaba a Margarita, sobre todo, era aquello de que pudieran ser varios, sin saber hasta cuántos podría llegarse en el pecado. Además no entendían que aquel mismo diccionario, unas páginas más adelante, explicara que remuneración era: «recompensar, premiar, galardonar, agradecer retribuyendo». Así pues, un pecado —tal vez de los peores— podía ser recompensado, premiado, digno de galardón o agradecido. Eso no lo entendían. Virginia, como siempre, echaba la culpa al diccionario, escrito y publicado por los del mundo y no por los Hermanos, mas cuando Margarita preguntaba por qué entonces el padre lo había comprado y a veces lo consultaba en su despacho, callaba o respondía, como la madre, que el padre era el padre y ellas dos niñas todavía.

—Pero tú te has venido a leerlo también.

—Por curiosidad nada más. Y ahora que ya lo sé, del mismo modo estoy dispuesta a olvidarlo.

Así hablaba ya Virginia de pequeña, pero ya entonces había aprendido a conocerla. Una cosa era hablar y otra olvidar, como decía. Al menos a ella le resultaba más difícil. Todo lo del pecado, lo de ese pecado, ya lo sabían, porque en los pueblos, por muy aparte que se viva, son cosas que se aprenden pronto, se ven, se escuchan, no pueden ignorarse. Todo ello lo sabían y lo que no, lo aprendieron de los chicos que, a veces, nada más verlas, se acercaban a decir, a susurrar o de lejos, a voces, a gritos. Era una sensación rara, entre la angustia y el placer, sentirse perseguida, acosada, recordar más tarde esas palabras, hilvanarlas, interpretarlas, y arrepentirse luego para volver a empezar al día siguiente.

«Recompensar, premiar...; por uno o varios hombres...» Uno podía ser —nadie está libre de una mala caída—, pero varios debía ser como desdoblarse, como ser varias mujeres a la vez, no ser siempre la misma; era difícil imaginarlo y por tanto entenderlo. Y, sin embargo, esas mujeres múltiples, distintas cada vez, existían, no sólo en aquel diccionario del padre, sino allá en la pequeña capital, incluso en la misma calle apartada de la capilla, en aquel bar fronterero, entre aquellos hombres que miraban al padre y los demás como ellas mismas a los gitanos que aparecían por la primavera con ojos divertidos y soñolientos. El bar había ido cambiando, año tras año, y las mujeres del interior, poco a poco, desapareciendo. Lo que aún persistía era la curiosidad de vecinos y clientes en ocasiones de los entierros y las bodas, aunque en las bodas menos. En los entierros, entre Hermanos parientes y mirones llenaban la calle y a veces, sin querer, impedían la partida del coche. Ahora había menos curiosidad, más respeto. Los del mundo se limitaban a mirar en silencio y, una vez en

marcha la comitiva de Hermanos, un poco orgullosos de su notoriedad fugaz y de sus coches nuevos, aquel público inmóvil comenzaba a disolverse, en tanto arriba se iban cerrando las ventanas.

Todo había cambiado, era verdad, no sólo las mujeres aquellas, sino hasta los pecados, como el amigo de Emilio intentaba explicar en la diminuta sala de estar de aquel modesto hotel de Zaragoza.

—Lo que sucede es que los cristianos de hoy, tienen de los pecados una opinión muy particular. ¿Quién de ellos tiene conciencia de la injusticia del mundo, por ejemplo, del dolor, de la miseria?

—Nosotros sí la tenemos —replicaba vivamente Virginia—. Gracias a nuestras Misiones, somos los más numerosos en España. Después de los católicos, claro...

—Pero España tiene treinta y tantos millones de habitantes.

—¿Y qué vamos a hacer, emisiones por la radio?

—Eso yo no lo sé —concluía el amigo un poco fatigado y molesto a la vez por su acento y también por el de Virginia—. No estoy seguro. Lo que sí sé es que el único Seminario Evangélico que se mantiene a medias, es el de Barcelona, y otro Bautista que había, tuvo que cerrar.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Por falta de vocaciones. Y en Madrid cerró también el Hogar Bíblico; y el Seminario Teológico tiene en estos momentos tres estudiantes. ¿Es verdad, Emilio, o no?

—Es verdad. Tiene cuatro exactamente.

—Y lo mismo sucede en otras partes, en otros países donde hasta hay que jurar ante los tribunales para salirse cada uno de su Iglesia.

—Bueno —replica Emilio—, pero hay que tener en cuenta que en esos países que tú dices, cada cual paga a su Iglesia el diez por ciento de sus impuestos, porque el Estado no les da ni un céntimo.

—Pero no es cuestión de economía. Es algo que no queremos explicar.

—O que no podemos...

—Puede que las dos cosas. Pero hay ciudades en Alemania, por ejemplo, donde se dan de baja al año dos mil personas, el doble que en el año anterior, lo cual quiere decir que la cosa va a más, que crece todavía. Es una indiferencia cada vez mayor, son ganas de acabar con una situación, con algo a lo que sólo de nombre pertenecen.

Quizás este amigo de Emilio fuera a tener razón. ¿Cuántos rostros desconocidos, nuevos, descubrían en cada Misión, en cada una de aquellas remotas capillas? Quizás alguno, fugaz, pasajero y casi siempre allá en la capital, pero en el Páramo siempre los mismos, más viejos cada día, entre los que paulatinamente iban faltando alguno que otro, camino del cementerio, donde de nuevo se permitía enterrarlos. Quizá los dos amigos tuvieran su parte de razón. No eran tiempos como aquel lejano de la nieve, ni aquel año del cólera ni el otro tan aciago que trajo la langosta. ¿Cuánto tiempo hacía que faltaban bautizos? En cambio, los Testigos de Jehová —aseguraba

la hija de Muñoz— habían bautizado casi dos mil en su último Congreso, no en España, claro, pero a pesar de todo, su influencia se notaba, sobre todo en los jóvenes.

—Son como los cristianos viejos, pero no son viejos; no se sientan a decir: «Señor, Señor...», sino que provocan con su actitud las conversiones, como hacían los cristianos antiguos.

—Así alguno llevaba ya tres años en prisión, nada al lado de otro de Barcelona que ya iba para nueve, por negarse a prestar servicio militar.

—Primero les condenan a dos años, para que se lo piensen. Luego los sacan y, si se siguen negando, los vuelven al penal por otros tantos.

—Y así, ¿hasta cuándo?

—Hasta que el Señor disponga. O hasta que salga, según dicen, una nueva ley militar.

Y lo había dicho en un tono tan firme, tan seguro que Margarita ya sabía desde entonces que los Hermanos contaban poco para ella. Lo que no se atrevía a prever era la reacción del padre cuando, a su vez, lo descubriera, aunque la hija quizás esperara todavía.

Pero el amigo de Emilio no veía tan fácil ni tan próxima aquella nueva ley militar. Su mejor suerte —decía— en estos casos es que les toque un oficial que les entienda y les mande a servicios auxiliares.

—Bueno —añadía el amigo—, ellos ya saben de eso.

—¿De qué?

—De prisiones y penales. Ya en el dieciocho encerraron en Estados Unidos a sus jefes principales porque las otras Iglesias se ofendieron, al acusarlas de interpretar mal las Escrituras. Les condenaron nada menos que a ochenta años, que son unos pocos más que nueve.

—¿Y qué pasó? —pregunta Margarita.

—Pues que al final salieron absueltos y desde entonces no han dejado de crecer.

—¿Y eso de no dejarse hacer transfusiones? —preguntaba Virginia a su vez.

—Ah, sí... Ellos lo justifican todo con la Biblia en la mano. Incluso la integridad personal.

—Pues a mí me parece absurdo.

—Bueno —mediaba Emilio, medio dormido ya—. No hay que tomárselos así, a la ligera. Puede que, según nosotros, en alguna cosa se equivoquen, pero en tiempos de Hitler diez mil de ellos murieron y eso: ser capaz de morir por lo que uno defiende y cree es de las pocas cosas todavía respetables.

—¿Tú también sabes tanto como tu amigo de ellos?

—Sé exactamente lo mismo que él.

—¿También estuviste en ese Congreso?

—No estuvimos ninguno de los dos —se ríe por primera vez, después del accidente—. Agustín y yo lo leímos en el mismo informe.

Entonces se llama Agustín, Agustinillo, como el chico aquel que se asomaba entre los barrotes cargados de carámbanos. Tanto tiempo allí, inmóvil, ¿en qué pensaría? Le veíamos venir, llegar con los otros chicos, camino de la fuente, a romper el hielo con las palas, pero él se quedaba allí parado tanto tiempo, mientras nosotras le mirábamos también desde detrás de los cristales. ¿Qué miraba? ¿Qué esperaba allí si no era de los nuestros? ¿Qué habría oído contar de nosotros? Quizá, como decía mamá, pensase, como tantos, que la nuestra era una casa de demonios.

»—¿Todavía está ahí?

»—No te asomes, espera.

Y era un guapo muchacho, a pesar de esas ropas que ponen a los niños en invierno, que entonces eran las de los padres cuando se hacen viejas o las de los propios niños, cuando se hacen más viejas todavía. Por mi gusto le hubiera abierto, le hubiera hecho pasar igual que aconsejaba papá, igual que, según dicen, aconsejaba Cecil en sus tiempos. Le hubiera hecho pasar, sobre todo aquel invierno del surtidor helado, silencioso. Aquel año le quise hacer pasar, quise salir al jardín blanco sucio y helado o preguntarle al chico qué quería, pero Virginia me agarró por la muñeca.

»—¿Dónde vas? ¡Tú no estás bien de la cabeza!

Y yo creo que sí, que estaba bien, aunque sentía en el brazo aquella mano que me asustaba un poco, por el daño que hacía y por su cara también, como un pájaro de esos que vuelan altos y dan vueltas, horas y horas, sin moverse en el aire y que un día papá me enseñó en su libro de lecciones de cosas.

»—Tú no sales. Es papá quien tiene que salir.

»—Pero, ¿por qué?

»—Porque tú no eres más que una chica.

Bueno, él también era un chico y de nuestros años, de los míos, al menos, y papá decía que a los del mundo había que abrirles siempre nuestras puertas, sobre todo si venían en son de paz, como aquel muchacho parecía. Pero no pudo ser, hubo que esperar hasta sentir que su mano se aflojaba, esa mano que ahora asoma, a pesar de este frío tan negro, por encima del embozo de la cama. Es como si apenas lo sintiera, es una mano tan larga y tan bonita que debería haber aprendido a tocar bien el armónium, como míster Baffin, o la guitarra como el amigo de Emilio, este Agustín, o no sé, dedicarla a algo fino y elegante. Y, sin embargo, es una mano, son unas manos fuertes aunque a veces demasiado inquietas, violentas como aquella vez, cuando la bofetada. Ahora descansa tan blanca como una mancha clara sobre el abrigo que se ha echado encima de la ropa de la cama. Hace frío, casi tanto frío como entonces y ahora estamos juntas las dos también, como en aquel invierno, juntas las dos en la misma alcoba, Virginia medio dormida, como siempre, y yo tiritando. ¿Nevará fuera? ¿Quién es capaz de levantarse si no hay calefacción o la quitan o la bajan por la noche? Puede que esté nevando. Puede que nos toque quedarnos aquí una semana o un mes, cualquiera sabe. Así, a oscuras, se piensan cosas que nunca ocurren o que sí pasan, cómo morir y así, cómo acabar la vida, una vida que es peor si se

enciende la luz, si llega a verse este cuarto con la bombilla arriba y ese armario tremendo y ese horrible lavabo. Quizás esté nevando pero Virginia no lo sabe, no piensa en ello, tan solo duerme ahora. Luego vendrá esa voz, esas vueltas en la cama de su cabeza, que es como un reloj al que dentro no le funciona bien alguna ruedecita. Entonces el genio se le escapa, como con ese Agustín-Agustinillo o conmigo, a veces, en la forma en que me trata. Con quien nunca le pasa eso es con Emilio. Bien es verdad que con él resulta más difícil, imposible, ya que no da ocasión de discutir como Muñoz. En cambio con míster Baffin ya tuvo, en ocasiones, sus roces.

Hace frío y lo malo es el tiempo, la noche que falta todavía. Sólo queda esperar, aguantar, encogerse debajo de las mantas tan flojas y pensar, acordarse de la discusión del coche, de lo que Agustín decía en contra de Virginia. ¿Será verdad que hay cristianos ateos? ¿Cómo puede ser eso? ¿Cristianos que ya no buscan al Señor ni aquí en la Tierra, ni allá arriba, en el Cielo?; ¿que sólo buscan dar testimonio, acabar con el mal en el mundo y con la desigualdad y la injusticia? «¿Qué haremos, dónde iremos sin la fe?» —preguntaba Virginia, y Emilio, como siempre, se callaba y miraba más allá de la ventanilla, cualquiera sabe qué, puede que el fondo de su propia conciencia—. Luego, al fin se volvió para citar esas palabras de no sé qué americano, que parecían como un retrato de mí que yo no conociera: «Busco a Dios dentro de una noche tan fría y oscura como pueda ser la de cualquier incrédulo». En esa noche fría y oscura estoy yo, en todos los sentidos, mientras Virginia aquí, en la oscuridad, sigue con ese continuo estremecerse que acaba casi siempre en un suspiro. «Busco a Dios en una noche oscura y fría... Se le puede conocer, se puede llegar hasta Él, a través del amor, enamorándose, a través de una enfermedad, a través del pecado, incluso...» La fe sin dudas de ninguna clase —dice—, es cosa de dogmáticos, y uno de esos debe de ser Virginia. Ahora querría no haber venido aquí, no haber hecho este viaje. ¿O no? ¿O es como las peleas con los chicos del mundo, que dan miedo de pequeña y a la vez las estás deseando? ¿Como el muchacho aquel, pegado a los barrotes, aquel día que conseguí abrir la puerta de la casa y me fui, poco a poco, acercando hasta donde él estaba, pisando aquella nieve sucia que aún llenaba el jardín por todas partes?

Me iba acercando y, dentro, el corazón se aceleraba cada vez más, tanto costaba seguir adelante por culpa del corazón y de los nervios como por culpa de aquel hielo tan sucio y traicionero. Era un piso que había sido blanco y ahora estaba tan manchado como el alma de muchos, según decía mamá. Era difícil caminar por él —lo mismo por el mundo— hasta que, una vez vuelto el tiempo bueno y llegada su hora, comenzaran también a abrirse los capullos y las flores, es decir: la Vida Verdadera.

Y mientras tanto, yo, por aquel valle sucio y desolado, caminando a encontrarme con el chico aquel de los ojos azules con un punto dorado en el medio, caminando con más fatiga cada vez, como si aquel pequeño trecho hasta la verja se alargara con el peso de la nieve en los pies y el miedo a que mamá o Virginia se asomaran de

pronto a mis espaldas.

Pero así y todo, allí estaba, frente por frente al chico.

»—¿Qué quieres? —le pregunté, recuerdo.

Pero él no contestaba, sólo miraba, como si a través de mí viera el jardín entero y quién sabe si la casa detrás con mamá y Virginia.

»—¿Qué haces? ¿Qué quieres?

Y era como la figurita que sostiene el surtidor, así de quieto estaba, sin moverse apenas, sólo mirando.

»—¿No quieres nada? Di: ¿cómo te llamas?

»—Agustín, Agustinillo.

»—¿Y qué haces por aquí?

»—Nada. De veras que no quiero nada.

Y ya antes de que me volviera hacia la casa, él corría cuesta abajo con los otros, arriesgándose a romperse la cabeza en las costras de hielo que aún quedaban donde el sol no llegaba por el abrigo de las casas.

Me volví, sacudiendo la nieve de las matas de boj, intentando espantar así las semanas de invierno que todavía quedaban desprendiendo los últimos carámbanos del surtidor, sin atreverme a chuparlos, por aquello que papá nos contaba del tifus que estaba dentro de ellos. Así llegué a la puerta, la empujé y, al tiempo que cedía, nada más entrar sentí la bofetada de Virginia.

¿Por qué? ¿Acaso había malicia en preguntar, en ver al chico? ¿Era pecado mío? Mi conciencia, bien tranquila que estaba. Yo no había ofendido al Señor en modo alguno, ni siquiera en pensamiento, y a Virginia mucho menos.

Y Virginia anduvo como huida una semana al menos, como ausente, con su Biblia en la mano, sin murmurar palabra, como si la ofendida fuera ella. ¿A qué venía aquello, aquel castigo injusto? Nunca quise decírselo a papá, pero ella, ¿en qué pensaba entonces, que nunca volvió a mirar la nieve desde la ventana? ¿En qué pensaba entonces? ¿Qué cosas sueña ahora? Tú, Cecil, debes saberlo. Dime: tú, ¿qué piensas de mi hermana Virginia, de sus palabras, de esos hilos que dentro de su cuerpo mueven de pronto bruscamente sus brazos o sus piernas y hacen girar su cuerpo entre las sábanas? ¿Qué piensas, di, de los dos hombres que vienen con nosotras, que duermen aquí al lado ahora, que han estado de charla tanto rato, a pesar de las fatigas del viaje? ¿Cuál de los dos te parece mejor? ¿A cuál creerías antes? ¿Con cuál de ellas te casarías si llegara el caso? Tú callas como Virginia, pero algún día me dirás a cuál de los dos se parecía realmente papá. Algún día me lo dirás, estoy segura. Mientras tanto, mientras Virginia y ellos dos duermen, tú estás ahí, unas veces alegre y otras, igual que en tus retratos, melancólica.

Del altavoz angosto, escondido en la pulida caja de madera, de la radio oscura y antigua, cubierta con su pañito de ganchillo, llega un murmullo que se va alzando,

concretando, hasta convertirse en un coro de voces. Es un himno que parece una marcha en la que los compases se confunden y la letra no se llega a entender; sólo algunos retazos sueltos. Luego vienen unos golpes de gong que vibran largos, espectaculares, en el silencio de la sala repleta de folletos, hasta apagarse en los estantes combados por el peso excesivo de los libros. Una vez los ecos se han extinguido, surge la voz del locutor, una voz con acento sudamericano:

«Te invitamos a escuchar: Momentos de Melodía, un espacio creado por la Comunión Bautista Independiente para refrescar tu vida espiritual y compartir contigo un poco de la verdadera felicidad.»

Es una voz que recuerda a la de los doblajes de los telefilmes, pero el Hermano Muñoz no puede saberlo, ni tampoco su mujer, que ha llegado sin hacerse apenas notar, como siempre. Ninguno de los dos puede saberlo porque nunca quisieron comprar el aparato. No lo juzgan beneficioso. La radio es distinta: entra por el oído y no precisa de tanta atención, permitiendo al tiempo realizar otras tareas. Además sólo en ella pueden escucharse emisiones como estas.

«Al que no conoció el pecado, lo hizo mártir, para que nosotros fuésemos justicia de Dios en Él. Fue la hora más oscura de toda la Historia, pero paradójicamente, fue también la hora más brillante.»

El Hermano Muñoz ha suspendido definitivamente la carta que mensualmente dirige a los Hermanos de Madrid. La ha dejado como un descanso y, como un descanso también, mira, más allá de la ventana, los balcones cerrados de la casa frontera, del hotel recientemente construido, o los propios cristales donde el calor de la habitación va condensándose, transformándose en lágrimas. Ahora, del altavoz, surge una voz suave aunque engolada, como de un tenor de ópera recitando su parte. Mas el Hermano Muñoz tampoco puede reconocerlo porque nunca estuvo en la ópera durante sus breves, aunque numerosos, viajes a Madrid o Barcelona.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Fue la hora más oscura de toda la Historia, porque la bajeza, el odio y la perversión del ser humano fueron puestos de manifiesto de la manera más cruda y repelente. Nías también significó la hora más esplendorosa porque el amor de Dios resplandeció en ella de manera inusitada e inefable.»

La mujer de Muñoz ha acercado su mesa hacia la radio, olvidando también sus prisas allá adentro, en la cocina, y como una respuesta lejana, a través del altavoz, es ahora una voz de mujer la que, con idéntico acento que las otras, llega hasta la habitación donde ya es preciso encender la luz eléctrica.

«El Gólgota va rayando la noche con su negro carbón. Ya se encienden las estrellas. Por el Calvero asomó la luna su alabastrino fanal. Las golondrinas arrancan las espinas del Señor. Una voz de llanto y miedo que en el monte retumbó, clama: ¡Verdaderamente este era el Hijo de Dios!»

Fuera, en la calle, las parejas se rezagan, atentas al reloj de las Casas Consistoriales y sus odiosas campanadas de las once. De todas formas, los últimos años han traído este respiro de una hora después de que las diez rigieron durante tantos años; pero una hora apenas significa nada si se compara con esos otros cambios que incluso hasta aquí llegaron y que sólo para algunos de los hijos de los Hermanos no cuentan. Antes, no había sino el paseo o el cine o los tediosos sofás del Casino para los hijos de los socios. Ahora, desde que el hotel se inauguró, con su sótano para la juventud, la vida de los chicos cambió radicalmente, sobre todo porque otros les imitaron. El pequeño salón en tinieblas se llena, y aún el portero galonado tiene que detener a un montón de menores suplicantes que nunca consiguen entrar hasta cumplir la edad reglamentaria, porque de cuando en cuando, algún que otro domingo, aparece por la sala un inspector que pide el documento al azar a los más jóvenes. Así, afuera, aguarda el grupo de los desencantados, como si allí mismo esperaran a ser grandes, admirando la entrada en ese mundo que nunca han visto pero que oyeron describir cientos de veces, que se inicia en la escalerilla forrada de rojo, tapizada de fotos de cantantes, por la que suben, amortiguados por la guata y las alfombras, los flecos, las migajas de esa fiesta que abajo truena, salta y palpita, agitando su pequeño subterráneo de sombras que, como Cenicienta, a las once de la noche, debe cambiar de forma, de vestido, de rostro, y volver apresuradamente a casa tal como son, tal como fueron antes, tal como creen y los desean sus padres.

Mas abajo, en el sótano, donde se alzan o mueren o se agitan las sombras, las campanadas odiosas no se oyen y es la orquesta la que debe avisar con un súbito rugir de sus trompetas, parecido al de sus antecesores en aquellas verbenas de los pueblos, anunciando la hora de la cena.

Ese rugido, casi lo único que llega hasta la habitación del Hermano Muñoz, le molesta sobre todo cuando coincide con la voz de la radio, que entonces, tras la siguiente ráfaga musical, continúa:

«El Calvario se levanta en el centro de la Historia de la Humanidad. Todas las sendas divinas que Dios fue abriendo en la Antigüedad, conducían allí. Todos los surcos que hoy Dios todavía abre, arrancan de aquel lugar. Allí, sobre la Cruz, todo el pecado de los siglos fue colocado sobre el corazón puro del Hijo de Dios, en el momento en que aceptó ser el representante de la Humanidad, y la Salvación fluye de la Cruz en beneficio de toda alma creyente. Eso es el Evangelio, esta es la gran noticia, la mejor noticia que el mundo ha oído jamás.»

Chicos y chicas se despiden, ríen, tiritan y se llaman, se dan citas, teléfonos; alborotan casi más que el rugido de la orquesta. Su presencia abajo, a la salida de la fiesta, estropea a Muñoz esa hora de la radio. No los ve pero imagina, repetidos de otras veces, esos besos prolongados hasta la exhibición, ese alejarse despacio, estrechamente enlazados por la cintura como defendiéndose de un frío cien veces más duro. Y todo ante los otros, los menores, los que no consiguieron entrar, los que ahora se incorporan al cortejo como dando a entender que ellos ya tienen algo que ver con lo que abajo sucede, con esa música que nace del subterráneo cuya puerta, dentro de un año o dos, acabará franqueando para ellos el portero galonado. Abajo, en tanto, la orquesta baja el volumen para que descansen dos de los cinco muchachos que la forman y cambia el ritmo a otro más lento que es casi como el de la radio de Muñoz, donde sólo el piano preludia una barcarola.

*Si la luz del sol se oculta
y vacila en mí la Fe,
mi plegaria elevo y clamo.
Cristo mi piloto sé.*

*Mi piloto irá conmigo
y de nada temeré,
no me espanta el mar furioso,
sólo en Él confiaré.*

*Cuando llegue a la ribera
de la patria celestial
me dará la bienvenida
mi piloto celestial.*

Una ráfaga de viento borra en el altavoz las últimas estrofas. Tras ellas vienen gritos de multitud que suenan a película histórica, de romanos, pero ni Muñoz ni su mujer pueden saberlo tampoco porque hace mucho que no van al cine. Antes, de novios, cuando podía tener más interés, estaba en el fondo el miedo, un poco de prevención a encontrarse con otros Hermanos, a sentirse a la vez reos y encubridores o testigos de algo con lo que no acababan en su interior de estar conformes. Ahora, desde que se inauguró el hotel frente a su casa, quizá por idéntica razón, tampoco Muñoz se asoma, cuando desde media tarde los jóvenes se amontonan a la entrada. Puede que sea verdad, quizás lo que se oye, en ocasiones, murmurar a la salida de las Juntas resulte cierto y algunos de los hijos de los Hermanos van por la mañana a la capilla y por la tarde al hotel del portero de uniforme. A pesar de lo rápidas que corren esas noticias, sobre todo en una ciudad pequeña como aquella, ¿qué hacer si llegara a reconocer a alguno? ¿Decírselo a sus padres? ¿Acelerar posiblemente su ruina? ¿Empujarle quizás a dejar del todo la capilla? Mientras acudan a los cultos,

siempre cabe la esperanza del matrimonio, del tiempo que les haga más responsables, y mientras, no mirar, no escuchar esas voces que llegan de fuera, sino la voz de dentro, del altavoz, aunque no pertenezca a los Hermanos, aunque otros la critiquen por venir precisamente de otra Iglesia.

«La muerte de Cristo fue distinta de la de cualquier otro hombre. Cristo pudo haberse librado de aquella crucifixión horrenda, pero la aceptó a sabiendas, como la voluntad divina para la salvación del Hombre. Así dijo: Padre, si es posible, pase de Mí este vaso, empero sea no como Yo quiero sino como Tú desees.»

Una nueva ráfaga musical llena la sala, donde los dos esposos, en silencio, apenas se miran, no parecen verse, como si meditaran en la soledad de su capilla. Quizá rezan a su modo, como otras Comunidades que el Hermano Muñoz conoce; quizá piensen, como ellas, que un buen cristiano no necesita de otro templo que su propio lugar, su propio cuerpo, porque Dios está en él como impulso que anima toda la Creación, y el único modo de comunicarse con Él es el silencio. Quizá los dos, marido y mujer, estén celebrando sin saberlo su propia ceremonia de silencio, como los cuáqueros, cuya gran libertad para interpretar los Libros Santos conoce Muñoz a través de un libro que trajo inevitablemente Emilio en uno de sus viajes. A fin de cuentas, mucho mejor es el silencio como oración que gran parte de las palabras que se oyen en tantas capillas, como conoce a través de sus Misiones. Así piensa cuando le llega el turno de hablar en el culto; a veces está incluso dispuesto a renunciar, pero lucha y consigue siempre apartar tales ideas de sí y acaba por decir su oración o explicar los versículos propuestos. Mas cuando está a solas, en su cuarto repleto de papeles, le gustaría quedar así, en silencio con su mujer, durante mucho tiempo y sólo lo consigue paradójicamente con ayuda de esa voz amiga que viene de la radio.

«Los críticos incrédulos dicen que en aquel instante Jesús tuvo miedo y que se resistió ante la terrible perspectiva de la muerte, pero tales suposiciones demuestran una total ignorancia del verdadero significado de aquella hora. Lo que Jesucristo contemplaba con horror era la perspectiva de sentir la ausencia del Padre. Jesús estaba experimentando algo mucho más terrible que el dolor del cuerpo clavado; estaba viviendo la ausencia de Dios, el desamparo del Cielo.»

Ceremoniosas, sonoras, profundas, llegan desde la calle, desde su tramo más alto, junto al reciente parador, desde la desierta plaza del Ayuntamiento las campanadas de las once, las tristes, las odiadas, que en las calles vecinas, ya lejos del hotel, más arriba de la biblioteca pública donde trabaja Margarita, aceleran la carrera de los jóvenes. Y la biblioteca, a oscuras, cerradas puerta y ventanas con sus ya oxidados cierres metálicos, parece guardar, más que un par de ficheros y unos cientos de libros,

algún viejo tesoro, más que viejo, olvidado.

(—Cuando la señorita se nos marcha, es como si la sala se quedara vacía.

—Sí; es verdad —la directora mira a Arturo por encima de sus lentes, que con él no se molesta en quitar. En realidad la sala está tan vacía como helada, salvo dos muchachos que, lejos de las ventanas, hojean sus libros sin apenas quitarse los abrigos.

—Habría ido a alguno de sus viajes...

La directora no responde; cambia de postura en torno al brasero e intenta olvidar a Arturo, en pie, calentándose también al otro lado de la mesa. Por fin se arrepiente de su silencio inútil, alza los ojos y se decide a responder:

—Se ha ido a Barcelona.

—¡Cómo esta vez no la mandó ninguna postal!

Y señala la mesa, bajo cuyo cristal la directora coloca y guarda algún que otro recuerdo de sus viajes, de los viajes de amigas y familiares como una protesta rabiosa de color entre tanto polvo, muebles que se trajeron ya usados, con su color indefinido, de tiempo siempre viejo, y cristales opacos de la humedad y el polvo.

Alguna vez, sobre todo a la vuelta del verano, cuando la pausa de Agosto borra por todo un mes la imagen de aquellos anaqueles, armarios y ficheros, la directora llega a verlos tal como son, llega a reconocer a Arturo, torpe, cordial, perezoso, como una parte más de todos aquellos libros y muebles ni siquiera venerables. Llega a ver aquel conjunto tal como es, incluso a Margarita, con sus faldas inverosímiles ahora, su pelo como la hermana, recogido detrás con una cinta, sus mangas hasta el codo y ese pecho escurrido que no concuerda bien con sus caderas. Todo lo ve como es. Incluso alguna vez consiguió hablar, plantear sus problemas al secretario que, a su vez, se comprometió a ponerlos en conocimiento de la Diputación, pero la cosa quedó en eso. El problema es eterno e inmutable: como siempre, la falta de dinero. Ahora se hallan metidos de cabeza en la traída de aguas, porque después de realizar la toma allá en la sierra y los depósitos, la conducción hasta la ciudad resulta insuficiente y, aún sin llegar a terminarla, es preciso volver a rehacerla. Luego vienen los caminos vecinales y las carreteras comarcales, de las que algunos de los pueblos carecen, sobre todo en la montaña. Alguien, en la Diputación, propuso comprar un helicóptero para el caso corriente de algún enfermo grave en pleno invierno, cuando los pasos quedan cortados por la nieve. Pero una compra tal parecería derrochar el dinero, quizá no fuera popular. Lo que sí se ha aprobado es la iluminación de algunas plazas típicas, de unos cuantos rincones, de dos o tres fachadas de palacios, incluido el que ahora la Diputación ocupa, y el camino hasta el nuevo parador. Luego, cuando el turismo venga, igual que a otras ciudades no mayores, ni con más monumentos, ni más cerca de las carreteras principales, se podrá acometer lo de los caminos que faltan, los médicos y veterinarios que atienden a demasiados pueblos, suprimir esos

cortes del agua por la noche, remozar, comprar fondos nuevos para la biblioteca, arreglar definitivamente la calefacción, subirle el sueldo a Arturo y, ¿quién sabe?, hasta quizá comprar ese helicóptero.

—Y ese viaje (si usted me permite que se lo pregunte). Ese viaje a Barcelona, ¿es también una Misión, como ellos las llaman?

—No; no es una Misión.

—Ah; ya...

Y a fin de alejarlo definitivamente, de quitarse de encima aquellos ojos que pretenden descifrar al revés lo que ella está leyendo al derecho, la directora le explica finalmente:

—Ha ido a un Congreso. A una especie de reunión.

—Una reunión de ellos, seguro.

—De todos.

—¿De los católicos también?

—De católicos, no.

—Ya me parecía...

—¿Pero tú sabes quiénes son ellos?

Y Arturo ha callado, confuso, quizá pensando, temiendo que la señorita Margarita guarde en su vida, en su forma de ser, en sus asiduos viajes, aún más secretos de los que él mismo se imagina.

—Ellos son —titubea al fin— los que no son como nosotros, los católicos. Los que no van a misa los domingos; los que van a su iglesia particular. ¿No es así?

La directora suspira aún. Nunca quiere alejar a Arturo violentamente, pero aun así, le explica con acento de punto final:

—Son los que explican libremente la Biblia.

—¿Y en la Biblia está todo?

—Todo ¿qué?

—Lo que uno debe hacer, lo que uno es, lo que uno ha sido desde Adán hasta ahora.

—Sí; eso es.

—Desde que empezó el mundo.

—Desde que Dios lo creó.

—Un día —se aleja Arturo hacia la puerta que el último lector ha dejado mal cerrada—, tengo yo que meterme con ella. Tengo yo que enterarme de cómo fue eso, señorita. Nunca es tarde para aprender, ¿verdad, señorita?

—No, Arturo, nunca es tarde.)

La reverberación de la campana solitaria se funde con el otro sonido del gong, con los tres golpes prolongados que sirven de preludeo a la voz femenina que ya Muñoz y su mujer conocen de antes:

«¿Quién abrió los canales de estos sangrientos labios, amor mío? ¿Quién

cubrió tus mejillas celestiales de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío, a tu frente divina, ciñó corona de punzante espina? Ven, ángel de la muerte, esgrime la fulminante espada y el último suspiro del Dios fuerte, apaga».

Viene un silencio. Llegan unos compases vacilantes de piano ya no en ritmo de barcarola sino en el más puro folklore americano. Pero el Hermano Muñoz no puede saberlo. Él tiene —y lo reconoce— poco interés por la música, a pesar de su importancia en los himnos. Además, aunque asistiera a las películas que pasan los Hermanos, nunca proyectan ninguna del Oeste, por su fuerte inclinación a la violencia. Así tampoco puede reconocer esa música que acompaña a las palabras.

*Ya pronto vendrá
 el Rey de los siglos.
 Y de los siglos al llegar
 al dulce hogar,
 al dulce hogar,
 voy a descansar por siempre
 junto al Señor Jesús.*

*A mí Jesús por fin veré.
 A su lado estaré
 por siempre jamás,
 por siempre jamás.*

*Él me ha liberado,
 Sólo Él reinará
 en la patria del más allá.*

¿Y no sería mejor callar, pensar en el Señor, meditar en silencio, tal como dice aquel libro de Emilio? La costumbre, el carácter pueden con todo —piensa Muñoz—. Él no sería capaz de estar callado, en silencio, allí con su mujer, sin esas palabras, esas voces, esas canciones que vienen de la radio. La mujer misma se iría en silencio a sus labores de ganchillo, como hará nada más la emisión de la radio concluya. No sabrían qué hacer ninguno de los dos con ese difícil silencio, no sabrían cómo llenarlo de algo, cómo hallar en él la presencia del Señor sin los himnos y la palabra cálida de los Ancianos que sirve tantas veces de alivio, ayuda y guía. ¿Quién sería capaz de mantener en silencio a los del Páramo, sin que a poco ya estuvieran pensando en el pan o el vino, o en su eterna cosecha de cacharros? No; el silencio estará bien para los cuáqueros del libro, mas no en este país, para nosotros.

(—Y ¿quién dice que todo eso es verdad?)

—No seas pelmazo, Arturo, y vuélvete a tu sitio.

—¡Pero si no hay nadie, señorita! Mire: esos dos chavalitos cada cual con su novela. ¿Qué quiere que haga yo?

—No sé; déjame en paz, acaba.

—Pero permítame una sola pregunta.

La directora le mira sin decir palabra, tanto rato que finalmente, a pesar de tratarse de Arturo, acaba por quitarse las gafas.

—Dígame usted —continúa él con ese gesto de humildad aparente que la directora se sabe de memoria—. Dígame: todo eso que está escrito, ¿quién lo ha escrito?

—Ya te he dicho que es la palabra de Dios.

—Pero... —duda, piensa, se calla y repite al fin—: ¿La ha escrito Dios, entonces? Dígame.

—No la ha escrito Él.

—No la ha escrito Él con su mano.

—Le basta, como si dijéramos, con dictarlo.

—Y eso otro, ¿quién lo dice?

—Eso es así.

—Bueno; es así, pero habrá alguien que lo..., ¿cómo se dice?, que lo asegure.

—Lo asegura la fe; no empieces otra vez. Además esto no es una casa de ejercicios espirituales.

—No se enfade usted...

—Vete a la iglesia, vas a un confesionario y a cualquier sacerdote le preguntas. Él te va a contestar mejor que yo. La fe es creer eso, lo que dicen los Evangelios y el catecismo y la Iglesia. Creer lo que ya vimos es otra cosa.

—Eso ya no es fe.

—Ya te digo que es otra cosa.

—¿El qué?

—Pues no sé; déjame ya, Arturo, será la vida corriente, supongo, vamos...

Y Arturo vuelve a alejarse, no de muy buena gana, aunque obediente. Se va hacia la gran mesa de madera, del mismo color indefinible que el resto de los muebles, donde duermen en sus rígidas tapas de cartón, sujetos con una barra y su candado, como joyas, los periódicos de la biblioteca.)

Más abajo en casa de Muñoz, la voz de la radio concluye:

«La cruz de Cristo es símbolo de redención, ruta eterna de santidad, epopeya gigantesca de sacrificio, manantial de vida sin fin y doloroso grito de triunfo del Cristianismo, imán para la Fe y agua de reposo para el espíritu cansado, defraudado por las soluciones engañosas ofrecidas por el mundo.»

Cerrar los ojos a la gran verdad de Dios es perderse entre las sombras espesas de un camino sin esperanza. La Cruz es el único evento que da sentido a la aventura de los hombres, el hecho que te presta sentido y te infunde valor y una espera que antes no conocías. Confiamos en Dios. Que así sea».

—Así sea —repite la mujer de Muñoz comprobando en el reloj de la sala que el hijo se retrasa. Luego, como quien ya adivina las palabras finales, se aleja sin hacerse sentir, tal como llegó, en tanto Muñoz calcula si vale la pena seguir trabajando hasta que el chico llegue, hasta antes de la cena.

«Amigos oyentes, a la Comunion Bautista Independiente le gustaría recibir vuestros comentarios y opiniones sobre estos Momentos de Melodía. Puedes escribirnos si deseas obtener información al apartado 209 8, de Madrid. Dios os bendiga y guarde.»

Y casi cuando la voz concluye llega el hijo con el respirar apresurado de los últimos tramos de escalera. Cruza junto a Muñoz, murmurando vagas excusas, tras dejar el abrigo en el pasillo, y va a meterse en su cuarto. Al cabo de un rato, cuando ya la madre pone la mesa, vuelve al comedor, más tranquilo y normal, incluso se diría, más peinado.

—¿Qué tal, papá? ¿No salisteis esta tarde?

—Íbamos a salir, pero nos dio pereza. Hace frío, ¿no?

—Sí que lo hace, sobre todo por la niebla. ¿Escribieron, al fin, las chicas de Sedano? Ya estarán en Barcelona, ¿no?

—Se quedaron a dormir en Zaragoza.

—¿Y eso?

—Una avería o algo parecido.

Bien; palabras. Mejor que el destino de las hermanas querría Muñoz saber dónde estuvo su hijo por la tarde. Es verdad que hay pocos jóvenes como él, tan dispuestos a seguir con el periódico oral que precisamente tiene lugar en la mañana de los domingos, pero al Hermano Muñoz le gustaría saber más, preguntar lo mismo que a la hija, mas sin forzar a ninguno de los dos, sin coaccionarlos de ninguna manera. Además —sobre todo en lo que a la hija se refiere—, se conoce de memoria sus respuestas; hasta una vez le llevó consigo a conocer la Universidad, un día de calma, por supuesto. Nunca quiso obligarles a asistir a los cultos —sería igual que los cristianos que quieren permanecer unidos a la fuerza—. Con la hija, mayor de edad, y el chico ya camino de serlo, preguntar, entrometerse, en cierto modo, en sus vidas, le da vergüenza, casi como un poco de miedo a conocer un mundo ya tan lejos para él como ese abismo sin fondo del que habla en sus sermones. ¿Qué hará Alfredo cuando va con su hermana a Madrid?; ¿cuando cambia de amigos y de ambiente? Si allí, en la pequeña ciudad —donde vuelve algún fin de semana—, existiera Facultad o peritaje, el problema sería distinto, pero a falta de estudios, lo mejor es Madrid,

donde él y los Hermanos tienen buenos amigos. El porvenir de los dos, el futuro de los chicos bulle en el corazón de Muñoz, en su conciencia, cada vez que el muchacho llega, arrastrado por la campana de las once. A veces ve a los dos en la pequeña ciudad donde nacieron sin otro empleo que una colocación en el Banco donde él mismo trabajaba, o quizás en la biblioteca o en el archivo, como la más pequeña de Sedano; eso sí, asistiendo a los cultos, fieles a la Comunidad, casados dentro de ella, como en los clanes familiares que mantienen unidas las de tantos pueblos. Otras veces, en cambio, se los imagina, como a tantos Hermanos, marchando definitivamente, más allá de esos cerros que cruza el río, el puente de hierro y la vía del tren que se pierde entre los álamos. Al volver de Madrid, de Barcelona, del extranjero incluso, son distintos, como Emilio, ven el mundo de otra manera, quizá porque el aire del mundo no sea tan nocivo como afirma el enemigo de Sedano. Quizás el problema de su Iglesia, de su propia confesión sea el de pasar esos cerros, ese río, ese puente sin perderse a sí mismos. Tal piensa en las malas rachas, cuando pasa mucho tiempo sin hablar en alguna Asamblea, que es igual que hablarse a sí mismo. Entonces teme, piensa, sueña que, como aquella vez, aquel año tan lejos ya, en que del Sur les vino la muerte y la miseria, algún día acabará llegando todo aquello que tanto los Hermanos como el cura de Negrillos temen, esa plaga cuya última víctima es Molina y que él espía, atisba, teme en los ojos vacíos, lejanos de sus fieles cada vez que asiste a los cultos en aquella capilla. Adela, que ya va a la Universidad, que nunca quiere hablar de cómo le va en ella, aunque sigue aprobando curso tras curso, un día llegará en que se case. El tiempo corre a favor de los jóvenes y él, Muñoz, no sabe hacia quién volverse, a dónde dirigirse. Su mujer no es más que un espejo de sus propias palabras, una voz, un eco, como suele suceder con las mujeres de los Hermanos, y si por ella fuera, dejaría a los chicos allí, en la villa, sentenciados a cadena perpetua. Hablar con Emilio es dialogar sobre mundos que apenas conoce, que tiene conciencia de ignorar y que le cohíben y acaban por no ofrecerle total confianza. Sólo cabe esperar que su ejemplo, sus enseñanzas en casa, lleven a ambos muchachos por el buen camino. Encomendar al Señor su destino y que Él les ayude a escoger el verdadero.

—Sí; estoy aquí en la Universidad. Estudio Letras. Es lo que me gustaba y como allí no hay Facultad, me mandaron aquí. Aquí vivo en casa de unos parientes de mi madre.

No; ellos no son Hermanos, son de otra Iglesia. No importa el nombre, ¿qué más da? Sí; allí en la Facultad hay bastante comprensión. A nadie le importa lo que pienses; en cuestiones religiosas, claro, porque en política ya es muy distinto. Lo que pasa es que yo ideas políticas no tengo. Sí; claro que noté mucha, muchísima diferencia. No porque piensen distinto que yo, sino por lo poco que piensan en asuntos religiosos. Yo creo que a la mayoría les da igual, les trae sin cuidado en la

vida práctica, aunque algunos vayan a misa los domingos. No sé si habrá leído una encuesta que se ha hecho, hace bien poco. Según lo que allí dicen, sólo la cuarta parte o menos de los universitarios leen un libro religioso al año. Y yo creo que se quedan cortos. En eso es en lo que yo noté más la diferencia. Al principio asistía a alguna que otra asamblea de esas que hay un día sí y otro también, pero en ellas no se habla para nada de religión. Allí todo es tratar de si se entra o no a clase, de si se va a la huelga, de si hay que echar o no a los catedráticos, de hacer una sentada para sacar a un compañero de la cárcel. Así, horas y horas, pero de religión, ni una palabra.

No recuerda al Hermano Muñoz. Tal vez más a la madre, a esa madre que apenas se ve en el salón, que se escabulle con cualquier pretexto y marcha a las habitaciones interiores donde debe bordar esos letreros con frases de la Biblia que adornan las paredes del despacho. Esta, la hija, tiene el pelo enterrubio como ella y los ojos más claros, y en general un corte de cara, unas facciones que, en más joven, resultan parecidas. En lo único que se reconoce al padre es en esos repentinos ademanes, en ese hablar tranquilo que a veces acelera para luego arrepentirse y volver al paso normal, al ritmo de la charla.

—Sí; al principio claro que lo noté, noté mucho la diferencia, pero en bueno también, por eso que decía de que aquí, en la Universidad, nadie se mete contigo, al contrario, a muchos les caes bien, aunque sólo sea por curiosidad y también por llevar la contraria a la mayoría. Si fuera a seguir Filosofía, aún podría tener algún problema, pero creo que voy a hacer Arte o Románicas, no sé. Se estaría del todo bien si no fuera por las huelgas, que no te dejan trabajar a gusto y examinarte a tu debido tiempo y acabar la carrera en los años que se debe, que es para lo que estamos aquí, como dice mi padre. Sí; mi padre me escribe; a veces mucho, otras menos, ya puede imaginarse: recomendaciones, sobre los amigos, sobre que vaya a la capilla siempre que pueda...

De pronto, su seguridad, esa charla continua, seguida, meditada, aprendida, recitada, sin apenas titubeos, se detiene, vacila. Frunce el ceño, duda. Ya nos es la voz de Muñoz en sus sermones, hablando tan serio y convencido, cuando su voz retumba en las bóvedas encaladas del Páramo o en los adobes amarillos de sus cementerios, esa voz que se extiende más allá de las tapias ya sin forma por la lluvia, más lejos de los violentos remolinos que son el alma de la Tierra cuando el viento la bate. Se ha detenido y murmura al fin:

—Lo que mi padre no sabe es que yo ya no soy de los Hermanos.

Más allá de la mesa donde ella sorbe su café ahora, al otro lado del cristal, van y vienen muchachos y muchachas como ella, también con sus cuadernos y libros bajo el brazo. Ella, en silencio, los mira como si no quisiera continuar, igual que si esperara a alguien, pensando quizás en Muñoz, allá lejos en su pequeño despacho.

La historia, el abandono, comenzó con un viaje. No era ningún compañero de

capilla, ni ningún familiar, sino un compañero de clase, un chico, uno de tantos parecía. Pero existe un sentido, un radar especial —explicaba el amigo— que nos avisa, que nos atrae, nos llama y nos acerca a aquellos que seguimos, que buscamos a Cristo. En una de tantas asambleas donde todos hablaban y votaban y ellos dos se abstenían, se habían hecho amigos o, como dicen los otros, los del mundo: ligaron. Luego vinieron largas tardes de café, por el invierno, antes de que él le presentara a sus amigos o, con buen tiempo, charlas interminables también en los parques. Unas veces era el Retiro, más fresco, cuya historia conocía el amigo mejor que ella, lugar de fiestas y ocio de un hedonismo poco adecuado para escuchar la palabra del Señor, ni siquiera para un sencillo y honesto esparcimiento. Otras era la ardiente sombra, los caminos hirientes al pie de las encinas de la Casa de Campo, un poco lejos, tan duros al volver por no llevar a cabo ese gasto absurdo de alquilar un taxi. Lo mejor para discutir, para dejarse convencer —a veces Biblia en mano—, eran los tupidos prados, los cerros verdes, los senderos frescos y alegres de la Moncloa, coronados por sus barrios silenciosos a la caída de la tarde, con la penumbra de sus eternas terrazas asomadas al río que parece estar cerca y se adivina, y los bosques de pinos que a la tarde se levantan a lo lejos.

Poco a poco le había ido informando de aquello que les separaba y les unía, y era bien poco, sobre todo a esa hora en que el sol se hace opaco, clara sangre, turbia luz, y el cielo va bajando entre los negros resquicio de las hojas.

También supo, aunque al principio le costara trabajo convencerse, que ellos, los otros, los Testigos de Jehová, eran más numerosos que los mismos Hermanos en España. Era verdad, también, que una tercera parte no llegaban a los dieciséis años —reconocía el amigo—, pero también los Hermanos y las demás Iglesias, a la hora de hacer cálculos, incluían a los niños. ¿Lo sabrían el padre o Martínez o las mismas Sedano? ¿Qué pensarían de ello? No lo hubieran creído; se habrían encogido de hombros como tantas veces o dirían que en este caso la cantidad nada significaba, aunque ellos siempre mencionaran la suya con orgullo.

Y no sólo eran los más numerosos —continuaba explicando Claudio, que siempre aparecía atareado, aunque estudiaba tanto como los otros—, sino los más activos, los que mayor números de adeptos conseguían. Allá en el piso donde se reunían los amigos, con sus Biblias de tapas verdes en la mano, siempre dispuestas para la interpretación y la consulta, el amigo le había informado de que el método de pasar, casa por casa, tal como ellos hacían, era no sólo el más eficaz para la comunicación con posibles conciencias afines, según la moderna técnica actual, sino incluso el recomendado por Lucas, en los «Hechos de los Apóstoles». «Ya ves —había concluido—, no sólo vosotros imitáis a los cristianos primitivos. Además, nosotros también nos llamamos Hermanos.»

Así se había animado a acompañar a Claudio en aquellas visitas que a veces derivaban por caminos pintorescos. Ella no conocía bien la Biblia ni la mayor parte de los libros que en ellas se citaban, pero tampoco hacía demasiada falta, porque la

mayor parte de las veces la entrevista no llegaba a realizarse, y en las pocas que sucedió Claudio se bastaba para cualquier información, ya que cuestiones más profundas no llegaban a plantearse. Claudio se prestaba a aclarar alguna duda, a explicar incluso cualquier pasaje, incluso el Libro entero, pero todo acababa siempre por desvanecerse en una mezcla de falta de interés, pasividad, tedio y un vago, impreciso miedo. Se precisaba mucha paciencia y confianza, una gran convicción. La primera pregunta inevitable era qué vendían; luego, cuando pedían ver al dueño o a la dueña de la casa, según la hora, venían largas esperas, dudas interminables, ir y venir de pasos, consultas lejanas en habitaciones invisibles, cuando se trataba de casas ricas, a juzgar por los muebles y los cuadros. Pero ese tipo de casas fue pronto eliminado de las listas. Era inútil intentar traspasar lo que Claudio llamaba «la barrera del sonido de los ricos», e incluso cierta vez había llegado hasta la sala de espera la voz de la dueña de la casa, que después de negarse a la entrevista, añadía: «... y tengan cuidado con ellos que hay mucha plata a la vista, en casa...» Otras veces les hacían subir por la escalera de servicio y aquello, más que irritar a Adela, le cansaba. Le deprimía, sobre todo, volver a la tarde, con las manos vacías. Por eso admiraba más al amigo que cada semana, cada día de visitas, comenzaba como si el anterior hubiera culminado con una gran victoria. «Inasequible al desaliento como un buen vendedor de lavadoras», decía riendo Claudio, y llamaba a la puerta de turno, intentando verle la cara al dueño, a algún hijo mayor, montar una frágil cabeza de puente desde la que empezar, a partir de la cual explicar, exponer, provocar amistosamente, sorprenderles en alguna pequeña timidez, en alguna remota simpatía de la que luego, en la mayor parte de las veces, se arrepentían. Sin embargo, de ese modo, los Ministros de otros países —que así se llamaban entre ellos los dedicados a visitar las casas— habían conseguido grandes éxitos en América y, dentro de Europa, en Alemania.

Así, un día, Claudio le había preguntado si quería acompañarlo en un viaje, un viaje corto, de ida y vuelta en el mismo día. No a convencer a nadie sino a ver, a visitar a un amigo.

—¿A un amigo?

—Sí, está en la cárcel. Viene también con nosotros su novia.

No hacía falta preguntar la razón de su condena. Se trataba de una prisión militar, un castillo grande y un poco destruido en parte, mas cuya torre central se conservaba intacta en sus muros y sobre todo en sus rejas. La novia no parecía demasiado impresionada por aquellos recios murallones que adelantaban su mole sobre la carretera, amarillos al sol ahora y castigados por el viento en el invierno. No parecía, o no se le notaba al menos, triste ante aquella serie de garitas que cercaban a la torre, que la cerraban aún más que las rejas o la maciza puerta. Tampoco parecía inquietarla el porvenir de aquel muchacho, la incertidumbre del tiempo que pudiera durar su condena. Estaba donde debía estar y, por ello, tal tiempo no contaba. La admiró más aún en el tren, a la vuelta, viéndola, oyéndola charlar tan animada, y ella se

preguntaba si a su vez, cuando su turno llegara, sería capaz de volver así, tan entera y serena. Porque al año siguiente entraría Claudio en edad militar y después de conocerle a lo largo de aquellos pocos meses ya sabía de antemano, casi al detalle, lo que vendría para ambos.

—No sé si lo sabrá mi padre. Para mi padre ya sé que va a ser grave. Por eso no me atrevo todavía. Además de que no sé..., el mundo cambia ahora a cada instante; no es que no esté segura de mí, de lo que soy, de lo que pienso; lo que quiero decir es que no me gustaría darle un disgusto en balde. Visto desde aquí, desde el grupo de amigos que frecuento ahora, todo aquello me parece otra vida, como esos años de niña que se recuerdan siempre: Molina y su alejamiento, Martínez y su mal humor, Eloy y las Sedano. No me gusta parecer pedante, pero todo eso queda tan lejos como esas películas que se ven por aquí de cuando en cuando. No tienen nada ya que ver conmigo aunque, por no disgustar a papá y porque no se debe desperdiciar ninguna ocasión, cuando voy por allí le acompaño en sus viajes. Sí; por allí vuelvo a veces. Cuando cierran por mucho tiempo la Facultad o en vacaciones. Aunque ya digo que es como volver veinte años hacia atrás; eso también, en cierta manera, resulta agradable. Además al volver, al comparar, se aclaran sin querer ideas, prejuicios sobre muchas personas, sobre algunas cosas, se recuerda que el mundo, el país en que se vive, no somos sólo nosotros, ni nadie únicamente, ni tampoco Madrid o Barcelona. No hace siquiera un año que acompañé a mi padre a una visita allí, a un pueblo que no recuerdo el nombre y que después de todo qué más da. Son Hermanos que no tienen capilla. Se reúnen en casa de la farmacéutica y su casa es propiedad de su Iglesia. Pues al salir del culto había un grupo de veinte o treinta chicos gritando lo de siempre: «¡Fuera los protestantes!», y nos habían rajado una rueda del coche. Entonces fue mi padre a la Guardia Civil a presentar la denuncia y el cabo hizo arreglar la rueda. No presentó la denuncia allí pero sí en el Obispado, a través de dos jesuitas, dos que trabajan en esto de la unificación de las Iglesias. Ya ve, no todo son Semanas de la Unidad, no todo es Madrid o Barcelona.

»No sé, no estoy segura de si me casaría con un hombre, con un chico de alguna Iglesia determinada, fuera de los nuestros. No se me había ocurrido; bueno, sí, ahora recuerdo, hace ya tiempo, una vez que nos invitaron a una boda de un evangélico con una chica católica. Con un ateo no, desde luego. Creo que no podría vivir con una persona incapaz de creer en nada... con un católico, no sé, creo que tampoco, aunque algunas amigas consiguieron convertir a sus maridos, y el matrimonio es, ya de por sí, un campo de acción igual que cualquier otro. Depende mucho de la persona. En esta boda que le digo, hubo la ceremonia católica y después el pastor protestante se colocó junto al católico y les hizo un pequeño discurso sobre la futura unión de las Iglesias, pidiéndoles que se respetaran mutuamente y se acompañaran en la religión de cada uno para conocerse mejor y sentirse más juntos. Les dio la bendición y todos,

protestantes y católicos, rezaron juntos el padrenuestro.

»A nosotros, la verdad, eso no nos atañe. Sólo reconocemos el matrimonio civil, como sucedía en los primitivos tiempos del Cristianismo, por eso ese tipo de boda que me dice tendría sus complicaciones, en eso como en el problema de los hijos, quiero decir en tenerlos o no, que nosotros pensamos es un asunto que cada cual debe arreglar con su conciencia.

El demonio esperaba, aguardaba, en aquel café nuevo, del paseo junto al río, aquel bar de atentos camareros, tan diferente a los que hasta entonces había conocido, incluso con sus terrazas extendidas sobre aquellas mismas aceras. Hubiera preferido algún otro de los que conocía de años atrás, pero aquellos estaban ya casi irreconocibles de tan viejos, con el servicio a punto de quedar jubilado y ellos mismos a punto de derribo. En eso notaba, más que en nada, cómo el tiempo había pasado para todos, aunque de modo bien distinto.

En este, en cambio, los camareros atendían prestos con un «sí, señorita» siempre a punto. Se les notaba educados para eso. Lo único molesto era no saber a ciencia cierta qué pedir. Al final había decidido al azar entre el montón de cosas que, como una columna de desconocidas tentaciones, al ver sus dudas, le habían sugerido. Aquella copa de color extraño, de sabor amargo, más raro todavía, que había ido sorbiendo con prevención, era un peldaño más, un escalón rosado transparente, después de los interminables y ya lejanos viajes en la desvencijada furgoneta, colocando los cacharros al sol, aguantando el calor y miradas fijas y sombrías como de tristes bueyes, las palabras, las aburridas bromas y en invierno las heladas y el amo. Era un escalón, un peldaño más allá de los fuegos del horno, del halcón y su cría, de aquellos cánticos que llegaban a veces a la tarde, de los silencios turbios de Molina y su entornar los ojos en el cuarto a la noche, allá por sus días primeros. Era ir un poco más allá del péndulo, que ahora, al fin, iba y venía despacio, entre las primeras ráfagas de nieve. Abajo, en cambio, en la ciudad, al sol, al amparo de aquellos respetuosos camareros, el otoño era bueno, en tanto que esperaba admirándose un poco a sí misma, repasando aquella escalera invisible en cuya cima se hallaba aquella copa rosa ya mediada, examinando con cuidado sus bien doradas piernas. Sin embargo, no se estaba del todo a gusto allí a pesar de que el raro sabor levantara los ánimos. Hubiera pedido otro más pero quería tener la cabeza despejada y si además el hermano de Molina no venía, como había prometido, no estaba segura de llevar dinero suficiente en aquel bolsillo plateado que acababa de comprar una hora antes. Lo de la cita lo había adivinado ya al subir al coche el día antes, en aquel vistazo nada más arrancar, al que ya de antes estaba acostumbrada, ese mirar, examinar más bien aquellas piernas, tal como ella ahora las reconocía al sol de aquel otoño tardío, tan alegres, maduras y brillantes, anunciándola días mejores aún, más rosados escalones, lejos del péndulo, de Molina quizás, en la ciudad definitivamente.

Aquel coche cálido, seguro, era como un aviso, un anticipo, y la seguridad, aquella cita en aquel bar tan difícil de encontrar para ella, a pesar de hallarse relativamente céntrico. Él no había fijado una hora concreta, pero le había asegurado que vendría. Bien, allí estaba. Había reconocido el coche, ese azul plateado, ese pasar silencioso, como deslizándose, como colaborando con aquel secreto a punto de empezar, como los camareros y las tenues luces del interior, y aquella música y el toldo de la terraza bajado a medias. Ahora se preguntaba si no habría sido un error esperar en la terraza, si no hubiera sido preferible el interior, pero en fin, allí venía, allí cruzaba, y no era cosa de arrepentirse ahora. Allí estaba por fin, con las llaves del coche brillando en su mano, cruzando la calle, avanzando por la acera, la cabeza en alto, la corbata estremecida por el viento, quizás achicando la barriga un poco, pero, con un poco de talento y suerte, el escalón definitivo.

La copa incolora, con su dado de hielo flotando dentro, que le habían servido sin apenas pedirla, había sido el principio de una jornada miserable. Ahora que aquel negocio de la mina estaba a punto de rentar definitivamente, ahora que su ayuda al hermano comenzaba a dar sus frutos, era preciso que los dos arreglaran de algún modo su vida, sus cosas. Bastante tiempo llevaban ya viviendo así. Él, en un principio, no había querido intervenir por juzgarlo capricho, asunto de poco tiempo, pero el tiempo pasaba y el hermano rendía; así pues, era lo más conveniente para los dos arreglarlo de algún modo, incluso para las relaciones de Molina con la gente de allá y para con los de acá, su mujer incluida.

No llegó aquel peldaño definitivo, sino una serie de escalones miserables, de consejos paternos y humillantes, hasta pagar las copas y llevarla en el coche, siempre con aquella mirada sobre aquellas piernas ya no alegres ni triunfantes, sino tristes, humilladas, anhelando insultar, devolver tales consejos, vengar algo que no entendía bien por qué no había sucedido, si por astucia, miedo, otra mujer, negocios o por error de cálculo simplemente. Quedaron en verse otro día más y en que, si no, él iría para hablar con los dos antes de que el mal tiempo cortara la carretera.

Pero el demonio deseó, suplicó que nevara y comenzó a nevar como si ya Enero bajara con el cierzo. Comenzó con aquel polvo de nieve danzando en remolinos por el valle. No eran aquellos espíritus de la tierra que nacían súbitamente para correr veloces hasta perderse en el Páramo, eran la voz helada, interminable, de aquellos altos lagos de los valles interiores que de noche bramaban como remotos mares. Y tras de aquel polvillo suave, convertido en agua a poco de quedar sobre la tierra, llegaron los copos grandes, majestuosos, opacos, mezclados por el viento entre sí, unidos como racimos, asentados, en un principio, sobre los avellanos de los prados altos, sobre los altos piornos, caminos de invisibles alimañas. Después, día a día, paso a paso, golpe a golpe, la nieve iba bajando. El primer pensamiento de Molina al levantarse aterido cada mañana era ir a comprobar si la carretera se mantenía limpia, examinar las costras heladas en el peralte de la curva, antes del cargadero. Mas, como el viejo decía, en tanto soplara el viento no corría peligro el camión de quedarse

inmóvil por el hielo. Entonces el demonio de Molina rogó, deseó, suplicó, lloró, y el cierzo cayó en calma a pesar de ser época de vientos. Las esponjas tan blancas dejaron de danzar, flotando ahora mansamente en el aire, cayendo en vuelo plácido, tranquilo, cubriendo primero el extremo más alto de aquel cable del péndulo, bajando, haciendo hinchar el río, ganando la orilla opuesta, cubriéndola también, alcanzando el extremo más bajo del cable y helando finalmente la gran curva del cargadero. En toda la primera noche no volvieron a oírse los lagos remotos que todos confundían con el rumor del mar, sino aquel otro rumor que era sólo silencio, el saber que la nieve iba aumentando, cristalizando, barnizando el monte con su capa de cristal, desde las tierras altas de los cabanos, de los rebaños del verano, hasta la dura corteza de los álamos abajo. Ya el camión no pudo pasar; tan sólo algún coche de aquellos del monte, como el de la Venta de abajo, con cadenas. El péndulo quedó inmóvil, sobre su valle helado, blanquecino y vacío, y los hombres en la cantina esperando a que el tiempo mejorase. Pero era mucho el poder de aquel demonio de Molina y allá arriba, por los inciertos caminos de los valles, la nieve debió seguir cayendo, porque el río aumentaba cada día, primero turbio, más tarde ceniciento, gris, finalmente opaco, terroso, violento. Los hombres se cansaban de mirar aquellas aguas, donde ya no se atrevían a matar el tiempo tratando de pescar. A veces se sentaban, miraban, maldecían y hasta escupían en él o dejaban rodar sobre su lecho pequeños aludes de hielo y rocas, como si él fuera el culpable de mantenerlos así, quietos, a su orilla, como una secreta venganza contra el espíritu del agua que les negaba la subida hasta la negra boca, blanca ahora, donde estaba su suerte o impedía mover a su gran péndulo helado, o subir al camión, que ya por dos veces lo había intentado.

Y allí, en aquellos largos días en que la nieve impedía cazar por lo fácil que resultaba seguir los rastros en ella, ni el agua pescar por lo revuelto de los pozos, en las largas jornadas al pie de la radio del bar, junto al modesto tocadiscos, con sus eternas canciones de flamenco, nació, tal como Molina se temía, el primer descontento. Y era, de los dos picadores, el que menos se apuraba, el primero en quejarse, en plantarse, en afirmar que todo aquello no era más que un robo, aunque él no supiera nada de leyes ni salarios. La mina, bien se veía, no era un filón como los del Norte. No compensaba de tantos días perdidos y aquel mísero sueldo. Aquel mismo trabajo, en otras de primera o de segunda incluso, rendía, producía, daba a ganar el doble. Había sido como un mitin en pequeño donde lo peor no habían sido sus razones, sino el silencio del viejo que, más tarde, en tanto examinaban el hielo de la curva junto al río, le había confirmado a Molina lo que ya desde un principio suponía.

—Aquí, legal, lo que se dice legal, no creo que haya nada. Puede que la denuncia del terreno, y eso porque no queda otro remedio.

De modo que fue preciso avisar al «jeep» de la Venta de abajo, que subió renqueando, patinando, a pesar de sus cadenas, y marchar a la ciudad a consultar con

el hermano.

—Bueno, ¿qué quieren? ¿De qué se quejan? Lo peor de cada casa y encima protestando. De eso sirve ayudar a las personas. No sé dónde pensarán ir. En esto del carbón, lo que sobran son hombres. Ya hablaré yo con ellos.

Pero la nieve se fue del fondo del valle antes de que apareciera. Quedó en los altos, y el río hinchado, bravo, fuerte, con la carretera libre, aunque el viejo no sabía si por mucho o poco tiempo. El peón del plante pidió su dinero y se marchó aprovechando un viaje del camión; se marchó, según dijo, en busca de otro sitio donde la gente fueran personas y no trabajaran para nada como animales. No hubo quien aceptara su puesto, ni siquiera entre los que vagaban por el pueblo, y Molina se decidió a picar. A fin de cuentas era mejor que quedarse allá abajo en el bar, fumando, bebiendo, jugando interminables partidas de cartas hasta la madrugada. Ahora se daba cuenta de que no había nacido para eso. Quizá tampoco para picar, pero al trabajo, al menos, estaba acostumbrado desde chico. Además, los otros tenían ya la cosecha en casa y en cambio su cosecha estaba allí arriba esperando, amenazando, apremiando, otorgándole un último plazo, quizás hasta la siguiente primavera.

Se llevaba la comida como el joven y el viejo, y su demonio y el chófer del camión, que jamás se ensuciaba las manos con el mineral, apenas le reconocían a la tarde, a la vuelta. Su demonio le reñía a la noche en tanto se lavaba, en tanto se miraba aquellas huellas negras, imborrables ya en las manos, o las uñas partidas. Parecía la voz del otro, de aquel a quien sustituía, mas a pesar del cansancio del carbón, más duro que el del barro, prefería subir cada mañana, embadurnarse en aquel cieno oscuro que tanto aborrecía el chófer, a asistir de mirón a las partidas del bar y volver aburrido y con mala conciencia a la noche. No le gustaba oír las blasfemias ni las veladas bromas que apuntaban a él desde la mesa y odiaba el vino desde aquella vez primera. Aunque él viviera con su demonio, no era un demonio más. Había palabras, voces, que aún al cabo del tiempo no se atrevía a decir, a gritar, como viejas supersticiones aprendidas de niño. No podía jurar como los otros, e incluso oírlo le molestaba, aunque a veces procurara disimularlo. Posiblemente, con el tiempo, llegaría a ser un demonio también, pero no tan obstinado, porfiado y vengativo como aquel que cada vez que las sábanas olían a carbón, lo mismo que antes al hollín de los hornos, cada vez que su cuerpo, cansado de picar, espalar, empujar la vagoneta trataba de dormirse, luchaba por mantenerle en vela, no para recorrer aquellos tibios caminos que tan bien conocía, sino para insistir rogando, amenazando, avisando como el viejo, aconsejando que, de no venir más dinero, era inútil, para él, tanto trabajo. Pero Molina seguía confiando en el hermano. A su tiempo vendría. Él, por su parte, estaba dispuesto a mantener su palabra en tanto el tiempo se lo permitiera. De todas formas, iba a escribirle una vez más explicándole, pidiéndole consejo, si es que algún otro negocio le impedía el viaje.

Al sábado siguiente, por la gran curva paralela al río, aparecía el coche gris,

pulido, silencioso, haciendo crepitar la grava al deslizarse. Aún sin oírlo, el demonio adivinó que llegaba, nada más escuchar el ladrido de los perros, más agrio que otras veces y, viéndolo llegar, reconociendo su pulida silueta, entornó con cuidado las contraventanas. Se cambió de vestido lo más rápido que pudo, corrió a vestirse como aquella otra vez, aprovechando el buen tiempo que entonces se mantenía. Se peinó un poco, se puso los zapatos de entonces y se miró en el espejo sin marco de la alcoba. Resistía bien el frío, lo mismo que su piel, incluso el frío de los pasados temporales, y aquellas piernas, muertas, tristes, cansadas, de nuevo se volvieron alegres, esperanzadas y brillantes. Molina y los demás tardarían en bajar aún, a no ser que alguno de ellos hubiera visto desde arriba el coche. Había tiempo, pues, para charlar de nuevo, para intentar otra vez cambiar su suerte desde aquella pobre casita con sus suelos de pino hasta quién sabe dónde, hasta aquel duro escalón rosado. Cuando, al fin, se decidió a salir, allí estaba el coche, a la puerta, tal como esperaba, mas no estaban ni el chófer ni el hermano de Molina. Era el hijo quien le tendía la mano. Y el demonio pensó, se dijo, que aquel nuevo escalón era mejor que el otro, si es que ella era capaz de remontarlo. De todas formas, lo consiguiera o no, siempre le iba a resultar mucho más agradable. Lo adivinaba en aquella manera de mirar. Aquellos dorados senderos de su cuerpo que Molina en un tiempo amaba tanto, lo decían también, parecían otra vez, como en las buenas rachas, alegres, esperanzados y contentos.

Y ya bajando el Bruch, pasada la blanca estatua y la gasolinera, con un poco de niebla y la noche encima, parecía Barcelona al alcance de la mano, pero aún faltaba esa hilera intermitente y prolongada de faros grandes, de distintas formas y tamaños, avanzando unos sobre otros como un rebaño inacabable de enormes ojos luminosos, superponiéndose en las cuestas, alumbrando recodos, villas y pueblos cada vez más unidos entre sí, sobre cuyos paseos solitarios trepidaban. Paseos defendidos por luces intermitentes y señales, con las sillas y mesas de sus terrazas, sin recoger aún, a la puerta de los bares, desafiando, defendiéndose del mal tiempo que las había arrinconado.

Salieron tarde de Zaragoza. Atrás y a un lado iban quedando las lomas arrugadas, grises y ceñudas de los Monegros, parecidas al Páramo, pero aún más vacías, menos hospitalarias. Atrás quedó aquel nuevo parador que empezaba a encender el neón de sus salones interiores, con sus coches ocultos bajo el cañizo en el que se adivinaba el terrible verano de aquel cielo que ya se iba oscureciendo. Atrás iban quedando, más despacio porque Agustín conducía con mayor precaución ahora, pueblos partidos, divididos en dos por el asfalto nuevo, con las aceras reducidas a un leve y estrecho borde y sus obras de rectificación de curvas tan pronto cercanas como en el fondo de los valles.

Llegaron a Fraga y nadie habló de parar, el que menos Agustín, que temía a la

niebla que más allá vendría. Empezaron la subida de la cuesta y al cambiar el paisaje que aún se adivinaba, todos, excepto Agustín, que conocía el camino, pensaron que el fin de aquella aventura estaba cerca. Pero aquellas luces eran Lérída, con su torre perdida allá en lo alto de la ciudadela, con sus campos de aliento tan frío, con el río que es preciso cruzar despacio, para seguir, ya con la noche encima y aquellas caravanas de luces en contra, multiplicando su resplandor por el reflejo húmedo del suelo. Y dentro del coche, tan sólo el rumor del limpiaparabrisas sobre el cristal de nuevo sucio a cada instante, que es preciso limpiar tras de cada pasada sorda de los enormes tráileres. Iban ahora los dos hombres delante; el uno conduciendo y el otro a su lado intentando ayudarlo, limpiando el vaho del parabrisas nuevo porque el coche era viejo y no llevaba instalación para desempañarlo.

Iban los dos delante. Y tú, Cecil, ¿qué dices?, ¿cómo juzgas el viaje? Tú, Cecil, seguro que no lo apruebas. Quizá te resulte un poco absurdo y, sobre todo, inútil, cuando tanto hay que hacer en el campo del Señor, tanta semilla que repartir, tanta mies sin recoger, sin conocer siquiera en nuestro mismo Páramo, sin ir más lejos. Quizá tampoco te parezca bien esto de viajar las dos solas con dos chicos, con dos hombres, aunque en todo momento ellos sepan comportarse. Ni siquiera en aquel largo paseo por la orilla del río, ese río sereno y caudaloso, pegado a la gran basílica católica, en tanto que arreglaban el cristal del coche, hizo o dijo Agustín nada fuera de lo normal y lo corriente, a no ser que se tomara como tal el cogerme dos o tres veces del brazo, igual que en aquella ocasión, cuando lo de Lutero King, y al final en aquel antro de canciones. Es su modo de ser, tan particular como aquella idea suya de cantar sus canciones en el Rastro, echándole valor, no tanto como mister Baffin, desde luego, pero expuesto a que alguno se metiera con él, aunque a esa hora se veían tales cosas, tipos y fachas subiendo y bajando aquella cuesta, que con toda seguridad le confundían con uno de tantos, aunque los libros de nuestro pequeño puesto no ocultaban a nadie quiénes éramos. Pero de todas formas, seguro que los demás Hermanos tampoco aprueban de ninguna manera este viaje. Y no es eso lo malo, sino que, apenas se piensa en ello, en su opinión, aparece como una víbora el orgullo. El orgullo se arrastra, se mete en el alma, preguntando:

Y ¿quiénes son esos otros Hermanos? ¿Por qué han de saber más? ¿Quiénes son ellos para juzgar lo que no ven sus ojos, ni sienten, ni padecen? Pero tú, Cecil, eres distinta, tú que todo lo oyes, lo ves y lo sientes. Tu opinión sí cuenta, por supuesto, más que la de Martínez, que se oponía a ti también, pero a ti por ser extranjera. Ni siquiera aprobó tu matrimonio, a pesar de que, gracias a ti, tantas cosas llegaron de fuera: ropas y medicinas y dinero para obras del cementerio y la capilla. Y lo que menos debió aprobar también de ti (si es que llegó a saber de ella), fue aquella ropa que te hiciste traer de Inglaterra porque en el pueblo, según decías, las mujeres se vestían lo mismo por dentro que por fuera. Por ser distinta influiste tanto en papá, según unos en malo, según otros en bueno; ni siquiera en eso fue posible ponerlos de acuerdo, pero lo que, eso sí, más admiraba a todos, era verte luchar, ir y venir a la

capital, visitar a los enfermos, empujar a Sedano en cada discusión con los Hermanos, escribir largas cartas a tus padres y no acabar agotada, rendida, sino vestir tus galas cada noche, cosa que nadie se atrevió a reprocharte, aunque en pueblos tan pequeños todo a la larga termine por saberse, quizá porque estaban al tanto de lo mucho que Sedano te quería.

*Como el lirio entre las espinas,
así es mi amiga entre las doncellas.
Como el manzano entre los árboles silvestres,
así es mi amado entre los jóvenes.*

*Bajo la sombra del deseado me senté,
y su fruto fue dulce a mi paladar.
Llévome a la cámara del vino
y su bandera sobre mí fue amor.*

Pero antes del amor, allí estabas, en aquel mísero lecho, enferma, no de amor, sino de aquella triste enfermedad, como tantos, de aquel mal que a ti, tan pulcra y limpia siempre, debía humillarte más. Aquella enfermedad, aquel castigo que revolvía las entrañas en vómitos y amagos, al primer alimento que se tomaba, que te hizo perder el color, los ímpetus primeros, la energía que hasta entonces jamás te había faltado, ni siquiera en las jornadas más duras. Tan postrada estabas, tan perdida, que ni papá mismo te reconoció al pronto. Te estuvo mirando un rato en silencio, y tú le respondías con el mismo silencio. Al fin, Sedano te tomó la muñeca, pero estaba demasiado cansado para llevar la cuenta al galope de la fiebre. Él contaba después que creía más en la fe, en la suerte, en el destino, que en aquellas medicinas que él mismo repartía, en todas aquellas medidas por él recomendadas y que él mismo ya, en ocasiones, ni cumplía. Mas comprendía que incluso la fe, el deseo de vivir debían mantenerse de algo, como el alma del cuerpo, y eso era lo que él suministraba, aún sin gran esperanza. Además, aquel brazo tan blanco le mantenía allí, aquel brazo y la mano apagada sobre el embozo oscuro de la cama. Había tomado la mano aquella y la había ofrecido parte de aquella fe suya, de su energía y su firmeza, intentando sacarla de aquel sórdido lecho, de aquella alcoba oscura y pequeña donde la vida, el mundo, parecían terminar entre aquel rumor monótono de esquilas abajo y la luz escuálida del techo que ayudaba a la que más allá del ventanillo huía.

Allí estabas, tan sola, tan alejada, tan débil, con aquella sonrisa agradecida, cuando juntó con las tuyas sus dos manos, para arrastrarte más, para salvarte más, para hacer de algún modo que siguieras viviendo.

—Vamos, no se preocupe usted. Lo peor va pasando.

—¿Cómo van los enfermos, los demás?

—Mejor también. Les va costando trabajo, como a usted, pero algunos ya hasta se levantan. Ahora ya, las próximas lluvias de abril acabarán barriendo el campo y las

conciencias.

—¿Por qué dice las conciencias? —había preguntado, procurando pronunciar correctamente, a pesar del esfuerzo que para ella suponía.

—¿Cómo, si no, el Señor vendría a castigarnos con un mal semejante?

—Sí; quizá sea verdad; puede ser, pero los designios del Señor son difíciles de adivinar; nunca se saben.

—Los designios del Señor, no; pero las lluvias generalmente sí —se había acercado al ventanillo y miraba fuera, como aspirando el aroma del aire—; yo le aseguro que estas lluvias que ya vienen acercándose acabarán con esta mala racha o, como dice el Libro Santo, con nuestras tribulaciones. De modo que esté tranquila y coma en cuanto el cuerpo se lo consienta. —Se volvió hasta el pie de la cama, hasta aquella mano transparente—. ¿Llegó la carta que esperaba de sus padres?

—Sí, aquí la tengo —se la mostraba en el fondo del cajón de la mesilla.

—Seguirán con su miedo todavía.

—¡Oh, yo no les digo la verdad! Espero que el Señor me lo sabrá perdonar.

—Yo sí lo haría, desde luego.

—¡Oh, usted siempre habla de usted, cuando habla del Señor!

—Es que esa es mi mejor forma de conocerlo. Debe ser la costumbre de hablar en la capilla. Yo también espero que Él sepa perdonarme eso.

Si sus padres hubieran conocido sólo una parte de la verdad, hubieran venido en una semana de Inglaterra a llevársela, de igual modo que intentaron hacerla abandonar la idea de aquel su primer viaje. Mas Cecil, desde que lo hubo decidido, desde el primer día en que comenzó a aprender aquel idioma tan duro y tan difícil para ella, pensaba cada mañana en aquel país al que no estaba dispuesta a renunciar, por muchas cosas terribles que contarán.

A veces llegaban a la casa de Londres algún que otro Pastor a su vuelta de España o pintorescos colportores que acababan de recorrer el país intentando repartir propaganda y folletos. Todos a una coincidían. En ningún caso, y menos aún para predicar el Evangelio, era lugar, tierra recomendable para una mujer sola. Una y otra vez, en las tertulias de los sábados, enumeraban los riesgos y peligros: la geografía del país, el carácter agreste de las gentes, los caminos difíciles hasta llegar a las pequeñas Comunidades del interior mantenidas con tantas dificultades y trabajos, la falta de alimentos y, de año en año, aquellas terribles epidemias. Pero Cecil, desde el día en que el padre accedió al fin a contratar al profesor de idiomas, acostumbraba a mirar, nada más levantarse, aquel lienzo de muro que la vista alcanzaba desde su ventana, al otro lado de la calle. Era una casa igual que las demás, con su verja exterior y su breve escalera y aquel farol de cristales oscuros que tanto gustaba ver encenderse de pequeña. Pero ahora aquel muro significaba más, incluso de mañana, cuando parecía más sucio y anodino. Uno de los Pastores le había explicado que,

siguiendo en aquella dirección, en línea recta, por un imaginario camino recto, se llegaba a la costa más próxima de España. Hasta allá, hasta esa misma costa — insistía el Pastor—, podía una mujer, una joven señorita, llegar, incluso residir por algún tiempo, en alguno de sus pequeños puertos, templados en el clima y en las almas, con capillas y Comunidades relativamente numerosas, mantenidas casi todas por misioneros ingleses. Allí podría llevar una vida de acuerdo con su condición, gozar al menos de alguna compañía, tratar con las mujeres de los demás Pastores. Pero ya entrar en los pueblos del interior, allí donde los bosques claros de la costa comenzaban a faltar, anunciando desnudas mesetas, era arriesgar mucho, sobre todo una mujer sola y sin ninguna experiencia misionera.

Pero ni aquel Pastor, ni los demás que tantas fatigas contaban de sus viajes, conocían a Cecil. Sólo el padre, quizá, y así lo demostró cediendo al fin en lo del profesor, igual que cedería más tarde en la cuestión del viaje. Él sí debía comprender a Cecil, cuando, a pesar del cólera, insistió en llevar personalmente los socorros que ella misma había reunido, en dinero y medicamentos, a fuerza de visitar Hermanos, parientes y amigos. Ella no amaba aquellas pequeñas ciudades de la costa, blancas, centelleantes de cristales, con su clima tan tibio y barcos que les unían una vez a la semana con su patria. Ella no amaba esa serena calma tan elogiada ante sus padres, ni siquiera la actitud de aquellos misioneros que abrían sus capillas, dispuestos a que la Palabra del Señor se abriera por sí misma paso, por estar la verdad encerrada en ella. Cecil, por el contrario, se veía cruzando aquellos ásperos desiertos que algunos colportores describían habitados por hombres altaneros o afables, por mujeres que la recibirían con recelo. Se veía a sí misma predicando entre ellos cada vez que cerraba los ojos, cada vez que volvía a fijarlos en el muro de enfrente, sucio, feo y monótono. Se veía a sí misma cruzando aquellas llanuras que llamaban páramos, llevando la palabra del Señor, arriesgando su vida, diciendo como Pablo: «He visto a la entrada de vuestra ciudad una estatua a un dios desconocido. De ese Dios es del que vengo a hablaros».

No; ella no pensaba quedarse en la costa. Aún con su imperfecto español elemental, llegaría hasta donde los otros misioneros no habían llegado, más allá de carreteras y caminos, aunque fuera a través de senderos de montaña. En La Coruña, otra vez le habían intentado hacer desistir con las noticias de la epidemia que desde el Sur llegaban. Incluso la mujer del cónsul había intervenido, pero no pudo impedir que tomara el tren a la semana siguiente. Y ya en aquel pequeño convoy que tanto se esforzaba por las cuestas, en el que el revisor hacía su recorrido por un estrecho saledizo, al otro lado de las diminutas ventanillas, viendo los rostros de los viajeros que subían a los últimos vagones, iba reconociendo a su grey, a sus nuevos Hermanos, a sus nuevos amigos. Un nuevo pueblo distinto al que le habían descrito allá en Londres, distinto incluso de aquellos que ocupaban su propio departamento. Todos aquellos hombres y mujeres apiñadas, bajos y negros, sentados sobre fardos y maletas, eran su grey, su pueblo, su destino, por los que era preciso dejar padres y

amigos y aquella casa de Londres tan cómoda y silenciosa siempre, tan viva y animada los sábados. Bajo aquel sol vivo y brillante, bajo aquel cielo alto y tan azul, su corazón se aceleraba cada vez que, arrancando del siguiente apeadero, aquel diminuto tren la acercaba a su destino. ¿Quién le habló de aquellos páramos por primera vez? ¿Qué la hizo escogerlos como una vocación, igual que quien adopta un hijo? Puede que el matrimonio aquel que vivió tantos años muy cerca de estas tierras, que al final acabaron por abandonarlas y emigrar a los Estados Unidos. Para hacer una labor allí, al menos decorosa —venían a decir—, era preciso gente joven y de gran vocación. Ellos —reconocían— se sentían cansados, viejos, porque nada cansa, envejece más que sembrar año tras año, sin recoger cosecha. Quizás había sido un desafío como el de aquel otro joven Pastor a quien el mismo cónsul tuvo que ir a sacar de la cárcel. Nunca quería hablar de la aventura aquella, de la que había vuelto con el orgullo más herido que el cuerpo.

Ahora el paisaje, los niños y soldados, con la cabeza al aire fuera de las ventanillas, los bandazos del tren, los desiertos de tierra que llamaban los páramos, no le parecían ni hostiles ni sombríos. Peor eran sus compañeros de viaje que, a fuerza de quererse hacer simpáticos, acababan por resultar tediosos, examinando, hora tras hora, su vestido, su sombrero, sus zapatos, sobre todo después de que el revisor se volviera a asomar para asegurarse de que aquel voluminoso envío de medicinas y alimentos que viajaba en el furgón de equipajes venía realmente a su nombre.

Ahora que ya es noche cerrada, que más allá de los cristales surgen y van quedando atrás luces solitarias, y el rumor de los coches que se cruzan, Virginia descabeza un sueño. Ha apoyado la cabeza en el respaldo del asiento, y su pelo, con la leve corriente que se filtra de fuera, vuela sobre su frente. La boca se entreabre, pero ella se despierta súbitamente, traga saliva y la cierra suspirando como siempre. Parece que estuviera allá en casa, en la alcoba, aunque aquí no hay ruido de trenes, salvo ese que nos siguió un buen trecho, palpitante y negro, abriéndose paso tras de su luz blanca, cónica, inmensa. ¿Tú sabes que allá en nuestra ciudad, en nuestra calle misma, una noche, dos chicos, estos chicos de ahora que se atreven a todo, siguieron hasta el portal de casa a Virginia? Era de noche, y como está delgada y con ese vestido blanco que se hizo este verano, parecía otra, y los chicos, de veintitantos años, iban tras ella insistiendo, diciéndola esas cosas que se dicen ahora. Y Virginia, como de niña muchas veces, se les volvió a la puerta de casa para hacerles cara y no hizo falta más porque los tres se quedaron como helados. Virginia, de su propio valor, y los chicos gritando: «¡Pero si es una vieja!». Ella no me lo dijo. Lo contó la portera. Recuerdo que aquel día se metió en la alcoba y luego, cuando salió a cenar, estaba más cerril que nunca, y bien que se le notaban las lágrimas. A mí, no sé por qué —sí que lo sé—, todo aquello me dio mucho miedo. No por ella, que acaba olvidándolo

todo —al menos eso dice—, metiéndolo en esa especie de desván que tiene en la cabeza. Me dio miedo por mí, porque yo no tengo ese desván, ni su fuerza, ni su entereza, y si me echaran así, de pronto, tantos años encima, no volvería a tener un buen sueño, si es que vuelvo a tenerlo algún día. Quizá por eso, este chico, este Agustín, me parece simpático ahora; por lo menos es amable conmigo. En aquel paseo a lo largo del río desde la gran iglesia de los católicos, a veces este pelo mío tan largo que en ocasiones se me enreda, le daba en la cara y él también tenía que apartarlo. A veces, con las cabezas juntas, las manos se tocaban y, sin embargo, apenas nos oíamos, por aquel viento tan fuerte que se levantó y que obligaba a acercarse aún más si querías que te oyeran. Agustín, en vez de hablar, gritaba y se reía.

¿Qué puede suceder cuando un hombre y una mujer se acercan así? ¿Qué puede suceder cuando van, como en Madrid, a un sitio así, donde suceden tales cosas, y luego viajan juntos y duermen tan vecinos que desde una habitación se oye casi todo lo que sucede en la otra, desde palabras al crujir de los muelles de la cama? ¿Qué puede suceder, dime tú, Cecil?

(Sr. Don Lucio Sedano. Ribera de Negrillos.

Mis queridos Hermanos: Si hasta hoy no habéis vuelto a tener noticias mías, no ha sido ciertamente por alejamiento de vosotros o desánimo por mi parte en las tareas del Señor, sino por los trabajos que a veces nos impone, por los hechos que con mi torpe pluma os voy a describir. Como mis queridos Hermanos recordarán, aquel desagradable suceso de nuestro colportor y maestro del pueblo parecía tocar a su fin con la vuelta de aquel a su patria y la requisitoria para el juicio oral en el que estaba seguro saldría victoriosa mi causa. Para honra mía, pues el Señor así lo dispone, y deshonor de la justicia que de tal modo procede, no ha sido así. He sido condenado a una semana de cárcel por desacato a no sé qué invisible o impalpable autoridad, a no ser que se considere como tal a la turba de niños a los que el colportor y yo afeamos su conducta. Entrar aquí es como entrar en el infierno y no por causa del guardián, hombre amable que me respeta y no ha puesto el menor obstáculo para que escriba y salga esta carta de entre estas oscuras y cerradas paredes. El infierno al que quiero aludir es el del piso alto, donde están encerradas las mujeres, unas cuantas celdas pobladas de demonios que gritan, charlan, dicen cosas que ningún oído que se tenga por cristiano, o decente tan sólo, puede oír...)

Y Sedano, a medida que caminaba tras el guarda, pensaba que el Hermano no exageraba en su carta demasiado. Era como si un barco cargado de demonios se amotinara arriba, más allá de la celosía de madera que cubría el último piso y la azotea. El carcelero no hacía mucho caso, según iban cruzando el piso de cemento de

aquel patio hexagonal. Sólo, a veces, gritaba: «¡A callar, zorras!», en tanto se acercaban a la celda. Y de arriba, como un coro, como una letanía, las mismas voces, pero ahora riendo: «Tu madre... tu madre... tu madre...»

—¡A callaros o subo con el cinto!

—¿Nos trae usted otro hombre, señor Jacinto?

—Os traigo lo que yo me sé a la primera voz que vuelva a oír.

Y ahora sí que habían enmudecido, aunque el rumor de pasos, cuchicheos y risas, continuaba tras las celosías.

—¡Ya ve qué gente! —se había lamentado el señor Jacinto—. Y eso que las tenemos separadas de los presos. Aunque no sé qué será peor.

Y de nuevo llegaba aquella voz desde lo alto, la más ronca de todas.

—¿Cuándo vuelve la música, señor Jacinto?

—Para el año que viene.

—¿Y el globo, señor Jacinto?

—El globo te lo van a hacer a ti, el día que te suelten.

—Si es usted, no hace falta esperar tanto, pero súbase un puñado de almendras, un paquetillo de caramelos.

—Esa es la peor —murmuraba el señor Jacinto por lo bajo—; con ser la más vieja, es la que revoluciona a las demás. El día que la pongan en la calle, va a ser un buen respiro para todos, para las mujeres y los hombres, aunque a los hombres, como podrá usted ver, apenas se les oye.

—¿Y eso de la música?

—Pues eso de la música es que de vez en cuando, por deseo de la Junta de Damas, de no sé qué damas que se ocupan de los presos, viene aquí la banda municipal y da un concierto en el patio. Es una historia, porque tengo que sacar a los reclusos de las celdas, pero lo que es a las mujeres, no las suelto. Pero con todo y eso, ya puede imaginarse: todo son señas y voces. Lo del globo es que una vez, hace ya algunos años, por las fiestas de aquí, además de la música, se soltó un globo de esos que suben, de aire caliente, que llevan una mecha dentro, pero casi se quema un tejado de arriba y desde entonces lo suspendieron.

Había alzado el gran manajo de llaves tan macizas y sonoras, abriendo una de aquellas celdas del piso bajo, todas blancas e iguales. Allí estaba el Hermano, tal como Sedano esperaba encontrarle, sentado en su petate, con su Biblia en la mano.

—Aquí le tiene usted —decía el señor Jacinto—; como no es de delito común, pueden salir ustedes, si quieren, al patio.

Había otros dos reclusos en la celda. Uno tumbado, fumando, y otro que preguntaba, viendo salir al Hermano acompañado de Sedano:

—¿Y nosotros, señor Jacinto?

—Vosotros a callar y estar tranquilos, que bastante revuelto anda hoy el cotarro.

—¿Lo dice por la Coja?

—No lo digo por nadie. Hale, adentro —y echó otra vez la llave, dejando al preso

asomado al ventanillo de la puerta.

—¡Eh, Coja! —le oyó gritar a sus espaldas—. ¿Qué tal andamos hoy? ¿Cómo va ese rebaño?

—Aquí no hay ningún rebaño —vino al punto la voz ronca de arriba—. Los únicos cuernos que se ven por aquí, son los del piso de abajo.

Pero el señor Jacinto no oía ya aquellas voces. Dejó a los dos hombres paseando en el patio y él se metió en su pequeña oficina, dejando la puerta entreabierta, a través de la cual se veían un retrato del rey y una mesa con brasero de cisco.

Allí estaban los dos, yendo y viniendo por el cemento helado del patio, sin atreverse a levantar la voz, interrumpidos a cada instante por los gritos que de arriba venían. Al fin, a fuerza de hacer como que no los oían, se habían calmado un poco y el Hermano le explicaba ahora que a fin de cuentas apenas le quedaban dos días y el Señor seguramente había querido con todo ello probarle, llevarle a conocer un mundo que a veces se olvidaban de que existía. Había otros que padecían su misma suerte, pero por más tiempo, como aquel soldado que se había negado a arrodillarse en la misa y que gracias al telegrama al rey llevaba camino de recuperar también la libertad dentro de poco. (Exmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Los miembros de las Iglesias Evangélicas de esta región, reunidos en Asamblea, suplican respetuosamente a V.E. que por su Gobierno se den disposiciones necesarias para dispensar militares Evangélicos asistencia cultos católicos. Además aconsejar al Rey, indulto en favor del soldado, caso de ser condenado.)

Sedano se calló que el rey no firmaría aquel indulto, ni posiblemente ninguno más, porque estaba muriéndose. Había sido un buen rey para ellos, mas si era verdad lo que se decía, y aunque el primer ministro quisiera hacer la gestión, aún pasaría un largo tiempo para aquel soldado preso.

Y, mientras tanto, de nuevo, las voces llegaban desde arriba.

—¡Eh, pareja! ¿Qué andáis tramando ahí? ¡Eh, tú, buen mozo; sí, tú, el del pelo blanco!

—Señor Jacinto, salga, que suben.

—Salga, que vienen a por nosotras.

Sedano había querido contestarlas, pero el Hermano casi se había echado a temblar.

—No, por Dios. Ni lo intente. No tiene usted idea de lo que son capaces cuando se ponen como ahora. Además, es inútil. Yo también intenté dialogar con mis dos compañeros de celda, pero es inútil, a pesar de que los hombres por lo menos escuchan. Te escuchan, parece que te entienden, pero en realidad se ve que están pensando en otra cosa; los que tienen familia, en la familia, y los que no, en los días que les quedan, a ellos y a las otras. Te escuchan, se encogen de hombros y se tumban a dormir sin decir nada. Pero con las mujeres, peor, sin comparar. Cuando les da por gritar, ya puede prepararse a escuchar y ver cosas.

—¿A ver? ¿Qué puede verse desde aquí abajo?

—Mire usted; un día que trajeron a una reclusa nueva se armó otra como hoy, pero en peor. Por lo visto, no estaba bien del todo, no estaba bien de la cabeza y la dio por desnudarse y tirar todo al patio, todo: ropas mayores y menores. Se armó tal alboroto, que estuvieron todos, hombres y mujeres, un día a pan y agua.

Ahora arriba, de nuevo, no se escuchaba ni siquiera un murmullo, sólo el lamento, cada vez más tenue, de unos grajos lejanos. Los otros grajos, los del piso de arriba, o se habían vuelto cada cual a su celda, o intentaban escuchar la conversación de los dos hombres abajo.

—Todo eso es sólo culpa de la vida que llevan —opinaba Sedano.

—De la vida que arrastra el país —de pronto se inflamaba el otro—. Dígame: ¿qué vemos a nuestro alrededor? Cada vez mayor indiferencia. Ya pasaron aquellos días grandes en que la gente acudía a nosotros casi sin ser llamados. Ahora, con esa propaganda anticlerical que invade media España, acabaremos perdiendo unos y otros, todos.

—Allá en la ciudad nuestra ya existe una sociedad de esas. Una sociedad laica, con su escuela y todo, en contra de todas las Iglesias.

—¿No le digo? Y por si fuera poco, llegan los darbyistas ahora, con sus ideas nuevas.

Se detuvo un instante y miró las silenciosas celosías, las paredes de sucia cal y el grifo con su sonoro gotear en el silencio del patio. Miró también la puerta entreabierta del señor Jacinto, más allá de la cual podían verse sus piernas al resplandor rojizo del brasero.

—Bien puede asegurarse —suspiró— que atravesamos malos, muy malos tiempos.

—Peores los hubo.

—Sí, claro, en la Antigüedad, cuando nuestros antecesores acababan en la hoguera; pero hoy no es ese el caso; hoy nuestro mayor enemigo no son las llamas, sino la indiferencia. El interés de todos, cualquiera que sea su condición social, se vuelve hacia la política. Ya los más pobres sueñan con una república extremista que les saque al fin de la miseria y lo peor de todo es que hay muchos que les dan la razón y les animan, no sólo con la palabra, sino con el ejemplo.

—Lo dice por el Pastor de Linares...

—Por ese y por los otros que se afilian a los Partidos que conspiran contra el Gobierno. A ese le destituyeron, le cerraron la capilla...

—Pues al que vino tras él, le vino a suceder más o menos lo mismo.

—En eso hay que reconocer —había suspirado de nuevo el otro, mirando fugazmente hacia las celosías en lo alto— que las mujeres son más constantes, más firmes en la fe. Siguiendo un poco la historia de cualquiera de nuestras Iglesias, hay que reconocer que en ellas fue donde antes prendió la palabra del Señor y las últimas en abandonarle, cuando vinieron los malos tiempos.

—Incluso aquí —insistía Sedano, mirando también la celosía—; si alguien se

decidiera a hablarías, puede que algo se consiguiera.

—No, no; ni pensarlo —había un gran temor en los ojos del Hermano—. Ni ellas le escucharían, ni el reglamento lo permite. Sólo pueden dirigirles la palabra el médico, el capellán o las autoridades de la cárcel.

Quizá tenía razón, pero bien se veía que, sólo de pensarlo, aquel hombre que se había enfrentado a mayores riesgos, se echaba a temblar. Y, sin embargo —pensaba Sedano—, eran mujeres como las demás, aunque las leyes impidieran hablar con ellas, aunque la mayoría, como el señor Jacinto aseguraba, estuvieran perturbadas por la vida o el vicio.

—Ellas tienen su gimnasia, su método —caminaba entre los dos rumbo a la celda—; ellas aprenden a arreglarse a su modo. La que no sabe, pronto se lo enseñan.

—Aunque usted lo cuente así, con tal tranquilidad, no deja de ser terrible.

—Terrible. ¿Por qué? Lo malo es tirarse de cabeza al patio como ya se tiró una, hará como un par de años. Yo ya llevo mi tiempo aquí y he visto lo bastante para no asustarme, cosas de las que ni usted, ni aquí su amigo el recluso, tienen idea, aunque son hombres y pueden figurárselo. Gracias a que me destinaron ya casado, que si no, bien soltero me quedo de por vida.

—O sea, que me da usted la razón...

—Se la doy y no se la doy. Aquí cada uno pide lo que Dios no le dio, y algunos lo que les dio y un poco más, si me apura. Aquí hay pocas cosas en qué pensar si no es en escaparse, y de aquí no se escapa ninguno, ya me entiende. Fuera, en la vida, hay cosas que no se piensan ni se hacen pues, por falta de tiempo más que por otra cosa. Aquí el tiempo les sobra; se me pasan el día en el petate, de modo que los que tienen condenas largas, pues lo corriente es que no salgan como entraron. Y lo mismo digo de la banda de la Coja. En fin —abría la puerta de la celda—, para qué les voy a contar. ¿No son ustedes hombres como yo?, pues ya se lo imaginan, repito. Lo que hace falta es que su amigo vuelva por aquí lo menos posible, porque yo, que al primer vistazo catalogo a los reclusos, sé distinguir quién es persona y quién es chusma, gente de tralla, de la que nada se saca en limpio por mucha misa que les digan los domingos. Y lo mismo les digo de las prójimas de arriba.

Y, sin embargo, el Señor no hizo jamás tal distinción. Era cuestión de un poco de valor, de no oír, de sufrir un poco. ¿Qué puede insultar, ofender, despreciar, herir una mujer que no haya herido, insultado, ofendido, la palabra del hombre? La diferencia estaba, como siempre, en que el sexo andaba de por medio; mas a Sedano eso no le asustaba como al otro Hermano. El sexo no era ni más ni menos que un instante, un acto más de la ley natural, santificado luego dentro del orden de la Iglesia. Tal se lo había explicado a sus dos hijas. Por lo demás, tan sólo unos instantes, borrados después, sin huella, a no ser que se deje uno dominar por él, a menos que se le permita entrar en la cabeza. Entonces se convierte en un animal salvaje, peligroso. Si se le deja en paz, él os dejará en paz. Si se le excita, acabará por devoraros. Y como una alimaña también, tiene a su vez sus lugares y sus días.

Algo así les hubiera explicado a la Coja y las otras: «Si os dejáis devorar por tal animal, de nada os servirá salir de aquí un día, pero si conseguís alejarle de vosotras, estos días de cárcel, de prisión, pueden llegar a ser de libertad definitiva, porque la auténtica libertad sólo se halla en el camino verdadero».

Pero no, Cecil, eso no es el amor tal como yo me lo imagino. El amor debe ser lo de aquel chico pequeño, pegado a la verja de la casa. Aquello de pensar en él por la noche, en la escuela, o después en la cama, cuando Virginia aún no me hacía compañía. Era echarle de menos cuando no le veía pasar por delante de casa, camino de la escuela con los otros y acordarme después de esos ojos tan grandes y sentir de noche como si se fuera a abrir la puerta de la verja. Y el gran disgusto cuando estuvo malo, y aquel otro cuando se fue definitivamente y Virginia me dijo que nunca más volvería. Debe ser ese modo de mirar que tiene la mujer de Muñoz cuando le mira y calla, cuando le oye hablar el domingo en la capilla; debe ser ese odio que ha cogido Virginia a Molina y su demonio, o esas prisas de Arturo en los días que se queda citado con la novia, esa novia que lleva en la cartera en un marco redondo de plástico. Debe ser ese ir y venir de los chicos y chicas hasta el río en verano. Debe ser eso y todo lo demás, todo lo que se sabe, todo lo que se adivina, más allá de la niebla del río, tu ropa y tus sábanas que mamá quiso quemar. Lo que no es amor es aquella soledad del piso, con sus trenes que lloran y también aquella otra soledad más callada de nuestra biblioteca. La soledad de la visita a los enfermos o los cultos en la capilla, o el contar en el espejo los años, ese espejo del que mamá decía que, mirándose en él, aparece el demonio al otro lado. Pero ni siquiera el diablo aparece. No me importaría verle una noche la cara y los cuernos, porque nada de eso es amor, como tampoco lo eran los años últimos de mamá, con sus llantos a solas, ni hasta puede que ni siquiera los primeros. ¿Qué veía mamá, cuando ella se miraba en ese mismo espejo que está ahora en nuestra alcoba? ¿Vería al demonio? ¿Se vería tal como la iban dejando los años y los llantos? ¿O te veía a ti, Cecil, en aquella misma alcoba con Sedano?

Yo no sé cómo será, pero me imagino que, a partir de cierta edad, debe ser no volverse tan dura ni tan agria como Virginia, y antes como Sedano y tú: esperarle a veces hasta bien entrada la noche, metida entre esas sábanas que te mandó tu madre de Inglaterra. Era esperar leyendo a la cálida luz de la pantalla, sentir pasar las horas, escuchar su sonido en el reloj de abajo con su máquina tan suave y solemne, con sus campanadas interminables. De tiempo en tiempo, luchar con el sueño, siguiendo con esfuerzo las apretadas hojas de tus revistas o tu Biblia. Encontrarte Sedano dormida y despertarte al quitar aquel libro de las manos, o resistir el sueño hasta escuchar abajo la cerradura de la puerta. Oír ese rumor metálico y, hasta entonces, el ladrar de los perros y el rumor de todo lo que el viento arrastra, rompe o mueve. Oírle subir desde el piso de abajo; dejar el libro a un lado y seguir esperando («busqué en mi lecho al que ama mi alma y no lo hallé»); verle aparecer en el quicio de la puerta, cansado o

victorioso, alegre o muerto («huerto cerrado eres, hermana, esposa mía; fuente cerrada, fuente de huertos, pozo de vivas aguas»); contemplarle allí inmóvil casi cubriendo el marco y sentir acercarse («ven, sopla mi huerto y desprende mis aromas; ven, amado, a mi huerto y come de su fruta»). Es tal vez como esas luces que se apagan o pasan, que se asoman, iluminan los rostros desde fuera, que los deforman a través de los cristales, mojados, arañados a veces por la lluvia. Se apoya la cabeza en el respaldo del asiento y se ven tus ojos donde está la muerte. Cierro mis ojos y te sigo viendo junto a imágenes lejanas, vagas constelaciones, grietas, sutiles transparencias más allá de las cuales se agitan, van y vienen Agustín, Virginia, Arturo, papá, mamá, en relámpagos que no se llegan a entender pero que están a punto de ser verdad, que llegan a acongojarte como las historias verdaderas. Son historias a veces complicadas que se prolongan interminables hacia los años que vienen o hacia atrás, hacia la infancia, donde lo único que falla es que no puedes oír lo que dicen sus personajes. Nunca es posible seguir, todo a lo largo, el hilo de una frase.

Aquí, en el coche, es diferente, porque el sueño no es sueño, sino sólo como una ausencia, pensar que se pasea con Agustín por aquel ancho río, pensarlo, imaginar lo mismo, idéntica escena tanto tiempo que al abrir los ojos es como si hubiera pasado un año, cien kilómetros, aunque todo sigue igual, con Virginia a mi lado, quién sabe si también imaginando sus historias.

Luces, rumor de tráfico, primeras detenciones largas. Largas hileras de luces que se van alternando con otras de colores, más allá de la lluvia que continúa arañando los cristales. Las primeras preguntas de Agustín sobre la calle del hotel, esa fuente tan blanca, luminosa, como polvo de azúcar, como ese algodón que venden por el verano en las verbenas. Gente que se apresura a la entrada de los cines, bajo el relámpago luminoso de las enormes letras. Puestos unas veces cerrados, con macetas vacías, y otras iluminados, repletos de revistas enfundadas en plástico, bajo la mansa luz de esas bombillas de esos árboles sin hojas que forman como una gran tela de araña que flota mecida por la brisa cuando sube a ratos desde el puerto cercano.

Cuando el segundo de los peones hubo abandonado el tajo, siguiendo el camino del primero, quedaron solos, mano a mano, Molina y el viejo. Ahora que los días lluviosos, pero templados aún, parecían llamar definitivamente al invierno, cuando el tiempo valía más, sus manos valían menos. La gente del pueblo siguió sin querer subir. Por ese dinero —decían— no valía la pena. Era mejor quedarse en casa o en el bar con su televisión y su flamenco, jugando unas manos, dejando pasar la tarde. Además, siendo tan pocos ahora, sobraban pastos, tierras, casas para ellos, para los seis o siete vecinos a que la aldea había quedado reducida. Los pobres de antaño, los que nunca tuvieron tierras, los que no tuvieron prados que vender para marchar, eran ricos ahora. Por apenas dinero, eran ricos en tiempo, tranquilidad, cosechas, luz, televisión, agua corriente incluso alguna de las casas y, con el tiempo, hasta puede que con teléfono, a no ser que, como a los otros antes, les arrastraran las hijas fuera. Las hijas eran su demonio —se decía Molina—, llevaban a los padres a su vida de miseria, allá adentro, en los barrios oscuros de las pequeñas ciudades donde, desde pequeñas, sin conocerlas, anhelaban casarse.

Y pensando en ellas se veía a sí mismo, aunque él su huerta no la hubiera vendido, ni su casa, ni el horno, ni su demonio le empujara tanto ahora, ni se preocupara tanto como en un principio de si el péndulo iba o venía más de prisa o despacio. Y no empujando su demonio y el hermano sin aparecer, sólo el hijo venía con el dinero cada quince días, en viajes rápidos cuya vuelta aprovechaba ella para hacer una visita a sus padres; sin la ayuda fundamental de los peones, a veces se sentaba con el viejo a encender un cigarro, dejando el pico quieto y la vagoneta inmóvil, olvidando incluso el camión, a pesar del claxon insistente que sonaba abajo.

—Tú déjale que toque —aconsejaba el viejo—; estos, los de junto al patrón, son todos iguales. ¿No le tiene tanto reparo a mancharse las manos? Pues que espere, que eso no mancha a nadie. Ahí tiene un bar abajo. Y si eso no le gusta, que se largue. ¿Qué va a decir? ¿Que trabajamos poco? ¿Cuántos somos? Que aprenda a tener paciencia. En este mundo, la paciencia hace falta siempre, para todo.

A no ser por las bocanadas de humo que el viento barría de sus labios, Molina hubiera dicho que escuchaba a un misionero, pero no al Hermano Muñoz, sino a míster Baffin. La misma tranquilidad, la misma aparente indiferencia hacia las cosas que, como el tiempo, a veces se encrespaba si creía que su causa era justa. Miraba o, mejor, asistía a la vida como desde una lejana eternidad, igual que si sus ojos azules y un poco velados ya, como los de Baffin, abarcaran, no la mina, el pueblo y el valle, sino el tiempo en común de los dos, a un tiempo, la eternidad y el valle, el cielo y la tierra. No trabajar con él, ese ocio en común era distinto al ocio con los otros, con los dos que se fueron, era mirar como siempre hacia atrás, recordar a través de aquellos turbios, grises cristales, de sus palabras espaciadas y concretas, la llegada de míster Baffin al Páramo para salvar los lugares de culto establecidos antes. Él, por entonces,

apenas conocía a los Hermanos sino por informes negativos, como el de aquella revista presbiteriana que decía: «Es de esperar que sus Misiones se extingan pronto, pues de todas las confesiones protestantes son los vistos con menos simpatía». La unidad de los primeros tiempos, de aquellos tiempos que describía a menudo el padre de Molina, había ido poco a poco desapareciendo, a medida que el número de fieles crecía. Todos se lamentaban de no formar un bloque unido como los católicos, mas al tiempo, ninguno estaba dispuesto a transigir; todos pensaban encerrar la verdad en su mano. Molina recordaba aquellas marchas súbitas, las discusiones largas en casa de su padre con aquellos violentos pioneros de tan distintas confesiones. Predicaban su fe en la capital o en el pueblo, sus propios puntos de vista sobre la doctrina, celebrando unas cuantas reuniones de culto, y acababan registrando en sus libros las profesiones de fe que hubieran tenido lugar durante su estancia. Luego, a los pocos meses de su marcha, las aguas de la fe volvían a su cauce. Por eso le llamó más la atención míster Baffin. Era el único dispuesto a cambiar a su vez, el único que — como ahora se decía— admitía dudas, preguntas, diálogo. Estaba dispuesto incluso a dar, por su parte, un primer paso hacia cualquier Iglesia que se mostrara más eficaz en la conquista de estas hostiles almas españolas. Así fue cómo desde Madrid llegó hasta la pequeña capital del Páramo, con su impasible tranquilidad, terca y segura en apariencia y, como tantos otros, con su torpe castellano. A pesar de los avisos de amigos de Madrid, pronto se dio cuenta de que, a medida que se iba abriendo paso por aquellas peladas llanuras hacia el Norte, cada vez más lejos de las grandes ciudades, las Comunidades más numerosas y, en el peor de los casos, más fieles eran precisamente las de los Hermanos. Las respuestas del padre de Molina, de Martínez, del ya viejo Sedano, eran siempre las mismas: el país no era su capital, ni sus grandes ciudades, el país eran cientos de aldeas como aquellas y el aire de la ciudad no hacía al hombre libre, como dice el refrán, sino que lo esclaviza, lo aparta del Señor. Aquellas asambleas que a Baffin le parecieron en un principio anárquicas, eran las que más se adecuaban al modo de ser, anárquico también, de aquellos aldeanos resecos, mudos, pero que una vez rota su primera desconfianza, una vez libres de su timidez hacia todo lo nacido más allá de aquella borrosa cadena de montañas, eran capaces de explicarse, de razonar, a la altura de otro cualquier cristiano, si no a veces en floridas palabras, sí, en cambio, en muy claros conceptos, que al mismo míster Baffin, en ocasiones, dejaban perplejo. El obstáculo mayor era su tradicional desconfianza por los maestros extranjeros, que a algunos hacía escribir en sus cartas a Londres: «Los celos de los españoles contra la intervención extranjera y su ingratitud por los favores prodigados, harán la tarea del misionero que trabaja en España siempre difícil e ingrata. Es de esperar que, con el tiempo, el Evangelio deje hacer notar su influencia sobre ellos de manera que abandonen tal actitud».

Mas míster Baffin no era de tal opinión y en vez de escribir cartas no se cansaba nunca de cruzar una y otra vez la región desde el valle donde el herrero, entonces joven, luchaba con el fuego y la humedad de su fragua, hasta las florecientes

Misiones de la costa, más allá de la gran cadena de montañas. Aún las lápidas no estaban en el prado. Aún vivían aquellos que ahora ya descansaban bajo la blanda hierba, cubiertos de genciana, de zarzas y violetas. Aún vivían con su fe traída del otro lado del mar y Baffin, que tanto gustaba de la naturaleza, había llevado un día a Molina hasta allí, a conocer aquel valle del que siempre hablaba, con su recodo junto al río, con sus robles y enebros, tal como él mismo se imaginaba el Paraíso a través de sus lecturas de los Libros Santos.

Mas no todo era paz. Los días de trabajo de míster Baffin, ya metido de lleno en la labor de los Hermanos, variaban como el viento en verano. Molina recordaba tan pronto una total libertad religiosa, como un tiempo de simple tolerancia, con prohibición de ceremonias en público, lo que daba lugar a interminables discusiones con las autoridades, según la interpretación de cada uno. Acusaciones de manifestación pública, cada vez que un entierro cruzaba cualquier plaza mayor, camino de su propio cementerio, nueva acusación por rezos o dirigir la palabra a los asistentes, al ser considerado el cementerio como lugar público también, demandas ante los jueces por no descubrirse al ver pasar el Viático, autos de fe con Biblias y desafíos orales entre curas y Pastores, que al final degeneraban en riña entre los espectadores. Terrenos de habas sembrados de sal, chopos descortezados para que se secan y hasta un disparo de revólver que entró por la ventana, se enterró en el techo y dejó a Molina y los demás temblando, tratando de concluir sus himnos a duras penas, rogándole al Señor que no les imputase pecado de odio, sino valor para perdonar a sus enemigos.

Por entonces escribió míster Baffin a Inglaterra: «Todo son desafíos y provocaciones, pero esperamos vencer por medio de Aquel que nos conforta...» Mentir le repugnaba, pero su miedo apuntaba, más que a las piedras o aquel disparo perdido, al hecho de que la Sociedad Británica decidiera cerrar en España sus Misiones, tal como ya había sucedido en otros países.

Un día, también ellos tuvieron derecho a anunciar sus Iglesias y capillas y surgieron letreros en muchas fachadas hasta entonces anónimas; mas a pesar del trabajo tan duro, de tantas predicaciones, tantos viajes constantes, míster Baffin se preguntaba cada día si los frutos correspondían a lo que él en sus cartas a la Sociedad contaba. Era fácil relativamente llegar a una determinada cantidad de adeptos, proporcionada a cada villa o pueblo, mas rebasarla en proporción importante, en medida apreciable, resultaba imposible. A veces, en las ardientes pensiones del Páramo, a lo largo de aquellas interminables pausas entre plato y plato, con el cuello acribillado por las moscas o en la cama prestada por algún Hermano, se preguntaba si aquellos nuevos obreros de su Iglesia, educados por él, seguirían en su misma fe al paso de los años, como auténticos obreros, como auténticos Hermanos.

Otro día, ya al final de sus viajes, cuando las piernas ya empezaban a fallar, un día de verano, con el tiempo amarillo y tostado, vibrante, crepitando, le llegó una noticia buena y mala a la vez. El Comité de la Sociedad había recomendado retirarse

paulatinamente y con cautela de todas las Misiones en Europa, es decir, de todo el Continente, pero tal recomendación, al final, no había sido aceptada. Ello significaba que aún seguirían recibiendo respaldo y ayuda, pero, también, que en cualquier momento estaban expuestos a perderla.

—¿Alguna mala noticia, Hermano? —le había preguntado la madre de Molina.

—No; todo lo contrario —aseguraba—. ¿Cómo habría el Señor de enviarnos una noticia desagradable en un día como hoy?

—Bien puede usted decirlo —respondía la mujer a sus espaldas—. ¡Lástima que se lo pierda mi marido!

—Aunque no esté entre nosotros, ya él también dará al Señor gracias por nuestro Hermano nuevo. Allá adentro, en la cocina de la casa, andaban ayudando las dos hijas de Sedano, la más alta y más rubia, y la otra, sonriente y más pequeña, mirando como siempre aquel pelo entre dorado y blanco, quizá riéndose, como siempre también, de aquel acento extraño, de aquella lengua vacilante que parecía buscar las palabras, sopesarlas, calibrarlas, censurarlas incluso, antes de que salieran de sus labios.

—¿De modo que vuestro padre está de viaje? —había conseguido hilvanar míster Baffin.

La rubia de las trenzas había asentido y la pequeña había vuelto a reírse en el fondo oscuro de sus ojos.

—¿Y está todo ya listo?

—Todo listo —respondían, a la vez, la madre de Molina y la mujer de Sedano.

La huerta donde la acequia estaba, no andaba muy lejos. Allí esperaban los hombres de la Comunidad y Molina iba indicando a Baffin el camino procurando no llamar demasiado la atención, pero siempre era igual; ya a los primeros pasos, la gente parecía estar al tanto de su llegada, incluso del motivo de la presencia de míster Baffin allí.

Molina recordaba aquel largo camino hasta la acequia como un desfile ante rostros avizores que se asomaban tras un rumor de cortinas descorridas, de persianas subidas apresuradamente. Otras veces miraban desde algún balcón o, sin más, saliendo hasta el quicio de la puerta. Ni una palabra, ni un comentario entre sí; algunos volvían al interior, a su quehacer en los hornos o en la casa, pero otros, los chicos sobre todo, les seguían buen trecho, en un grupo que, poco a poco, iba aumentando hasta llegar al pie de las mismas tapias, tan altas, empinadas y enteras que sólo ellos eran capaces de escalar.

Y a a la puerta del huerto esperaba parte de la Comunidad con el tío de Molina, Martínez y algún otro de los Ancianos excusándose de aquel sol que tanto debía agobiar a míster Baffin, insistiendo en que se refrescara un poco.

—¡Oh! Ya estoy acostumbrado a este calor. Ya los he pasado peores. Yo prefiero no beber nada por ahora. Prefiero no sudar luego.

Se había iniciado un pequeño cortejo de hombres solos que aumentaba también a medida que cruzaban, todo a lo ancho, la interminable penumbra de la casa, hasta

llegar casi de improviso ante la acequia. Allí, al pie de unos árboles frutales se hallaban el resto de los hombres, de los Hermanos, también vestidos como para una fiesta, con su camisa blanca, planchada, y sus zapatos negros, relucientes, brillantes.

A todos fue saludando míster Baffin, estrechando las manos de aquellos rostros sonrientes, hasta llegar al primo de Molina, cubierto con un guardapolvo color barro.

—Les presento a mi hijo —murmuraba con orgullo el padre—. Quiera el Señor que estas aguas que hoy va a recibir, se perpetúen a su vez a través de sus hijos.

—Así sea —habían respondido todos.

Y Molina recordaba bien aquellos ojos de su tío, como un cristal azul en la maraña oscura de su rostro deshecho en arrugas. Sonreía, apenas sabía qué añadir, inclinó la cabeza como esperando alguna bendición y, apartándose definitivamente, dejó de protagonista al hijo, enfundado en su viejo guardapolvo.

Todo el grupo se había acercado ahora en torno a la acequia. Todos, hombres, jóvenes y viejos, incluso algunos niños que entorpecían el paso de los mayores. De pronto se había hecho como un tácito silencio hasta el que llegaban las voces y rumores de siempre: aquellos eternos perros ladrándole a su eco o el disparo de invisibles cazadores, el segar agresivo de las chicharras como cortando un páramo de piedra. Más allá de las tapias, lejos de los manzanos, allí donde el sol hacía reverberar las viñas, alzando sobre el campo aquellos errantes torbellinos que eran el alma errante, extraviada, de la tierra, parecía nacer la voz de Baffin, ahora segura, trasformada a medida que leía en su gran Libro de tapas relucientes y oscuras.

—Oídmelos que en torno a estas aguas os halláis reunidos, los que perseguís la justicia en esta Tierra, los que a orillas de este nuevo Jordán buscáis en Jehová consuelo. Ciertamente Él consolará vuestras soledades, tornará vuestro desierto en Paraíso y vuestra tierra estéril en frondoso huerto. En Él encontraréis alegría, gozo y alabanza. «Estad atentos, dice Jehová, pueblo mío, nación mía, pues de Mí saldrá la ley y Mi juicio descubriré para luz de los pueblos. Alzad al cielo vuestros ojos —y casi sin querer los alzaba el grupo entero, en torno al neófito, desde el fondo verdinegro hasta el techo inmóvil de las hojas— y mirad después abajo, a la tierra. Los cielos serán deshechos como el humo y la tierra envejecerá, de igual modo que sus moradores. Mas la salud de los míos será eterna y Mi justicia no perecerá.»

Ya el joven se había quitado el guardapolvo y, descalzo, se alzaba hasta el borde del agua, sentándose en el muro de ladrillo ayudado por otros dos Hermanos. Había cruzado las manos sobre el pecho y cerrado los ojos.

—«Oídmelos que conocéis la Verdad, pueblo en cuyo corazón está Mi ley. No temáis las afrentas de los hombres, ni desmayéis por sus denuestos, porque igual que a la carne la comerá el gusano, Mi justicia permanecerá perpetuamente, y Mi salud, por los siglos de los siglos.»

Ahora el primo de Molina se deslizaba, apretándose la nariz con los dedos, en el fondo tranquilo, verdinegro, hasta que el agua cubrió totalmente su cabeza. Con su calzón de baño y su blanca camiseta y la mancha tostada del sol en el cuello y los

brazos, parecía un paisano como algunos de los que allí mismo, en aquel pueblo, a aquella misma hora, se refrescaban como podían. La única diferencia era aquel corro de figuras negras alrededor del ojo verdinegro y la voz vacilante de Baffin recitando a Isaías en el silencio animado por el monótono danzar de los moscones. El recién bautizado había vuelto a sacar la cabeza al aire seco, fresco de la huerta, su cuerpo volvió a recuperar sus formas y, poniéndose en pie, surgió de pronto asiéndose al borde de ladrillo. Volvieron repentinamente las voces y todos se apresuraron a secarle, a darle la toalla.

—Hermanos: hoy es un día grande para la gran familia del Señor, es un día que muchos recordarán, aún cuando pase mucho tiempo. No sólo aquel que fue redimido por el agua, sino aquellos otros que estáis aquí, pues a todos alcanzará Su gracia.

Y de más allá de las tapias viene de pronto el estampido de un rosario de cohetes y luego un alarido, un grito de muchas voces jóvenes que se prolonga hasta los chicos subidos en las tapias. Mas el rostro de todos los presentes, la voz de Baffin, permanecen inmutables, como ya acostumbrados a peores avatares, ajenos a los cohetes, incluso a la campana que, al otro extremo del pueblo, comienza a repicar a muerto. Ni siquiera las mujeres parecen oírla en tanto reciben a la comitiva, a la sombra fresca de las parras. Al contrario, sonrían, en tanto van extendiendo los manteles sobre las mesas, unidas ya, en torno a las cuales vendrá luego la comida. Los chicos que atisbaban sobre las tapias, algunos otros que esperaban ante la puerta de la casa como allá en la capital a cada entierro, acabarán por aburrirse, por marchar, agotada la curiosidad y los cohetes, y cuando míster Baffin vuelva a cruzar, con Molina a su lado, el camino que le lleva hasta casa de este, ya no será tan largo, apenas algún niño, una mirada seguirán sus pasos o un perro de esos que van y vienen solitarios, que siguen a todos durante un trecho como pidiendo un amo.

De pronto el claxon vuelve a sonar insistente, abajo. Esta vez no es el camión, sino el coche del Hermano que acaba de aparcar a su lado.

—Es el hijo —aclara el viejo, antes de comenzar a cargar el péndulo de nuevo.

Abajo se reconoce al muchacho con su jersey oscuro, de cuello alto, con sus pantalones ceñidos y claros.

Molina examina con atención, junto a él, la carretera, abajo, pero nadie más se apea del auto. Su demonio ha debido quedar otro día con sus padres. El sobrino, como siempre, trae el dinero. Habla poco y se despide pronto, con un vago saludo a los dos y a los que vienen a cargar la camioneta.

—A este me parece que el padre le sacó de la carrera —comenta el viejo.

—¿Por qué? ¿Le salió tan mal estudiante?

—No debió de salirle muy bueno cuando le anda metiendo en los negocios.

«Como a mí, pero no de criado», piensa Molina, en tanto el coche se aleja despacio, silencioso. Y no se había atrevido a preguntar por su demonio porque en la mirada del muchacho, en su forma de saludar al viejo, había como una luz incierta que él conocía bien, que él sentía en sí mismo aún como una hostil vergüenza que a él

mismo le desconcertaba desde el primer día que le vio marchar con su demonio, desaparecer en el recodo donde el péndulo vaciaba su carga.

El mismo viejo había quedado en silencio; había arrojado lejos su cigarro, entrando después en el bar sin dejar a sus espaldas una sola palabra. ¿Qué pensaría de él? A fin de cuentas, tanto daba. Ni siquiera importaba su propia opinión, si eran verdad o no aquellos días de su demonio en casa de los padres que ahora se prolongaban paulatinamente a medida que el mal tiempo llegaba envuelto en niebla, en ráfagas Heladas, o esas tardes con el sobrino que él mismo imaginaba también en los largos preludios al sueño o cuando, al despertar, debía esperar aterido entre las sábanas. Era un demonio y de algún modo era preciso pagarle por descargar en ella su pecado, los pecados de los demás incluso, de ese sobrino de jersey ceñido que traía su limosna los sábados. ¿Qué clase de culpa le alcanzaría a ella? Era él quien la había buscado, sacado aquel día de entre el calor y los cacharros, quizás en un esfuerzo por liberarse definitivamente de los Hermanos o puede que del recuerdo de su mujer o quizá de sí mismo, como una muerte, lo mismo que una ruina anticipada. Porque al día siguiente de conocerla allí, entre el polvo y la mirada de los otros, había vuelto sabiendo que posiblemente elegía su fin, imaginando un poco lo que a través de ella —de su recuerdo ahora—, más tarde o más temprano, llegaría. Aun deseándolo, no hubiera sido, no era capaz de juzgarla, ni apartarla de sí, de su memoria. Como en lo del abandono de los hornos, ella, desde la ciudad, mandaba, ordenaba su vida, más ahora que no le era preciso humillarse cada noche, ahora que su presencia crecía, parecía envolverle desde su distancia en la helada y blanca soledad de su cuarto. Quizá porque su sombra se alzaba así, temiese en el fondo su vuelta, quizá porque a medida que había ido dejando de vaciar en ella sus pecados, había ido surgiendo, volviendo a renacer en cada rincón, en los fríos laberintos de la alcoba, la sombra de su mujer, la verdadera, ordenando su vida también, su amor, su fe, incapaz de humillarse, lejana, invicta, como aquella nevada montaña que en vida de ella ambos, desde la alcoba, veían. Era imposible amar, querer, desear aquella silueta nevada, desnuda. Sólo mostrarle admiración, respeto, hasta cariño, y el demonio ahora tomaba su forma, su relevo, en aquella otra afilada sombra que de noche se deslizaba en su memoria, que arrebatava todo sentido a su trabajo con el viejo, haciéndole sentir lo absurdo de su esfuerzo.

De todas formas, allá para Noviembre, el péndulo quedaría inmóvil definitivamente. Ya entonces decidiría. Hasta que no nevara de verdad, seguiría luchando allá arriba, sin saber muy bien por qué, como cuando de joven acompañaba a Baffin por los pueblos.

»—Necesitamos menos enseñanza en las ciudades y más predicación por los pueblos sumidos en tinieblas —decía. Pablo, que fue maestro de misioneros, nunca escogió lugar fijo, no fue pastor de ninguna Iglesia, sino que fue por todas partes, predicando el Evangelio de Cristo. Esta gente será mejor material para la edificación del Reino del Señor que la gente corrompida de las ciudades.

Cuando estaba enfadado o en plena labor de apostolado, olvidaba su vacilante español y decía cosas así, que a Molina entonces le impresionaban mucho.

(Queridos Hermanos: Antes de entrar en un pueblo, dedicamos mucho tiempo a la meditación de la Palabra y a la oración. A partir de la primera reunión, hacemos claro nuestro propósito de sostener controversia con la conciencia del pecador más bien que con la Iglesia de Roma. Cada noche se celebran reuniones y nosotros y nuestras doctrinas son el tema de cada hogar y los niños cantan nuestros himnos por la calle y en sus casas. Al cabo de un tiempo, la curiosidad de los más queda satisfecha y las reuniones se ven menos concurridas, pero a los que quedan les enseñamos a mirar al Señor en sus necesidades. Desde que trabajamos en esta forma apostólica hemos visto, en los últimos seis meses, más conversiones que anteriormente en seis años. Acostumbramos a culpar a Roma, a la gente o al ambiente, de nuestro poco éxito; pero Dios ha abierto nuestros ojos y nos ha enseñado a culparnos a nosotros mismos y nuestros propios métodos.) ¿Qué subsistió de aquellos buenos tiempos? Quedó lo que Molina imaginaba cada vez que copiaba por la noche los informes de Baffin a la Comunidad. Quedaron lugares como aquel de Sedano, mientras él se mantuvo vivo y firme, y aquellos otros que pudieron subsistir por sus propios medios cuando llegó la guerra.

(Actualmente, nuestra querida Sociedad que nos sostiene, pasa por una grave escasez de fondos, a consecuencia, principalmente, de la conflagración europea, que está haciendo sentir sus desastrosos efectos en toda Europa y en especial en los países beligerantes. El Comité se ha visto obligado a hacer economías y, dado que el dueño del inmueble donde se halla nuestra capilla en esta capital quiere subir el alquiler, hemos decidido abandonarlo y que los Hermanos busquen lugar donde reunirse, sin gravamen extraordinario. Siendo concedida la palabra en varias ocasiones, todos manifestaron que estaban dispuestos no sólo a ofrecer sus casas, sino también ayuda pecuniaria, en tanto que pudieran, llevando así el buen ánimo a todos los presentes.)

Fue en la casa del Pastor de la radio, en aquella casita confortable en las afueras de un pueblo de adobes, como siempre, donde Molina se convenció de que aquella guerra era verdad; que, una tras otra, iban entrando en ella todas las naciones. Allí estaba con míster Baffin en el jardín tomando el té, el mismo té —había oído decir— que tomaban los ingleses en la India. Allí charlaban gravemente Baffin y su amigo el Pastor sobre lo que más convenía hacer en momentos tales, opinando sobre si España tomaría partido por alguno de los dos bandos beligerantes, si debería hacerlo, si aquella guerra era lícita o no, sobre si las Iglesias o Comunidades podrían subsistir

sin auxilio económico de fuera. Baffin, que había llegado sudando, con la camisa igual que una segunda piel pegada al cuerpo, rezumando sudor por nalgas y sobacos, debía pensar que bastante guerra era aquel sol blanco, sordo y total, aquel polvo que se podía barrer de los labios con la lengua como el azúcar de los dulces, o el rechinar necio, obstinado de los insectos o el vaho ardiente que a veces, de fuera, se filtraba.

Sin embargo, pasando la pequeña verja, en aquella casa distinta de las otras del pueblo, con su antena de radio en lo alto que más tarde había sido causa de su ruina, bajo la sombra inmóvil de aquella higuera vieja, más vieja que la casa, con un vaso en la mano de té tibio, tan dulce y tan suave, se podía estudiar cualquier problema, incluso aquella guerra que de forma tan distinta trataban los Hermanos en sus propias asambleas.

(...A las ocho de la noche se reunieron los miembros de nuestra Comunidad bajo la presidencia del Comité de Ancianos. Dio principio la reunión con la lectura de algunos versículos de la Palabra de Dios en la primera epístola de Timoteo. Se dio cuenta del objeto de aquella, a saber, el comunicar a los miembros de las Iglesias que el Comité de Inglaterra, en vista de las circunstancias tan graves por las cuales el país atraviesa con motivo de la guerra europea, se ve obligado, con profundo sentimiento, a cesar en el sostenimiento de sus distintas Misiones en España. En virtud de tal decisión, algunas de nuestras Misiones no podrán continuar, por lo que el Hermano Sedano hizo la siguiente proposición: En vista de que los obreros han quedado sin medios y no pueden subvenir ni a sus viajes, ni apenas a su propia subsistencia, se sirva conceder nuestra Comunidad, del fondo de enfermos y funeraria, una cierta cantidad en calidad de préstamo que les será devuelto tan pronto esta guerra termine, tal como todos deseamos fervientemente.

Considerando que tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo se hace un deber de los fieles el contribuir a la obra del Señor; considerando que no es tan sólo un deber, sino también un privilegio, un culto, y una ofrenda grata al Señor; considerando que el ideal de la Iglesia es llegar a su propio sostenimiento, se decide establecer una contribución mensual que cada cual acordará según sus propios medios.)

Pero Baffin ya conocía otras guerras, incluso aquella que, en el mismo país, apenas acababa de concluir, cuando ya empezaba la otra, la de fuera. La había previsto, razonado, avisado en sus cartas a la Sociedad, incluso en los artículos que de cuando en cuando publicaba en las revistas evangélicas.

(El nivel religioso y moral del pueblo español ha descendido en gran escala. Las

campañas contra la Iglesia católico-romana se confunden casi siempre con campañas contra la idea de Dios. La actividad de la literatura ateísta ha incrementado cada día esta pérdida irreparable de la fe, especialmente entre las clases humildes, por lo cual no es de extrañar este enfrentamiento en que hoy nos encontramos, esta guerra que enfrenta hermanos con hermanos, sin que hayamos podido aprovechar aquella nueva oportunidad que la República nos ofrecía para predicar el Evangelio públicamente.

Ahora, con el frente y la guerra a nuestras puertas, el panorama ha cambiado totalmente. La membresía de la Iglesia ha desaparecido casi por completo. Algunos se fueron, llamados a filas, otros han buscado refugio en el campo y algunos cristianos débiles se han asustado de tal forma que cerraron la capilla, escondieron sus Biblias e himnarios. Ahora, ya pasados los primeros miedos, comienzan a celebrarse de nuevo los cultos, a pesar de que alguna bomba haya caído muy cerca de nuestra capilla. Son tan pocos los que asisten que los cultos se celebran en algún domicilio particular. Aunque a veces estas reuniones se ven bendecidas por la asistencia y testimonio de algún joven que se halla de permiso, es de desear que esta guerra dure lo menos posible, ya que supone una ruda prueba para todos.)

Ahora, en cambio, según aseguraba el Pastor de la potente radio, era cosa diferente y, para él —que escuchaba la BBC cada noche—, de mayor importancia, en razón de los distintos países que iban entrando en guerra. Era mejor seguir los consejos del cónsul, ya que España, en cualquier momento, podía dejar de ser no beligerante. Él y su mujer hicieron su equipaje con calma y como si nada de su vida, de su obra y vocación quedara a su espalda, tomaron el barco que al día siguiente estaría ante las costas de Inglaterra. La casa quedó sola y es verdad que nadie la tocó, tal como el Gobernador había prometido, ni en su jardín, ni en sus ventanas cerradas, ni en sus muebles enfundados como inmóviles fantasmas, condenados a irse desmoronando poco a poco como la casa toda, desde que los canalones se cegaron. Cegado su camino, el agua de las lluvias, repentina y violenta, el agua de las nieves, invisible y taimada, fueron lamiendo primero los ladrillos, cubriéndolos luego con su verde pátina, comiéndoles la cal, hasta desprender los primeros, los más cercanos al tejado.

Y más tarde, los caminos del agua, al fallarles el muro, se acabaron desprendiendo en raras figuras como de huesos vacíos, huesos que chocaban entre sí cada vez que el cierzo batía la llanura. Algunos de ellos cayeron al jardín, donde se hundían más en la maleza cada invierno, al tiempo que las parras y la higuera seguían paso a paso su camino desde los muros a la verja, donde retrocedían, como negándose a salir, a abandonar la casa, en torno a la mesa y las sillas agrupadas en un rincón, casi invisibles de puro oxidadas.

Como en otros jardines, como en otras casas parecidas, un telón de geranios cada vez más gigantes, crecidos hasta tamaños colosales, volvía rojos los porches allá en la

primavera y amarillos de evónimos los muros, a veces erizados de rosales. Y también se salvó algún que otro pequeño ciprés con sus frutos como excrementos de feos animales y algún laurel de aceradas hojas y los lentiscos donde tejían con paciencia su tela las arañas. Llegando Mayo, era como si los dueños de aquellas abandonadas casas, de aquellos solitarios jardines fueran a volver, tal lucían las enormes margaritas, los alhelíes, el violento estallido de las amapolas o los girasoles de pesada cabeza apuntando al suelo. Los lirios saltaban su cerca de ladrillos hundidos de costado en el suelo por los senderos que llevaban desde la entrada de la verja a la puerta de la casa, pero los dueños jamás volvían, prefirieron las ciudades más grandes, incluso cuando, por fin, acabó aquella guerra.

Cuando se hizo la paz, míster Baffin, Muñoz, Martínez y Sedano se preguntaron qué vendría con ella. Hubo un compás de espera hasta volver a abrir la primera capilla, allá en Madrid, a fin de comprobar qué sucedía. Vino un tiempo de continuos viajes para Baffin y Muñoz por aquellas ciudades donde los cultos se celebraban aún clandestinamente en casas particulares. A veces era preciso pagar alguna multa por asociación clandestina y a veces, también, los muros de la capilla de Madrid aparecían con letreros de alquitrán que era preciso borrar picando el muro. Pero al final había llegado la paz o al menos lo que parecía un armisticio, con el nuevo Fuero de los Españoles que en su artículo número seis decía:

«La profesión y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado Español, gozará de protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas, ni por el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias externas que las de la Religión Católica».

Era volver a empezar de nuevo, pero a fin de cuentas empezar, vivir, formar proyectos. No podrían anunciarse las horas de culto o enseñanza en la capilla, pero al menos existirían legalmente, aparte de que la gente, con el correr de los años, se había vuelto menos hostil, más indiferente.

Como Baffin decía: «Al menos algo se saca en limpio de las guerras». Y era verdad que las guerras habían cambiado en cierto modo a las personas, la situación de los Hermanos, pero no en la medida que Baffin escribía: «En casi todas las Iglesias hay conversiones constantemente. Nunca en los últimos años hemos visto tal movimiento. La asistencia dominical a los cultos es, por regla general, mayor que la membresía de la Iglesia y muchos de los que asisten a ellos son jóvenes».

Las palabras de Baffin pecaban de optimistas. Su sentido de la realidad, como sus piernas, con la edad, fallaban y, a medida que su prestigio y su salud iban declinando, a medida que los años y las hijas arrastraban a Sedano a la dudad, se esforzaba más, dentro de lo posible, en que los Hermanos prescindieran de toda ayuda exterior, en que fueran protegidos por las leyes de su Estado, gobernados por sus propios medios. En su pequeña capital, en su casa si era necesario, como Sedano anteriormente, Muñoz quería montar su propia Academia para enseñar a algunos jóvenes de los que proyectaba hacer maestros de los otros. Ahora podría montarla y anunciarla

libremente si es que los Hermanos no se negaban, como ya era tradición en ellos, a la nueva ley del registro de Asociaciones Religiosas no católicas.

—La mitad aproximadamente de los protestantes españoles —había dicho en la junta Emilio, a su favor— han decidido aprovechar los derechos comunitarios de esta ley; es decir: quedar al amparo legal de la Justicia.

—Bueno, pero hay otra mitad que no las aceptará —le respondían—, y nosotros estamos con ellos. Y nosotros estamos con ellos, aunque tengamos que quedarnos solos.

—Todos los protestantes españoles —insistía Muñoz—, todos los no católicos, esperan conseguir, con el tiempo, un acuerdo con la Administración civil. Cerrarse en banda, es negarse a que nos ampare el día de mañana un régimen jurídico.

—Es cerrar el camino a una auténtica libertad religiosa.

Mas los Ancianos votaron en contra. La Iglesia nunca fue más fuerte —afirmaban— que cuando luchó en las catacumbas. Y era extraño oír aquellas ideas a Muñoz, siempre enemigo de unirse a los demás en nada, siempre tan intransigente en la independencia de su Iglesia.

Ni siquiera les había convencido la enumeración lenta, implacable, intencionada, que Emilio hizo de las noventa y nueve peticiones de inscripción: cuarenta y siete de la Iglesia Evangélica, casi la mitad; once de la Iglesia Bautista, ocho de la Iglesia de Cristo y tres de la Iglesia Cristiana. Con otras tres venían, a continuación, la Iglesia Cristiana Evangélica de Pentecostés, y con algunos menos la Reforma Presbiteriana, la Reforma Suiza, los Testigos de Jehová, los Adventistas del Séptimo día, los de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días de España (es decir, los mormones), la Sociedad de la Ciencia Cristiana, la Iglesia Ortodoxa Griega y la misión Ahmadía del Islam.

—Pero nosotros somos los más —habían respondido como siempre, en aquel tono que tanto molestaba a Emilio.

—Bien; eso no quiere decir gran cosa. La Biblia dice que cien tontos no hacen un listo. Lo que debemos pensar es en nuestro futuro, no en si somos los más o los menos. Pero lo que a Molina más había llamado la atención, lo que siempre recordaba desde entonces, no era el hecho de que ellos fueran los más (eso ya lo sabía porque siempre, desde niño, se lo andaban repitiendo), sino aquella interminable enumeración de Iglesias que Emilio había leído. Aquel día, volviendo a casa como ahora, en su casa igual de solitaria en la noche, silenciosa y vacía, que tanto tiempo libre dejaba para pensar desde que el sol se iba, había comenzado a preguntarse cómo la Palabra del Señor podría ser tan difícil de interpretar, cómo podría ser tan complicada como para dar ocasión a tal número de Comunidades, dispares entre sí, diferentes. Una cosa era saber vagamente que existían y otra oírlas enumerar allí, como un frío boletín de asociaciones laicas, sin que nadie se asustara por ello. Era fácil decir «somos los más» o «sólo la Verdad es nuestra», pero lo mismo, igual se dirían los otros; palabras que no acababan de convencer, que no aclaraban sus dudas,

como las respuestas de Baffin en tanto cabalgaban cruzando el Páramo, como aquellos himnos aprendidos de pequeño, repetidos después, ya hombre, un día y otro, palabras también que eran tan sólo deseos como las que cerraron en aquella ocasión la asamblea: —Unimos nuestras débiles voces para que la Iglesia y la tierra sean habitables, para poner fin a la guerra entre nosotros mismos. El hombre hace mal empleo de la libertad. Dos mil millones de seres humanos sufren hambre, mientras que, tanto cristianos como ateos, se dedican a levantar sociedades injustas. Cada día muchos de nuestros jóvenes van a engrosar las filas de la protesta. Pues bien, ellos pueden ser el fermento decisivo en favor de la comunidad humana y será el Evangelio el que «proteste» cada día en ellos y provoque, en cada uno, una pasión ferviente y creadora.

No había comprendido nada y lo que había entendido poco le importaba. Lo que de verdad seguía dando vueltas en su cabeza a la noche, era aquella lista inacabable de títulos que Emilio había leído antes.

Llegar y detener el coche con dificultad, junto a la otra fila que ya ocupa la acera ante el hotel, que es hostel en el letrero luminoso. Es una de esas antiguas pensiones--hotel-hostal que son dos pisos nada más, de todo el edificio. En el primero, su pequeño mostrador con el chico de uniforme y unos cuantos banderines y carteles desvaídos, sobre la centralita tan antigua y pequeña.

Allí están sus nombres, con las dos habitaciones reservadas en el piso segundo. Dijeron a los Hermanos de Barcelona que no fueran muy caras, que no querían un hotel de lujo, sino más bien discreto y las habitaciones tienen un techo alto, con complicada cornisa de escayola y grandes camas de barrotes gruesos y dorados. Hay armarios forrados de caoba, enormes también, chirriantes, con espejos biselados donde parecen a punto de asomar generaciones enteras de viajeros. Mejor apagar la luz azul de arriba, encender las tulipas de tela que ocupan gran parte de las mesillas de noche. Mejor apagar todo, cerrar los ojos, aunque a Virginia nada parece impresionarle, ni asustarle, como si nada de lo que ve a su alrededor existiera, y ya ha salido a preguntar si puede cenar todavía llamando después, con golpes discretos, en la puerta vecina.

—¿Qué hay? —pregunta Agustín desde dentro.

—¿Bajáis a cenar?

—¿Se puede todavía?

—Dicen que sí.

—Yo, lo que tengo es que quitar el coche y buscar dónde aparcar; no venga ahora la grúa y se lo lleve.

Ya se ha abierto la puerta y aparecen los dos, lavados y peinados.

—Entonces, te esperamos.

—Si me esperáis os quedáis sin cenar. Yo me tomo un bocadillo por ahí y una

cerveza. No tengo mucha hambre.

—Pero no vas a ir solo.

—Voy yo con él —se adelanta Margarita—. Yo tampoco tengo muchas ganas.

Qué a gusto ir con él, a su lado, por estas calles, en el coche, sentada delante, ni muy cerca, ni lejos, despacio, como en un largo paseo interminable. Ojalá nunca aparezca ese hueco que tampoco se sabe si Agustín busca o no. Esas calles, las luces, la gente de antes, la misma avenida con su bulevar, al que una y otra vez salen, con su nombre tan claro en su luminoso de cristal, ese aroma que no se sabe de dónde viene, quizá desde allá lejos, desde el puerto, la vergüenza de reconocer —aunque Agustín no lo pregunte— que nunca ha visto el mar, ni un puerto, por supuesto, la alegría de reconocerlo así, iluminado a medias, con su gran trasatlántico a juzgar por el tamaño del barco, por sus luces encendidas todo a lo largo, y aquel otro más afuera, en lo que debe llamarse ya alta mar, y otras luces que no se sabe qué son y las vías y grúas y esos destellos que bailan mansamente en las aguas tan negras.

—Bueno, esto es el cuento de nunca acabar. Además, lo estamos haciendo mal.

—¿Mal? ¿Por qué?

—Porque es más lógico tomar algo primero y después dejar el coche. Un sándwich se toma en cualquier parte.

Y allí, no muy lejos de la gran estatua de Colón, lo han dejado abandonado con placer, con el sentimiento de quien es libre por fin, comenzando a caminar cuesta arriba, igual que si la búsqueda del bar se hubiera convertido en un paseo. ¡Pensar que allá, en su pequeña ciudad, casi todos dormirán, salvo Muñoz, que andará a vueltas con sus libros o escribiendo! Pensar que la calle principal estará ya vacía y la niebla subiendo desde el río y la gente puede que encienda ya la calefacción y los braseros. Allí, en cambio, a la orilla del mar, sobra el abrigo, basta con ese brazo de Agustín que la acerca, la conduce, la lleva, en busca de ese sándwich que ojalá nunca aparezca.

Pero al fin allí está la cafetería que buscaban, una gran caja de cristal, iluminada, con los últimos clientes leyendo los diarios de la noche, menos uno que, al fondo, no se sabe si medita o, simplemente, tiene unas copas y no ve más allá de la pulida cafetera. A pesar de la hora, hay mucho tráfico aún. Los coches van pegados los unos a los otros y es preciso decidirse, imponerse a los taxis. Cada vez que va a avanzar y retrocede, el brazo de Agustín se aleja, pero no su mano, que coge al vuelo la suya y la hace traspasar definitivamente la barrera luminosa y movediza. La mano en la mano está casi mejor que la mano en el brazo. Esa mano que la lleva hacia la gran caja de cristal no es dura y fuerte como la del padre o dura simplemente como la de Virginia, sino mucho más tierna y blanda, y no grande, sino pequeña, se diría. Pero, pequeña y todo, se va bien dentro de ella, hacia ese gran acuario de los peces inmóviles sobre espigados taburetes, con sus mesas vacías y su suelo sembrado de papeles. Luego esperar los sándwiches, uno al lado del otro, como aquella otra vez en Madrid. ¿En qué piensa Agustín? ¿En acabar la noche como aquella tarde de Lutero

King, en un lugar tan horrible como aquel? ¿En un lugar como ese, que aquí ha de haberlos a montones? ¿Terminar así, a pesar del cansancio y el sueño? Puede que lo proponga. Tal vez no. Mejor así, charlar juntos del Congreso que ya empezó, cuyo lugar, el local donde se está celebrando, busca Agustín ahora en su guía, ese Gran Price donde, según explica, también hay, de cuando en cuando, veladas de boxeo y hasta bailes.

¿Qué diría Muñoz de celebrar un Consejo Evangélico en un lugar así? Tal vez contestaría que el Señor está en todas partes. Entonces ha de estar también en los bajos del hotel que tanto le molestan, frente a su casa, ese sitio de música de hoy, donde deben alzar al aire sus brazos las parejas. Allí mismo, en el Gran Price, estará también cuando esos mismos bailes. ¿No llevan los católicos y también los Evangélicos conjuntos musicales, de estos de ahora, a sus oficios, a sus catedrales? ¿No dicen misas con la misma música que cantan los salvajes? Habría que oír a Martínez, sería divertido escuchar su opinión sobre el Congreso, el lugar escogido y el viaje. O quizá no lo juzgara mal. A veces nos formamos una mala opinión de la gente sin llegar a conocerlos, o precisamente por ello, por sólo conocer lo que nos dijeron o lo que les oímos decir en la capilla. ¿Quién hubiera pensado que este Agustín, Agustinillo, era así, iba a ser así, estaríamos así, uno al lado del otro, bebidas las cervezas, buscando en el dichoso plano el Gran Price que ya aparece en el papel rosado, donde lo encierra cuidadosamente en un círculo que se prolonga después en una línea para llegar hasta el pie del sitio donde debe de estar el hotel precisamente?

Yo sé que dices, Cecil: «Está mal; estás pensando en no asistir mañana a ese Congreso. Estás pensando que quedan aún dos o tres días más y si Agustín quisiera podríais conocer esta ciudad tan alegre y hermosa e incluso los alrededores y la costa esa que tiene tan famosa. Estás pensando que el Señor está en todas partes, que a fin de cuentas apenas vas a enterarte de los discursos y ponencias, esos largos discursos interminables donde todos parecen coincidir, estar de acuerdo, pero que al mismo tiempo, según Muñoz, saben imposibles de realizar, al menos en lo que a nosotros, los Hermanos, nos atañe. Estás pensando en otras cosas, lugares, personas, en este Agustinillo que ahora duerme o puede que no, lo mismo que tú, que quizá vela, mirando la negra oscuridad de sus ojos cerrados o esa otra oscuridad más negra de los ojos abiertos frente al reflejo inquietante del espejo. Piensas que todo se ve muy diferente aquí, comparándolo con nuestra casa, con nuestra ciudad y no digamos con el pueblo, y no digamos cuando sea de día, y no digamos con un coche grande, cómodo y rápido para ver las cosas, el mundo, el paisaje. Estás pensando en ese Agustín que duerme al otro lado, o que no duerme, que quizá piensa en ti y en qué gran solución sería, para todo, no asomarse a ese Gran Price. Estás pensando en la casa de Muñoz, en lo que es un matrimonio, a pesar de su mujer tan callada, tan aburrida, tan fría. Estás pensando ahora, en esa oscuridad tan negra de los ojos cerrados, estás viendo la casa de Muñoz, que no te gusta, pero que a fin de cuentas es una casa y no aquella otra para mujeres solas, con el eterno ruido de los trenes. Estás

pensando que de este Agustín, Agustinillo, cuáquero, Hermano, Adventista, Testigo o lo que sea, apenas sabes nada, salvo que es un amigo de Emilio, lo cual, por otra parte, ya es bastante, y que ya hizo otros viajes con él y que es simpático, distinto de los otros mayores o más jóvenes que allá en Madrid o en nuestra capilla se pueden conocer. Estás pensando, ¿estás echando la cuenta de tus años? ¿Qué importa? ¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que sacrificar? Hasta has pensado, en esta larga noche, en una de esas operaciones que te dejan la cara estirada y joven, pero que duelen tanto y que al mismo tiempo resultan tan costosas. Estás pensando en levantarte y acercarte al espejo como tantas veces, pero es preciso antes encender la luz de la mesilla y quizá Virginia se despierte a pesar de que a veces duerme más de lo que ella quiere después reconocer. Estás pensando que si la despiertas puedes decir que ibas al lavabo. Vamos, ámate, busca a tientas la luz de la mesilla, enciende la pantalla, espera. Virginia respira igual, murmura igual, ronca a medias, como siempre. Levántate, vete al espejo y mira.

»¿Qué ves? ¿Ves tu cara, tu pelo caído en dos mitades, en dos partes iguales, lo mismo que tu madre? ¿Ves tus ojos, que no tienen color, comidos por la vela y el sueño? ¿Ves también esas cejas delgadas que nacen rectas y luego van volviéndose hacia abajo? ¿Ves tu nariz tan recta, igual, y que luego se afirma, lo mismo que si fuera transparente? ¿Ves esa boca recta, más ancha y como perdida por el centro? ¿Eres capaz de contemplarte así, de adivinarte, con la luz a tu espalda? Levántate, anda, cázate, vete hasta ese espejo. Nada verás al principio, como quien mira al sol; luego un globo redondo, blanco, que se transforma en plano, como la luna de Agosto, y verás otras cosas que mañana olvidarás, esas cosas que se adivinan siempre cuando niñas, que luego vuelven, de pronto, sin saber nunca cuándo, cuando el Señor permite que el Tentador nos tiente. Ves ese bosque en que hay hombres que flotan en el aire como si al hacerlo respiraran, igual que si ello ayudara a alzarse del suelo a izarse hasta esa muralla donde están de centinelas, ese muro que escuchaste describir un día a tu padre, frente por frente a la cárcel, donde llevaron al Hermano que él estuvo visitando. De noche, al otro lado de la calle, se escuchaba a las mujeres llamarles en voz baja desde el piso alto.»

El señor Jacinto contaba que a la luz de la luna de Agosto, que es la más clara y páfida, se alzaban las faldas y cometían a la vista de los pobres soldados un pecado doble con su mente, su palabra y sus manos, por el pecado en sí y por el escándalo que daban. Y los soldados hablaban, gritaban a su vez a media voz, y así la más nefanda abominación iba y venía en la noche tan callada, cruzando sobre la calle vacía, en tanto que las manos y las mentes pecaban a ambos lados, en lo que el señor Jacinto llamaba su gimnasia.

Ahora ese globo blanco que antes fue tan sólo eso y la cara de Cecil después con sus ojos cerrados y esa sonrisa suya, ya es un círculo color de rosa, rosa-tostado con un punto en su centro: un botón oscuro, abultado, que apunta, amenaza, que parece a punto de romper el cristal y lo que en él se encierra, la vaga luz y esa imagen piadosa

sobre el lecho que lo oscurece y nubla todo y llega hasta las sábanas de esa cama abierta y vacía ahora, tan alta, complicada con ese color dorado, mortecino, y su olor acre y un sabor como a almendras amargas.

Tu consejo, tu opinión no sirve, Cecil. No sirve para Agustín porque es bueno para todos: «Bienaventurado el hombre que no escuchó consejo de los malos, que no siguió el camino de los pecadores, ni en la silla de los escarnecedores se ha sentado. Antes bien, en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita día y noche. Será como árbol plantado junto a arroyos de aguas que da su fruto a tiempo, y su hoja no cae, y todo lo que hace, prospera».

Eso no es un consejo, es como aquella pareja de la película en el salón de Madrid, un personaje, una película, un sueño. Se ve, se mira, se piensa que sería bonito, bueno, hasta justo, y nada más. Son palabras bonitas pero que nada ayudan, que nada significan, parecidas a las de mamá en el jardín, en tanto esperábamos la vuelta de Sedano, en tanto escuchábamos el suspiro del agua en el jardín y el canto inacabable de los grillos, en tanto la luna iba marcando, con la montaña solitaria, el paso de las horas, con su aguja nevada, como un reloj de luna que nos dice que ya viene acechando otra vez la madrugada. Aquellas palabras de mamá no servían tampoco. Quizá para ella y para todos los que como ella esperan en algún rincón del Páramo, encima o debajo de la tierra. ¿Qué eran? ¿Qué son? ¿Una advertencia, un resumen de sus últimos días con Sedano? ¿Un deseo? ¿Una condena? ¿El fin de eso que llaman, que llamamos amor y que Cecil hizo vivir para siempre con su muerte? Dice la madre en el libro que lee, en el único que tocan sus manos a esas horas:

¿Hasta cuándo me olvidarás?

¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?

¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma?

¿Hasta cuándo será enaltecida mi enemiga sobre mí?

Ven, llega, mira, óyeme.

Alumbra mis ojos para que no duerma en muerte.

Para que no diga mi enemiga de mí:

«La he vencido»

Esas páginas le dan más miedo aún. No la dejan dormir, a pesar del cansancio, a pesar de la hora. Esas páginas que leyó un día a sus hijas cuando fueron mayores, a fin de apartarles del pecado, y que ella, Margarita, recuerda agradecida porque le hablan de un rey que, al igual que ella misma, perdió un mal día el sueño.

«Aquella noche se le fue el sueño al rey y dijo que le trajesen el Libro de las memorias de las cosas y mandó que lo leyeran en su presencia. Y decían: No habrá ojo que se apiade de ti por hacer lo que hiciste, ni quien tenga de ti misericordia.

Serás echada de la faz del campo con menosprecio de tu vida. Te dirán: tus pechos te brotaron, tu pelo te creció, mas tú estabas desnuda y descubierta. Y pasé junto a ti y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores. Extendí mi manto sobre ti y cubrí tu desnudez y entré en concierto contigo y fuiste mía. Mas confiaste en tu hermosura y fornicaste a cuantos pasaron y derramaste tus fornicaciones a cuantos pasaron; suya eras.

»Y fornicaste con los hijos de Egipto, tus vecinos de grandes carnes, y por ello te entregué a los hijos de los filisteos, que te aborrecen, que se avergüenzan de tu camino deshonesto. Fornicaste también con los hijos de Assur por no haberte hartado; y fornicaste con ellos y tampoco te hartaste. Multiplicaste tu pecado en la tierra de Canaán y de los caldeos y tampoco te hartaste. ¡Cuán inconsciente es tu corazón, como aquel de una poderosa ramera! Pero no fuiste ramera, porque a ellas dan dones, y tú, en cambio, diste dones a tus enamorados y les diste presentes para que entraran a ti. Por tanto, he aquí que yo te juzgaré por las leyes de los que derraman sangre y te castigaré en sangre de ira y de celo. Porque no en vano tu hermana mayor es Samaría y tu hermana menor es Sodoma.»

Y aquella noche, como aquel famoso rey, tampoco pudo dormir apenas Margarita. Más allá del espejo, más allá del cristal de la ventana, más allá de las arrugadas sábanas de Virginia que forman en el centro de la cama aquella diminuta cordillera, se alzaban aquellas páginas del Libro de las cosas y a veces venían los días de Madrid y los días de infancia, más lejos, en el pueblo. Aquella noche no pensó en morir, que pensó en matarse no recuerda cómo, que despertó con palpitaciones, pensando, sospechando que había pecado en sueños y las veces que después pecaría sin proponérselo, unas veces dormida y otras veces despierta.

Venían días tranquilos, casi felices, de la mano del padre o en compañía de los demás Hermanos, el tiempo de los primeros consejos, de la nieve, tan tibio en casa, melancólica fuera con el sonar de la campana y el crujir de los pasos en la nieve. Los primeros y animosos años que recordaba de Virginia y el padre; aquella escuela que no era escuela sino uno de los bajos de la casa y las primeras cigüeñas ateridas, enhiestas sobre su nido de años atrás, heladas como siempre en los primeros días, por venir antes del tiempo al Páramo, donde no existe la primavera. Recuerda aquel afán, en los días en que el padre se ausentaba, por ocupar su puesto en la cama matrimonial, por hacer compañía a la madre, por no dejarla sola —decía—, levantándose luego, tan tranquila y reposada. Aquel sueño terrible de levantarse a solas con una luz tan tenue como ahora y salir de la cama, levantarse, dar vuelta con cuidado, acercarse a la madre y extender las manos sobre aquel nudoso cuello y apretar hasta acabar con ella, tal como ella hacía con las gallinas en el patio. La madre graznaba igual, era un quejido terrible, a medias animal y a medias suyo, y también recordaba el placer, el respiro de despertar y saber que todo era tan sólo un

mal sueño, una de tantas pesadillas.

Luego, al cabo del tiempo, volvían días melancólicos o alegres, de encontrarse canturreando sin saber por qué o sentirse iracunda, lo mismo, sin motivo. Y días, sobre todo, en que el sueño no venía, huía, a causa de Virginia y sus medias palabras, que siempre se confundían con ronquidos. Días en que si era verano, con la ventana abierta y la luna sin entrar en el cuarto, dirigía sus ojos hacia la gran montaña, alta, afilada y picuda, invisible ahora, mas que ella adivinaba rodeada de su constelación de estrellas, adornada, en su extremo, por la aureola azul del Camino de Santiago. Las estrellas rojas, verdes, amarillas o azules, tal como el padre les enseñó en su día, parpadeaban o miraban fijas el nacimiento de esa gran cara blanca que las iría borrando definitivamente hasta hacerlas desaparecer en la amanecida.

Pero ahora no es verano. Hace frío, un frío que sube desde los pies desnudos hasta el vientre. No hay estrellas más allá del espejo ni la montaña delgada y puntiaguda. Sólo el oscuro interior, las blancas tuberías de la calefacción apagada ya que ilumina la lámpara roja de la mesilla. Y también hay esa cara que odia, esa su misma cara que aún en ese momento a oscuras adivina, le hace tiritar, temblar, sentirse mal, con ganas repentinas de marchar al lavabo. Pero no quiere; se aguanta, se resiste; querría ser, estar normal a fuerza de voluntad, de una vida, si es preciso, rigurosa. Querría huir de este cuarto que aborrece, de ese espejo, de la ciudad que hace unas horas amaba tanto. Volver a su ciudad, a su capilla, renegar de aquel estúpido viaje, dormir de cualquier forma, llorar, aunque lo que más le apremia sea correr, huir al lavabo.

—¿Pero qué haces ahí? —es la voz de Virginia quien le ayuda—. Te vas a constipar. Vas a coger frío.

—Es que han quitado la calefacción.

—No te estés ahí, parada.

—Es que iba al wáter.

—Pero ponte algo encima.

Ha entrado en el lavabo, que está más frío aún con ese cuchillo de aire que guillotina un poco por debajo del cuello, a la altura de los hombros. Ha encendido tiritando la luz, temiendo ver su cara otra vez en el espejo que ahora aparecerá bajo la tulipa. Por eso apoya ambas manos en la taza de loza e inclina la cabeza, huyendo de esa luz, de su rostro, de esos huesos que al borde del escote del camisón se adivinan. Se ha colocado en la postura conveniente que ya conoce por experiencia. Luego cierra los ojos y sucede lo mismo que otras veces. Todo el cuerpo, todo su interior se vacía, se vuelca. Después se vuelve más tranquila a la cama.

Al demonio, en cambio, el viejo, ahora enfermo, en aquella estrecha habitación hasta donde llegaban los cánticos de los demás, abajo, las blasfemias de las disputas, el golpe afirmativo, seco, impertinente de las fichas del dominó, envuelto todo en la voz monótona del televisor encendido eternamente, le recordaba al padre, aunque a este no le viera tan a menudo en la cama, con el rebozo subido hasta el mentón, ni sus ojos fueran azules, sino negros, y en su boca luciera eternamente un cigarro que ardía

o se apagaba al compás de su respiración, hasta acabar en el pequeño montón, en el gran cenicero rebosante en el suelo. Todo ello lo había visto alguna vez, cuando la madre se negaba a subirle la comida, después de aquellas noches de gritos y llanto por culpa de la falta de dinero y otras razones que no alcanzaba a entender por entonces. Al demonio le hubiera gustado frecuentar más a menudo ese cuarto donde el padre parecía refugiarse cuando volvía a casa, pero la madre lo tenía prohibido y ella misma lo limpiaba. Nunca entonces pudo imaginar la razón, ni siquiera aquel día en que la hermana mayor lio sus bártulos, recogió sus pocas cosas y se marchó de casa sin dar cuentas a nadie, ni a la madre que, por cierto, no trató de impedirselo, ni al padre, tan bravo otras veces, pero que en esta se calló, encerrándose como de costumbre en su cuarto. Siempre en pijama, con una vieja bata anudada en la cintura, como el abrigo de un soldado, apenas le recordaba vestido del todo, salvo cuando hacía sus viajes a la ciudad, cuando, como en un rito ceremonial, se ponía de punta en blanco, igual que si se tratara de asistir a una boda. Entonces salía del portal, al filo de la tarde y ya era todo esperar despiertos, excepto el hermanillo, hasta sentirle llegar ya mediada la noche. Unas noches venía bien; otras, la madre y la hermana mayor tenían que ayudarle hasta la cama; pero lo verdaderamente extraño para ella, entonces, era que no llegaba bebido, en contra de lo que la madre aseguraba, no olía a nada, a ese hedor ácido que tan bien aprendió más tarde a conocer. Hasta podía razonar, sobre todo una vez metido en la cama y arropado. Su único mal se delataba en una especie de fatiga, en aquellas ojeras, en aquellas mejillas demacradas, en su nariz tan afilada como la del halcón de Molina y ese mirar perdido, como el del viejo ahora. Primero había perdido la costumbre de trabajar; luego, más tarde, la de intentar una chapuza siquiera. Nunca nada de lo que se le ofrecía estaba a la altura de su oficio y, mientras tanto, su cajón de herramientas yacía inmóvil, cerrado, debajo de su cama. Más tarde, cuando los posibles clientes le fueron olvidando, acabó por quedarse la mayor parte de los días allá arriba, en su cuarto, leyendo los periódicos atrasados de los demás vecinos, saliendo cada vez menos, sólo cuando conseguía un poco de dinero de la madre, con su traje de fiesta, cepillado, planchado.

Antes, la hermana mayor iba sacando, mal que bien, la familia adelante con los trabajos extra de la madre, hasta que cierto día algo pasó, algo debió de suceder, porque le vieron volver a casa como ninguno, ni el hermanillo, recordaba. A los dos pequeños los mandaron a un recado remoto y nada más cerrarse la puerta a sus espaldas, ya la hermana mayor y la madre discutían a media voz, aprisa, acelerada, angustiosamente. Se hubiera quedado tras la puerta, escuchando, intentando adivinar la razón de aquella llegada imprevista, iracunda, pero el hermanillo allí, a su lado, esperaba y estaba bien segura de que, a la vuelta, como de costumbre, contaría cualquier anomalía en el encargo. Era el espía, entre consciente y no, de la madre; le gustaba delatar, como a todos los niños, y justamente le adiestraban —también consciente o no— para eso. Le hubiera gustado asistir a aquella discusión, porque el corazón le decía que el padre era el protagonista invisible de ella. Se lo daba el

corazón y el hecho de que él no se moviera, de que no bajara de su cuarto cuando, en caso de voces, intentaba siempre mantener su autoridad, aunque durara tan poco como su presencia abajo. Aquel escándalo secreto pareció por un tiempo uno más, uno de tantos mucho peores y, sobre todo, más ruidosos que los vecinos recordaban u olvidaban, pero a los que desde tiempo atrás ya estaban acostumbrados. Generalmente les volvían más amables hacia la madre y cuando el buen tiempo llegaba, al fin, le guardaban su sitio ante el televisor asomado al halcón en la plaza. Todo siguió como de costumbre, como siempre, con el padre arriba intentando arrancar una noticia nueva y espectacular sucedida una semana antes, o un trabajo a su altura, digno de sus hábiles manos, bien pagado; y la hermana levantándose más temprano que ninguno, volviendo con los ojos no borrosos de vacío, sino hundidos de cansancio y de sueño. Todo fue bien hasta el día en que el demonio descubrió debajo de su cama la maleta aquella. Era como encontrar un barco, un tren, un automóvil, tan raro, tan extraño era y, a la vez, tan claro, tan evidente. La hermana iba a emprender un viaje largo y extraordinario.

A nadie contó su hallazgo. El padre no debía saberlo. La madre, tal vez, y si ella se callaba, no había razón para darse por enterada; pero aquella maleta azul, con su borde metálico, que en nada recordaba a aquellas otras de cartón o lona ya viejas cuando llegó a conocerlas, alejaba ya a la hermana de la casa, del resto de la familia entera y por supuesto de ella. No hubo más discusiones secretas entre las dos mujeres; sólo conversaciones a media voz, como secretos pactos ajenos al resto de la casa, hasta que otro día, o mejor una noche de aquellas en que el padre salía, fue admitida, casi solemnemente, a su presencia sin la eterna compañía del hermano. Se le explicó que iba a empezar a trabajar, a servir en un hotel nuevo, apenas terminado. La hermana mayor lo había conseguido mintiendo un poco en el asunto de la edad y gracias a su amistad con el encargado. No ganaría mucho, pero así era la vida, al principio y, además, todo era poco para sacar adelante la casa, ahora que la hermana se iba de la ciudad en un viaje inesperado y largo.

Allí había comenzado su vida verdadera. Se acabó el espiar aquel cuarto en lo alto, donde el padre descifraba sus periódicos y los viajes interminables a través de la ciudad, bajo la necia vigilancia del hermano. De la mayor, a veces se recibía alguna rara postal, alguna breve carta, que la madre guardaba con celo, o un poco de dinero, algún pequeño giro oculto con más celo todavía. Ahora le tocaba a ella esperar cuando el padre salía, llevarle hasta la cama, desnudarle, acostarle y desear dentro de sí no verle abrir los ojos —esos ojos de viejo— a la mañana siguiente. Cuando desde el sótano grasiento, cargado siempre de aquel bochorno pesado y oloroso, pasado el primer año, subió a la cafetería con aumento de sueldo, vino con este la primera paga extraordinaria ocultada a la madre, los primeros paseos más allá del río y aquella vuelta bien entrada la noche, aquella noche entre alegre y dolorosa, humillada y feliz, aquel primer escalón de la invisible, inalcanzable escalera. Aquel primer peldaño la tuvo dos o tres días como flotando al otro lado del mostrador y también en casa,

aunque al llegar tan tarde era fácil engañar a la madre. Dos o tres días, una semana, un mes, y aquel chico de aquella noche, al otro lado del río, de tantas tardes al otro lado de la barra, no volvió. Quizá, como a ella misma, aún le durara el susto. Ni aquel chico del tupé sobre los ojos, a la moda de ahora, apareció, ni la madre se decidió a hacer más preguntas cuando un día, cansada, con los pies hinchados, se revolvió a explicarla todo lo que en aquel hotel había aprendido, en aquel hotel donde la habían metido su hermana y ella. Lo que no explicó fue aquello que le dijo el encargado en su primera noche, cansado de lo que él creía sus fingidos miedos. —¡Acaba ya con tantas historias! ¡Tu hermana valía cien veces más que tú y no hacía tantos ascos!

Fue la primera vez que se equivocó y tomó buena cuenta de ello. Había pensado que al ser una obligación impuesta nada perdía con darse a valer, con cotizarse alto pero, en contra de lo que se esperaba, a la tercera falta en el trabajo, después, aquel mismo encargado a quien tanto gustaba, la había puesto en la calle. La noche y el día, sin embargo, eran juntos demasiado trabajo, y aunque la madre se comenzaba a acostumbrar a sus ausencias, en su racha de casas de comidas, cuando en los meses malos faltaban restaurantes, procuraba ahuyentar, como podía, al dueño.

Había llegado bien pronto a la conclusión de que para fregar, servir, hacer las camas y dejarle jugar al patrón por las noches sobre ella, la mejor solución era la última, pero exclusivamente, con tiempo para dormir las mañanas al menos. A fin de cuentas, aquel chico tan simpático del tupé, como el torero de moda, el de las largas horas de vacile en la barra y el breve y violento amor del que los dos salieron confusos y asustados, no había vuelto, el padre seguía sin salir apenas de su alcoba y la madre había renunciado a las preguntas, salvo en los días en que sabía que llegaba el sueldo. Ahora esos días ya no eran regulares, pero ella se cuidaba de que para la madre continuaran en fecha y cantidad inmutables. ¿Quién pensaba en casarse ya? ¿Para qué? ¿Para fregar, coser, sudar en la cocina y después aguantar en la cama por la noche? Todo eso ya lo conocía del hotel. Mas como había oído explicar allí a las compañeras, si una se decidía a dar el salto, era preciso pensarlo bien, porque una vez dado, ya no había ocasión de volverse. Y, sin embargo, a simple vista al menos, aquel salto parecía fácil, relativamente. Era curioso verlas, allí enfrentadas, las que no se decidían y aquellas otras que ya lo dieron antes. Las unas trajinando, sudando desde bien temprano; las otras bien dormidas, pintadas y aseadas, levantándose tarde, sentadas a la espera.

Sí, los ojos del viejo, en su blanca y ahora silenciosa habitación, en su cama de madera tan crujiente como el piso de pino, recuerdan los del padre. Quizá por eso nunca le cayó simpático. Quizá le recordaban los del padre aquel día en que al entrar en un bar se lo encontró sentado en un rincón, con el vaso de vino intacto al alcance de su mano. Allá, en la oscuridad, parecía como en sus días buenos, limpio, afeitado, escuchando atento las palabras de otros dos de la edad del chico del tupé. Allí estaban los tres charlando, riendo a medias, sin importarles mucho los modales bruscos, las miradas hostiles del dueño. Era un sábado y el demonio recordó al punto aquella

llegada iracunda de la hermana, su viaje del que no volvió nunca, y pensando, pensando, se acordó también de la madre, que allá en la casa estaría esperando. Menos mal que el hermano había crecido. Ahora ya tenía tanta fuerza como ella. Él solo, incluso, se sentía capaz de cargar con el padre.

—Sí, bueno, yo le contesto; no tengo inconveniente, pero no aquí, con tanta gente alrededor que casi ni podemos oírnos. Podemos ir andando, si quiere, hasta un café aquí cerca. Podemos ir charlando de paso. Bueno, no sé de qué. Pregunte, pregunte usted, aunque a mí me parece un poco frívolo todo esto. Sí, ya sé, lo de la espontaneidad, pero, ¿por qué precisamente a mí, o, mejor dicho, a nosotros, cuando hay más de mil congresistas ahí dentro? Todavía quedan, por lo menos, la mitad. No, no soy de aquí; he venido con dos amigas y un amigo. No, tampoco de aquí, ni de Madrid. Digamos que de provincias. Una de ellas es esta señorita.

La señorita ya casi va para señora. Ha inclinado un poco la cabeza con el pelo tirante hacia atrás, recogido en su gorro de lana. Parece incómoda, no deja de lanzar miradas a ambos lados, como si estuviera a punto de marchar, como preocupada de que los otros congresistas la vean. Mas los otros, hombres y mujeres, jóvenes sobre todo, van saliendo, saludándose entre sí, alejándose o metiéndose en sus coches. El Gran Price va quedándose vacío como tantas veces, aunque en esta ocasión no sea necesario limpiar sus gradas de papeles o cáscaras y envases, como cuando en él se celebran veladas de boxeo. La señorita mira hacia atrás, como añorando la vetusta mole donde en Cuaresma hay también conferencias para obreros, mirando ese cielo gris que la rodea como una telaraña plomiza de ramas entrecruzadas y desnudas. También mira fugazmente a su compañero, procurando no alejarse mucho, escuchar lo que dice:

—Es un poco molesto —y no querría ofenderle— que pregunten ustedes así, en plena calle; pero en fin, parece que no hay otro remedio, y si no hay otro remedio, lo mejor será meternos en un café, por lo menos. Sobre eso de cómo llegué a lo que usted llama «convertirme», lo mejor es que sepa que ya nací «convertido», porque mis padres eran «conversos», como usted diría. Lo que más nos molesta —y siga perdonándome usted— es eso: que nos miren, que nos traten como a seres raros, como si no fuéramos españoles como los demás, aunque, la verdad, desde que nacemos ya nos vamos acostumbrando. La verdad es que tenemos cosas importantes que decir, pero cuando salimos de nuestro círculo estricto, interesan a pocos, aunque de momento aparenten lo contrario. Esto no va por usted, por supuesto, y si le ofendo en algún momento, espero que sepa perdonarme. En realidad esto ha sucedido siempre, tanto entre los elegidos del Señor como entre los gentiles. Se habla, se dicen cosas, se predica, incluso se amenaza, se hace propaganda y la gente sigue igual hasta la muerte, en que sucede como en los grandes desastres de la Humanidad, que sólo los elegidos se salvaron. Bueno, hale, pase; no, usted primero; entre. Aquí al menos

se puede entender lo que se dice. ¿Qué va a tomar usted? ¿Tú qué tomas, Virginia?

Es un bar sin grandes pretensiones. Un bar donde nadie iría a charlar con nadie, a dialogar, responder, pero en los ojos de la pareja, ahora, tras aquella prevención inicial, se ve un vago interés por ir contestando a las preguntas. Parecen el polo opuesto a los Testigos. Hablan con recelo y prevención, con monosílabos, hasta que, una vez rota la primera barrera, se explayan, casi sin pausa, como todos aquellos que han callado demasiado tiempo. De todas formas son menos locuaces por más viejos; no parecen tan impacientes como los otros por entablar el diálogo, quizá porque para unos el fin de los tiempos está marcado ya y, en cambio, estos quizá tienen toda una eternidad todavía por delante. Fuera, el tráfico es moderado y no molesta a la conversación. La luz es gris también, lo que en cierto modo ayuda. El camarero ha traído los tres cafés, y el hombre, un hombre no joven ya, aunque aparente algunos años menos que su compañera, continúa:

—Mire, esto del ecumenismo, a mí, personalmente, me parece bien, aunque yo creo que va para largo. Ya es bastante el haberse reunido aquí, en Barcelona, gente tan diferente, de tan distinta forma de creer y pensar; eso ya es algo, que se pueda convivir durante unos días, dejando a un lado tanto prejuicio inútil y olvidando tantos siglos de historia. Yo creo que la gente hoy, no importa cuáles sean sus dogmas o creencias, tiende a unirse, en estos años de crisis que estamos viviendo. Yo creo que estos años, aunque la cosa ya venía de atrás, empezaron a concretar estas ideas, sobre todo después de la última guerra. Ya sabe usted que las guerras elevan, por así decirlo, la tensión, el espíritu religioso. Después de cada guerra hay un acercamiento masivo hacia el Señor que, en este caso, se ha ido concretando hasta tomar forma, en el lado católico, por qué no decirlo, en el Vaticano II. Hoy día ya estamos lejos de esa posguerra que le digo, pero cualquier día todos sabemos que puede estallar otra, y el mundo se halla dividido, a mi juicio, claro, entre el Señor y el César. Aquellos que piensan que Dios ha muerto definitivamente y aquellos que pensamos que vive todavía. Por ello, precisamente, nosotros los cristianos debemos unirnos, y nada mejor, aunque sea simbólicamente, que la conmemoración del centenario de la Segunda Reforma Protestante en España, tras el fin, por la Inquisición, de la primera.

Ha hecho una pausa, apurando de un sorbo media taza de café, tras descargar su respuesta que, al final, inevitablemente, toma el tono inconfundible de un sermón, cuyas palabras sigue fielmente su compañera, sin prestar apenas atención a su taza. Ella no interviene en la conversación, en las respuestas que, surgidas un poco torpemente al principio, luego parece que se vuelcan y concretan.

—¡Qué clase de preguntas tiene usted! ¿Cómo voy, o mejor dicho, vamos a ser partidarios de la guerra? Yo no lo soy; mas, desgraciadamente, el mundo es una realidad, no una utopía, y el mismo Jehová ordenó a Josué acabar con los cananeos sin dejar uno solo. Eran culpables de incesto, sodomía... en fin, ya me imagino lo que está usted pensando: que todo eso existe hoy, puede que multiplicado; pero yo, en mi interior, soy enemigo de la guerra; nosotros siempre fuimos gente de paz y mucho

más hoy, cuando una guerra supondría prácticamente el fin del mundo que anuncian los Testigos. Nosotros no podemos asegurarlo a fecha fija o poco menos, como ellos, ni pensamos, como los Adventistas, que todas las profecías están ya cumplidas. En cuanto a libertad religiosa, naturalmente que cada cual debe escoger su propio camino y que debe ser respetado como hijo del Señor y como ciudadano del país en que ha nacido. Quiero decir que también soy partidario de un régimen liberal, de libertad civil, política y religiosa. Es una opinión mía personal, naturalmente. Ahora sí duda, antes de responder. La mujer incluso ha torcido el gesto, aunque sin llegar a ponerse colorada. Duda. Tiene que pensarlo, no como en las anteriores ocasiones, que la respuesta venía sin esfuerzo.

—Eso no me lo preguntaron nunca. Al menos que yo recuerde. Esta historia de la dichosa píldora. Yo no soy casado... —la mujer hunde su mirada en el fondo turbio de la taza de café— soy soltero, pero de todos modos he pensado algunas veces sobre este hecho, sobre esto del control de la natalidad. El Señor dijo, por supuesto: «Creced y multiplicaos», pero, en fin, comúnmente se admiten entre nosotros, de acuerdo cada cual con su conciencia, los procedimientos naturales propios de la naturaleza misma, no los antinaturales o, por decirlo de otro modo, externos al cuerpo humano, y entre ellos incluimos cualquier medicamento y el aborto, por supuesto. Para mí, Dios no ha muerto —cambia él solo muy rápido de tema—. Si no, nada haríamos aquí. Venir a este Congreso resultaría absurdo. Como dice Courtney Murray —pronuncia perfectamente, como quien lo ha citado muchas veces—, que Dios puede morir por indiferencia. Es el caso de la gente absorbida por la frivolidad o el trabajo, muchos que ya le llevan muerto desde mucho atrás, bien muerto en la conciencia, sin darse cuenta, o lo que es peor, sin preocuparse de ello. Son esas filas y filas de caras, de personas que yo veo a menudo en las capillas. Personas que repiten los himnos, las oraciones, que se levantan o se sientan, sin que uno sepa si verdaderamente piensan lo que hacen, si lo entendieron alguna vez o si lo han olvidado. Hay quien dice: «Dios es aquello que no puedo comprender». Yo creo que es una errónea interpretación. Incluso el mismo autor que antes le decía, afirma que el hombre perdió su contacto con el Señor al pasar a este mundo urbanizado y técnico, porque lo imaginó a semejanza de una cultura, una civilización que, al dejar de existir, arrastró la imagen de su dios consigo. Por eso nosotros seríamos los últimos en sentir esa muerte por la que usted se preocupa. Nuestra vida, nuestra fuerza, no se halla en las grandes ciudades. Si, como dice, ha conocido algunas de nuestras Comunidades, habrá podido comprobar que, salvo casos excepcionales, siempre se hallan en pequeñas aldeas o capitales de provincia que sólo llegan a unos cuantos millares de habitantes. Así, el reino del Señor está entre nosotros, como dijo a los apóstoles, en nuestras casas, en nuestros campos y capillas, mejores cuanto más humildes y pequeñas, porque, como ya le dije (y perdone que insista, ya que usted lo pregunta), el cristianismo, al imponer su fe al arte, a la política y hasta a la economía de una cultura concreta, no se dio cuenta de que hizo al Señor formar parte de esa

misma cultura, y al cambiar el mundo, cuando esa cultura desapareció, la imagen del Señor quedó minada, se volvió tan confusa como las muchas imágenes que ese mismo arte nos ha ofrecido de Él a través de los siglos.

Y allá arriba está Dios, el Señor, con su recta nariz que es una línea, y sus cejas que se disparan a los lados. Allí arriba está con su poblado bigote caído en dos lacias mechas a ambos lados de la boca, tal como el artista lo pintó, en medio de un gran óvalo, con sus ojos tan grandes, rojos y negros, y su pelo recogido detrás en grandes ondas. Allí está Dios, rojo, amarillo, azul, con su túnica de la que surge un brazo erecto, una mano tiesa, con dos dedos en alto. La otra, casi escondida del todo por el manto, sostiene un libro en cuyas páginas puede leerse: *Ego sum lux mundi*. Los otros demás evangelistas y apóstoles no importan. La luz es Él, sus ojos tan enormes que no se sabe si miran o condenan o perdonan. Quizá miran al mundo entero, ese mundo que se extiende más allá de los muros del Museo, más allá de toda la ciudad, más allá del puerto y el mar, más lejos de este mundo, hasta el rincón más remoto del infinito Universo. Quizá perdona los pecados grandes contra la fe y también los pequeños, como no asistir esa mañana a las largas sesiones del Congreso. Pero, después de todo, en esa especie de óvalo perdido, dividido en dos por un sutil y alargado ventanillo, también está Él, y no invisible como en todas partes, sino tal como lo conocieron aquellas Comunidades cristianas de las que son remedo y aspiran a heredar los Hermanos.

A fin de cuentas, se entiende allí mejor (tiene razón Agustín) lo que fue el cristianismo unido, primitivo, que en cincuenta sesiones de otros tantos Congresos. A ninguno, ni siquiera a Emilio, ni a Virginia por supuesto, ni a Baffin, se les ocurrió pasar por allí ni siquiera en las horas libres que dejan las sesiones.

Allí sí que se entiende bien, con un poco de imaginación, con algo de fantasía, lo que debió ser esa Iglesia primitiva que tanto ensalzan Emilio o Baffin en sus charlas y sermones. Allí están los apóstoles pescando, crucifijos enhiestos, crispados, antiguos sacerdotes y profetas, capiteles, columnas y un hermoso banco de madera tallada que evoca, tanto como las figuras de los muros, aquellas asambleas de los primitivos Hermanos. Es un Museo silencioso y vacío, y quizá por ello más hermoso (en esto tiene también Agustín razón). Si no fuera porque al estar vacío, a pesar de ser día de trabajo, demuestra poco interés por parte de la gente. El público prefiere los otros, quiere ver los Picasso, les llama más el nombre, el apellido, antes que estas otras figuras anónimas que no acaba de entender bien, a pesar de lo bien ambientadas que están, en sus naves bajas y diminutas, con columnas y arcadas, que son como debieron ser aquellas de los primeros tiempos.

—No; no viene por aquí mucha gente —insiste Agustín, nada más salir a la gran terraza desde donde se domina la ciudad.

Y a pesar de que es un día de sol, un día despejado a medias, de esos en que el

invierno engaña todavía, los edificios rojos, las dos grandes torres de entrada a la Exposición, el verde de la rotonda principal, de los paseos, los otros edificios más lejanos, la cadena de montañas que arropa a la ciudad, van perdiendo su color tan alegre y se vuelven más tibios, cenicientos.

Sí; viene poca gente por aquí. Ni aún en días de fiesta debe hallarse aquello muy concurrido. Ahora llega una racha de viento, y las manos vuelven a buscarse, a entrecruzar los dedos, esta vez en el tibio bolsillo del abrigo de Agustín. ¿Qué dirán? ¿Qué pensarán los Hermanos? ¿Qué pensará Emilio, Virginia sobre todo? Sería fácil decirles que no pudieron encontrarles a la salida, que estuvieron allí, cuando al fin Margarita acabó de despertarse y recoger a Agustín, que le esperaba, correspondiendo a su compañía de la noche anterior. Pero Virginia, que se puso tan nerviosa, que se fue por delante con Emilio, no les creería y tendría por una vez razón. Notaría su mentira, nada más mirarla a la cara, nada más escuchar el tono de su voz, incluso esa especie de alegría que parece llenarla, fluir de la mano de Agustín, hundida, tan cerca de la suya, en el fondo forrado del bolsillo. ¿Qué importa lo que Virginia diga? Se está muy bien allí, dominando a sus pies la ciudad, su vida, incluso la del Congreso, los Hermanos y la misma Virginia. ¿Qué va a decir a la hora de comer? ¿Qué puede inventar? ¿Por qué empeñarse en ir a comer a ese hotel tan triste cuando se puede tomar cualquier cosa, incluso un bocadillo? ¿Quién asegura que los otros irán? Van bajando hacia la ciudad despacio, con parsimonia, por los paseos solitarios a esa hora, animados a veces por algún ciclista esforzado, por motos que aparecen y pasan en un instante y parejas que se detienen y miran a lo lejos, por encima de barandillas monumentales y jarrones de piedra.

¿Por qué buscar a Emilio, a Baffin y Virginia? ¿Para qué asistir a las sesiones de la tarde —si es que las hay—, cuando en una ciudad como aquella hay tantas cosas que ver y que Agustín conoce?

—Y si hay sesión de tarde, ¿cómo nos enteramos?

—Si es que hay sesión de tarde, no vamos y ya está.

Lo ha dicho sin pensarlo, apretando la mano aquella, como si no quisiera correr el peligro de asustarse y romper aquel contacto, ese cabo que la mantiene sujeta a tierra firme.

—Lo malo es que si no vamos a ninguna sesión, va a parecer un poco absurdo haber venido aquí.

—A mí no me parece absurdo. Para mí de todas formas vale la pena.

Es una mentira, tan fuera de lugar que ni el mismo Agustín la debe haber creído, pero calla, y sólo abajo, ya pasadas las torres, murmura:

—Por lo menos, debíamos llamar.

Bueno, es su amigo. Él debe referirse a Emilio. Lo malo es que, si llama, acabarán comiendo juntos los cuatro. Pero ya no hay remedio, ya Agustín se ha metido en uno de esos ataúdes de cristal donde la gente no te oye, pero en cambio ve tu cara, tus gestos, tu postura, y da casi más vergüenza que si estuvieran escuchando.

Se ha metido también con él en esa huma de cristal, como la de los faquires, y lo reducido del espacio les acerca aún más, les hace, sin querer, tocarse con las piernas, con las manos. Es una sensación especial, sobre todo a la vista del público, aunque el público, la gente, pasa, se abriga, se apresura a medida que se acerca la hora de comer.

—¿Tienes tú el teléfono?

—Sí que lo tengo, espera.

Buscar en el bolso, allí apretados los dos es, aparte de incómodo, ridículo. Es preciso salir. Sale, mira, busca, no lo encuentra; cada vez se nota más nerviosa, hasta que de pronto oye los golpes, la llamada de Agustín desde el otro lado del cristal, y ve sus ademanes invitándola a volver.

—¡Qué frío se está poniendo ahí fuera!

—Lo tenía yo aquí, en la tarjeta del hotel. Se me había olvidado.

Una larga espera, una conversación prolongada, poblada de respuestas breves, de preguntas interminables, inconcretas, que acaban fatalmente en nuevas preguntas, hasta que, al fin, al otro lado, allá en el teléfono del hotel, parecen aceptar, resignarse.

—¿Qué tal?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Que nos vamos a comer tú y yo.

—¿Quién se puso?

—Primero Emilio y después tu hermana.

—¿Y qué dijo?

—Nada; ¿qué va a decir? Que estuvieron en el Congreso, que todo fue muy bien y que Emilio se quedó un rato con uno que quería entrevistarle, preguntarle.

—¿Y de nosotros?

Se ha quedado mirándola y ha roto a reír.

—Sí, claro. Hoy, todo el mundo pendiente de nosotros.

Su risa le hace sentirse ridícula y feliz a la vez, igual que si un gran cerco se alzara de pronto y apenas importara la opinión de Baffin o Virginia, aunque ya sabe lo que la espera a la noche. Pero ahora allí, en la calle, a la luz del día, resulta todo tan fácil como en esas palabras de Agustín, en su actitud, su risa que, de pronto y sin proponérselo, le hace ver ante sí, para su bien o para su mal, qué cosa tan pequeña y limitada es su vida y qué poco sentido tiene preocuparse por lo que piensen Virginia o los hermanos.

¿Y el mar? ¿Era así, Cecil? ¡Impresiona tan poco, llama también tan poco la atención descubrirlo así, a retazos, entre las casas, como oscuras parcelas de bronce unas veces opacas y otras, por el contrario, relucientes! Se oye, se lee, se dice: «el mar», y se imagina algo que verdaderamente debe llegar hasta aquí dentro, hasta el

fondo del alma, cubrirlo todo, cegarte por completo, amenazarte, hundirte o elevarte o hacerte meditar o huir, flotar, gozar, quedarte como en éxtasis, sentir ese placer, ese vacío que llega siempre apenas amanece. Esa nada que llega, que te socava el cuerpo tan cansado, que te deja en la cara, en las mejillas, cicatrices leves que luego se van borrando a lo largo de la mañana, a medida que la piel se relaja, restos de pesadillas, retazos de perdidos sueños que aún se resisten por dentro de la frente, que sólo la plena luz del día, el frío de la calle, la sonrisa eterna del pobre Arturo, los estúpidos lectores acaban de apartar, en la helada biblioteca. Así, Cecil, debía ser el mar y el amor y la vida, no esos trocitos de metal plateado o mate y ese murmullo de algún motor lejano que apenas se oye y ese olor en que el mar sí que se reconoce aún de noche.

¿Y si el amor es también así? ¿Y si la vida de Muñoz y los demás se le parecen, son pequeños retazos opacos y un olor lejano a sal y todo lo demás que flota, oscuro y vago, en el fondo del agua? ¿Y si el amor, el otro amor, ese amor del que nosotros nunca hablamos, pero que nos acosa y llega y se nos viene encima cuando estamos a solas, resulta así, también, monótono, amargo, aburrido? ¿Es posible, di, Cecil, tú que lo sabes todo, tú que siempre estuviste en lo justo? ¿Es quedarse vacía, como dicen, cada noche, cada vez, para siempre, herir, sufrir, matar, nacer, cerrar los ojos con angustia y dejarse hundir como en los malos sueños, esperando no abrir nunca más los ojos?

El coche gira y vuelve más allá de los grandes edificios, de las enormes casas donde la ciudad crece, se prolonga, no se acaba nunca. Ahora apenas sale de un recodo cuando ya entra en otro y sale y vuelve a entrar con un chirrido que sólo a Agustín divierte. ¿Y si ahora fuera a vomitar como anoche? ¿Si tuvieran que parar, que detenerse, por su culpa? Es preciso distraerse, mirar ese paisaje, ese mar abierto ya, que va quedando a un lado, separado por la vía del tren a lo largo de breves tramos. Mirar, fijarse bien en estos pueblos silenciosos ahora, donde aún queda el eco de las voces, del rumor del verano, en los carteles, en esos restaurantes con el cañizo medio deshecho, caído, roto, en las sillas y mesas arrinconadas, letreros, vallas, aparcamientos, campings que son el esqueleto, la sombra del verano durante el cual, según Muñoz y Baffin, tanto se ofende por aquí al Señor, tanto se peca en esos cuatro meses.

¿Tú qué piensas? ¿Qué dices? ¿Cómo crees tú que me habla Agustín? ¿Hasta dónde va en serio y hasta dónde se burlan de mí esos ojos a medias negros, casi grises? ¿Qué piensa si me acerco a él, si le cojo del brazo cuando vamos andando, si le cojo a escondidas esa mano que deja a veces sobre el asiento, cuando vienen las rectas?

Según el coche gira, a medida que van desvaneciéndose pueblos grises, vacíos, como muertos, sin sol, esa angustia, una angustia me va llenando el cuerpo como antes de dormirme a la noche, pero este Agustín-Hermano, Agustín, Agustinillo, no me ayuda a salvarla. ¿Qué quiere? ¿Dónde vamos? Y, sobre todo, ¿qué es lo que

quiero yo? ¿Hacia dónde vamos? El coche gira, continúa con sus vueltas y ya es media tarde. Hemos parado en un pueblo igual que todos, sin saber por qué, quizá porque Agustín lo conocía ya de antes.

—No puedes hacerte idea de lo que es esto en verano.

—Me lo figuro; me lo imagino.

Y Agustín la ha mirado, sin responder, un poco incrédulo. De pronto el mar se ha vuelto rabiosamente azul, tenso, profundo. En él se hunde la luz que parece dar forma a aquellos cuerpos medio desnudos, mezclados, juntos en el pecado, en la arena tan sucia, tan revuelta, amarilla, tostada, ardiente, envuelta en el rumor de los pequeños barcos, de la eterna marea. Y esos cuerpos semidesnudos, tostados, negros, revueltos, inmóviles o errantes entre el bosque de sombras y luz violenta, miran, piensan, desean, pecan, a fin de cuentas, desde ese mar templado, hasta la primera línea blanca de hoteles. Y después, a la noche, esos bares y salas que ahora son sólo un desconchado rótulo y su portada de cal desportillada, que el viento hace saltar en diminutas astillas rotas. Por la playa sucia de arena gris, donde aún revolotea un reseo periódico con sus noticias bélicas, donde brillan, hundidos todavía, solitarios cascos de botellas y latas, de turistas domingueros, va un perro siguiendo su rastro invisible, inacabable, que le lleva paralelo a la espuma apagada de las olas.

¿A qué venir aquí? ¿Para qué esta loca carrera? ¿Quién entiende a Agustín? ¿Sería pecado o no dejar que la besara, abrazarla siquiera, allí, solos los dos en las tinieblas? Pero Agustín, Agustínillo, calla. ¿En qué piensa? ¿Cuántas veces estuvo allí, aquí, en ese verano que tan bien conoce? De nuevo esa náusea, esa angustia terrible por la angustia en sí y también por el miedo al ridículo. Menos mal que Agustín no se entera.

—Esto en invierno no se puede mirar. Esto deprime.

—¿Y en verano?

—En verano, mujer, es otra cosa.

No se llega a saber si condena o no ese verano. Ni siquiera sabe si estuvo ciertamente allí, ni se atreve tampoco a preguntarlo. Han entrado en el único bar abierto de los que miran al mar, y el chico y un vecino del pueblo que se adivina detrás, han mirado con extrañeza a la pareja. Agustín ha tomado su copa, ha dicho «vámonos», igual que si quisiera quitarse de delante todo aquello. Y el pueblo, otra vez, a medida que el coche y la carretera giran y giran como un oscuro tobogán que cruzara entre olivos, va quedando, con su atalaya y su iglesia blanca, abajo, solitario, de cartón ceniciento. Los olivos, sin apenas notarlo, se van volviendo verdes oscuros, negros como el mar que ya va sonando sólo con esa primera estrella que aparece en la claridad que dura todavía. Y otra vez esos faros de los coches, en un principio aislados, en algún recodo, perdidas nebulosas, luminosos vacíos que son aldeas, pueblos que se prolongan, que se desvanecen a poco, detrás del coche. Ese rumor del mar, el rumor de la radio, la voz de Agustín que murmura de cuando en cuando, que no se sabe bien qué tararea. ¿Por qué no detenerse aquí, ahora mismo, para siempre,

en uno de estos recodos que limitan los negros olivos y esos trazos continuos y blancos? ¿Por qué no quedarse así, escuchando esa música y el mar, mirando ese lucero de la tarde como hace alguna vez todo el mundo joven o viejo, tonto o no, una vez en la vida por lo menos?

(—Arturo.

—Dígame, señorita.

—¿Por qué no ordena usted un poco esos periódicos?

—¿Qué periódicos?

—¿Qué periódicos van a ser? Las revistas. Todas esas.

Y pásale de paso un paño al diccionario.

—¿Al Espasa?

—Sí; a todo.

—Usted quiere acabar conmigo, hoy.

—Deja las bromas para otro día y haz lo que te digo.

—Pero, ¡si está como si acabaran de comprarle!

—Empieza por los tomos de arriba. Son los peores. Desde aquí se ve.

—Usted me quiere hundir, doña Magdalena. Además, puestos a limpiar, hay otros libros más sucios todavía.

—Pero el Espasa es el que el público más ve.

—¿Pero qué público?

—Arturo, por favor, acaba. Levante y empieza.

—¿Y para cuándo cree usted que volverán?

—¿Quién tiene que volver?

—¿Quién va a ser? Las hermanas.

—Y, ¿a qué viene tanto interés?

—No sé, señorita, por saberlo...

—El lunes; puede que el martes. Venga, llévate de aquí la escalera y empieza.

—Ahora parece que están levantando cabeza.

—¿Quién?

—Ellas... y sus amigos. ¿Quién va a ser? Mire usted, en eso, yo que el Papa no pasaba.

—¿En eso de qué? ¿Pero qué estás diciendo? Tú no sabes nada. Nada de nada.

—Tanto como eso... Uno sabe lo que todos: lo que lee.

Y el mismo Papa lo dice: que allá cada cual con su conciencia.

—¿Pero dónde lo dice?

—Pues ahí mismo lo tiene usted, delante. Abra usted el periódico y lo lee. Vienen dos páginas del Concilio Vaticano tercero.

—Será el segundo.

—Bueno; el segundo. ¿Qué más da un año más que menos?

—¿Y desde cuando te interesan a ti esas cosas?

—Pues ya ve, todo se pega. Mire, convéznase, vamos a ver, espere que lo busque. Ya verá como aparece. Esta hoja es... Ahí lo tiene, y bien claro que lo dice: «La persona humana tiene derecho a la libertad religiosa». ¿No lo ve? «Esta libertad religiosa consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares, como de grupos sociales y de cualquier potestad humana. Y esto, de tal manera que, en materia religiosa, no se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se impida que actúe conforme a ella en privado y en público.» Esto quiere decir que no les metan mano, que allá cada cual con su conciencia, igual que la decía, y que nadie se meta en la vida del vecino.

—Eso mismo. Eso es lo que quiere decir y lo que debes de aprender.

—¡Pero si ya lo he aprendido! Viene a decir que una cosa es la vida, el largue, el chismorreo, y otra saber si nos vamos o no a otro sitio, después de muertos. ¿Es así o no es así?

—Más o menos.)

Y es Agustín quien pide, a la luz que el auto va sembrando en la noche, a la voz insistente del mar, al resplandor que nace de sus manos, al monótono ir y volver del volante entre esos mismos dedos, a la cambiante oscuridad que por todas partes, menos al frente, les estrecha y rodea:

—Ante todo, que se nos reconozca el derecho a regirnos por nuestros propios principios, pública y privadamente, y a elegir nuestros propios ministros. Que puedan trasladarse libremente; que podamos tener nuestros propios centros docentes, sociales y benéficos. Y sobre todo, que no se nos obligue a presentar al Estado esos registros propios de Asociaciones y no de Confesiones religiosas.

Margarita pediría, en cambio, no volver nunca más a su ciudad, ni a la ciudad donde seguramente ya espera, en el hotel, Virginia, ni a Madrid, ni a ningún otro sitio. Quedar allí para siempre, tal como están, con la luz del Camino allá arriba y el mar adivinado abajo.

—¿Por qué no nos paramos un rato?

—Aún nos queda bastante de vuelta.

—Mira; han encendido fuego, allí, cerca del agua. Alguien que está allá abajo, que tiene frío, ama o busca quién sabe qué, cualquier tesoro. Aún queda un trecho largo, dos horas, o tres mejor, ojalá quedara toda la vida, todo el tiempo de vida que aún resta. ¿Por qué no quiere detenerse Agustín? ¿Por qué tienen los hombres tan dura, tan estrecha la conciencia? Son como el padre, todos, aunque no lo parezcan. Son siempre como el padre o Baffin o incluso Emilio o el Hermano Muñoz. No se detienen nunca, no les caben sino sus propias ideas en la cabeza. Siguen como Agustín, con sus dos manos como soldadas al volante, volviéndolas a un lado o a otro, igual que si una curva compensara a otra vida, lo mismo que en la vida una

alegría compensa a una miseria.

—Mientras no se publique un reglamento, la ley no es nada, hablar por hablar, papel mojado. De todas formas, con ley o no, con nosotros, con muchos, que no cuenten.

—Ya lo dijiste antes.

—Sí, lo he dicho. Tienes razón.

Ha detenido el coche al fin. Lo ha metido en el fondo de un estrecho pasillo de tapias blancas que muere en la misma playa.

—Anda, ven, vamos a ver qué hacen allí, aquellos de la hoguera. —La ha cogido del brazo, luego de la cintura—. De todas formas tendremos que cenar por aquí esta noche. Esta noche tampoco llegamos. Hoy no nos ven en todo el día por el hotel.

Desnudarse, ¿por qué? Si aún fuera por dinero, a solas, por cariño, lo podría entender, pero todos juntos, allí, como caníbales, ¿a santo de qué? ¿Para ver qué cosa que nadie haya visto todavía? Porque todas aquellas que estaban tan dispuestas a quedarse en cueros, debían creerse como artistas de cine, de esas que lucen en las portadas de cualquier revista, no desnudas del todo, pero que se las nota con su cuerpo bien, como debe ser: cada cosa en su sitio. Aquellas bobas que nada más entrar habían empezado a beber como unas locas, como si llevaran ya dos horas en la casa, aquel rebaño de pechos pequeñitos, tontos o mal puestos ya a la media hora de moverse, de agitarse con esa música tan alta y con el rímel haciéndolas llorar cuando el sudor se lo iba metiendo poco a poco en los ojos, con las pestañas postizas como una hilera de gotitas relucientes y pequeñas. Aquellas tontas que tan mal, tan de rechazo la miraron, desde el principio ya, podían empezar a quitarse pantalones, blusas, faldas, quedarse como su madre las echó al mundo, a ella tanto le daba. Podían quitarse todo eso y algo más si aún les quedaba. Pero en vez de hacer caso a las otras barrigas, también llenas de amor y cubalibres, de los amigos del dueño de la casa, se habían negado. «O todas o ninguna». Y los rostros rojos, de mirada errante, de piernas no tan juntas como en un principio a la hora de sentarse, se habían vuelto a sentar, ofendidas, aburridas, cansadas. Tan sólo una de las más flacas se había revelado, había decidido cargar ella sola con el espectáculo. «A mí ninguna tonta me estropea la fiesta», había dicho, y los demás habían aplaudido y el demonio se había encogido de hombros como si no fuera con ella. En realidad le daba lo mismo, no estaba a gusto allí, pero sentía curiosidad por la flaca, que tan brava se mostraba, por aquel juego que ya, a veces, el sobrino de Molina le había descrito de pasada pero que para su protagonista debía ser cosa habitual, corriente. Ya se había subido en lo alto de la mesa sin hacerse rogar, tomándoselo en serio, como una profesional, casi como un desafío, y hacía falta mucho valor para desafiar a nadie con aquel triste cuerpo, con aquellas flacas piernas. Mas para ella debía ser corriente, normal, en momentos tan tontos como aquellos, cuando la fiesta se venía abajo y al rebaño se le ocurría aquello de quitarse los trapos todas juntas, al compás de esa música que ya estaba sonando. Debía ser corriente en días, en tardes como aquella, como todas,

porque todas lo eran cuando a las diez se cansaban de bailar, de marearse, de abrazarse por los sofás o por la misma alfombra, las chicas con esa risa tonta que irritaba tanto, que ponía los nervios a cien y los novios o quienes fueran aquellos, luchando a brazo partido con el broche del sostén, rodando por los somieres sin ropa aún, del chalet apenas terminado. Debía ser como una solución a ese sabor azucarado de los cubalibres, al dolor de cabeza de ese whisky barato y a la música que machacaba el vientre, los oídos, la cabeza. Seguramente siempre alguno debía decir, como aquella tarde: «Tienes razón, Juani, ahora viene tu número», y Juani, sin dudarlo, sin hacerse rogar, como esos otros que imitan a los cantantes de la radio, apartaba de encima a aquel otro que intentaba sujetarla de la falda, y como una actriz de revista contestaba valiente: «Venga, ponerme el disco», y se subía al redondo escenario de madera, en tanto los demás, unas y otras barrigas con su alcohol dentro, se pedían silencio las unas a las otras.

El disco había comenzado a sonar, rayado, gastado seguramente de fiestas semejantes, tan triste como aquellas tristes piernas que, sin embargo, eso sí, por lo menos sabían menearse, según iban cayendo al suelo primero aquel jersey que valía mil y pico de pesetas por lo menos y la falda tan corta y seguro que también tan cara. Cada vez que una prenda caía, una salva de aplausos sonaba, y fijándose bien, eran las chicas las que más aplaudían. Lo normal hubiera sido lo contrario, pero los chicos parecían como más apagados, menos entusiastas, quizá porque aquel juego ya lo conocían. A veces sus ojos, a pesar de los cubalibres, se reían. El demonio llegó a la conclusión de que viendo a la tal Juani desnudarse, quitarse la combinación ahora, todas aquellas que tanto la animaban se estaban desnudando también, si no allí delante de los demás, al menos cada una dentro de su cabeza; se veía cuánta importancia le daban a su cuerpo, en cuánto le tenían, qué ganas les debían llegar de hacer igual que Juani, aunque no se atrevieran una por una, a solas como ella. Debían pensar que desnudarse así era como algún acto heroico, como una cosa difícil y tremenda. Seguro que era así; lo que no entendía bien es qué iban a conseguir con ello, de qué se iban a librar, qué tomaban a cambio si a fin de cuentas había chicos de sobra en la casa y hasta puede que alguno tuviera que marcharse de vacío.

Y cuando la llamada Juani se quedó como en la playa o en la piscina, tras los últimos aplausos que saludaron la caída al suelo de su combinación, el demonio pensó que llegaba lo verdaderamente importante de la fiesta. Hubo una nueva pausa y también un pequeño desconcierto porque en ese momento el disco se acabó y fue preciso volverle a su principio y el encargado de ello, entre la poca luz y los nervios, no acertaba. La pobre Juani allá arriba, como tomando el sol, no sabía qué hacer y abajo los espectadores menos. Al fin la música volvió y el silencio con ella y, tras otra breve y torpe danza, Juani se echó mano a la espalda y de un solo golpe, eso sí, hábil, técnico, seguro, había hecho saltar ese broche con el que tanto luchaban los amigos del dueño de la casa. Una nueva ovación y, ante la sorpresa del demonio, todo había acabado allí. Con un saludo final, el juego terminaba. Se habían vuelto a

encender las luces, y otra vez a darle a la ginebra, pero ya con menos prisa, con menos entusiasmo y Juani, olvidada ya, se había ido a vestir pasillo adelante, por aquello de que da más vergüenza ponerse la ropa que desnudarse. Según alguna de las chicas había murmurado, daba gusto invitarla porque siempre acababa salvando la fiesta. El demonio entendía bien que aquellas alabanzas eran reproches, mala fe, andanadas dirigidas contra ella y que, de no haber entrado allí de la mano del dueño de la casa, seguramente ya a esas horas tendría que estar fuera de ella. Pero ni lo uno ni lo otro le importaban ya. Ya en aquel tiempo tenía su defensa, era un demonio — hubiera dicho Virginia— con espada y coraza, como un jinete del Apocalipsis. Y en cierto modo, si Virginia lo hubiera dicho, tendría su razón, pues ni el cuerpo aquel de Juani, ni aquel vacío en torno, casi palpable, que vino tras el juego (como si ella fuera culpable de haber estropeado el colofón de la fiesta), podían destruirla, ni el alcohol, ni aquellos misteriosos cigarrillos que vinieron luego, cuando marchó la mayoría y quedaron el sobrino de Molina y una pareja. Nada de aquello podía destruirle. Ya desde tiempo atrás sabía cuándo debía beber o cuándo no podía. Con el único que recordaba haberlo hecho a gusto fue con el rubio aquel de la orilla del río y así marcharon las cosas, no aquel día, que de nada se quejaba, sino más tarde, luego, pensando para qué aquella tarde, aquel dolor, tantas promesas, habían realmente servido. Fumar era distinto. Mantenía despierta, calmaba los nervios y, en ocasiones como aquella, entretenía, pero cuando después de marcharse los otros, de quedarse a solas los cuatro, el amigo había ido a buscar a su chaqueta aquellos feos y mal hechos cigarrillos, solos, sin su paquete como Dios manda y tan distintos de los que ella conocía, hasta el demonio más tonto sin armadura, sin espada alguna, se podía dar cuenta. No era lerda ni sorda ni ciega. A veces veía la televisión allá en la plaza, en las rápidas visitas a la madre, a veces escuchaba esas historias que alguna amiga raramente contaba, y por si todo ello no le era suficiente, había leído en un periódico del padre un artículo entero sobre aquellos cigarros. No era sorda ni ciega ni tonta como la otra muchacha que, frente a ella, ya andaba chupando del mismo que el compañero. Sabía que lo mejor era encenderlo y darle una chupada y de pronto sentirse mal y decir todo aquello de las náuseas. Irse al cuarto de baño como cuando bebía de verdad, y quedarse un buen rato allí admirando todo tan limpio, tan nuevo, tan bonito, con sus cenefas de azulejos azules, sus grifos tan sólidos y suaves a la vez y aquella gran bañera con sus cortinas rosas. Al fin, el sobrino de Molina llamaba quedamente a la puerta.

—¿Qué tal estás? ¿Te encuentras bien?

—Sí; ya estoy bien. Ahora mismo salgo.

—¿Seguro que estás bien?

Sus dudas, su miedo le divertían ahora, en tanto se miraba en el gran espejo ovalado.

—Ya voy; no te preocupes.

Ni rastro de ojeras, la lengua limpia, los ojos tan bonitos y brillantes, las pestañas

bien puestas, la nariz bien hecha, no como la del halcón ni como esas terribles que se operan. Aquel cuarto de baño de paredes relucientes, su loza de formas ovaladas, suaves como el espejo, era como un palacio digno de aquel demonio hermoso, invicto, bello, era lo que más envidiaba de la casa. Se lo hubiera explicado al sobrino de Molina, a aquel Daniel que ahora, por miedo, tanto se preocupaba al otro lado de la puerta, quizás un poco por amor y un poco también por aquello que los periódicos y las revistas, sobre todo, decían. Pero si era verdad, si le hacía correr aquellos tontos riesgos, justo era que se asustara un poco ahora, que pasara también su buen rato de miedo.

Cuando abrió, pareció tranquilizarse, pero ya aquellos feos cigarrillos eran sucia ceniza, una mancha azulada en la bonita alfombra que su dinero debió costar al padre. Los otros dos se perseguían sobre ella, sin saber bien por qué, si para hacer el amor o por el gusto de ensuciarla más con el sudor del cuerpo. Ahora, con la habitación oscura, eran como los gatos en las largas noches de Febrero, quejándose y quejándose, luchando, persiguiéndose, y los ojos de Daniel eran helados, de pálido cristal ahora. El demonio, que le gustaba andar siempre buscando parecidos, le recordaban ahora los del viejo cuando, al morir, el mismo Molina se los cerró con cuidado, con un respeto que a todos, y a ella misma, les llamó la atención. Allá en el cementerio empinado, dominando el pueblo, quedó, bastante cerca de la mina.

Si era verdad lo de la Resurrección que Molina contaba, nada más que levantara la cabeza podía ponerse a picar de nuevo. El hermano pagó los gastos del entierro y el pueblo cedió el terreno entre las cruces negras, oxidadas, algunas con el retrato del difunto en esmalte roto por el granizo o las piedras de los chicos. Le regalaron su lugar en un rincón, entre cardos y lirios, porque era un viejo buen amigo de todos. Sin embargo, nunca fue buen amigo del demonio. Quizá por culpa de aquella forma de mirar tan parecida al padre. Quizá lo hubiera sido, de tener otros ojos.

Dime, madre, tú que nunca sacaste la cara por mí; tú que en vida tan poco me quisiste (perdona), tú que Virginia fue tu favorita, dime si estuvo bien aquello, si estuvo bien aquella segunda bofetada. ¿Es que es mi madre? ¿Eres tú? ¿Es mi padre? ¿Quién es para tratarme así? ¿Con qué derecho? ¿En nombre de qué cosa tengo que darle cuenta de lo que hago, de dónde voy, con quién salgo, a qué hora, de dónde vuelvo? Bruja, imbécil, fracasada, la dije, la grité sin poder aguantarme las lágrimas de rabia, que poco daño me hizo a fin de cuentas. Se había levantado y había llegado hasta la puerta al sentirme entrar. Estaba mucho más nerviosa que yo, que ya es decir, estaba como loca, como yo nunca la había visto; luego la dio un temblor para compadecerse, si no fuera por el recuerdo de otras veces, de aquellas noches que, al día siguiente, a la mañana siguiente, vuelven a ser como sueños de siempre, como una de sus tantas pesadillas. Y lo peor de todo era la vergüenza de que oyeran todo los dos chicos de al lado, sobre todo Agustín, que entonces se estaría acostando.

Y si lo oyeran, ¿qué? ¿Qué pasa? ¿Qué me importa? ¿Por qué, si Dios perdona, tiene ella que saltar por una causa tonta? Es verdad que no fuimos a la sesión del Congreso, ni pienso ir mañana que es hoy ya, ni nunca, por si quiere saberlo. Me voy, me marcho a casa en tren, en coche, con Agustín o sola, como sea, pero no aguanto una noche más ni aquí ni allí, en la alcoba de ella. Volveré cuando quiera y saldré cuando quiera, y si es verdad que Agustín va por casa en Navidad, como me ha prometido, ya veremos, ya verá mi hermana si se acaba la esclava. Estoy harta, cansada de esperar. Esperar, ¿qué? ¿Qué vida? ¿Qué trabajo? ¿Qué palabras vacías o qué gloria más allá de la muerte? Me arreglaré un cuarto mío, para mí sola, me llevaré el armario y mi mesilla de noche. Ya no le tengo miedo a esa soledad de que tanto se discute en la capilla, ni me molesta el ruido de los trenes. El espejo sí se lo dejaré, para que se mire en él cada mañana y haga como que no se ve, como que no se entera de cómo, poco a poco, la cara se le va volviendo transparente. Se lo voy a dejar, y esas perchas tan feas, donde cuelgo esa ropa horrible, y esos gorros de lana que ella se hace en invierno y quiere obligarme a poner a mí también. La dejaré esa cómoda llena de ropa como gastada, deslucida y fea, se la voy a dejar para que cada día meta el cuerpo en esas telas raídas de tanto lavarlas, en las que los encajes son ya tan sólo flecos.

¿Quién dice, quién puede asegurar que es pecado lo que hicimos? ¿Quién puede saberlo sino el Señor o yo o Agustín, que seguro a estas horas ya se olvidó durmiendo? ¿Quién es ella para juzgarme a mí? ¿Quién es ella —sobre todo— para pegar? El Señor no castiga si se le ama. El Señor perdona, del mismo modo que perdonó a sus enemigos, pero esta vez me voy, no de casa, que sería demasiado, pero me voy, me marcho a la otra habitación, a esa que da a ese patio interior que, aunque no tiene la luz del sol, le llegan en cambio menos ruidos de trenes; ese patio que al principio repele con sus sucias tuberías, a veces silenciosas, tan sonoras a veces; esas cañerías grises del polvo, del vaho de los trenes acumulado durante tanto tiempo, de colgaduras que son telas de araña ya sólidas por el humo, de la cal de las paredes que va cayendo en ellas como un banco de peces en las redes. Ese patio que al principio repele, huele, pero al que se le acaba cogiendo cariño, tan sólo con no abrir la ventana, sólo con colocar en ella unos visillos limpios. Entonces ya no existe, ya no se oye bajar como un torrente el agua, ni se ven las viejas y pesadas cortinas de las arañas, ni el sumidero abajo, con ese aspecto fatal de cosa fea que no se dice, que parece que te atrae, que va a tragarte entera, viva, como al agua de lluvia, como a las voces, el ruido, el murmullo de las criadas que charlan, critican, los lunes sobre todo, en ese lenguaje a medias, especial, que ellas piensan que no se entiende y que es tan claro como el día con un poco de atención, con un poco de malicia. Ese patio crecido, dividido en cada piso por cuerdas paralelas, solitarias, unas veces con ropas interiores de esas que no se enseñan y otras vacío con sus pinzas de madera colgando en el aire como diminutos equilibristas. Allí, detrás de esos visillos nuevos que me pienso comprar en cuanto cobre la primera extraordinaria, estaré bien tranquila, a solas, y,

¿quién sabe?, aunque es mucho pedir, puede que vengan Emilio o Agustín cualquier día. La que no entrará nunca va a ser Virginia, ni su cara de cera, ni sus manos delgadas, transparentes, que no hacen daño pero que humillan, ni sus palabras, ni sus suspiros por la noche. Yo me traeré mi cama y mi mesilla y mi alfombra y no pienso dirigirla la palabra ni siquiera cuando comamos, si es que volvemos a hacerlo juntas.

¿Cuál ha sido el pecado? ¿Será pecado o no? Ya viene amaneciendo, ya esas ramas sin hojas se van destacando contra el cielo, como las telas de araña que decía. Ahora vienen dos chicos, dos jóvenes que se acercan, que miran. Yo agacho la cabeza, la meto entre las solapas del vestido y espero a que se marchen. ¡Quién os tuviera aquí, mamá, Cecil, papá, de guardianes y amigos! Por fin he levantado la cabeza, les he mirado y uno de ellos ha dicho algo que no he entendido, pero, gracias a Dios, se han ido y el cielo se hace más blanco, se aclara por momentos y a un lado y a otro, los coches, los taxis y autobuses no son tan raros ya, ya van menudeando. Dentro de poco, con el sol sobre los pisos altos, vendrán los de los puestos, los dueños de estas tiendas de madera, de flores, a abrir, vender, supongo, y empezarán también a abrir los Bancos y el comercio y, Cecil, me pregunto: ¿qué hago yo aquí?, sentada, helada, inmóvil, con la cara seguramente marcada aún por los regueros de las lágrimas. ¿Qué hago en esta ciudad, a punto de llorar otra vez en medio de la calle? ¿Qué fue lo que me acabó por convertir definitivamente en enemiga de mi hermana? Ya viene el sol allá por los tejados, ya baja o sube gente, público de aquí, desde la estatua grande hacia la plaza grande, o de la plaza grande camino de ese mar que recuerda a Agustín y la noche pasada, nuestra única noche. Ya van de retirada esos turistas que viven por la noche como ahora yo, que quién sabe si duermen o dormitan igual que los caballos, de pie, o como los murciélagos, colgados boca abajo de las vigas. Deben pensar que uno de ellos soy yo, se lo deben creer esos que van a trabajar porque ninguno mira. Ahora sólo queda esperar hasta las nueve o las diez, lo más tarde posible, a que empiecen las sesiones. Entonces es fácil volver al hotel, dormir un poco y hacerme mi maleta antes que llegue la hora de comer, antes que vuelvan los otros, que estarán en ese palacio de deportes, o como se llame, hasta casi la una. Puedo sacar un billete para Madrid, decir que estoy enferma en la carta que le ponga a Agustín, decirle que me puse mala de pronto, sin mucho dramatismo, no se vaya a asustar y no vuelva, que eso sí que sería lo más serio.

—No hay tal problema si se tiene fe. Es cuestión de fe, no cuestión de dinero. No cuenta ni el tiempo siquiera. ¿Qué cuentan cuatro, cinco, nueve años, cuando se sabe que el tiempo y la verdad están a nuestro favor, a nuestro lado? Aquellos primeros cristianos la tenían, por eso marcharon alegres al martirio con la mirada puesta en el Señor, y otros, después, no temieron las hogueras, soportaron padecimientos mucho mayores que los nuestros porque sabían que, al final de su camino, Él les estaba aguardando. ¿Qué son, al lado de eso, estas miserias nuestras? Seguro que tú piensas,

Adela, estás pensando que desde aquí fuera, libres, se habla, se dice fácil, suenan bonitas todas esas cosas, bonitas y hasta puede que heroicas, pero es así, estemos donde estemos, él es fuerte precisamente por su fe y yo le quiero y le admiro por eso. Por eso vengo aquí cada semana, para darle, si puedo, un poco de mis fuerzas, aunque, en la realidad, son las tuyas las que a mí me ayudan, son sus fuerzas las que ayudan a mis fuerzas. Por eso mismo nos vamos a casar. Así, en la cárcel, como lo estás oyendo. No es raro, no es la primera vez, incluso los de delitos comunes lo hacen. ¿Y por qué no nosotros? Ya lo tenemos arreglado casi todo, que no es cosa sencilla. Incluso el capellán, que le tiene en tanta estima, que hasta a veces le pone como ejemplo a los demás reclusos, nos va a ayudar, no va a hacer nada en contra de la boda a pesar de que tendría que ser civil y allá arriba, claro, dentro. Es muy distinto, tú no sabes, ser marido y mujer. Los dos sabemos que yo así le ayudo más porque es como si estuviéramos más juntos. Además de las otras ventajas. No es lo mismo venir aquí ya siendo su mujer que llegar como novia o visita o como amigo. Después de todo, si hasta el director del penal está de acuerdo, da su consentimiento, ¿por qué esperar? ¿Qué nos hace distintos a los otros? ¿Esas piedras? ¿Esos hierros? Al contrario, y no son palabras bonitas, sólo separan a aquellos que no saben ver, a aquellos que sólo viven esa vida vulgar, a ras de tierra. A mí ese castillo negro, roto, con sus muros y rejas y galerías caídas, me une, me acerca más a él porque sé lo que piensa, lo que hace a cada hora, desde que se levanta, desde que se despierta temprano y dice sus oraciones (o mejor, las decimos, juntos a la vez, los dos), hasta, que tocan a callar, silencio. Ahora tiene de compañero a uno que no sé qué delito cometió, si robar o escaparse, pero este también le admira y le aprecia tanto como los otros y se empeña en hacer por él los trabajos peores, los más pesados, como fregar los suelos, arreglar los petates y cosas parecidas. Pero él, como es lógico y natural, no lo consiente, ni siquiera le deja preparar el café que están autorizados a servirse ellos mismos ni, mucho menos, los más desagradables, esos que según el reglamento deben hacer uno y otro, por turno. Yo estoy con él mientras se lava, se afeita y se peina, mientras que espera la hora de comer, unas veces lo que le dan y otras lo que nosotros le traemos. Estoy con él cuando, después de la comida, sale a pasear a ese patio de piedra también, a medias caído, a medias derrumbado, tan fresco en el verano, tan duro en el invierno que muchos desearían quedarse en el petate, metidos en sus celdas; voy con él, a su lado, en esas vueltas constantes que da una y otra vez, caminando, charlando, fumando y, cuando vuelve a la celda, en esas horas tan largas, cuando escribe, estudia, lee, también cuando hace todo eso, porque no hay cosa peor (dice) que pasarse las horas mirando, igual que hacen los otros, hora tras hora, lo que pasa más allá de la ventana, sin moverse hasta la hora de la cena. Estoy con él, pienso en él toda la noche hasta que viene el sueño y acaba con mis fuerzas. ¿Por qué entonces no vamos a casarnos? ¿Qué nos falta? ¿Por qué no hacéis lo mismo vosotros que sois libres? Tú no lo sabes, pero sería una gran ayuda para Claudio si es que piensa seguir el mismo camino que Julio. Si yo le hubiera conocido antes, él hubiera

entrado allá arriba ya siendo mi marido. Es un gran consuelo, un alivio que no tiene medida, tener alguien detrás, a tus espaldas, saber que nunca van a abandonarte caiga quien caiga, pase lo que pase. Y vosotros podríais arreglarlo mejor, con más tranquilidad, con más cuidado. Para nosotros hay algunos obstáculos, pegas que, al fin, según el abogado dice, se podrán arreglar. Yo sé que para él será un gran día, pero más para mí, que, a pesar de estar fuera, soy más débil, necesito más de su ayuda que él, aún estando dentro, de la mía. Yo, en tu lugar, Adela, si le quisiera de verdad, no lo pensaba más, a pesar de eso que dices del problema de tu padre. Piensa, hazte a la idea de que algún día te tiene que pasar, lo tiene que saber, se enterará, y cuanto más tarde en llegar ese día, peor para los dos, para ti y para él, aparte de que puede que lo tuyo alguien se lo haya dicho o él se lo imagine por su cuenta.

Se dice «algún día» y se piensa «nunca», se puede llegar a pensar hasta en la muerte del padre o en que Claudio acepte su servicio militar o que una misma cambie. Pero él no va a cambiar, él seguirá tal como a sí mismo se retrata, «inasequible al desaliento, como un buen vendedor de lavadoras». Quizá, casi seguro, que el miedo, la compasión, la duda, vienen, llegan, están de mi parte. No se olvida en un día, en un mes, en un año, aquella capilla nuestra y las Sedano, tan flacas, tan mayores ya, ni a Martínez y sus eternas protestas, ni a Molina, aquel que se marchó, que se fugó más bien, con la chica del hombre de la loza. No es lo mismo venir de la nada a los Testigos que llegar desde allá, desde aquel despacho donde papá, mi padre, se afana, se mata cada día por los otros Hermanos. No es lo mismo llegar desde una gran ciudad como esta que venir de allá, del borde mismo del Páramo, de la orilla, de casi un siglo de hablar con el Señor en su misma lengua, de vivir a su sombra, de escuchar desde niña que sólo la verdad se encontrará entre ellos. El mismo Claudio que ahí viene, que ahora llega con el agua para comer aquí al borde a la sombra del río, que se acerca por el camino que baja más allá de la última garita con su guardia oculto, vino de nada, de no creer en nada, a los Testigos, no dejó prácticamente nada atrás. Yo sí; yo dejaré a mi hermano de veras, de verdad, dejaré (tal como el Libro dice) a mi padre y a mi madre, porque tras de este matrimonio, si llega a realizarse, viene seguro (y ojalá me equivoque) el romper, el separarme, quién sabe si para siempre, aunque yo, desde luego, esté dispuesta a soportarlo. Pero Isabel debería saber que no es igual, que no puede ser igual, que a veces, en nuestros paseos por la Casa de Campo, o ahora mismo que ya Claudio se acerca, que hace señas alegres, divertidas subiendo y bajando la botella, viendo esos llanos pardos tras él, más allá de ese castillo renegrado que yo no veo como Isabel, que yo, sinceramente, temo tanto, pienso en nuestros llanos de allá, tan blancos, tan bonitos en invierno, dorados en verano, vuelvo, a pesar mío, a la casa donde está mi padre y mi madre y los demás y hasta recuerdo aquel nuestro destartalado cementerio. ¿Cómo puede Isabel imaginarlo? Claudio tal vez; por eso calla seguramente y nunca da consejos. Él sabe, como yo, qué difíciles son de decir las cosas más simples, más normales, enfrentarse, no mentir más, incluso no molestarle a él con estas historias, ahora que llega y se

sienta a nuestro lado y se vuelve a levantar para meter las botellas en el río y llega otra vez y nos envuelve, nos anima, se diría que nos empuja a comer. Seguro que es el único que no piensa en el castillo a sus espaldas, en las negras almenas y las ventanas altas. No lo mira; no puede verlo, quizá no quiere, no le interesa, sólo parece pendiente de servirnos, de hacernos cómoda la comida. Dios quiera que, en su día, tenga yo ese mismo coraje.

Ahora que ya es de día, viene ese aliento tan frío y tan húmedo del mar, y a medida que se hace más claro sobre el bulevar donde Margarita espera, a medias helada, a medias dormida, en su banco de piedra, va cubriendo de brumas esas manchas primeras del sol más allá de los árboles. Margarita se levanta y mira su reloj, al que se olvidó de dar cuerda. Se levanta, se estira la falda y el abrigo y se vuelve a sentar para peinarse un poco con ayuda del espejo de la polvera. Se ha mojado con disimulo las cuencas de los ojos y las mejillas por si aún quedan huellas de lágrimas, pero es inútil tanta precaución. Nadie mira, ni los dueños de los puestos de periódicos, ni las mujeres que van ya colocando sus flores, ni la gente que llena, ya a buen paso y en todas direcciones, la moderada cuesta. Ha entrado en una cafetería para entonar el cuerpo y también para hacer tiempo hasta que Virginia, Emilio y hasta quizás Agustín salgan para el Congreso. Se ha tomado el café tan caliente que parece salir de un volcán, del fondo de la Tierra. Ha buscado un reloj con insistencia, pero no ve ninguno y al final tiene que preguntar. No son ni siquiera las nueve. Le asusta tanta espera. Sobre todo si Virginia decide no ir al Congreso y todo este esperar, este frío, este sueño, no evitan, al final, encontrarse con ella. ¿Cómo llenar una hora todavía? Pasan tras los cristales los primeros paquetes de diarios que vuelcan desde los camiones al pie de los quioscos, donde los dueños, con parsimonia, los van deshaciendo. Una iglesia católica ya debe abrir sus puertas porque viene de lejos el tintineo agudo, insistente de una campana. ¿Cómo llenar esa hora que es casi como un día, como toda la vida, como esos años de niño cuando se añora tanto que pase el tiempo y poder ser mayores? No le interesa lo que dice el periódico, no conoce a nadie, nadie le dirá nada de todo ese fluir apresurado que llena la calle ahora. ¿Qué hacer? ¿Tomarse otro café? Quizás. No vendría tan mal, pero mejor cambiar, en otra parte. Aprovechar para poner en hora su reloj, fijarse un plazo estricto, hasta las diez, para arrancar, de una vez, camino del hotel. Otra vez en la calle. Esa gente que no conoce, sin embargo, le anima, le levanta el ánimo mucho más que la soledad del bar, tras la noche con sus ramas bajo las luces, el olor tan insistente del mar y el sueño y la vergüenza. Ahora esta gente que no la mira, que se apresura, que para o pone en marcha sus taxis y automóviles, todos esos rostros parecen más afines, amigos, como ese mismo sol que por fin se abre paso a viva fuerza entre las barreras superpuestas de la niebla y las nubes, ese sol que es el mismo que alumbrará a esa hora a tantos otros Hermanos, allá en la fragua, entre los álamos del valle de las lápidas donde el

herrero fabricará en cuclillas sus rejas de arado, o la casa abandonada de aquel Pastor inglés o las demás capillas, empezando, como siempre, por el pueblo de los hornos del barro.

Ahora arrastra los pies cuesta arriba, empuja a su mismo cuerpo camino del hotel, ese cuerpo mísero que aún se rebela y pide otro nuevo café o un taxi si no fuera demasiado pronto todavía. Ha comprado un periódico por entrar con más soltura en la nueva cafetería, casi tan solitaria como la anterior, y por mirar las fotos y saber cómo va el mundo aunque ya se lo imagina. Se ha sentado porque su cuerpo ahora parece partido en dos: arriba, donde responde, funciona todavía; abajo, las piernas heladas que parecen flotar, desvanecerse. Tras sentir el café otra vez como un fuego repentino, va haciendo pasar despacio las hojas sin apenas ver, sin apenas enterarse, tanto, que se sorprende cuando llega al final, cuando el periódico, al final, concluye con las listas de anuncios y las columnas de sucesos. Allí podría estar, en esa estrecha columna de robos, accidentes y suicidios. ¿Qué se iría a perder? ¿Qué se pierde por todos esos hombres y mujeres que se mueren o matan? La vida es flotar, marchar adelante, sin saber bien por qué razón, seguir aún con las piernas rotas, ateridas, o esperar mirando de cuando en cuando ese reloj tras comprobar que no se ha detenido, que la aguja marcha todavía. Ya es como si hubiera visto aquel gran rostro del Señor en el Museo, casi de niña, de pequeña, no de la mano de Agustín, sino en compañía del padre, tanto pesa en la carne y en el alma ese día. Vuelta a pasar las hojas. Rostros, palabras, rótulos en grandes caracteres que se fijan, que viven aún cuando se mira a la pared blanca, nueva. Ahora hay un joven, un muchacho, que también hojea su periódico y levanta la mirada a veces y la mira. Cada vez que le ve alzar los ojos se estremece. Tan horrible debe estar a esa hora, a plena luz del día, al cabo de una noche parecida. Iría al lavabo pero aún le da más miedo mirarse en esos espejos con tubo de neón que agrandan, hacen enormes las ojeras. Además, si se levanta, si hace ese esfuerzo considerable, es para aprovecharlo y llamar y pagar al camarero y huir hacia la puerta, hacia el hotel, para hundirse entre las sábanas, ojalá para siempre.

Pero arriba, antes de entrar, en el tresillo de mimbre barnizado de amarillo, frente al mostrador de la centralita, están los tres, Emilio, Agustín y Virginia. Ninguno dice nada. Todo deben habérselo dicho ya. Sólo miran como aquel muchacho del café. Agustín y Emilio parecen vestidos, dispuestos para salir; sólo Virginia mira como asustada, inquieta. Pero no se atreve a preguntar, ni siquiera se decide a seguirla cuando, sin murmurar una palabra, pasa y entra en el cuarto. Ninguno dice nada y es una gran vergüenza aguantar no sólo sus miradas, sino la de la telefonista, que la lanza una ojeada igual que si trajera el pecado escrito sobre la cara, en la frente. El pecado es la hora y ese aspecto que tanto le atormenta en tanto se desnuda torpemente y, sin siquiera buscar el camisón, se mete, como en un suave regazo, en el vientre profundo de la cama.

Y cuando los muelles dejan de crujir, entra a su vez Virginia, y a oscuras, sin encender la luz, comienza a cambiarse a toda prisa, como si afuera los dos hombres

estuvieran aguardando. Es preciso quedar inmóvil, fingir que ya se duerme, tener a la vez los ojos abiertos y cerrados, cerrados de vergüenza, abiertos por ver si duda, por saber si tan siquiera se preocupa. Pero Virginia se coloca a toda prisa ese horrible gorro de lana y cierra tras sí la puerta con cuidado, como segura de que no despertará por lo menos hasta la hora de comer.

Y, sin embargo, su cuerpo tan dolorido y frío se resiste, aunque allá adentro, en la cabeza, viene como un dulce vacío, estremecido a veces por relámpagos de dolorosos murmullos que cruzan de sien a sien o suben por el rostro como las blancas cicatrices del sueño. El sueño llegará, siempre acaba llegando, podría incluso acercarse blando, eterno, hundirla poco a poco en ese gran vacío tembloroso donde a menudo despierta a mitad de la noche. Quedarse para siempre allá abajo, atrapada en aquella agua oscura, cálida, sin pensar ni sufrir ni gozar, como en esas mañanas de Enero cuando un rayo de luz acaricia los pies de la cama o, allá por el Agosto, esa brisa tan suave vuela sobre la cabecera, de madrugada, o como cuando toca la mano de Agustín o como cuando el padre, de niña, la besaba. Quedar para siempre así, como cuando el cansancio huye y también ese miedo, esa sospecha de pecar en sueños, de nunca más escuchar las palabras de Cecil.

—La mano del Señor vino sobre mí y me sacó en espíritu, poniéndome en medio de una gran llanura sembrada de huesos.

—¿De huesos?

—Sí; de huesos. Y en medio de ella había un pueblo vacío y una montaña puntiaguda.

—¿Un pueblo como el nuestro?

—Un pueblo como el nuestro, Margarita. Y me hizo acercarme a ellos y eran muchos sobre el campo y todos secos.

—¿Secos de qué? ¿Los huesos?

—Secos del sol, del aire, de los días de Agosto, de aquel verano a la vez tan duro, tan seco y tan largo. Y me dijo el Señor: «¿Tú qué piensas? ¿Vivirán estos huesos?».

Y yo le contesté: «Señor, sólo Tú lo sabes».

—¿Y Él qué te dijo entonces?

—Dijo entonces: «Háblales, diles: “Huesos secos de sol; oíd la palabra del Señor. Él hará entrar el espíritu en vosotros y viviréis, y pondrá nervios sobre vosotros y hará subir sobre vosotros la carne y os cubrirá de piel”».

—¿Y fue así? ¿Sucedió así? ¿Así como tú dices?

—¿Y cómo iba el Señor a engañarles, aunque fueran tan sólo pobres huesos?

—No digo que mintiese. Él no puede mentir. Pero, a veces, somos nosotros los que no entendemos.

—Entonces hubo un ruido terrible, como si todo el Páramo, con su montaña, se fuera a derrumbar y los huesos se juntaron de pronto cada cual con su parte, los unos

con los otros. Y cuando abrí los ojos vi que había carne sobre ellos y la piel les había cubierto pero aún no había espíritu dentro de ellos. Entonces el Señor me dijo: «Di al espíritu: “Ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos huesos muertos para que vivan”». Yo hice como me había ordenado y ellos vivieron, estuvieron sobre sus pies, como un gran ejército. Y Él entonces les prometió perdonarles todos sus pecados.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo. Dijo: «Perdonaré incluso a aquellos cuya simiente manare de su carne, a aquellos que descubrieron la desnudez del padre o de la madre, de la hija o del hijo o de la misma hermana. Yo les perdonaré a todos para que sean inmortales». Y así los perdonó. Así hizo revivir a aquel pueblo que tanto había pecado. Los huesos fueron hombres otra vez y volvieron a trabajar en sus hornos y en sus viñas.

—¿Tanto perdona, entonces?

—Tanto perdona, a los que creen en Él. ¿Tú crees en Él?

—Yo sí que creo, Cecil.

—¿Entonces, de qué tienes miedo? ¿Qué te asusta?

—Tengo miedo a la muerte.

—No hay muerte. La muerte es sólo estar lejos del Señor.

—Cecil, tengo miedo a la muerte. Hay muchas largas noches que pienso en ella. No pienso en otra cosa.

—No hay que temer la muerte.

—Di, Cecil, ¿cómo es?

—No hay que temerla.

—Di, Cecil, no te vayas. Estate sólo un momento, por favor. Estate quieta, dime.

—Yo conocí a tu padre cuando todos los ganados que pacen por los campos, caballos, asnos, ovejas, estaban muertos y muchos hombres y mujeres también. Y, sin embargo, yo viví. Y era tal la sequía que las fuentes, los pozos más ricos se secaron, y tampoco morí yo. Y otro día vino el granizo y tras él un fuego que hirió todo lo que sobre la tierra estaba, salvo las piedras de las casas, dejando seca la hierba en el campo y los árboles sin fruto, y yo seguí viviendo. Y otro día llegó un mal viento de Oriente, soplando una tarde entera y una noche y toda una mañana hasta nublar el sol y murió uno de cada familia, desde aquellos que no trabajan la tierra, hasta aquellos de la cara negra por el humo del horno. Y yo no morí, no he muerto todavía. Nosotros no morimos, Margarita, porque el Señor pasa hiriendo a los demás, pero no a nosotros. Tú tampoco morirás. No temas; duerme; descansa; confía.

En aquel gran mar de rostros, unos borrados por la pena y los años, y otros alegres, invictos, decididos; unos de edad madura ya, otros jóvenes, niños, con los ojos y oídos alerta como temiendo perderse una sola palabra de cada discurso, destacaban los dos hermanos que junto a míster Baffin parecían más negros, más cetrinos aún, que allá en Francia, en Burdeos, entre sus otros hermanos de raza, en la

sede de su Organización Mundial Evangelista Gitana. Vinieron con míster Baffin, que los trajo de Madrid después de su rápido y singular proceso, porque habían querido aprovechar su paso para asistir, ellos también, a aquel Congreso antes de volver a pasar los Pirineos.

Porque sucedió que los dos hermanos gitanos, españoles y Pastores, llegaron medio año antes a Madrid y en vez de predicar a los de su raza en las capillas, se fueron cierto día a un barrio de ladrillos y latón, donde el río se aleja de la ciudad, con su carga oscura de arrastre y detritus.

Es un olor que sube, se alza, rezuma y vuelve a caer sobre los tejados cada vez que los grandes camiones abren su gran mandíbula metálica, en la trasera niquelada, y van dejando caer su destrozada carga. Y como llega el polvo, el olor, el rumor de las voces más allá del río, llegaron, sin hacerse apenas notar, los dos hermanos. Venían, llegaban bien vestidos, al menos lo bastante como para llamar la atención, como para distinguirse de aquellos otros que a veces asomaban a sus puertas, a la puerta de sus barracas de latón o adobes, de sus viviendas que unas veces fueron muros de verdad y ahora sólo miseria y mal remendadas ruinas. Mas su color, el color tostado de su rostro, les abrió esas primeras y difíciles puertas, y su lengua y su suave ademán, las pocas que aún quedaron cerradas. Hasta los rostros toscos o agresivos, marcados por el sueño o el ocio prolongado, apenas tuvieron razones que oponer ante aquella pareja, a la vez tan humilde y tan concreta, que hablaba su misma lengua, con sus mismas palabras y sus mismas maneras.

Así lo dijo, se lo explicó al fiscal, el mayor de los dos hermanos, en castellano, claro, concreto, humilde también, tan sereno como respetuoso.

—Somos siervos de Dios. Llevamos por el mundo el testimonio de la fe a nuestros hermanos gitanos.

—¿Y por qué no hablan ustedes en español, en castellano?

—Señor —continuó el gitano con el semblante tranquilo y la voz respetuosa—. Entre nosotros nos entendemos en idioma caló. Es el idioma internacional de nuestra raza.

Así hablaron, en idioma caló y, poco a poco, los otros, los de dentro, aparecían. Se fueron acercando a saludarles y, lentamente, el grupo fue aumentando hasta formar una pequeña multitud en marcha, a lo largo del río ceniciento. Al otro lado, en la ribera opuesta, unos obreros reparaban cables de alta tensión en sus plateadas torres metálicas. Parecían torpes gorriones, inmóviles arañas, moviéndose lentamente contra el cielo herido por el vaho oscuro de los vertederos. Y aquella pequeña multitud de gitanos, mujeres con su eterno vientre a punto de romper, hombres delgados hasta lo inverosímil, con sueño eterno en los ojos, con la camisa blanca y sucia y el pelo brillante de sebo, aquella otra tropa de mujeres mayores, adornadas como reinas antiguas y niños vestidos tan sólo de ombligo para arriba y los pies, todo callo, hundidos en el polvo, llegaron hasta la pequeña hondonada donde acababan las casas de latón, las casas de los que no quisieron salir, desconfiados.

Y viendo los dos extraños pastores tantas gentes hermanas, subieron al pequeño montículo que dominaba la vaguada, el castillo de apisonados restos, desechos de la ciudad, y se sentaron. Y cuando vieron que el grupo en rededor era ya lo suficientemente numeroso, uno de ellos comenzó en su idioma: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos». Y algunos no entendían porque no eran gitanos del todo, pero lo que uno decía en caló, el otro, con gran cuidado, se lo iba traduciendo. «Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consolación; bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.»

Y al oír hablar de justicia en su lengua, se levantó un clamor que debió de llegar al otro lado, más allá del río, hasta las primeras torres de ladrillo.

—Nosotros os traemos la Palabra del Señor, que también es para vosotros, los pobres de condición, que es también para nuestra raza, la nuestra y la vuestra. Por eso estamos aquí, para deciros en nombre de Aquel que es el principio de todas las cosas: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados sois cuando os insultan y os persiguen por causa del Señor, mintiendo».

Y esta vez el clamor debió llegar aún más allá de las primeras casas, hasta el corazón mismo de la gran ciudad, porque quedó tras él un silencio oscuro y vacío.

—Vosotros sois la sal de la Tierra, y si la sal de la Tierra se desvaneciera, ¿con qué será salada? No vale para nada. Solamente para ser hollada por los hombres.

Y ahora las mujeres más jóvenes y aquellas como diosas antiguas vestidas de colores brillantes, lloraban y gemían.

—Vosotros sois también, como los otros, la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder, ni tampoco una luz delante de los hombres, de aquellos de buena fe que saben conoceros y, a través de vosotros, glorifican al Padre común, que está en los cielos.

Todos callaban ya, hasta los niños, hasta los perros entre las huertas míseras. Ahora sólo sonaba el río, oscuro, opaco, y el zumbido de los cables de alta tensión que lo cruzaban en una grande y pesada curva.

—No penséis que hemos venido hasta aquí para anular la ley, esa ley que todos debemos respetar. No venimos a negar nada, sino a cumplir, a haceros hombres. Se ha dicho siempre y se repite hoy entre nosotros: «Ojo por ojo, diente por diente». Mas decimos: Al que quiera ponerte pleito, dale lo que él quisiera; no se lo niegues. Esa es la verdadera ley del Señor y la costumbre de nuestra raza, amigos, hermanos nuestros. «Ama a tu prójimo y aborrece a tu enemigo», se ha dicho siempre, mas nosotros venimos a decir: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen para ser dignos hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que vela por los malos y los buenos. Porque si tratáis bien a quien os trata bien, ¿en qué os ibais a distinguir de los otros? ¿No hacen eso los demás también? Si rezáis, no seáis como los fariseos, que lo hacen sólo de labios para afuera. Rezad con vuestro corazón, así: «Padre

nuestro que estás en los cielos...».

Y otra vez el rumor comenzó a levantarse, al compás de la oración que aquel hombre iba dictando y que cada uno, en su lengua, repetía. Y cuando aquel vago coro cesó, por un instante nadie supo qué hacer, ni siquiera los dos predicadores supieron si el sermón continuaba. Los dos hombres, allá arriba, en su cima, en su trono de polvo y desechos, sobre aquella montaña cenicienta, hablaron entre sí, tuvieron como un cambio de impresiones y aún estaban dudando si proseguir o no, cuando vieron venir de lejos dos Land-Rover grises que dejaban tras sí grandes tolvaneras de polvo. Los dos coches se habían detenido en las últimas filas, entre los perros y los niños. Habían ido bajando, uno tras otro, los guardias del color de los coches, salvo el de la banda roja en la gorra. Y su jefe —eran jóvenes todos—, con el pelo y las patillas canosas encuadrándole el rostro viejo y tostado, se había abierto paso entre la pequeña multitud, sin decir palabra, en un silencio parecido al que precedió antes a los dos hermanos, hasta el pie de la montaña de desechos, seguido de los ocupantes del primero de los coches.

—¡Eh! Ustedes dos. Bajen de ahí.

Los dos hermanos habían obedecido. Bajaron despacio, cuidando de no resbalar, limpiándose el polvo de sus trajes oscuros, como si quisieran presentarse ante la justicia tan limpios por dentro como por fuera.

—¿Qué hacen ustedes ahí?

Los dos le habían mirado sorprendidos. Luego había preguntado el que mejor hablaba castellano:

—¿Que qué hacemos?

—Eso mismo. ¿Está autorizada esta reunión?

—¿Autorizada?

—Vamos; acaben; no se me hagan los tontos.

—Verá, señor: somos siervos de Dios. Llevamos por el mundo el testimonio de la fe a nuestros hermanos gitanos.

—Pues para ser cristiano hay que hablar en cristiano.

—Verá, señor —había respondido el otro, en el tono de siempre, entre suave y orgulloso—. Nosotros les hablamos en nuestro idioma, en el de nuestra raza, como usted seguramente sabe. Es nuestra lengua, en la que nos entendemos en cualquier país donde vamos.

—Todo eso está muy bien, ¿pero dónde está ese permiso?

—No sabíamos que hiciera falta, la verdad. Además, no pensamos en reunimos. Estábamos visitando a nuestros amigos aquí, y muchos que ya nos conocían y otros que no, se acercaron a saludarnos. Entonces comenzamos a charlar y, como es natural, a explicar el Evangelio. Esa es nuestra misión aquí, la misión que nos trajo, no podemos negarlo, no lo negaremos nunca, no señor, es la misión que se nos ha encomendado en la Tierra y si es preciso responder ante la ley, puede usted disponer de nosotros desde ahora mismo. Por nuestra parte, no se lo negaremos nunca.

Y en el Tribunal de Orden Público, los dos mantuvieron su palabra, su actitud. El fiscal les pedía tres meses, en tanto el defensor, absolucón total. La sala estaba llena de gitanos, algunos importantes, directivos venidos de Burdeos, españoles, amigos y conversos de aquel rápido sermón, los unos con su sombrero mate entre las manos, los otros con su sombrero color barquillo sobre las rodillas, todos con su camisa blanca y la piel blanquisucia, verdinegra.

Y cuando, finalmente, el fiscal retiró la acusación y los dos procesados quedaron absueltos, aquel público de casi hombres solamente, se fundió todo en abrazos y alabanzas a Dios, y había quien lloraba y quien reía. Era como si aquel pueblo, aquella colonia de la orilla del río, sucia, olvidada allí, acicalada ahora, tuviera por fin a la vista la Tierra Prometida. Incluso los dos hermanos juntaron sus manos y dieron gracias al Señor entre aquel tumulto alzado en torno a ellos.

Ahora, junto a míster Baffin, escuchan atentos la ponencia que una voz vibrante va dejando caer ante el micrófono, más atentos que Virginia o Emilio, que apenas terminada la sesión se alzan y van rápidos hacia la puerta. Pero es difícil alcanzarla porque el resto no tiene prisa alguna. Por el contrario, demoran la salida. Es su gran ocasión de reunirse, saludar, alentarse, incrementar su fe o preguntar por lejanos familiares. Es preciso abrirse paso tan despacio que incluso míster Baffin les alcanza, míster Baffin, que en el círculo de apretados entusiasmos parece el más ajeno, apagado y gris, mientras las ráfagas primeras del invierno hacen llover las hojas sobre su cabeza y aborrascan el cielo por momentos. Es como si, de pronto, ante el repentino entusiasmo de los otros, le aflorara al rostro la huella de tantos años, incertidumbres y pedradas, como si, igual que siempre cuando el invierno llega, cuando sus huesos restallan al levantarse tan temprano, añorara, sintiera ya definitivamente, lejos su país, su propia voz, su propia lengua, sustituida ya, al cabo de los años, por este idioma al que nunca llegó a acostumbrarse, que le es necesario constantemente pensar, pulir, antes de intervenir en la capital o en el Congreso, como ahora hace poco esta misma mañana, cuando tan atentamente le escuchaban los jóvenes.

Ha intervenido, no porque pensara aportar nada en particular, sino como acto de presencia, como testimonio de los Hermanos, para que se conozca, de una vez para todas, su existencia. Sobre todo cara a los jóvenes que dirigen sus entusiasmos, su vocación, hacia otras confesiones quizá más luchadoras, modernas o atractivas en apariencia cuando, si pensarán un poco, llegarían a caer en la cuenta de que lo más actual, lo más moderno es volver al límite extremo, a los Hermanos, a las iglesias primitivas, tal como él mismo enseña y predica.

Ahora que el viento de la tormenta ya se viene alzando, levantando el polvo y la grava del paseo, azotando la cara y las manos, vuelve Virginia de la cabina de teléfonos. La hermana no está en el hotel. Puede que haya salido a hacer alguna

compra. De todas formas, es mejor volver a llamar dentro de un rato, y si no — concluye por su cuenta—, ya se la encontrará en la sesión de clausura seguramente.

A veces, los domingos, el padre, que en sus días buenos tenía arte y tiempo para todo, que le gustaba descansar a veces con trabajos manuales que sirvieran al mismo tiempo para entretener a las niñas que tan pocos amigos tenían en el pueblo, solía hacer cometas. Su tiempo mejor eran aquellos días primeros de la primavera o las últimas semanas de otoño con los vientos revueltos y las nubes encrespadas, violentas, como ahora. A veces demasiado violentas, como cuando el bramante estuvo a punto de cercenarle un dedo, pero, a medio verano, se alzaban esas corrientes cálidas, capaces de consumir cien o más metros de hilo aunque el sol era tan fuerte, tan duro que apenas compensaba el juego, sobre todo a los niños.

Para estos juegos guardaba en el desván su grueso rollo de papel de estraza y sus cañas largas y ligeras, cortadas en el límite del Páramo, allí donde la humedad las hacía crecer altas, derechas como bosque de lanzas. Primero hacía una gran cruz con tres brazos más cortos y uno largo, como aquella en que murió Nuestro Señor; luego unía las puntas con bramante y aquel polígono —como Virginia le llamaba— quedaba recubierto de ese duro papel color de tierra, pegado con engrudo que la madre traía, no de muy buena gana, de la cocina. Con eso estaba ya la parte principal. Sólo era preciso añadir la cola para que no se encabritase allá arriba y cayera a plomo sobre las viñas, igual que esas perdices que el perdigón acierta en pleno vuelo. La cola es otro trozo de bramante que cuelga lleno de trocitos arrugados de papel, parecidos a los que las del mundo se ponen los domingos en la cabeza. Luego viene sujetar los cuatro tirantes, uno en cada esquina y el más largo, en el centro, que sostiene papá en la mano, ese hilo que, cuando el viento es fuerte, hay que soltar aprisa sin que te llegue a abrasar la mano. Pero papá sabía dominarlas con suavidad y tiento, lo mismo que a los hombres, casi sin que allá arriba el papel y las cañas se dieran cuenta de ello, lo mismo que hacía en la capilla con los demás Hermanos. Cuando el viento fallaba, era preciso alzarla con tirones muy suaves, que la hacían empinarse hasta las nubes, mas con el viento fuerte había que soltar amarras, como él mismo decía, y dejarla alejarse, huir, hasta que el peso de la cuerda la impedía subir más y se podía recuperar el hilo otra vez, antes de que volviera a remontarse. Papa decía que era igual que los hombres, que a veces es preciso dejarles alejarse un poco para que luego vuelvan. Hay que tenerlos así, sujetos, firmes y a la vez como libres, en el aire hay que alzarlos sobre las cosas de este mundo y dejarles volar hasta lo alto para que, viendo el mundo desde allí, comprendan qué poco vale todo lo que aquí abajo se arrastra al nivel de la tierra.

Y siendo así, le dije que por qué no me hacía una tan grande que pudiera llevarme a mí, no tan alta como las nubes pero sí lo bastante para abarcar con la vista todas nuestras capillas del Páramo. Y él contestó que había leído, en una de aquellas

revistas que le llegaban de Madrid, cómo los chinos, que fueron quienes las inventaron, llegaron a hacerlas tan enormes que eran capaces de levantar a un hombre, cuánto más a una niña pequeña.

Y allá, debajo del papel que restallaba con el viento, iba yo, con la cola de papeles debajo de mí, danzando, persiguiéndose como una fila de blancas mariposas. Veía pasar, veo pasar, las ciudades y los pueblos pequeños, diminutos, como los nacimientos que ponen los católicos. Se ven ríos como serpientes oscuras, anchas, quietas, y bosques muy pequeños, ralos, y tierra roja como si acabaran de levantarla con la azada, cuadrados amarillos que serán centeno, cebada o tierra simplemente y otros ríos mezquinos y pequeños. Desde arriba, lo único que sobresale entre tanto tejado, en medio de esos círculos oscuros que son pueblos, es la plaza mayor, más despejada, y la iglesia, tan grande, que ocupa media aldea. También se ven aún algún pequeño lago, una charca como un ojo cegado, malo, que brilla con su poco de vergüenza, y montes con su cima pelada, con sus caminos que llegan a la cumbre donde siempre hay un pequeño valle, una hondonada de pasto y rocas, sin que jamás acaben en punta como parece desde abajo. Pasan rachas de nubes que se deshacen aventadas y otras se mantienen altas, aldeas donde puede que algún Hermano piense en el Señor o en sus otros Hermanos ahora que ya la noche se nos viene encima. Ya el papel no restalla, abajo se calma el viento que aquí arriba no cesa, no se calla. Ahora de noche, ya todo, abajo, debajo de mis pies, se parece. Ya sólo se distinguen resplandores blancos y difusos como la Vía Láctea que deben ser grandes pueblos y ciudades. Luego ese resplandor se va apagando, desaparece a la cola como siempre. Y vienen otra vez las tinieblas; se cierran los ojos; se piensa, se pregunta una qué será de nosotros, qué será de mi vida, de mis años, y se siente la angustia de todos los que esperan, sean o no Hermanos.

En el hotel, el chico, tras del mostrador, responde palabra por palabra, impasible, con técnica que se nota aprendida en la costumbre. Por su voz y sus ojos va y viene la indiferencia, unas veces divertida y otras molesta. Virginia y Agustín insisten; Emilio calla, y la respuesta del chico continúa invariable: ningún recado. Se fue a Madrid en uno de los aviones de la tarde.

—Pero si ella no montó nunca en avión...

—¿Y qué tiene eso que ver? —pregunta Emilio desde el sofá de mimbre.

—Ya le digo que salió con su maleta. Sólo dijo que usted (¿usted es su hermana, verdad?), que usted pagaría la cuenta.

Emilio ha lanzado una mirada a Agustín, que calla, que ha ido a sentarse en una de las butacas a su lado. Parece mirar los folletos de turismo sobre la mesita de cristal, pero apenas los ve con Virginia allí, terca, ante el pequeño mostrador, como si el muchacho de gastado uniforme fuera capaz de hacer volver al avión en pleno vuelo.

—Bueno —concluye Emilio—. No la van a raptar, supongo. Yo no veo tan grave la cosa. Se cansó y se marchó. Nosotros nos marchamos mañana, de modo que es lo mismo.

—Pero irse así, sin avisar, sin despedirse...

—Cada cual es como es —continúa, como si estuvieran solos, como si el botones no estuviera delante—. ¿Qué importancia tiene coger el avión y plantarse en Madrid, ahorrarse todo el viaje que mañana nos espera a nosotros? Yo no la veo por ninguna parte. Si ella se lo ha arreglado así, será porque la conviene, ¡qué sé yo!, por alguna razón, y las razones de los demás son siempre respetables. Pero los ojos, el crispado de las manos de Virginia, no perdonan, no escuchan la voz tranquila y suave de Emilio como en otras ocasiones. Tan pronto mira al suelo como a Agustín, que sigue imperturbable hojeando folleto tras folleto. Al fin sus ojos se detienen y declara:

—Yo no voy a cenar.

—Pero, ¿por qué? ¡Qué bobada!

—No sé. Que no tengo ganas, nada más. Además, estoy cansada. Voy a tomarme un té y me meto en la cama. A lo mejor llama, pone una conferencia.

—No veo para qué, si os vais a ver mañana.

—¿A qué hora salimos?

—Tú estate aquí lista a las nueve. Tenemos tiempo de sobra.

—Pues a las nueve en punto; buenas noches.

Es difícil, imposible dormir. Quizás el té, además de los nervios, puede que la costumbre de no dormir sola. ¿Dónde estará? A poco que corra ese avión, es fácil empalmar con el tren, dormir toda la noche en él y amanecer mañana cerca de casa. ¿Qué sentido tiene marcharse así, escapar de esa manera? ¡Ojalá no se haya alejado del Señor! Ojalá la influencia de ese hombre no sea tan mala como lo fue para Molina su demonio. Ojalá no se empiece a apartar de nosotros y nos venga con ella un nuevo escándalo. Lo primero, lo principal sería evitarlo. Bastante nos critican, bastante nos atacan. Que el Señor nos oriente, nos devuelva la paz, no nos deje de Su mano, y quiera perdonar a Margarita si es que ha pecado en algo. Yo hablo contigo.

Confío en Ti y sé que también sabrás perdonarme a mí si también yo pequé por soberbia o negligencia, aunque creo que sólo hice lo debido. Puede que Margarita haya cambiado, quizá sus oraciones son más tibias o le falta a su edad un interés, un trabajo piadoso como el mío. Quizá piensa, ¿quién sabe?, en casarse todavía; quizás hablaron algo, hicieron algo, pasó algo en estos días, mientras nosotros escuchábamos tanto discurso en el Congreso. Quizá se haya alejado de Ti, puede que no te sienta cerca, como yo en cada momento de mi vida, en las cosas que digo y que siento. El amor de los hombres aleja de Ti. Quien lo ignora, no sabe lo que es la paz, la confianza, ese sentido serio de la vida que se alcanza a nuestra edad, en la que ya las ideas y experiencias están como en su sitio y todas esas tontas ilusiones de antaño volaron, dejando sólo como una melancolía que, a veces, a algunas horas, más que hacerte sufrir, se agradece.

Las tres, y el té o los nervios o la misma conciencia o aquella bofetada no me dejan dormir, no me dejan tener vacía la cabeza. Quisiera echarlo fuera todo, pero no puedo, y si es malo apagar la luz, aún es peor el tenerla encendida. Al otro lado de la alfombra repelada está esa cama vacía que asusta un poco después de haberla visto a ella llegar ayer, a aquellas horas, como un fantasma, con aquellas ojeras horribles, hundida, derrotada. Yo me preguntaba si dentro de esa cabeza que apenas sabe decir sí o no, se habría roto o descompuesto alguna ruedecita, algo que no marchara, algo que la hubiese vuelto distinta, como a aquel reloj de casa al que, para jugar, le quitábamos la péndola. Entonces sus ruedecitas, las de su cerebro, detrás de aquella esfera que era su cara, su rostro, su cabeza, aquellas ruedecitas, el mecanismo entero de madera y alambres comenzaba a correr, a acelerarse, porque el péndulo, según nos explicaba papá, era quien regulaba la fuerza de las pesas. «Así (recuerdo bien que explicó cierto día en la capilla) es la vida, la moral del hombre. El péndulo es la fe, la religión, y esas pesas las pasiones, su natural condición, que tratan de arrastrarle, que intentan romper esa armonía, ese compás continuo, inalterable, que hay siempre, cada día, en el sereno reloj que es el alma del justo.» Esa armonía es la que le rompió a Molina su demonio y así andará él, según dicen, huido, avergonzado de los demás, como Caín, de la sombra de su hermano. ¿Llevará consigo aún a su demonio o ya andará con otra? Ojalá esa armonía no se rompa esta vez en Margarita, porque no viene el sueño y quizá no vuelva más.

Y, sin embargo, cuando se hace la luz en las ventanas, se asombra una de lo poco que dura una noche, cuando todas las horas se reúnen en un pensamiento fijo. Habrá que hablar con Margarita, aconsejarla. Quizás el Hermano Muñoz sea el más indicado, mejor que Emilio, soltero y que nos trajo a su amigo, a ese Agustín, sin el cual las dos estaríamos tranquilas, durmiendo. El Hermano Muñoz sí podría ayudarla, y también su mujer. Los dos tienen siempre palabras oportunas, detalles, hasta libros. Todo se empezará a arreglar cuando estemos en casa y Muñoz hable, tal como él sabe, con ella, en ese tono suave y cordial que convence, con esa paciencia suya, como la de Emilio ayer con aquel periodista, o lo que sea, al que daban ganas de contestar: «Todo eso que pregunta es cosa nuestra. No hay por qué escribirlo, publicarlo. ¿Por qué no acaba con tanta pregunta impertinente? ¿Por qué no se las hace a los demás, a esos que corren tras la publicidad, que se anuncian incluso por la radio? Nosotros no somos así; somos distintos; déjenos. Si alguien tiene interés por nosotros, nosotros nunca les cerraremos nuestras puertas. Nuestras capillas están abiertas siempre a los que vienen de buena voluntad, seriamente, pero no para los que hacen preguntas como esa de la píldora, que ya sólo escucharla es de vergüenza».

Pero la culpa es nuestra; la culpa de esta noche que no acaba, de esa luz que no acaba de asomar, es mía sobre todo, porque al final me dejé convencer y, sin mí, a buen seguro que Margarita sola no venía.

La culpa es mía por no acertar a entender una vez más que nuestro sitio no está aquí, en este dichoso viaje. ¿Qué hemos sacado de él? Nada. Tres días de palabras y

palabras, y para rematar, este asunto de ese Agustín famoso y Margarita. Y Margarita es boba, porque no se va a casar. Viviremos juntas las dos, como hasta ahora. Sería raro, incómodo, incapaz de imaginarlo, quedarse sola en casa, en esta casa ya grande para las dos, sería raro dormirse cada noche, con esa cama vacía al lado, sin su ropa en la silla, sin esas zapatillas rosas asomando debajo de la cama, sin sus lamentaciones al volver por la tarde.

Ahora, apagando la luz (apago la luz), va el tiempo más de prisa. Ahora, si no se mira el reloj (me desabrocho la correa, le dejo en la mesilla, no le miro), es cuestión de esperar esa luz que es el día. Un poco de voluntad y es el tiempo quien camina a nuestro paso, el que corre al compás que le ordenamos. Un esfuerzo, proponérselo, querer y, como dice el Libro, el tiempo, la justicia, la vida, el porvenir de Margarita estarán a salvo. «Cuando alguno tuviere hijo contumaz (dice) y rebelde, que no obedeciere a la voz del padre, y habiéndolo castigado (fue un castigo bien suave) no le obedeciere, entonces le tomarán y lo sacarán a los Ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar suyo. Y dirán a los Ancianos de la ciudad: “Este hijo nuestro es contumaz y rebelde”. Y si en vez de ser hijo fuera mujer, es decir, Margarita, le dirá el Señor, como a Jerusalén: “Yo pasé junto a ti y te vi sucia de sangre, pero fuiste aumentada y engrandecida y viniste a ser adornada grandemente. Los pechos te crecieron y tu vello brotó. Mas confiaste demasiado en esa tu hermosura que yo puse sobre ti y pecaste. Por tanto, escucha mis palabras: yo te juzgaré por las leyes de las que derraman sangre y pagarás tu culpa y te avergonzarás cuando encuentres a tu hermana, y yo haré que nunca más abras la boca al recordarlo”».

Ahora sí, ahora sí que comienza el resplandor. Ya amanece en la ventana, ya se van dibujando poco a poco los resquicios, despacio. Ya se ven en el techo esos haces de luces y sombras, gentes que pasan, coches que empiezan a circular, que cruzan, que se alejan. Ahora sí que amanece.

Fue idea de míster Baffin, recién llegado a España, organizar un concurso entre los escritores Evangélicos para editar un librito que pudiera servir como regalo de Navidad a los niños de sus escuelas. Las condiciones eran no pasar de las cuarenta páginas, en tamaño octavo francés y letra de tipo cuerpo diez. Debería tener la mayor variedad posible de lectura en historias, anécdotas y poesías que pudieran llegar al ánimo de los niños, y el autor del mejor librito recibiría, no como precio, sino como obsequio, la cantidad de cincuenta pesetas en metálico o en libros del catálogo del Comité de Tratados. Debería ser original, admitiéndose también traducciones de otros idiomas, inéditas en la literatura Evangélica española. Los originales deberían remitirse antes del quince de Noviembre al dicho Comité de Tratados, con un signo o lema y el sobre correspondiente con el nombre y las señas del autor. El librito podría llevar su nombre en caso de desearlo aquel, pero los niños Evangélicos españoles no llegaron a recibirlo porque el concurso quedó desierto, y no por falta de originales,

sino porque a míster Baffin y al Jurado no pareció adecuado ninguno. Así, pues, ningún sobre fue abierto. Todos fueron quemados y los originales se archivaron en la secretaría del Comité, en espera de decidir qué se haría con ellos, si publicarlos paulatinamente en su revista o devolverlos por correo a sus autores, aunque esto — según apuntó míster Baffin— era ciertamente difícil, después de haber quemado los sobres con las señas.

Entre unas cosas y otras, el Año Nuevo de los Evangélicos, las Navidades de los romanistas se vinieron encima, veloces como el viento, un día en que, como uno de los originales describía, los últimos suspiros del otoño quedaban atrás, en tanto el frío invierno afilaba sus dientes.

No llegaba a nevar, por eso era más duro aquel frío, más negro, como una mano helada, rígida, pegada a la frente, cada vez que en plena calle embestía, hecho ráfagas de cristales, gotas, afiladas astillas de hielo que parecían traspasar la carne, el abrigo, los huesos. Sus rachas barrían, hacían estremecer la calle principal, llenaban la ciudad, la aterían más que la nieve misma, tanto como los hielos de la noche, tanto como el amanecer de las mañanas. La nieve ya era cosa del invierno, ya hacía correr, poner a punto el calendario, situarse a las gentes y pensar en otras ocasiones, otros años, como si, una vez aquel ciclo cumplido, ya lo demás viniera de corrido, todo el resto del tiempo, los días que por entonces comenzaban a contar aún antes de iniciarse el año nuevo.

Y ese mismo viento era en el campo un viento más abierto, más tranquilo, no encajonado, dirigido, revuelto en las esquinas, no ese puño helado y cristalino, sino algo que avanzaba, lento y blanco, sonoro, intermitente, desde más allá de la montaña puntiaguda. Para unos era viento indiferente, igual que en cualquier época del año; para otros, para aquellos que vivían del barro, viento malo; porque ese puño, esa blanca mano, taponaba el tiro negro de los hornos y el barro cocía mal porque el humo desandaba su camino bajando por las romas chimeneas. Pero eran avatares del tiempo, azares del oficio que se olvidaron al llegar el día grande, los días de visitar a los Hermanos con atención especial, de celebrar los cultos especiales del año.

«Todo a tope —escribía Baffin, por mano de Molina—: los bancos, los pasillos, la anteiglesia. Los niños que entraban iban a colocarse cada cual en su sitio. Alguien desde el estrado saludó al público recordándole el hecho del Nacimiento del Salvador. Tan bien lo hizo que la gente comenzó a aplaudir y fue preciso pedir silencio. Luego los parvulitos leyeron profecías y versículos sobre el Nacimiento, y una niña cantó villancicos acompañada por los demás con almireces y sartenes y otros muchos instrumentos primitivos. Oyéndolos cantar, era como si el mundo entero estuviera con nosotros, como si todos fueran de veras hermanos nuestros. Luego vino el recital de poesías, historietas y leyendas y, finalmente, jotas como se bailan por esta tierra, al parecer tan diferentes de las otras. Quizá fue aquel el mejor día del Señor aquí, el más dichoso al menos, el mejor que yo recuerdo. Allí estaban los padres y los parientes de los niños. Los del mundo vinieron pocos, pero allí, en el centro de la sala, estaba el

árbol lleno de frutas, de las pocas que por aquí se dan, y unas bolsitas de papel con dulces y avellanas. El local estaba lleno de luces que pusimos, y en medio ese árbol representando la hermosura del otro, de aquel del Paraíso que, sin embargo, nos hizo caer en el pecado. Las niñas tenían regalitos en platos, en la sala de atrás, alguna camisita y pañuelos, y los niños navajitas que nos mandó el herrero que vive tan lejos, en su valle. ¡Qué bien sonaban, tras el descanso, todas las voces!

*Tortolita que en el árbol,
arrullando hace su nido,
canta conmigo esta noche
al niño recién nacido.*

*Palomita voladora,
sube al cielo y di a mi dueño
que venga pronto a buscarme
porque si tarda, me muero.*

*Niño precioso
niño de amor;
toma enterito
mi corazón.*

Fue la única vez que la capilla se nos quedó pequeña, a pesar del frío, de la helada, de ese viento que se nos vino encima, que dejaba como muerta la cara. Pero aun así, a pesar del frío que dentro, con tanta gente, se notaba menos, todos escuchábamos arrobados, como los pastores de aquella otra noche gloriosa, la historia del nacimiento de Jesús (en castellano, que no en latín), en palabras bien claras que todos comprendían y sin pensar en el camino ni en las calamidades de la vuelta. Y también en otros lugares, muchas leguas más al Sur, al Norte, por toda la Península, en cualquier sitio donde hubiera Hermanos, Misiones nuestras, tuvimos reuniones de oración, se cantaron los himnos y se rogó al Señor, despidiendo el año con gracias al Dios Omnipotente, al divino Jesús y al Espíritu Santo.»

(Ahora es distinto. Más allá de la ventana no hay nieve, ni montañas, ni las cepas ordenadas de las viñas; más allá de los cristales que tanto costó fregar, porque la asistente no supo hacerlo tal como debía, sólo se ven esas cuerdas de tender que el viento agita sin llegar a desprender las grandes telarañas, que cubren los rincones a ambos lados de las ventanas cerradas, esas dos paredes donde no llega la escoba de la casa. El cuarto es frío, pero puede arreglarse con un calentador, ayudado, de noche, con una bolsa de agua caliente entre las sábanas. Es preciso acabar, rematar, colgar los dos visillos, colocar los dos rieles que Arturo recomendó en cuanto supo que

arreglaba el cuarto.

—¿Es que se muda de casa, señorita?

—No; no me mudo.

—O se casa, o se va de veraneo.

—¿Cómo voy a irme de veraneo en pleno invierno?

—No; si yo se lo digo por su bien, por saberlo.

—Ya lo sé, Arturo.

—Por su bien, porque Dios Nuestro Señor dijo aquello de: «Creced y multiplicaros», ¿no?

—Sí, claro que lo dijo. Estás hoy muy piadoso.

—Pues yo digo que para multiplicarse hay que arrimarse, y como usted me preguntó por las cortinas...

—Cortinas, no; visillos.

—Bueno, visillos. Eso se soluciona rápido con los carriles que tienen ahora en las ferreterías y que, además, se los van a poner a casa si quieren. Se los pone mi amigo. Eso me lo dice usted, tal que hoy, y mañana o dentro de dos días los tiene. Y, además, de toda confianza.)

No son para taparme yo, para tapar mi habitación, que nada tiene que ocultar porque, enfrente, las dos ventanas están siempre cerradas, sino para no ver tantas cañerías y telarañas, por no sentir cómo cae la noche, esa hora peor, la mejor para marchar de aquí, para irse de paseo por la calle, que bulle a esa hora gracias al tráfico que cortan. A esa hora, la calle grande, desde la biblioteca a casa, desde la Audiencia hasta donde acaban los soportales y comercios, se ve tan apretada que a veces es preciso salir al centro para avanzar un poco, de tanta gente como va por ella o se detiene charlando, dudando, mirando los escaparates que entonces se iluminan. Ya van viniendo, volviendo gente de los pueblos, de Madrid y Barcelona, muchos de los que fueron a trabajar allí y ahora vuelven a pasar estos días con familia y amigos. Para nosotros es diferente. Nosotros ya somos de por sí una familia. Nos vemos, nos saludamos, nos tratamos todo el año y la única diferencia son los cultos y alguna que otra cena en común, como el día que nos invita Muñoz en la primera semana del año, y que esta vez no sé si aceptar o no.

Ahora, en la biblioteca, no hay tanta prisa por ver echar abajo el cierre. A veces, cuando la señora se queda rezagada, yo también hago tiempo y me espero, y luego, con mi abrigo y con mis botas, voy bajando hasta más allá de los dichosos soportales, todo a lo largo del paseo, que está entonces en su mayor apogeo; voy bajando hasta más allá de aquellos escalones donde los niños corren y la gente se atropella y detiene a comprar en cualquiera de las tantas confiterías que han ido inaugurando en ese tramo. Voy bajando hasta donde empieza la niebla, donde sí que hay que ir bien abrigada, aunque se esté acostumbrada a estos sitios. Allá, las luces del puente son

estrellas lejanas y borrosas y el ruido del agua, sordo y acogedor, parece que te llama, que te envuelve. A esa hora no se ve ese molino roto que se llevó la riada y que nunca más volvieron a levantar, ni ese claustro famoso, caído, de Templarios, que es lo único que aún resta del monasterio que hubo. A veces, si la niebla no se agarra al río, si no es ya demasiado espesa, pueden adivinarse esos arcos tan raros que todo el mundo encomia tanto y las tristes bombillas de los garajes, de los coches de línea y los camiones que duermen descansando hasta el día siguiente.

—¿Y no le da a usted miedo andar por ahí sola, a esas horas?

—No; no mucho. Al principio un poco, pero luego se acaba una acostumbrando.

—Pero pueden darla un buen susto algún día.

—¿Y qué me va a pasar?

—Como pasarla, nada: el susto que le digo. Anda el mundo tan revuelto ahora...

—Donde está bien revuelto es en la calle.

—¿Lo dice por la gente?

—Porque no se puede pasar a esas horas.

—Sí, eso es verdad. Es cosa de estos días.

—Y de todos los días.

—De todos los días, de acuerdo, pero más los de fiesta. De todos modos, yo de usted no andaría por allí tan confiada.

—Pero, ¿por qué?

—Hombre, no sé; hay mucho loco suelto por ahí, sobre todo los domingos. Tampoco debe ser plato de gusto encontrarse con alguno.

—¿Y qué me va a hacer? ¿Ya a matarme?

—¡Tanto como matarla yo no diría!

—Entonces, ¿qué?

—¡Qué preguntas tiene usted, señorita!

El riesgo no le importa, suponiendo que exista. El caso es llegar lo más tarde posible a casa. Ella está en la cocina. Se saludan. Se preguntan: «¿Eres tú?». Responde y se mete en su cuarto, enciende el calentador y mira el techo o lee el periódico o algún libro que ahora tiene siempre en su mesilla de noche. Ese libro que ni siquiera consigue empezar, que sólo verle de lejos tan forrado y cuidado, huele ya a cosa de la mujer de Muñoz. Sólo cabe esperar esos dos golpecitos de la cena, esa especie de morse sobre la puerta que anuncia que ella ha cumplido con su parte en la casa, lo mismo que la hermana aportando su sueldo. Los domingos, los días de fiesta, tras el culto de la tarde, la calle se aprieta también como las márgenes del río, a esa hora todavía limpias de niebla. A ambos lados, en las dos riberas, todo a lo largo del paseo, van y vienen, se estrechan las parejas, más jóvenes cada vez, a veces casi niños. Van y vienen, se sientan, se unen, se separan, se besan más o menos fugazmente, con más o menos voracidad, o riñen en huidas desesperadas, regresos melancólicos, nuevos besos y lágrimas. Es como una criba, como una selección del paseo, más arriba, un escalón, una etapa más cerca de la boda que suele acabar

cuando la novia lleva el ramo hasta el altar del santo con sus dos ermitaños que le cuidan.

En ese paseo, cerca del agua que siempre le recuerda a Agustín, al pie de esa ermita con los dos ermitaños vestidos de paisano, corrientes, no como se los imagina una en los Libros Santos, ha visto cierto día al demonio de Molina con un chico muy joven, un chico que debía de ser tan joven como ella. Sintió un íntimo gozo y meses atrás se lo hubiera ido a contar a Ella, pero ahora no; se calla cómo los dos se abrazaban, se besaban, sentados en uno de los bancos de piedra, no muy lejos de un coche grande, reluciente. Al principio no estaba segura de que fuera ella; fue preciso cruzar un par de veces para reconocerla al fin mientras se encaminaban hacia el coche, seguramente empujados por el frío. El coche aún se estuvo parado un buen rato, para luego alejarse majestuoso, en silencio, como bogando a través de las primeras fumarolas de la niebla. Y el demonio, a su vez, tampoco le había reconocido a ella, aunque era difícil porque, probablemente, nunca se llegó a fijar, ni el chico, que debía ser uno de tantos amigos y a quien no había visto nunca. Meses atrás se lo hubiera contado, la hubiera hecho feliz, mucho más que ella al verlo aquella tarde; mas, en vez de ello, se calla y pregunta como tantos días:

—¿Por fin vamos a casa de Muñoz este año?

—Sí. Me lo volvió a repetir hoy. Yo quería después de cenar, por ahorrarle a su mujer ese trabajo, pero él dijo que no, que su mujer encantada. Por cierto que me dijo que cómo andaba el libro.

—Dile que bien, que lo estoy terminando.

—Siempre que voy, no pasa día que no me pregunten los dos, ella y Muñoz.

—Diles que yo también te pregunto por ellos.

¿Vendrá Agustín? ¿Vendrá siquiera Emilio? Si viniera Agustín, tal como prometió aquel día, o mejor aquella noche, en la playa, podría enseñarle ese paseo ahora que llegan tantas fiestas juntas; ese camino que va, entre los árboles, hasta la ermita de los dos ermitaños hermanos y calvos. ¿Vendrá Agustín? ¿Llamará por teléfono siquiera? Si fuera preciso, hasta sería capaz de volver a las Misiones de los domingos, si Emilio y él volvieran, aunque no con Ella. Ella a veces comenta, deja caer: «Mañana nos vamos a Negrillos», o «hace un día tan bueno... frío, pero con un buen sol; un día bueno para la época en que estamos». Entonces, lo mejor es el silencio, callarse; ese silencio que a veces cubre cenas enteras. Así sus palabras caen como en un estanque, se esparcen por toda la habitación y se disuelven; se deshacen, se escapan tras el zumbido de los trenes, los avisos del altavoz de la estación y vagas palabras sobre el trabajo en la biblioteca.

—Los que vienen ahora son los chicos de Muñoz.

—Ya estarán terminando la carrera.

—No sé. Adela puede que sí. El chico es más pequeño.

—Ah, sí, Adela, la que estudia Letras.

La verdad es que desde que se fue a Madrid ya casi está olvidada. No sólo por la

diferencia de edad, porque tan sólo se acerca en vacaciones, sino por ese aire raro, un poco importante que se da, como todos los que estudian fuera, las chicas sobre todo. Ella intenta hacérselo perdonar, y a veces puede resultar encantadora, pero de pronto calla; es como si cayera en la cuenta del pozo donde se hallan los otros, los demás, y se cansa y se nota que se aburre, se vuelve rara y como lejana, como pensando en otra cosa, todo lo que es simpático su hermano, que fuera de los cultos apenas se le ve, apenas se hace notar, tan joven, tan callado.

Si viniera Agustín, tal como prometió aquel día, aquella noche en la arena tan húmeda y tan sucia, donde unos hombres, quién sabe con qué fin, encendían pequeñas hogueras, podrían irse de paseo, como los demás, hasta ese claustro de los Templarios, aunque quizás a él, que ha vivido tanto tiempo fuera de España, no le cause impresión ninguna, ni ese ambiente de abrazos y besos, esa forma de devorarse las parejas entre la niebla.

—No sé cómo, pero el caso es que lo sabe.

—Pero, ¿quién se lo ha dicho? No sería su hermano.

—¡Yo qué sé! Cualquiera que nos haya visto. —Las manos se hunden en los abrigos del bolsillo, sus ojos en la niebla—. El caso es que lo sabe. Él nunca se mete en estas cosas mías, en cosas como estas. Al contrario; él es quien menos puede hablar. Él sabe que los demás no somos ni tontos ni ciegos. Pero ahora se le nota diferente; yo le conozco bien, como si le molestara ¡yo qué sé! Se le nota en las cosas que dice y en cómo las dice. Y hay otra señal clara; bueno, la principal: ¿a santo de qué viene mandarme ahora a Madrid? Toda la vida pidiendo que me deje, y ahora, de pronto, me sale con que me vaya allí, a la oficina aquella, porque así aprendo. ¡Imagínate! Mi madre no quieras ver cómo se puso; ella siempre en la luna, la pobre. Mandarme solo, dice, como si yo tuviera quince años. «Así no acaba en la vida la carrera.» Y mi padre, que qué carrera; que lo que él necesita es alguien que le ayude en los negocios, que esa sí que es carrera segura, tal como están las cosas en la Universidad ahora. Y mi madre, con que mande allí a su hermano, y mi padre que se echa a reír y contesta que está muy bien donde está. Y a propósito, ¿seguro que no ha sido él? Esas cosas acaban por saberse. Además, hace ya no sé cuánto que no te pasas un mes entero allí, con la historia de tus padres.

—Más tiempo lleva tu padre sin aparecer.

—¿Y para qué está el teléfono, las cartas?

—Bueno, sí; se lo puede pensar.

—O quizás otra persona tomó la dirección del coche. Nos vio, llamó.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—De algún modo ha tenido que ser. No por obra del Espíritu Santo.

Y la mente —la ira no—, el recuerdo del demonio vuelan tras el halcón y su cría, piensa, calcula. Ellas viven en la misma ciudad, esa llamada que el sobrino imagina

pudo venir de su pico romo, bajo sus alas negras y pesadas. Ellas, sus amigos, pudieron averiguar el sitio de la cueva de Molina, y Molina escribir al hermano, y todo así explicarse sin más, sin otra solución posible, como en esas películas de la televisión que ve la madre, donde al final todo encaja, nada sobra. Y lo peor no es que el sobrino se marche; no es fatal para ninguno, aunque él se ponga así, se lo tome así: melodramático. Él mismo lo reconoce, lo declara, que siempre quiso marcharse a Madrid, y seguro que a la semana de estar allí, ya tendrá su demonio y ni acordarse. Lo malo es si Molina lo sabe, si le cierra la puerta de esa casa fría y todo, pobre y todo, aunque quizá no tan pobre, porque, salvo aquellos primeros regalos que le trajo de los primeros viajes, desde que no trabaja, ahorra hasta el aire que respira.

«Felices Navidades», van diciendo ya los escaparates, en los que torpes dependientes colocan guirnalda de colores y muñecos como los enanitos de Blanca Nieves. Felices Navidades, ¿para quién? No serán para ella.

No volver a casa, no volver con el padre, cada vez más viejo, más loco, con esa cara tirante como cera y sus ojos siempre apagados, muertos, cuando vuelve los sábados por la noche. No volver a ese pueblo de hielo, bajo esa boca negra e inútil, al lado de Molina, que ni siquiera bebe en días como estos, en tanto el bar estalla y el río baja hinchado, amenazando nieve. No volver nunca atrás, no perder ninguno de aquellos fatigosos escalones que tanto trabajo cuestan, que no es fácil recuperar una vez que ya se ha estado arriba, encima de ellos.

O quizá, después de todo, al sobrino de Molina le pase lo que a la madre en verano, en su pequeña plaza, con las vecinas: que haya visto demasiadas películas. No hace falta tanta complicación como imagina; tan sólo ver las cosas con claridad, simplemente. Molina no es ciego, ni tonto tampoco. Les ha visto marchar juntos muchas veces. ¿Por qué no pudo él mismo hablar con su hermano, cara a cara, sin teléfono ni nada? ¿Por qué no pudo acercarse también él a la ciudad, cuando se pasa el día, ahora, mirando el río, encendiendo lumbre, escuchando la radio, leyendo los periódicos, igual que el padre? ¿Por qué no pudo hacerlo?

Y si lo hizo, también, ¿por qué? Por vengarse, quizá; quizá porque la quiere, y eso puede que venga a ser peor; puede que quiera mantenerla allí, al pie de la negra boca para toda la vida.

No volver hacia atrás, no dejarse vencer ni por Molina, ni por su hermano, ni por aquel sobrino que ahora huía, se marchaba a Madrid. A medida que el coche de la venta aminoraba la marcha en las curvas, procurando evitar las lastras de hielo, cada vez más numerosas, se convencía más de que aquella denuncia, si es que había existido, era cosa de Molina. Aunque tarde —casi reía para sí—, a pesar de su aire impasible, paternal, aunque su propio hermano se lo tomara a broma, también era capaz de sentir celos y, a fin de cuentas, amor por ella, envidia de ese sobrino joven que venía cada sábado a humillar a todo el mundo con la paga, que ya no volvió más, ahora que su regalo llegaba por correo. De pronto su rencor hacia las dos hermanas se fue, voló como ellas mismas, como el batir lento y pesado de sus grandes alas negras.

No habían sido ellas, y era quizá peor si Molina no quería soltarla. Si la fortuna no cambiaba para los dos, estaba dispuesta a que al menos cambiara para ella.

En estos días en que apenas se trabaja, sólo cabe esperar, pensar, imaginar que Agustín viene ya de camino, que se encuentran al otro lado del puente de la niebla, que sus manos y sus bocas se rozan, que quizá se devoran como las otras bocas. Esperar, ser más amable con Arturo, que no es tan tonto, ni tan mala persona, tan mal pensado como le juzgó al principio, y alargar el trabajo por la tarde con doña Magdalena, gracias a la cual, a fin de cuentas, y de su vago parentesco con Muñoz, tiene aquel puesto allí que, aunque aburrido, por lo menos resulta cómodo. Porque aun siendo pariente y todo, no todo el mundo, y menos a su edad, quiere tener al demonio a su lado. Así pues: alargar el trabajo, ayudarla en algo si se puede, y después, prolongar, matar ese tiempo que resta hasta la cena bajando a través de la muralla de gente, sobre todo a la altura del Casino, hasta la niebla donde se encienden las estrellas y el río suena con su voz velada y oscura, o en caso de que el frío arrecie demasiado abajo, huir del tumulto de la calle mayor, en sentido contrario, subiendo, casi trepando, hacia donde esa misma calle nace, al pie de lo que queda del castillo, en donde hay unos jardines ahora y las instalaciones de la emisora local. Es una radio modesta, donde la voz de los locutores suena —como cierto día oyó decir a Arturo— igual que si hablaran desde el retrete, que emite pocas horas al día y calla, como todo en la ciudad, apenas iniciada la noche. Es mala, pobre, como de aficionados; emite anuncios que son como colectas, avisos de alguien que quiere vender un carro, un traje usado, una buena partida de estiércol; pero su luz, allá arriba, anima, abriga, levanta el ánimo cuando se está a su lado, sabiendo que tras sus ventanas iluminadas hay alguien, debajo de la pequeña antena, a trozos roja y a trozos blanca. Desde allí, en los días de niebla, la ciudad se borra abajo; es como estar en el cielo, en el pico de una alta cordillera; las estrellas se estremecen arriba y las otras de neón, abajo, son como luminarias fijas, paralelas. Además, es un frío distinto, que no hiera ni duele debajo del abrigo, que es bueno para esperar en estos días que ni son de fiesta, ni de trabajo, laborables, aguardar a que Agustín cumpla aquella promesa que nadie le pidió, o que alguien hable, comente o critique estos mismos paseos en la capilla o en las tertulias que se quedan rezagadas al terminar el culto. Pero nadie dice nada. Es como si la vida siguiera normal, como siempre, y para ellos bien puede que lo sea. Pero seguro que hablan, algún comentario tiene que haber a su alguna que otra falta a la capilla. Quizás ellos esperan también, quizá para el verano llegue el primer aviso, alguna amonestación amable del Consejo de Ancianos, aunque les tiene que ser difícil por el recuerdo de Sedano y también porque tales avisos, como ya se vio en el caso de Molina, suelen surtir un efecto opuesto al que persiguen. Te pueden expulsar por rebeldía al padre, pero el padre no vive, por trabajar en domingo, por vivir en concubinato, lo mismo que Molina, o por alejamiento y frialdad, es decir: por no

asistir habitualmente a la capilla.

Y, sin embargo, Ella no comenta, apenas dice nada, ni siquiera ante el arreglo de la nueva alcoba. Sólo queda esperar, dejar pasar el tiempo, matarlo de algún modo, mirando esos cristales como flecos, como espuma de nieve, mecidos por los invisibles remolinos del patio. Menos mal que, por fin, se decidió a nevar. Fue como si todos, chicos y grandes, se quitaran una preocupación de encima; igual que si anduviera por medio una cosecha. Todos aseguraban que así el frío se iría, a medida que ellos iban llegando enfundados en sus gorras y botas, en sus pesados y toscos abrigos nuevos. Como siempre, los niños fueron lo mejor, quedaron convertidos en héroes de la fiesta, en el centro de la capilla decorada con transparentes en los que se leían textos bíblicos alusivos al nacimiento de Cristo.

Se les hizo preguntas a las que supieron responder, demostrando su preparación excelente respecto a los Libros Santos, y más tarde, para mayores ya, recital de poesías y textos españoles. Un muchacho recitó «La primera devoción es la obligación», aquello que comienza: «Como en la guerra el soldado que desampara el arma...», de Fray Luis de León, y otro, «El látigo», de Campoamor, y una muchacha esos versos de Lope de Vega, que dicen al principio:

*«Oh tú, que estás sepultado
en el sueño del olvido...»*

Y después de los últimos himnos, el Hermano Muñoz hizo un brillante comentario al capítulo segundo de san Mateo, cuando los Magos son avisados en sueños de los propósitos de Herodes acerca de aquel niño que acaba de nacer y que habían venido a adorar de tan lejos. Ese niño al que Herodes buscaría para matarlo.

—Pero, en realidad, yo me pregunto —su voz, como de costumbre, se va levantando poco a poco— si no matamos nosotros también a ese niño cada día, cada vez que pecamos, cada vez que ofendemos al Señor en obra o pensamiento. —Su voz, su mirada, que parece escarbar los rincones de la sala, llega, llena el corazón de Margarita, que ahora lamenta haberse decidido por fin a venir—. Muchos pecamos, todos pecamos, y no por omisión, sino muchos deliberadamente, en pensamiento y obra, no sólo los del mundo, sino también nosotros, con la falta peor: el pecado a sabiendas, aquel que no va seguido de un pronto y sincero arrepentimiento. Pensemos en el año nuevo que comienza, pidamos al Señor, oremos porque oriente a aquellos de nosotros, sobre todo, que se hallen perdidos; roguemos para que el hijo vuelva con el padre, el hermano con el hermano, la hermana con la hermana, pues, como Pedro dice, y con esto concluyo: «Es preciso ser templados, velar, porque nuestro adversario principal, el diablo, anda como un león bramando a nuestro alrededor, buscando a quien devore». Y alguno de vosotros, alguna de vosotras —Margarita tiembla—, puede caer, porque el diablo, ese león bramador, tiene a veces rugidos que suenan como una voz suave, armoniosa, que dice, que repite: «Total, hoy día, ¿qué más da?, ¿qué importa? En los tiempos que andamos, todo va tan revuelto como en

otras ocasiones de la Historia». A veces, sus rugidos son una voz tan suave, tan dulce como la del viento en Mayo, que anima los sentidos, los engaña, que envenena el alma, como si nunca más fuera a volver el invierno, esa muerte fría, eterna, del alma.

Y nevó en otros muchos lugares, sobre tantos y tan pequeños pueblos y capillas. Nevó en el centro, en las altas mesetas, donde hay Comunidades que, en realidad, no son sino una sola familia, reunida cada domingo en torno al viejo himnario, tan antiguo como el pueblo, como el castillo verdinegro que le domina. Y nevó también, aunque ya menos duro, sobre Galicia, bastión de los Hermanos, la bien poblada, la más creyente, orgullo de su fe con sus treinta y tantas parroquias en funciones, desde las más ricas con su hilera de coches a la puerta, hasta las más humildes, a la orilla del mar, mirando a la vecina al otro lado de la ría, más allá de aquel brazo de mar turbio, gris, cruzada en lanchón a pesar de los riesgos. Y nevó sobre Asturias, sobre sus altas capillas, perdidas al borde de las nubes, pegadas a los prados, tan duras de alcanzar por culpa de la humedad y el barro. Sólo en los pueblos de los valles bajos, junto a la carretera, hubo más gente que en anteriores fiestas, a pesar del estruendo de los camiones acometiendo los primeros repechos de los puertos. Las palabras del predicador tan sólo se entendían a intervalos, pero nadie quiso cerrar aquella vez las puertas, dejándolas de par en par, con su mensaje de paz y de oración, desde las seis de la tarde del día treinta y uno hasta las dos de la mañana, que ya era el día primero del año siguiente.

Y nevó en las ciudades mayores, sobre las grandes capitales, donde aquella primera semana del año no unía ni alzaba la fe tanto como allá en las aldeas, como en aquellas familias solitarias del Páramo. Tan sólo se salvaron las orillas del mar, aquellas rías donde apenas fue ventisca, lluvia sobre sus pinos rectos, como un joven ejército que bajara hasta el borde del mar a lavar sus ropas y sus cuerpos. Al borde del mar no nevó, ni tampoco en las islas más cercanas a la Península, ni en las otras remotas, con su penacho blanco dominante en lo alto, al pie del cual, y en uno de sus pueblos, circuló un coche dotado de altavoz invitando con himnos a los cultos Evangélicos, todo ello autorizado por el mismo Ayuntamiento, según la nueva ley de libertad religiosa. La vuelta no era tan dura como acá en la Península, con la helada brillando en las cañas de los álamos, en los negros espolones de las zarzas, por los caminos ateridos del Sur, con sus mil y una cuestas, con sus pueblos encaramados, blancos, flotando bajo la luna.

Y nevó duramente sobre el dado de paredes ocre, sobre su recia cúpula gris, maltrecha por el tiempo. Su valla tiene ahora una cinta blanca, un remate luminoso todo a lo largo, con cuatro blancos copetes en sus esquinas. En todo el Páramo, donde las huellas de los animales y los carros se han vuelto ahora de piedra, resuena la oración de los Hermanos cuando cesa el sonar de la campana. Los allí amparados, reunidos, se defienden, más que de esas ráfagas, de esa aguanieve que ciega de improviso; de sus pecados, de sus faltas, que Muñoz enumera; del demonio, de ese demonio que debe ser una mano helada y poderosa, como las blancas ráfagas que azotan el jardín, tan distinto de sus cálidos pecados.

Margarita está allí. Agustín continúa sin llegar, sin enviar siquiera noticias suyas. Ha aceptado, en realidad, por miedo a la opinión de los demás, para que no piensen los demás Hermanos que ni siquiera en días tan señalados como la primera semana del año se niega a volver, reniega de la casa donde el padre murió y Cecil pasó a la presencia del Señor.

Allí, en el dado ocre y blanco, están también los hijos de Muñoz en vacaciones, cantando también, entonando al unísono los himnos, para que a continuación el padre vuelva a su tema favorito en este nuevo año: el pecado, la justificación por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y las muchas persecuciones sufridas en pasados siglos. Los pecadores le escuchan, le miran, se distraen a veces, mientras habla de tiempos tan lejanos, pasados ya, infinitamente más duros que estos, cuando, por defender la propia fe, los buenos cristianos morían en la hoguera. Los pocos que allí escuchan, incluidos sus hijos, piensan que quizás esta vez no acierta, que el infierno no asusta tanto, tal como explicó Alfredo, el hijo, el día de la cena tradicional en casa. No asusta a los Hermanos del Páramo. Bien a las claras se ve que esta su relación de mártires no llega a conmoverles demasiado, pues, por un lado, ha pasado ya demasiado tiempo desde entonces y, por otra, saben bastante bien que esas hogueras ya nunca más volverán a encenderse para ellos.

—Además, papá, es que resulta un poco raro —dirá Alfredo en la cena, mientras va separando metódicamente las espinas del plato—, es un poco, ¿cómo diría?, gratuito (y perdona), hablar de los horrores del infierno cuando se han visto esas películas que ponen sobre los campos de concentración. ¿Tú has visto alguna, papá?

—No, no; aquí no ponen esas cosas.

—Pues yo sí, y te aseguro que no creo que el infierno pueda ser peor. Al menos el infierno que somos capaces de imaginarnos.

—Yo también las he visto —se apresura Adela—. Y también otra sobre lo que sería de nosotros si estallara otra guerra mundial, quiero decir atómica.

—Sí, la conozco. Se titula: «El juego de la guerra». Es difícil imaginarse algo peor, que pueda existir algo peor aún, en este o en el otro mundo.

—Es que vosotros salís, os movéis de aquí, veis esas cosas, pero la gente, los Hermanos a los que yo conozco, con los que yo me trato, piensan de otro modo; hay que hablarles de otra manera.

Por primera vez ven sus hijos a Muñoz batirse en retirada. Parece ir alejándose, haciendo causa común con Sedano, con Martínez, haciéndose, más que Anciano, viejo. Parece como si su lápida, esa en que se ensalzará su celo por la Comunidad, ya la estuvieran colocando a la entrada de la capilla, blanca y dorada, nueva, reciente, en tanto que el hijo continúa:

—A mí me gustaría tener esa seguridad que vosotros tenéis, o que (perdona) decís que tenéis, porque yo no creo, papá, en la fe absoluta.

—¿Qué fe absoluta? —pregunta Adela.

—No sé; la del carbonero, supongo; la fe de cerrar los ojos y no pensar ya más;

algo así como quien saca su billete para el viaje y ya sabe que tiene el asiento, la plaza reservada y que, tarde o temprano, llegará donde tiene que llegar, es decir, a la presencia del Señor en nuestro caso.

—Bueno, eso no es exactamente lo que yo digo.

—Pues perdona, papá, pero es lo que más o menos se saca en limpio, lo que habrá entendido aquellas pobres gentes.

—¿Y por qué las llamas pobres gentes?

—Bueno, sí, tienes razón —de pronto se queda pensativo—, quizás el pobre sea yo, y ellas, tal como viven y piensan, estén más cerca de la verdad, aunque lo dudo.

—¿Y por qué lo dudas?

—Porque, papá (y perdóname otra vez), tú sabes como yo que no existe esa fe como las piedras, esa fe de que hablaban en tiempos antiguos, sino la otra, que llega y vive y se mantiene, llena de dudas, que a lo mejor son las que, a fin de cuentas, te sostienen y ayudan.

—No seré yo quien te lleve la contraria en eso, hijo.

—Es que tiene razón.

—Yo creo que ya pasaron los tiempos de decir, de afirmar: «Esto es así, esto no, esto es verdad, esto es pecado». Yo te aseguro —Arturo se ha puesto la mano un poco dramáticamente sobre el pecho— que antes de condenar a nadie, tanto de entre nosotros, como de los que no lo son, de esos que llamamos «del mundo», lo pensaría mucho, me andaría con tiento.

¿Antes de condenar incluso a los Testigos? Podría decirlo, confesarlo ahora, pero ver así al padre acorralado, sin saber qué responder, amilana a Adela más que si fuera ella la que tuviera que defenderse del hermano. Y, sin embargo, el tiempo, esa primera semana del año, los días más propicios para nuevos propósitos, para acontecimientos y proyectos familiares, van pasando, y ella, Adela, no llega a decidirse. Y, a fin de cuentas, se trata de un acontecimiento familiar. Se trata nada menos que de una boda, aunque sea un matrimonio difícil de prevenir, preparar, llevar a cabo, antes de que Claudio vaya al Ejército allá por el verano y suceda lo que a la vez desea y teme tanto. Un día el pretexto es la edad del padre, otro, no amargarle sino el final de aquellas vacaciones, del poco tiempo en que toda la familia está junta, mas a medida que ese último día, el de tomar el tren para Madrid, se acerca, crece esa angustia que, como ahora, la mantiene en silencio, en tanto Arturo ataca. Arturo sí que debe saberlo porque para ellos Madrid es bien pequeño. Pero Arturo es generoso, es joven y lo entiende. Sus palabras suenan a razón, no a sermón como las del padre. Seguramente que con Claudio o Isabel llegaría a entenderse. Quién sabe si resulta que ha cambiado también. Ese modo de hablar, no va con los Hermanos. Ni tampoco el detalle curioso de que nunca le reproche el que no aparezca ya por la capilla. Quién sabe si resulta que tampoco él asiste. Lo malo, lo peor del padre, son los años, la edad; si no, ya lo sabría, lo habría adivinado, no sería preciso decírselo, le ahorraría el mal trago. Mientras los dos siguen hablando, o por mejor decirlo, mientras Arturo

explica para que escuche el padre, allá dentro, en su cabeza, se va alzando esa escena que Isabel explica hasta la saciedad, con todo detalle. La primera semana, ya todos de uniforme, mucho antes de la jura de bandera; todos allí formados, en aquel llano pardo rodeado de jara, con el pequeño altar y la trompeta de órdenes que señala la posición de firmes, atención o descanso. La trompeta que toca a arrodillarse y el recluta que sigue igual, en pie, lo mismo, firme. Los demás que le miran asustados y el sargento furioso que le ordena obedecer y que al final le lleva hasta la tienda arrestado. Es el comienzo de ese largo camino que Isabel conoce bien, el principio de un duro camino que se sabe al detalle, en el que sólo el final le resulta aún desconocido.

Al otro lado de ese cristal cuadrado y pequeño que da al Norte corren, se alzan, se enredan las blancas y bulliciosas manos de ese otro inquieto demonio de la nieve. Silba, ruge, canta, empuja la ventana. A veces, por los pequeños vanos que deja la madera, entra en forma de gotas que rezuman y crecen, a medida que se van licuando los copos en su lucha con el viento de afuera. ¿Cómo será? ¿Qué tiempo hará en Madrid para el sobrino de Molina? Seguramente que no tan duro, que frío simplemente, y él estará en su fiesta, en una de esas que con tanto entusiasmo explicaba, organizaba, vivía, bebiendo como un loco hasta perder esa gracia de la primera hora, esa manera suya, tan simpática, de hablar, de reír, de tratar, tan distinta del padre, para acabar, como quien dice, con la razón perdida. Seguro que a estas horas bebe, cualquiera sabe qué, o anda fumando uno de esos feos y mal hechos cigarros que le ponen los ojos como el fondo del río ahora.

Más allá del cristal cuyas esquinas redondea paciente el demonio de la nieve, alcanza el río ya la carretera. Lo mismo que la nieve, el demonio del agua va metiendo sus dedos por entre los resquicios del muro intermitente que los separa y defiende. Va metiendo sus dedos, invadiendo los cimientos agrietados, carcomidos de otros inviernos. Son —como Molina diría— igual que dos demonios en pugna sobre la grava del camino; uno intentando sepultarlo y el otro fundiendo esa misma nieve que a su vez le da vida, que hace crecer al río más cada vez, barriendo la monótona alfombra cada vez que consigue alzarse de su cauce.

Ahora no llegan ni las voces del bar, ni el ladrar intermitente de los perros. Más allá de la ventana que es ya sólo un redondo pedazo transparente, reducido aún más por su marco redondo y blanco, el pueblo es ya una forma ondulada, brillante, sin huellas de pisadas como en los días primeros, sin los rastros oscuros del ganado.

Sigue nevando y el río brama como los pozos remotos del verano, es un continuo clamar ese del agua al que, ni en sueños, se le puede apartar de la cabeza, al que nunca se acaba acostumbrando. No hay nada que hacer, nada se puede hacer, salvo sacar la leña de bajo el tejadillo que la defiende en el corral, secarla un poco y mantener encendida, día y noche, la cocina. Molina queda arriba, en la cama, bien

arropado hasta casi mediodía, hasta casi la tarde si se tiene en cuenta que ese día, más allá de las manos de la nieve, dura bien poco, no muchas horas después de comer, cuando la luz de afuera va bajando, en tanto la voz del demonio del agua se alza, crece, como queriendo borrar la carretera y las casas. Molina lee. De pronto ha sacado, no se sabe de dónde, sus viejos, antiguos libros, algún que otro cuaderno, cartas de Baffin, incluso recortes de periódicos. Pasa largas jornadas en la cama leyendo a la luz de la lámpara del cuarto que alza o baja su intensidad al compás de las aguas del río. A veces vuelve a tomar el libro, ese libro grande de tapas negras, y entonces el tiempo pasa rápidamente, como en viajes que él tan sólo conoce, hasta que cae dormido tal como alguno de esos remotos viajes le sorprende. Así va uniéndose, fundiendo el día con la noche, un día y otro día, como fuera se juntan, funden, una capa tras otra, el demonio del hielo y el demonio de la nieve. A veces baja a comer, a cenar, como recién llegado, recién de vuelta de uno de esos viajes con la barba crecida y esa cara redonda que se le va transformando de no hacer otra cosa que leer, que parece medir sus horas en la cama. Baja a comer y habla poco. Mira la nieve y si acaso, como una vaga justificación a su mala conciencia, promete bajar a la ciudad en cuanto desde el otro lado —del lado de la ciudad precisamente— consigan dejar libre el paso de la carretera. Arriba, metido en la cama, dormido a medias o leyendo envuelto hasta la cintura en su tabardo, no parece sentir el frío, mas su demonio sí y por ello ahora se queda a dormir abajo, en el escaño de la templada cocina. Ha colocado unas cuantas colchonetas y cojines sobre la madera, se ha bajado sus mantas y sus sábanas y al fin se acostumbró a dormir en su nueva y cálida cama, junto a ese ventanillo rojizo y luminoso, entrada de un diminuto infierno donde las brasas chirrían y crepitan hasta bien entrada la madrugada. Ahora su vida va, pasa, se halla entre esas dos ventanas, entre esos dos pequeños ventanales, entre las ráfagas de fuera y ese fuego que tanto se agradece. Molina dice que prefiere la cabeza fría, el cuarto frío para leer, pensar o meditar, no dormirse, no sentir el sopor del carbón quemado a medias que sale de la hornilla y que mantiene a raya al demonio de la nieve. Incluso ha prescindido de la radio que compró en sus primeros días de allí porque, asegura, cada vez le interesa menos lo que pasa en el mundo. Ahora, abajo, a la cabecera del escaño, se oye al hombre que predice el tiempo enumerar con parsimonia los puertos cerrados y los que ya pueden pasarse ayudados con cadenas, y también aquellas carreteras que durante algún tiempo continuarán intransitables, entre las que se halla siempre esa blanca, invisible bajo su manto, inundada a veces.

La nieve, cada noche, queda como un cristal, brilla en las breves rachas que abren arriba el cielo desde donde la luna mira con su ojo menguante, con su luz que vuelve los campos más blancos todavía, extendiendo su velado resplandor sobre el río y los tejados, de tal forma que no llega a saberse si ese mismo resplandor nace del cielo, del agua o de la tierra. Ahora, más allá del cristal, de las tapias sin forma que limitan la casa, se oyen, de cuando en cuando, voces, pasos mullidos de gente que camina, negras formas que son tabardos, chanclos, botas o simples mantas a modo de capote.

Se oyen, se escuchan voces, alguna opinión sobre si la radio acertará o no, sobre si seguirá nevando todavía, o si aquel cielo despejado a medias acabará barrido de una vez por el viento.

Después, a la noche, otras palabras, tras la música suave de la radio. Se cierran los ojos y entre el demonio de la nieve y aquel otro del fuego, se recuerdan aquellas fiestas de niña, de pequeña, aquella vez que le tocó dormir con otra niña, en la misma cama con ella. Ahora se asombra de con qué tranquilidad, con qué seguridad se desnudaba la otra y de su timidez, en cambio, de su mentira cuando dijo que no tenía sueño, de lo nerviosa que estaba, sin conseguir cerrar los ojos en toda la noche, vestida, encima de las sábanas y la otra sólo en combinación, debajo de ellas. Se veía que estaba acostumbrada a estas fiestas, a desnudarse entre mujeres, a aquellos bailes y tómbolas interminables, a la luz de unas pocas bombillas, en los prados repletos de parejas. ¿Por qué fue a aquella fiesta? Quizá por complacer a algún pariente, a amigos de los padres. A él, al padre, le recuerda bien, su cara, su ademán lejano, como a muchas leguas, en la ciudad quizás, y sus ojos después de aquella cena inacabable, su gesto, nunca supo de qué, si de melancolía, de hastío o de tristeza. Fuera, la luna sigue, y el hombre que predice el tiempo asegura que va a mejorar. Ojalá acierte porque, a pesar de las previsiones de Molina, hay que andar ya tasando la leña y si el demonio rojo no vive todo el día, sería preciso volver otra vez por las noches a la alcoba de arriba, a la cama de Molina, y su cuerpo, ahora, le empieza a resultar tan extraño como aquel otro cuerpo de la chica que tan bien sabía desnudarse, que tan acostumbrada estaba a esa clase de fiestas.

—Sí, ya lo creo que es un invierno largo, Margarita. Es un invierno duro de verdad, aunque (también hay que decirlo) nos estábamos acostumbrando a mal, a esos tan suaves que apenas se notaban, de los últimos años. Yo en eso voy notando que me pasa el tiempo, quiero decir la edad. En que me apetece, me va más el verano. Cuando se es joven gusta más el invierno, o al menos a mí me gustaba. Claro que usted es joven todavía, por eso no me extraña lo de sus paseos hasta el río, con niebla y todo.

—De todos modos la nieve, aquí, ya dura poco.

—Ahora sí, pero no hace tanto, la teníamos meses enteros.

—Allá en el pueblo, de pequeñas, a veces pasábamos semanas enteras con la carretera sin despejar.

—Sí, es verdad. Será que el clima, como tantas cosas, también evoluciona. Los tiempos cambian —suspira la señora—, no sé si para bien o para mal, pero es verdad que ya son diferentes, sobre todo para los jóvenes. Usted debe saberlo mejor que yo.

Bien; esas palabras podrían ser una alusión al viaje a Barcelona, a Agustín, incluso a su espera, que puede que adivine. Nada tendría de particular que hubiera charlado del asunto con Muñoz. Por algo son parientes y hasta de cuando en cuando

se visitan. Además, en estos días y en una ciudad pequeña, se guarda mal un secreto, suponiendo que este lo sea. Sería más fácil preguntarle a ella, a la señora, que a Muñoz, su pariente, que seguro va a responder con algún sermón o, lo que es mucho peor, con evasivas. De todos modos, si la señora se refiere al viaje a Barcelona, es lo mismo, da igual. Dentro de poco Arturo echará el cierre y hasta el lunes no volverán a verse. Pueden pasar, suceder infinidad de cosas de la vida y la muerte en dos días tan sólo, puede no volver el lunes al trabajo, morir, vivir, marchar en busca de Agustín como antes se fugó de Barcelona o romper a llorar de pronto en plena calle, como le sucedió no hace más de una semana. Dos días son un plazo tan largo como se quiera. Ya que Muñoz calla y la señora parece dispuesta a hablar, procedamos con calma, como Emilio aconseja, vayamos por partes, como dice, seamos sagaces como se lee en los Libros, repitamos una vez más:

—Sí; creo que tiene usted razón.

—Me refiero (usted debe saberlo también) a la hija de Muñoz, mi pariente tan amigo de ustedes.

—Sí; sí que lo es.

—A la hija que se le casa. Parece que le entraron las prisas de los jóvenes de ahora. Le planteó el asunto al padre; poco menos que un ultimátum.

—¿Y qué dijo Muñoz?

—¿Qué va a hacer? Lo que se hace en estos casos. Le preguntó si lo tenía bien pensado. En eso sí que los tiempos no varían. Pero lo curioso no es eso, lo que más le ha dolido, por lo visto, no son las prisas —alza el rostro y sonrío—. Lo malo es que la hija se le ha convertido, como si dijéramos, se ha hecho de estos que tanto nombran ahora.

—Testigos...

—Eso, justamente, Testigos, esos que se niegan a ir a la guerra. Parece que fue él quien la convirtió —sonríe otra vez, más allá de sus gafas—. Eso también sucedía en mis tiempos.

Dan ganas de sonreír igual que la señora imaginándose a Muñoz tratando de convencer a los demás con sus sermones y dejando escapar a los propios hijos, imaginándose también a su mujer, las largas discusiones entre los tres y el hijo, si es que las hubo, si es que a la hora de tratar esos problemas en casa pone tanto ardor como siembra en sus capillas. Tras de Molina, la hija de Muñoz. No es de extrañar entonces que los Ancianos tengan apenas tiempo de fijarse en si aparece o no por los cultos. Mal comienzo del año, aparte de la nieve, para los Hermanos, y bueno —según puede apreciarse— para los Testigos.

¿Y Agustín? ¿Vendrá ahora a resultar que también lo es? Callaba demasiadas cosas o contestaba a medias. Y al rumor de la conversación, al calor del brasero eléctrico, incluso Arturo se ha acercado con esa forma de escuchar tan suya que parece que se le alargan las orejas. Al fin no puede contenerse más.

—Entonces es que son como los hippies...

—¿Pero qué dice usted?

—Perdone, pero, ¿no dicen que no van a la guerra?

La señora no responde, sólo le mira, y Arturo tiene que alejarse bien a su pesar. Y, sin embargo, Arturo no es tan tonto ni tan malo. Se le podría, se le debería explicar en qué consiste cada cosa, pero es dudoso que la misma señora lo sepa. Se le podría explicar que los Testigos no creen en la Trinidad ni en el infierno, cosas que probablemente a Arturo no inquietan, que no tienen templos, en lo cual coinciden con él y que, según Agustín, se reúnen una vez al año en lo que llaman «Salones del Trono». Pero la gente por lo que más les conoce es por eso de negarse a ir al ejército, a la guerra.

Entre los Hermanos, Arturo no tendría ese problema. Sí, Arturo podría llegar a ser un buen Hermano si no fuera tan inconstante, tan veleta. ¿Será Agustín así?

Sólo cabe esperar (ya espero, ya hace que espero, que le espero no sé cuantos años), esperar una carta, un aviso, una llamada, que Emilio al menos aparezca por aquí y explique, cuente algo. Esperar a que se vaya haciendo de día, a que se vayan marcando los bordes y rincones de las ventanas. Ya se ven, ya se notan, me levanto, pero no es que amanezca, es que hay luz en la casa, en el piso de enfrente. Me levanto casi a ciegas, tiritando. Tienen los visillos tan sólo corridos a medias. Se ve que el piso lo alquilaron al fin, que hay vecinos enfrente. Bueno; mejor, siempre es mejor algo de compañía.

Y la nieve fue huyendo, se hizo baba, espuma de la tierra, luego tierra misma y más tarde quedó solamente arriba, en la montaña solitaria. Los caminos seguían duros, con las huellas de hombres y animales impresos, moldeados en ellos, pero ya el sol amanecía más fuerte y se hundía a la tarde menos tumbado en su carrera sobre el Páramo. Ya los negros muñones de las viñas iban perdiendo su escarcha plateada y los cansados brazos de los olivos desparramados por los bancales iban perdiendo el verdín con que Enero los velaba. Ya el río no arrastraba sus cristales de hielo y comenzaban a bajar por él las rápidas corrientes de lejanos neveros. Ya los hornos dejaban escapar su humo delgado y recto, cuando Sedano subía a la tartana rumbo a la capital, rumbo al tren de Madrid, para encauzar definitivamente el asunto de la capilla, de aquella diminuta iglesia que Cecil y él pensaban alzar por vez primera en las tierras del Páramo.

Ya antes fue precisa una declaración del pueblo en la que el mismo pueblo pidiera, o no se opusiera al menos, a tal obra, pero el pueblo, en realidad, era el Alcalde, y en tanto que el Alcalde no cambió, nada se pudo hacer, ni siquiera a través del embajador inglés en la otra capital, en la del Reino.

Pero aquel mes que se llevó la nieve, barrió también al Alcalde y trajo otro nuevo. «Ahora es la ocasión apropiada» —dijo Sedano como quien planea una operación militar— y pidiendo la tartana, se fue en ella en busca de una opinión favorable a su

proyecto. Y la opinión favorable en la pequeña capital la obtuvo. La votación había sido favorable a la capilla, pero él necesitaba una copia ante notario de que el pueblo aceptaba, y todos los notarios se negaban a ello. Sólo uno, viejo ya, se decidió a marchar con Sedano a la oficina que encontraron cerrada, vacía.

—Y ahora, ¿qué me dice usted?

—Le contesto que vamos a abrirla.

—No irá a decirme que trae también la llave.

—Sí señor, tiene razón, la traigo.

Y ante los ojos divertidos, incrédulos de aquel viejo notario olvidado, Sedano descargaba una y otra vez todo el peso de su cuerpo sobre la cerradura no muy fuerte de la puerta. Y cuando, al fin, las hojas cedieron, le invitó a pasar.

—Adelante. Ya puede hacer usted tranquilo su trabajo.

Y el anciano notario lo llevó a cabo, tal como había venido: un poco solemne, un poco curioso y, también, un poco divertido.

—No sabe usted lo que ha hecho por el triunfo del Señor —había exclamado Sedano, con la copia del acta en la mano.

—Pues no lo sé, es verdad. Yo sólo sé que cumplo con mi oficio.

—De todos modos, sepa que nuestra Comunidad se lo agradeceremos siempre. Cuente usted conmigo, con nosotros, para lo que quiera, para cualquier cosa que necesite.

—Bah, no tiene importancia, créame. En realidad, a mi edad ya no hacen falta demasiadas cosas y dentro de unos años me imagino que necesitaré menos todavía. Yo me atengo a lo que siempre me guio en mi vida y mi carrera, a lo que la ley me dicta y me ordena mi conciencia. Por eso he venido con usted —le tendió la mano—. Ya sabe dónde me tiene, y que tenga mucha suerte en Madrid, porque allí las cosas —miró la puerta en el suelo, con las bisagras rotas— resultan más difíciles.

Y siempre recordaba aquellas palabras, cuando, tras tantos días de esperar, llegó por fin a presencia del Primer Ministro. Antes vinieron semanas de esperar y desesperar, de escuchar largos, complicados discursos en el Senado. Discursos que jamás entendía, unas veces por falta de interés y otras porque realmente no estaban a su alcance. Y siempre, igual esperanza: quizás en los pasillos, puede que en el buffet, o mejor en la biblioteca. Pero siempre aparecía lejano, visto desde allá arriba, desde aquellos asientos escalonados como los gallineros de los teatros, o desde la tribuna de los periodistas, con su barandilla blanca y dorada, también parecida a la de los teatros. Allí, en cambio, le era preciso aguantar de pie porque los otros, los periodistas, con sus blocs y sus lápices, lo acaparan todo, se notaba que estaban en su casa, a veces tan ausentes como él y otras dejando resbalar el lápiz a todo cuanto daba de sí la mano, arañando, hoja tras otra, que a saber si luego eran capaces de descifrar en el periódico. Y abajo, en aquellos dos grandes bancos azules: uniformes brillantes, lustrosas levitas y algún cardenal u obispo romanista, vestidos de rojo, a ambos lados de la mesa de taquígrafos. Era aquello como en la capilla, pero más solemne, todo

más rico con su rojo y pomposo dosel y la tribuna pequeña para los discursos. Todo era parecido a la capilla, una capilla grande, en cuyos muros, en vez de letreros con citas del Antiguo Testamento, había nombres de famosos personajes que él nunca conocía. Y era también diferente en los palcos, grandes, como para ilustres personajes, tal vez reyes, príncipes o embajadores, y las otras filas de asientos de caoba, no tapizados de azul sino de rojo, como índice de distinta jerarquía. Una mezcla de capilla y teatro, de los dos tenía un poco, porque a veces los discursos era plácidos y a veces se encrespaban acabando súbitamente en una frase, como el final de un acto.

Mientras tanto, las cartas de Cecil llegaban puntualmente: «No te preocupes. Todos estamos bien, todo marcha lo mismo, no desesperes», y él, aunque siempre tranquilo, perdía cada día un poco de esperanza, convenciéndose al tiempo de la poca influencia que allí, en la capital, tenían los Hermanos.

Y, sin embargo, cierto día, allí estaba el Primer Ministro en persona tras su mesa, de un color que recordaba a la otra del Senado, con su piel verde rodeada de dorada cenefa, con sus papeles, sus libros y legajos y un gran tintero de corazón azul, anclado en medio de un mar inmóvil de cristal transparente.

—Siéntese, por favor.

Un secretario había acercado lo que debía ser el expediente de su asunto y, al primer vistazo, se veía que ya estaba enterado. El secretario había quedado a un lado, en la penumbra de aquella luz, de la pantalla verde que hacía parecer aún más pequeño de lo que era en realidad el despacho. Allí estaba archivado todo en perfecto orden: la compra del terreno, cartas, declaración, protestas, declaración legalizada por el viejo notario.

—Usted conocerá seguramente el artículo once de la Constitución.

—Sí señor —respondió, lamentando errar el tratamiento.

—Dice: «Continuará la libertad de conciencia, y a todas las religiones les será permitido tener un local y predicar lo que consideren justo con tal de que den aviso de ello al Alcalde del pueblo, veinticuatro horas antes de comenzar el servicio».

Bien, todo aquello no tenía mucho que ver con su empeño de levantar la capilla pero debía ser como un preludeo por parte del Ministro, seguramente un buen comienzo de aquella serie de entrevistas nocturnas, siempre a última hora de la noche, ya pasadas con holgura las doce.

—Quiero decir que este Gobierno —había continuado en el mismo tono solemne que allá lejos, en el Senado— está dispuesto a mantener la Constitución a todo trance. Apenas un leve ademán y ya su secretario alzaba el brazo abocinado del teléfono pidiendo conferencia oficial con aquella lejana ciudad de donde Sedano saliera ya hacía casi mes y medio.

Allí acababa aquella entrevista primera que luego habría de prolongarse en otras noches semejantes hasta llegar a conseguir el definitivo documento.

En tanto, los largos y monótonos días se sucedían como si fueran años, tan

despacio venían. Sedano los llenaba con visitas a otros Hermanos y, cuando estas se acabaron (tan pocos eran en la capital), asistiendo a los cultos de otras Iglesias supervivientes de la Segunda Reforma. Así los Evangélicos con su iglesia en la calle Leganitos y su escuela en la de Vallermoso, en las afueras de la capital, en pleno campo, entre eriales y desmontes, lo mismo que si estuviera en pleno Páramo, aunque aquí, al menos, había un tranvía para llegar hasta ellos.

Del Páramo llegaban siempre las mismas cartas, idénticas noticias: que oraban cada día por el éxito de la negociación, que no cesara, que seguían esperando con la fe puesta en él y en el Señor, y que seguían dispuestos a esperar cuanto hiciera falta. Mas a pesar de aquellos ánimos de Cecil, un día, o mejor una noche, el Ministro le tendió por encima de la mesa, bajo la verde tulipa, una carta. Por su gesto daba la impresión que allí concluía definitivamente la gestión.

«Ha llegado a noticia de S.S. y Rmo. el Obispo mi señor, que por orden de ese Ayuntamiento se está construyendo un cementerio civil junto al católico dejando sólo un pie de distancia de la pared del uno a la pared del otro. En su virtud, me encarga que le diga a usted como lo hago de su orden, que luego reciba esta comunicación, proceda a separar el susodicho cementerio civil del católico a la distancia que mandan las leyes; advirtiéndole que, de no ser así, inmediatamente pasará el asunto a tribunales y se tomarán contra usted otras medidas (excomuniación en puertas) que le sean muy sensibles, cosa a la que esperamos no dé usted lugar. Dios guarde a usted muchos años.»

Detrás vino la fecha y al final un suspiro de alivio, porque la carta no estaba dirigida a él sino al Alcalde de un Ayuntamiento cuyo nombre ni siquiera conocía. Cuando alzó los ojos vio que el Ministro, por primera vez y aunque poco, sonreía.

—Sí; es cierto que no va dirigida a usted, pero se la he hecho leer para que vea cómo están las cosas. Este asunto de los enterramientos civiles es en estos momentos uno de nuestros mayores quebraderos de cabeza.

Por un momento parecía que la distancia entre los dos, por encima de la mesa de caoba, se hubiera reducido y también por ello quizá se le notaba al Ministro como más cansado y, quizá por culpa de la doble tulipa verde, además de cansado, envejecido.

—Bien, hoy no tengo más noticias para usted.

Entonces ¿para qué le llamaba, a qué le hacía ir hasta allí? Quizás él también necesitaba compañía a esas horas tan poco comunes, tan raras, tan extrañas, quizás aquellas largas conversaciones telefónicas, atento a la negra bocina, resultaban para el Primer Ministro una forma especial de descansar.

Mas para él los días eran ya insoportables de tan largos, sin apenas otra cosa que hacer salvo escribir puntualmente a Cecil. «No importa —respondía invariablemente en cada carta—. No te preocupes por mí y continúa en tu puesto. Aquí seguimos

trabajando y orando por el triunfo de tu empresa, que es la de todos, del Señor, la nuestra.»

Y un día, al entrar en el despacho del Ministro, en la penumbra verdosa de siempre, le descubrió esta vez en pie, con algo como un papel escrito en sus manos. Con sólo verlo supo que allí acababan sus días en la capital, su espera unas veces incierta y otras francamente aburrida a pesar de sus paseos por la Puerta del Sol y Alcalá, hasta ese parque tan lleno de niños y de hermosos árboles sobre todo, que daban ganas de arrancar unos cuantos y plantarlos en el Páramo y también en el solar donde ahora iba a alzarse la capilla.

—Tenga —le tendía el documento el Ministro—. Ahora lo demás depende de usted. Y le aconsejo que se dé la mayor prisa posible.

La mayor prisa posible, el tren, toda una noche intentando dormir —él, que dormía siempre—, como si fueran a robarle aquel precioso documento del bolsillo. Era absurdo, pero si perdía aquel papel, ¿quién sería capaz de volver a molestar al Ministro?

Cuando el alba fue naciendo más allá del cristal, nacieron con ella sombras, perfiles, como huidizas telas de arañas que corrían. Ahora que cada golpe brusco del vagón en las curvas o el escándalo sordo, amenazante de los puentes metálicos, le acercaban a Cecil, sentía en sus huesos y en su carne maltrecha cómo se iban aflojando las fuerzas, cuánto pesaba, cuánto debía valer el documento aquel, que así le devolvía de la capital, cuánto era su deseo de volver a casa, de abrazar a Cecil, de charlar con ella hasta la amanecida, contarla su aventura y al mismo tiempo sentirla cerca, oído contra oído, boca con boca, sentir, palpar aquella suave ropa, aquel cuerpo tan leve hasta ir callando en otro amanecer como este cuando la soledad, el vacío de la alcoba, se fueran llenando de ella, de su cara y sus manos tal como el Libro dice: «Dando el nardo su olor y el amor un manojito de mirra entre sus pechos».

El tren, la tartana o un caballo. La tartana de siempre y la villa que quedaba a sus espaldas con el repicar temprano de sus iglesias.

Y al fin, cruzando el paso a nivel que quizás era el del mismo tren que le trajera, allá estaba la montaña pelada, oscura otra vez, salvo su copete blanco.

—Allí, allí cerca es —le había explicado, aún a sabiendas de haberlo hecho antes.

—Sí; ya lo sé. No se preocupe. Todos le conocemos. Es el pueblo de los protestantes.

—Bueno, es que hay alguno otro más en la provincia.

—Eso sí que no lo sabía, ya ve.

—Hay por lo menos tres. Aparte de la capital.

—¿De qué capital?

—De esta —y señalaba, a sus espaldas, el camino que dejaban atrás.

—Creí que me decía usted en Madrid. Allí sí que debe de haber en cantidad.

—¿Y por qué en Madrid precisamente?

—Hombre, porque allí tiene que haber más de todo. De lo bueno y de lo malo.

No había llegado a aclarar qué entendía por bueno o por malo, pero bien a las claras se veía que aquel asunto no le quitaba el sueño.

—A fin de cuentas —concluía aburrido— protestantes y católicos vienen a ser igual. Todo lo fían a la otra vida, no a esta. La verdad es que no sé por qué andan cada día a la greña. En la otra vida todo va a ser mejor para los buenos, eso ya lo sabemos todos. Lo malo es lo que queda todavía de esta.

—¿Usted no es creyente?

—Cuando nos encontremos allí —rio vagamente— ya se lo explicaré, ya le diré qué tal me pinta. Si tenían razón ustedes los protestantes o los otros.

—¿Y por qué sabe usted que soy protestante?

—Pues hombre, en primer lugar, por el pueblo a que va, porque aunque usted no se acuerde, ya le llevé y le traje una partida de veces y sobre todo, más que por nada, porque con ustedes, más tarde o más temprano, siempre se acaba hablando de lo mismo.

El pueblo ya estaba allí, con su humo como torres delicadas, con su barro en las calles sin secar aún, brillando en millares de pequeñas ciénagas, con algún ladrido imprevisto, en los golpes del corazón retumbando allá adentro. No le esperaban tan temprano. Alguien quiso salir a recibirle pero Martínez había dicho —no sin parte de razón esta vez— que aquello lo considerarían como manifestación pública, sin petición previa, y eran ganas de tentar a los demás ahora que, por suerte, la Justicia estaba de su parte. Mejor era recibirle en su casa, pero nadie se figuró que llegaría tan temprano, todos creyeron que se quedaría en la ciudad, al menos unas horas, lo suficiente para descansar un poco e informar a los otros Hermanos. Por ello estaba vacía la casa donde la voz de Cecil, oyendo el rechinar de la tartana, el rumor de los cascotes del caballo, ya le llamaba, antes de detenerse.

Y Sedano había subido, tras pagar rápidamente, había subido con sus huesos rotos, con su carne dolorida, en pos de aquella voz que le llamaba desde la alcoba, que parecía guiarle, enlazarle, llevarle a tientas por la blanca escalera de pino hasta la habitación donde Cecil preguntaba: «¿Lo conseguiste? ¿Te dieron la razón, ese permiso?».

El permiso, la razón, allí estaban. Cecil leía el papel del Ministro con esos ojos que eran como aquellos otros tan grandes, dulces, gastados, huidos, de los no muy lejanos tiempos de la peste. Aquellos ojos, aquella piel rompiendo los pómulos, los labios afilados, blanquecinos.

—¿Por qué no me avisaste?

—¿Avisarte de qué?

Y él, Sedano, continuaba mirándola sin atreverse a contestar, recordando aquellas cartas, su «aquí todo va bien; aquí oramos al Señor por nuestra causa». Bien, aquella era su victoria final, una victoria de escuálidos brazos, de dedos azulados, de cercos color ceniza en torno a los profundos ojos. Y allí mismo, junto a la ventana, más allá de la cual nacía el humo de los hornos, lloró Sedano por primera vez sobre el papel

que arrastraba a Cecil más allá de la vida. Y mientras, Cecil, como si ya se hallara lejos, hablaba del solar y los obreros, de los turnos, de las horas de trabajo, hablaba con aquella voz tan distinta ahora, suave y apagada. Era un combate más, un desafío más entre ambos miedos: el miedo a preguntar y a responder, a hablar de otra cosa que no fuera la futura capilla. ¿Y el cementerio? ¿También lo ampliarían? Y Sedano cerraba los ojos, los oídos oyendo preguntar, a aquella cabeza hundida, sepultada ya, en la blanda y blanca sima de la almohada, preguntar por aquella tierra baldía, donde quizás ella fuera a parar la primera.

Después vinieron las explicaciones, a medida que la casa se fue llenando, no de caras alegres, victoriosas, como pensó en Madrid, sino de aquellos rostros que unas veces huían, otras daban tímidas enhorabuenas y a veces se justificaban: «Ella nos lo prohibió; ella dijo que era preciso no preocuparte, no hacerte abandonar tu puesto, allá en Madrid. Tú la conoces bien. No quiso tan siquiera que llamáramos a un médico».

De modo que la capilla se fue alzando, trabajando en ella todos los Hermanos, cada cual con su esfuerzo, en su medida. Aquel chato y cuadrado perfil tomó forma, con sus ventanas diminutas y su leve tejado, rodeado de la tapia que le daba aspecto de lo que realmente era: una pequeña, solitaria fortaleza. Como una fortaleza del Páramo se le rodeó de aquel fuerte cinturón de piedra, a propósito del cual hubo gran disparidad de pareceres sobre si debería sembrarse de cristales como tantas otras en el mismo pueblo, para evitar que los chicos o los grandes la saltaran como ya había sucedido en otras partes.

Y al tiempo que la capilla, aprovechando el permiso y aquel ímpetu de todos, comenzaron a mejorar el cementerio. En realidad, ¿en qué consiste un cementerio?, preguntaba Sedano. No se trata más que de cuatro paredes, como las levantadas en torno a la capilla. Cuatro paredes, cuatro muros encerrando un poco de aquel Páramo frío y hostil ahora, pero que luego se volvería oscuro, dorado, blanco, gris, violeta, desde la primavera que ya venía apuntando, hasta el largo y próximo verano. De él habían salido y a él habrían de volver, se gritó casi en el culto, cuando lo terminaron. Aquel Páramo era como el Señor: él hacía crecer las criaturas, él las alimentaba, daba amparo y salud y muerte a veces; y también las multiplicaba, y una vez su hora llegada, recibía en su seno sus cuerpos, en tanto que las almas volaban al cielo. «Así es el Páramo —clamaba Martínez—, así es Nuestro Señor», en tanto ya los ríos aumentaban a costa de aquel blanco capuz de la montaña cuya sombra giraba cada vez más cercana de su falda. «Así es el Páramo, como Nuestro Señor, nuestro Gran Padre, que vela por nosotros de igual modo que velará en nuestra capilla y sobre este cementerio nuevo que no debéis temer, sino considerar como morada o tránsito hacia la auténtica morada celestial, en el seno del Señor nuestro Padre. Y ahora os propongo un himno y un momento de silencio y oración por aquel de nosotros que primero reciba tierra entre estos cuatro muros.»

Y ya tras las estrofas primeras de «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro

pronto auxilio en las tribulaciones», cada cual miraba aquel pedazo de tierra, con sus piedras, cantos y ortigas, como un campo de batalla para la que Martínez estuviera pidiendo voluntarios. Y más tarde alguno de los Ancianos reprochó a Martínez que hiciera odiar ya de antemano aquella tierra, con sus torpes palabras, con palabras que no venían al caso. Y algunos, muchos, pensaron también, durante aquel largo instante de silencio, que él sabía, como todos, quién sería la primera persona que iría a dar en aquella tierra con sus huesos. Todos callaron sin atreverse a mirar hacia atrás, hacia aquel balcón de la casa de piedra, desde el que, a su vez, debían dominarse ambos cementerios, aquel balcón abierto en cuanto el sol templaba, pero más allá del cual nadie se veía, al cual nadie asomaba, por el que nadie preguntaba a Sedano, ni siquiera cuando se supo que había pedido el coche, ni siquiera cuando el coche estuvo toda la mañana y una tarde entera parado a la puerta de la casa, inmóvil, con el dueño en la cantina, sin saber hasta cuándo tendría que esperar, y el caballo luchando con las moscas. Quizá, por ser verano, preferían viajar de noche, o quizá por alguna de esas rarezas suyas, de Sedano o de la inglesa. Pero al día siguiente, el coche ya no estaba allí y la casa apareció cerrada y callado el susurro de la fuente. Sedano sólo dijo a alguno que se iban fuera por un tiempo.

—¿Para mucho?

—Ya se verá. Según nos pinte. Ya escribiremos. De todos modos, ahora ya la capilla está terminada.

Nada más dijo. Nadie tampoco preguntó más. Nadie pensó tampoco que Cecil volvería.

Pero Cecil ha vuelto. Está como siempre a los pies de la cama, como intentando tapar esa ventana que engaña con su luz, como si fuera de día sin serlo. Al otro lado del patio, en el piso de enfrente, hay siempre dos mujeres. Una es mayor pero guapa todavía. La otra es la hija porque de todo lo que hablan, de todo lo que dicen, sólo se entiende que la llama mamá. ¿Tú crees, Cecil, que lo será, andando como andan desnudas por el cuarto? Es verdad que han venido ya días, noches de mucho calor de esos con los que Mayo amenaza, pero no es para estar así, ni mucho menos, sobre todo con las cortinas echadas a medias. Dice el portero que vienen a veranear, pero es temprano. Por la tarde pasean y a la noche se las oye volver, se las oye hablar en la cocina. Seguramente que cenan entonces. Luego vuelven, encendiendo luces desde el fondo de las demás habitaciones, hasta el cuarto que está frente a mí, frente por frente a la ventana de mi cuarto. Y la más joven es la que menos habla, la que más de prisa pasa ante la ventana. La mayor, en cambio, ni siquiera se fija si la da o no la luz, ni siquiera si está echada la persiana. La mayor, con sus pechos que ondulan, que se mueven al andar, va así, desnuda del todo, tan desenvuelta, cuando lo más difícil debe ser saber dónde llevar las manos, cómo hacer con los pies, cómo andar sin tacones, dónde taparse antes, dónde llevar las manos, si arriba o abajo, y al mismo tiempo

hablar, charlar sin parar todo ese rato. Tienen las dos largas conversaciones que parecen no acabar nunca, que continúan con la luz apagada porque se ve que duermen juntas, conversaciones largas en las que a veces se consigue entender algún nombre, no de mujer sino de hombre casi siempre. Luego, por la mañana, si se las encuentra en la escalera, son amables y alegres y hasta educadas, se diría que normales si no fuera por aquellas palabras del Libro Santo:

*La desnudez de tu padre o de tu madre
no descubrirás.*

Tu madre es; no la descubras.

*La desnudez de tu hija, de tu hijo o de la hija
de tu hija, no descubrirás, porque es desnudez
tuya.*

Y recuerdo cómo Virginia, desde pequeña ya, me hacía apagar la luz antes de desnudarse. Las dos nos poníamos el camisón a oscuras, no como las de enfrente, y si era de día, me hacía volverme, cara a la pared, como castigada. Yo, el cuerpo de Virginia no le conozco, justo al contrario que estas dos vecinas que pecan cada noche en su alcoba aunque también yo peque con la mirada, aunque tú no me juzgues, y calles viéndome así, pegada a la persiana, espiándolas, viendo a las dos ir y venir, ni tristes ni aburridas ni cansadas, sabiendo que dormirán hasta las once o las doce luego, que comerán después y se irán a lo suyo, que no sé lo que es pero que ya empiezo a figurármelo.

Di, Cecil: ¿peco yo? Si lo niegas es que eres el demonio de que habla Muñoz a veces, ese león rugiente, esa serpiente inmensa que anda tras de todos nosotros queriendo devorarnos. Yo sé que peco en ese blando colchón que trajo Arturo o su amigo, no recuerdo, como en la celda aquella que contó papá pecaban las mujeres, aquel día que yo escuchaba detrás de la puerta. Sé que peco también desde que no he vuelto por la capilla. Nadie me dice nada. Sólo un domingo, a la hora de la siesta, la puerta de la alcoba se ha abierto como si entraras tú, tan suave, tan despacio. Pero era Ella.

—¿Qué te pasa? ¿Estás mala? ¿Quieres algo?

—No; me estaba durmiendo.

—¿No necesitas nada, de verdad?

—No; no; de veras.

—¿De veras no estás mala?

—Estoy muy bien. De veras.

Y se fue según vino, cerrando la puerta como si de veras yo me fuera a dormir, como si no quisiera espantar mis pensamientos. Ni Ella, ni Agustín van a volver, lo sé, sólo quedan ya esas vecinas cada vez más desnudas y morenas y tú, Cecil, si es que eres Cecil, porque siempre te callas, si eres la que tanto quiso, amó papá en aquel

último viaje camino de la muerte.

Cuando al fin yo me duermo y tú te vas, me quedan esas vecinas por la noche y la señora de día. Menos mal que ya el tiempo va cambiando y no resulta tan duro el paseo de la niebla. A veces hasta acompaño a la señora a casa.

—Mujer, no te molestes —dice—. Tendrás que hacer tus cosas.

—¿Qué cosas? Yo, todo lo que hago, mi trabajo es con usted. Mi hermana corre con todo lo demás. Entre ella y la asistenta se arreglan con el poco trabajo de la casa.

Un día me ha invitado a subir a la suya, cosa bien rara aquí. Me dio té que yo creía que sólo lo tomaban los Muñoz y los ingleses, y charlando, charlando, me ha contado media vida de la Universidad, de sus tiempos en ella, de las clases, los chicos, sus costumbres y hasta la ira, el desaliento de Muñoz con el asunto de la boda de la hija, una ira, un desánimo que a duras penas calla.

A pesar de que anochece ya más tarde, apenas me di cuenta del tiempo que pasaba y esa noche me dormí de un tirón, aunque, como siempre, viniera algún mal sueño y a eso de las dos me despertaran las voces y las risas de las dos vecinas.

Yo ya sabía que la señora era buena persona. Nunca lo puse en duda. Lo que yo no sabía es que resultara entretenida. Hemos quedado, como viejas amigas, en ir juntas a esa boda de la hija de Muñoz. Sí, Cecil, es muy buena persona. No lo tomes a mal; no te vayas. Es muy buena conmigo y la verdad, hoy por hoy, la única persona que me anima la vida.

Ha contestado: «¿Por qué no lo hacemos paseando?». Le respondí, claro, que sí, que como ella quisiera. La he tratado de usted por esa voz que tiene tan severa, educación aparte. Lo que no la pregunté es si van por allá, por aquella capilla tan pequeña del Páramo, si tendría inconveniente en que la acompañara alguna vez, tal como se lo expliqué a Muñoz, para ver de cerca a esos Hermanos fieles aún, si es que de veras todavía quedan. Ir con ella sería distinto, diferente de llegar con la cara, preguntando, echar un vistazo superficial, hablar con el cura, todo lo más, que naturalmente no va a estar de acuerdo con ellos, y marcharse llevándose nada, sin entrar en el meollo de la cosa.

Por fin ha aparecido. Ya empieza con la historia del padre, un hombre modelo como cuadra a su obra, y la madre, también otro modelo ayudando en la casa, cuidando de los hijos y de los hijos de los demás Hermanos cuando alguno se encontraba enfermo o ausente.

Aparte de más joven, aunque no mucho más, parece más tratable que la hermana, aquella que, allá en Barcelona, miraba con aquel desdén, poco menos que echándote, sobre todo cuando aquello de la píldora. Esta es más charlatana. Habla y no para. Es como si llevara media vida aguantándose, igual que si estuviera desquitándose conmigo, igual que si de pronto levantarán la veda. Lo que dice de sus padres recuerda a los libros en que ellos mismos se describen a sí mismos. Aquí la cosa varía

un poco porque el padre estuvo casado antes con la inglesa. De esa habla poco. Tampoco dice si su hermana sabe esto de hablar conmigo, que me da la impresión que no la gustaría, aunque yo ya la tranquilicé explicándole mi entrevista con Muñoz —el Hermano Muñoz—, que fue quien me enderezó los tiros hacia ellas.

—No crea que va a encontrar allí nada de extraordinario —desconfía tras los cristales de sus gafas, al otro lado de su mesa, de su parapeto de libros y papeles—. Claro que puede ir con cualquiera de las dos hermanas. Yo le doy el teléfono. Ellas se lo conocen todo eso mejor que yo, aunque si dice que ya estuvo allí una vez, ya ha visto todo lo que da de sí, todo cuanto aquello puede decirle de nosotros.

Los nombres hay que irlos a buscar a las capillas, en las letras doradas de los blancos mármoles. Siempre son alabanzas. Se lo digo. Responde, con razón, que si no fuera así, ¿a qué iban a poner las lápidas? Así vamos charlando, no charlando, hablando ella con esa voz suya, un poquito chillona, aunque fuera, en la calle, no molesta. Vamos por esta calle que debe ser la principal, en donde todo el mundo se conoce o se ignora adrede, supongo, donde nunca se sabe de verdad si pueden o no circular los coches, de miradores pequeños, dispuestos a meter dentro de casa las migajas de sol que deben resbalar por el invierno, a través de soportales donde ahora ya hay confecciones de Madrid, pero donde no hay forma de comprar un periódico. Le he preguntado si no tienen ninguno allí y es verdad, allí no hay ningún diario sino una hoja doble, pequeñita que aparece un día sí y otro no. Lo que sí hay es una emisora que por lo visto le soluciona las noches a juzgar por el entusiasmo que le echa hablando de ella. De pronto se me calla, evita una columna de esas que son como pilares de catedral o sorteas las embestidas de los niños y cuando pierde el hilo se le nota difícil de arrancar, sobre todo si se le mira a la cara, a ese perfil delgado, de piel pasada ya, con su pelo recogido atrás, donde relucen ya unas cuantas canas. No se pinta —cosa natural—, y debajo del abrigo debe de ir vestida hasta el cuello, con las piernas dentro de esas botas que a estas alturas tiene que ser llevar los pies en el infierno. Aunque puede que no, porque a medida que bajamos sube una brisa húmeda que hace abrocharse, abrigarse, tiritar un poco al principio.

De la otra, de la inglesa, la que le dio un impulso a todo aquello según coinciden todos y además le hizo un hombre a Sedano, según añaden otros, sólo repite el cliché de todos: que hizo una gran labor hasta que, llegado su momento, el Señor la llamó a Su presencia. Según vamos bajando, es como si se tratara de un paseo higiénico, gimnástico en el que ella hiciera acto de presencia a fin de demostrar que ni huye, ni se esconde, pero del que es difícil sacar nada en limpio, suponiendo que haya algo concreto que sacar de todo esto.

Y, sin embargo, cuando por teléfono aceptó, cuando dijo que sí, que bajaría, que la reconocería por las botas y el abrigo, que podíamos quedar frente a la ermita tal que usted reconocerá porque aquí es muy famosa y cualquiera se la indica, aquello tenía el aire de algo importante, interesante, como de cita clandestina, aunque lógicamente todo fuera imaginación y lo más razonable pensar que las cosas pasarían

así, como están ocurriendo.

Lo que salta a la vista es que amigos o amigas tiene pocos; puede que allá en la biblioteca donde trabaja, pero aquí, mientras vamos bajando, apenas la he visto saludar a nadie, cambiar la cabeza de esa curiosa posición que coge, un poco inclinada, igual que si estuviera meditando. Así vamos dejando atrás soportales raquíuticos, una máquina de asar castañas que remeda una locomotora, tiendas ya con los cierres echados, algún que otro coche abriéndose paso vacilante y sobre todo grandes rebaños de impetuosos niños.

La madre las cuidaba. Tenían una casa con jardín y un surtidor. Todavía la tienen. La madre era una santa, suponiendo que admitan a los santos. El padre siempre en Galicia, en Madrid, en otros pueblos pequeños y la madre, con las dos niñas, haciendo frente a todo. Haciendo frente ¿a qué? ¿No fue siempre pacífica la vida allí, entre unos y otros?

—A veces surgían los eternos problemas, conflictos en los entierros, cercerradas a la hora de los cultos, o nos sembraban los campos de sal o nos descortezaban los chopos a los que los tenían, como ya sabrá usted, para que se acaben secando. Al menos eso es lo que mi madre nos contaba. Si una imagen desaparecía o aparecía rota, ya se sabía quiénes cargaban con las culpas. Si el cura volvía con el Viático y los chicos nuestros no se arrodillaban (adrede, desde luego), denuncia al canto y papá que tenía que ir a pagar la multa. Todo lo mismo siempre, salvo cuando cambiaba el Gobierno o el Ministro, como aquel que tan bien se portó con papá, aunque en cambio otros hasta nos prohibían que los himnos se oyeran más allá de las tapias de la capilla.

—La capilla, ahora, ya tendrá sus cien años.

—No; tantos no.

—Pocos le faltarán. Por dentro, ¿cómo es? ¿Es cómo las demás?

—Como todas, sencilla. Como Cecil y papá quisieron que fuera.

—Para no llamar demasiado la atención.

—¡No, no, que tontería! Porque deben de ser así y por distinguirla de las iglesias católicas.

—Bueno, hay iglesias católicas sencillas.

—Pero la de allí no. La de allí es mucho más complicada. Es enorme, comparada con la nuestra.

—¿Va usted mucho por ella?

—Ahora menos, pero antes sí, a menudo. A ver a los Hermanos que nos quedan.

—¿Por qué dice que quedan? Perdóname, pero, ¿es que no aumentan? ¿No van a más ahora que parecen correr otros vientos?

—No —duda; su rostro se vuelve contrariado, sombrío—. No; la verdad es que no aumentamos. Incluso yo diría que bajamos en los últimos años.

Parece a punto de escapar más allá del puente, salvarse en la otra orilla de la niebla: —Además, la mayor parte de ellos son mayores ya.

—Entonces quiere decir que van en retroceso.

—Sí; esa es la pura verdad —admite ya al otro lado del puente—. Esa es la verdad, pero no se le ocurra decir que yo reconocí tal cosa.

Lo ha dicho en un tono que impresiona un poco, igual que si esas cuerdas, esos nervios que mantienen su cabeza siempre un poco inclinada, estuvieran a punto de soltarse, deshaciendo esa figura tiesa en medio de aquel largo paseo, volviéndola más agradable, hasta simpática, un poco triste y trágica también, no como ella seguramente querría ser, quizá parecida a la hermana, una heroína, islote virginal impalpable, entre aquella marea que se palpa, se susurra y manosea.

—Sí, es verdad que yo quise ser como papá. No Pastor, que ya sabrá que nosotros no tenemos pastores, pero sí un buen misionero. Fue una buena ocasión, unas plazas que salieron para el Instituto de Teología, no en Madrid sino en el Puerto de Santa María. Recuerdo perfectamente la convocatoria. No importaba de qué Iglesia se fuera, aunque sí Evangélica, estar libre de enfermedades crónicas, tener consentimiento de los padres y haber terminado la primera enseñanza. Todo era gratuito. Sólo había que llevar cuatro mudas y dos de cama, toallas, servilletas y cubiertos. A mí me hubiera gustado ir allí.

—¿Y por qué no lo hizo?

—¿Que por qué? —se vuelve y ríe por primera vez—. ¡Porque aquellos estudios eran sólo para hombres!

Y esa risa un poco ácida y cascada pero también simpática, apenas mueve un ápice la fauna ya oscura del paseo y los bancos. Detrás, abajo, suena el río, quizá más fuerte que antes porque ahora lo encajona y lo abraza la presa y el canal del molino deshecho. Entre las mismas ruinas también resuenan pasos, una voz apagada, el crujir de la arena y las zarzas. Alguien debe estar pasándolo bien o mal, según, o al menos intentándolo. Y el río, esa aceña, como alzada allí o, mejor, derruida para un crimen, los olmos con sus negros muñones, sin hojas todavía, comienzan a borrar sus formas, a medida que avanza crudo, impertinente, el frío.

—¿Y no lo volvió a intentar?

La voz ha vuelto cada cosa a su sitio. Ese gesto un poco displicente, amargo, borra la risa y restablece la barrera entre los dos, otro río de niebla que se disuelve para volver tenaz, naciendo una y otra vez de su cauce de fango.

—¿Intentarlo? ¿Y cómo? Luego, cuando papá quiso, aquí, en la capital, hacer un edificio, una escuela completa, cuando por fin nos mandaron el dinero, entonces pude haber entrado de maestra, pero aquello no llegó a cuajar.

—¿Por falta de dinero?

—No. Ya le digo que el dinero no salía de aquí. De aquí ni un céntimo. De fuera. Papá, como siempre, quería hacer algo que sirviera de ejemplo a los demás, a la provincia entera. En los sótanos estarían las escuelas de niños y niñas, separados, claro, con un cuarto de baño para cada grupo. Figúrese lo que hubiera sido en aquellos tiempos. Mi padre decía que el aseo personal estaba muy descuidado en

España. La iglesia ocuparía la planta baja y tendríamos también nuestro Salón de Juntas.

(«Los sotabancos, que serán muy espaciosos y ventilados, se destinarán a una Escuela Normal de niñas internas que recibirán una completa educación para convertirlas en directoras de escuelas o instituciones de familias privadas. Al frente del colegio se colocará una señora extranjera con sus correspondientes auxiliares, y las educandas, al par que reciben la más completa educación para el profesorado, aprenderán idiomas extranjeros. El plan interno del colegio será, en todo, análogo al del famoso Mount Holyoke, en los Estados Unidos, donde las jóvenes, al par que reciben una brillante educación, aprenden todos los oficios que debe practicar la mujer pobre, realizando, por riguroso turno, todos los quehaceres de la casa, siendo ellas mismas sus propias y únicas sirvientas.»)

A medida que habla, según sus palabras van alzando ese colegio ejemplar, su misma voz acaba decayendo, a medias nostálgica y a medias iracunda.

—Ahora intentan hacer algo parecido, pero a menor escala, más modesto. Lo quiere poner en marcha el Hermano Muñoz, que ya conoce.

Sí; lo recuerdo bien, con su corbata negra, su pelo recortado en picos y su fino bigote. No me olvido de sus palabras ceremoniosas, sus balbuceos previos, para irse alzando luego en esa apología apasionada de su Iglesia. Seguramente su colegio, si es que llega a fundarlo, será como él, discreto, firme, lleno de toda luz por dentro, y aburrido, sin brillo, por fuera. Se ve bien claro que Sedano era muy otra cosa. Su colegio en aquella pequeña ciudad hubiera sido, de llegar a realizarse, algo así como el primer templo, el corazón de los cuáqueros en Filadelfia. Llevaría su impronta, el corazón que él sabía poner en sus cosas, según unos, y a la vez, el dinero, las posibilidades de que otros no gozaban, de las que él disponía, según sus enemigos, por el hecho de haberse casado con la inglesa.

—¿Y fuera de España?

—Fuera de España, ¿qué?

—¿No había otra posibilidad? ¿No había más estudios como esos?

—Sí, claro, otro que yo recuerde. Fundado por amigos de España. Figúrese, se llamaba «Andalucía». Pero allí fue mi hermana.

Pero allí fuiste tú porque eras la mayor, que no por otra cosa. La mayor y —también se suponía— la más lista. Fuiste. Papá te consiguió la beca y total, ¿para qué? Para volver con las manos y la cabeza vacías, sin acabar ni un curso con el pretexto de la humedad de allí, cuando todo el mundo sabe lo sano que es Suiza. La verdad no era otra que tu dura cabeza, y papá, después de aquel mal resultado, no se atrevió a pedir al Pastor aquel de Madrid más becas.

(«Bajo una dirección tan afectuosa como cristiana, las jóvenes encontrarán aquí una instrucción suficiente en todos los ramos que requiere una sólida educación. También se las enseña música y dibujo y al final de los cuatro o cinco años, se les entregará el diploma correspondiente.»)

Tú aprendiste tan sólo a defenderte en música, con el armónium, a la hora de los himnos, pero de lo demás no te quedó casi nada, aunque papá repetía y repetía que en España hacían falta mujeres con formación y conocimientos, no con fe solamente. Pero tú sólo hablabas de tristeza, de lo mucho que echabas de menos a papá y a nosotras, a la casa de piedra y el surtidor, igual que si se tratara de un palacio, y el Páramo un paraíso en torno. Pues aquí estás, aquí estamos metidas, donde estuvimos siempre, con la gente de siempre, a veces suspirando y a ratos conformes, aunque siempre, en el fondo, con ganas de marchar, de huir quién sabe adonde. Quizás hasta alguno de aquellos, de esos países que las revistas de papá contaban, por ejemplo, hasta Persia, que rescató para el Señor la señorita Fidelia Fiske, trayéndola de nuevo a nuestro seno, volviéndola de los herejes nestorianos, hijos degenerados de los cristianos viejos. Papá alguna vez nos lo leyó para animarnos, y los tiros iban por ti, porque en ti confiaba más, por aquello que todo el mundo decía de que te parecías más a él y yo a Cecil sin haber llegado a conocerla. Tú para misionera y yo para la casa. ¡Ya ves qué diferentes se cumplieron las cosas!

—La señorita Fiske comenzó por la parte más difícil: tratando de convertir a las mujeres, que son las que hacen allí todo el trabajo. Por eso no era fácil encontrarlas, ni hablarlas, ni mucho menos convencerlas para que fueran a la capilla. Así que se le ocurrió empezar por las niñas, que allí se casan a los quince años.

—Bueno; eso sería entonces.

—Y ahora, todavía.

—¿Pero usted, de cuándo habla?

—No sé. De hace cincuenta o sesenta años.

—Desde entonces han cambiado mucho las cosas. ¿No cree?

Se vuelve mirando, un poco sorprendida. Aunque bajo los pálidos faroles su rostro ya apenas se distingue, se adivina en él un gesto pensativo, cambiante, cuando al fin concede:

—Sí, bueno, puede que haya cambiado algo, pero de todos modos, aquello sí que debía ser el fin del mundo. Allí ella encontró —su voz es la de quien recita un sueño, una historia, una fábula—, por fin, una casa adecuada, con tres habitaciones: una para capilla y otra, pequeña, que sirvió para dormir ella y sus alumnas. Y sólo empezó con dos, pero al final acabó conquistándose incluso a las madres, las sacó de las chozas en que vivían y las enseñó a lavarse, a no robar, a no mentir, y cuando ya se ganó su confianza, les fue explicando, poco a poco, la Palabra del Señor, empezando por lo

más sencillo, por Adán y Eva, porque Adán, en su lengua, se viene a decir igual que entre nosotros y quiere decir precisamente «Tierra roja», como la nuestra del Páramo. ¿Y sabe usted qué fue lo más difícil de todo?

—No sé. No me imagino.

—Pues hacerlas estar calladas. Las obligaba a estar con un dedo en la boca, igual que si ellas mismas pidieran silencio, y en cuanto que una se lo quitaba de los labios, era ella quien se callaba al momento.

Hablando, explicando, narrando, se transforma, es ella misma quien atraviesa esos inmensos desiertos de arena, obligando a las mujeres a salir de sus chozas, manteniéndolas con el índice ante la boca.

Debe haberse leído muchas veces todas esas historias. Seguramente sus sueños van tras la huella de estas desconocidas heroínas o las de la primera mujer del padre.

—Pero aquí, en España, digo, sin salir de España, también podría hacer labor. Quiero decir, trabajar para su Iglesia.

—¡Sí; desde luego que trabajo! Pero no es eso. No es eso lo que yo soñaba de pequeña. Yo leía los libros de mi padre, revistas más que nada: «La Luz», «El Cristiano», «La Bandera de la Reforma», «La Reforma Evangélica». No me acuerdo; muchas, desde luego. Allí se hablaba de otra señorita que hizo entre los indios de Méjico otra cosa, otra tarea parecida. Lo de aquí tiene poca importancia, desde ese punto de vista de ver mundo, quiero decir. Lo de aquí puede hacerlo cualquiera. Lo de aquí es lo de siempre: hablar con los mismos, visitar alguna que otra casa, hasta aldeas pequeñas donde toda la Comunidad completa son dos o tres personas, llevarles ropas, si tenemos para ellas, o alguna medicina si es que hay alguien enfermo. Antes, antiguamente, en tiempos de mi padre, se acostumbraba a hablar, a charlar, a leer las Escrituras; pero ahora, usted comprende que lo que ellos no hagan, no consigan por sí mismos, con sus propias palabras y con el buen ejemplo sobre todo, no vamos a conseguirlo nosotras yendo una vez cada dos o tres meses.

—¿Por qué no?

—Pues porque no puede ser. ¿Para qué voy a decirle otra cosa?

—¿Por qué no les escuchan?

—¿Se refiere a conseguir vocaciones nuevas? Pues puede que sí: por apatía, por desgana. Los tiempos de mi padre ya se fueron. Entonces, a pesar de las pedradas, era todo más fácil.

Ha mirado el reloj. Son ya casi las diez y media. Mañana tendrá que madrugar. La vuelta hacia su casa comienza más allá de la blanca y sonora espuma del puente. Arriba, apenas alguna que otra luz, pero ella debe saberse el camino de memoria, porque sube a igual paso, sin dudar, por esta acera hundida, levantada a trechos, como en obras perpetuas. Camina con paso largo y firme, igual que si subiera un monte de esos que en el Páramo no hay, o uno de esos desiertos de sus sueños. Quizás en su mente, en su cabeza, cruce por allá, por las arenas doradas del Irán, o por algún otro lugar remoto y peligroso, donde deben andar sus pensamientos.

—¿Van ustedes todos los domingos?

—¿Adonde?

—A esas misiones; a esos pueblos de que habla.

—Todos, exactamente, no. Algunos. Y en el invierno, menos.

Ahora la calle es como debe ser, como debió ser siempre, tan fría, tan desierta, tan vacía. Y vacía está ella, que se apresura, que apenas añade nada. Quizá ya ha vuelto de aquellas tierras cálidas y lejanas y siente el frío ahora, y también lo empinado de la cuesta, su silencio mismo, mi silencio, sin atreverme a preguntar si verla otra vez, acompañarla al pueblo de Sedano, sería para ella demasiada molestia.

Estas calles, con sus pequeños miradores devolviendo en reflejos partidos mil caras distintas de la luna, estas gentes que desaparecen en borrosos portales, en callejones más vagos todavía, que encienden luces más allá de esos cristales donde flotan luces y muebles, forman, son parte de su imperio, sus predios misioneros, un modesto imperio de seis mil almas, sobre un total de treinta y cinco millones de habitantes.

Ahora estamos junto a la estación. Hemos ido bajando, tras subir. No sabría decir si en el mismo sentido o si la calle va bordeando la colina de la luz roja, inmóvil. Suenan trenes, huele a trenes, aunque no se consigue ver ninguno; se oye el inerte resbalar de los vagones hasta estrellarse sonoramente con los topes de algún otro. Mala cosa para un alma viajera, vivir aquí, precisamente, junto a la estación, escuchar ese altavoz que bien podría ser el comienzo de ese viaje al Irán, pensar en esos días perdidos de misionera, tener que conformarse con esas excursiones de los domingos que ella misma repudia. Aquí está. Esta es su casa. Debe de serlo, porque se ha detenido, buscando la llave en el bolso; un bolso que se adivina repleto y revuelto, donde la mano se hunde una y otra vez, igual que si intentara pescar en un pantano.

—Entonces, ¿no le molesto si le llamo otro día, por si acaso coincide con alguno de esos viajes?

—No. Llame cuando quiera. Si no estoy yo, estará mi hermana. Mejor a la hora de comer.

—Es que ya, conociéndola, preferiría acercarme con usted. Hablar con usted. Con su hermana habría que empezar a explicar todo desde el principio.

Explicar, ¿qué? Yo no he explicado nada. Solamente habló ella. Explicar al hermano Muñoz o al inglés, a míster Baffin, en Madrid, a ellos dos, que siempre hablan, responden con ese idéntico recelo como pidiendo garantías; garantías, ¿de qué? Ella sí habla natural, dentro de lo que cabe; hasta cordial se diría; responde a lo que de ellas, de las dos hermanas, se espera, de las hijas de Sedano, semilla lejana de la primera mujer, quizá más que de la segunda, hijas remotas de la esposa inglesa.

—Entonces, yo la llamo.

Pero ahora no contesta. No hace caso ni de mi mano, que es preciso bajar, eliminar discretamente. No contesta. Ni siquiera me mira. Otra vez se transforma, se aleja y apenas acierta a meter la llave, a encontrar la cerradura, porque no mira a allí,

sino a ese coche grande, antiguo, que hay aparcado a la puerta de la casa. Y cuando la llave, al fin, se aloja torpemente en ese pequeño corazón que brilla a un lado de la puerta, dice adiós vagamente con la mano y se atropella allá adentro, buscando, supongo, la luz del portal, el ascensor, abriendo y cerrando la cancela. Vuelvo y miro esa hilera de automóviles helados y dormidos. Ella\ sabrá qué pasa. De todas formas, volveré a llamar. Un domingo, algún fin de semana, y esto se acaba, se remata definitivamente. Tampoco queda tanto, tampoco hay tanto, tampoco da mucho más de sí. Quizá pensé que esos seis mil supondrían algo más por encima del número, algo así como la sal de la tierra, un cuerpo de escogidos.

Mientras tanto, vamos allá, volvemos camino de ese hotel de los misterios, donde preguntar por los Hermanos es algo así como pedir noticias de un partido político prohibido. Ahora, al amparo de estas iglesias solemnes y macizas que van surgiendo tan numerosas a lo largo de este camino real de piedra, se comprende un poco el honor, el orgullo de estos pocos, fruto de la Segunda Reforma, como Muñoz explica.

»—Aquella primera, cuando Carlos V, fue para aristócratas y nobles. La mayor parte de sus consejeros y ministros estaban de acuerdo con las nuevas ideas europeas. Hubo un momento en que el destino de España estuvo a punto de cambiar, pero luego todo acabó, ya sabe cómo. En cambio, esta Segunda Reforma, que empieza prácticamente con la Constitución famosa, fue una nueva reforma para pobres, para los económicamente débiles, como diríamos ahora, para gentes de medio pasar.

Es decir, aquí o allá, en torno a él o a cualquier otro Anciano perdido en la provincia, doscientas personas, o cincuenta quizás, elegidos, señalados, protegidos por esa mano poderosa que, rompiendo las nubes, señala cada sábado o domingo a aquellos que se reúnen en sus capillas nuevas o viejas. Cincuenta mujeres y hombres justos, de Dios, la savia de una ciudad, de una aldea diminuta, pequeña, la sal, el humus de la tierra; incluso en las Comunidades que son tan sólo un hombre, una mujer, una sola persona ya vieja, olvidada incluso de sus familiares, excepto del Señor, que le anima cada día a seguir resistiendo, a no ceder. ¿Resistir a qué? Resistir al mundo, esperando en Él. Es la eterna respuesta. Es inútil intentar sacarles una palabra más. Quizá no quieren, quizá no saben, y esa Comunidad de una sola persona, de un solo hombre, queda encerrada, aislada, sola dentro de sí. Sus días se consumen en esa misma fe, porque ya nadie les molesta, nadie les hace ninguna clase particular de guerra. Apenas habla, porque pocos escuchan sus palabras, que ya siempre son las mismas; todo el mundo las conoce de memoria; es sembrar en el viento, hablar a las montañas. Ha quedado solo, fruto postrero de esas Misiones que Muñoz describe, de antes de Sedano, de esa Segunda Reforma para humildes y, como siembra humilde, creció mal, ha ido quedando atrás en la forma de un viejo raro, o quizás original, que no provoca conflictos ya, ni siquiera con los hijos. Los hijos ya se fueron, se casaron y él solo —todo el mundo lo sabe— dará fe, testimonio de sí mismo, de su fe, su propia vida, incluso de que vive, planteando, a su muerte, el primero, el único problema: cómo, cuándo, dónde debe, en conciencia, enterrársele.

Igual que el oso, lo mismo que la nutria, parecido al tejón, que pasan el invierno recogidos en su lecho, durmiendo, esperando el tiempo del calor, el primer sol, los primeros días templados de febrero, así Molina pareció despertar en su lecho también, donde abrigado, embutido en sus mantas y su ropa estuvo leyendo o meditando, ¿quién sabe?, desde que el viento heló la carretera hasta que apareció en la revuelta del cargadero aquel gran camión de tantas y tan ordenadas ruedas con el gran pico de hierro delante, como la proa de un viejo barco, apartando la nieve en dos sucios y grandes surtidores, a un lado y otro, sobre las dos cunetas.

Pareció sacudirse el sueño, esa modorra, ese helado letargo y salió como todos a saludar a aquel gran pico metálico que traía, junto a su libertad, algún que otro pedido urgente del bar, tabaco sobre todo, y el correo atrasado de tantos días.

Y mientras los demás repetían la eterna ceremonia de otros años, los brindis en el bar, como si verdaderamente hubiesen estado encerrados largos años tras su costra de nieve, como si realmente hubieran corrido algún peligro serio, él se había encaminado a solas, vacilando, tratando de no caer, a lo largo de la nieve removida, hasta el pie de su péndulo inmóvil, pero firme en su cable, dispuesto, como él mismo, a ir y volver de nuevo en cuanto que una voz, unas manos, una carta, estuvieran dispuestos a ordenarlo.

Esa voz, esa orden, ahora, con el correo en marcha otra vez llegarían. Sería preciso buscar picadores nuevos, emprender algún pequeño viaje para traerlos y volver a comenzar en cuanto el camino hasta la boca quedara despejado sólo a medias.

En ello debía andar pensando aquellos días, ya que ni aún cuando vinieron más templados, no le pidió a su demonio que volviera a la alcoba. Su demonio siguió durmiendo abajo, en el escaño, entre el fuego y el frío, bajo aquella postal, llegada de Madrid, con la vista en colores de una gran avenida, con saludos afectuosos y la firma al final, que decía: «Un amigo». La había clavado en la pared, sobre el escaño, donde podía verla, contemplarla a sus anchas, por la noche, antes de dormirse, a la luz cambiante de la hornilla, y entornando los ojos, cada vez que la leña restallaba, gemía, estallaba en chisporroteos, aquella gran avenida parecía animarse en sus luces azules y en sus coches, hasta podía oírse, en el viento de la noche, no la voz de los lagos remotos, ni el rumor del demonio del agua, sino palabras, música, como las de la radio, que tantas veces amanecía encendida sobre la almohada.

Molina, en cambio, no vio aquella tarjeta, o no quiso verla, a pesar de que, sobre la pared blanca, destacaba como una mancha cuadrada de pintura. Quizá no quiso verla, sabiendo, a buen seguro, de quién venía, quién la enviaba, aunque no lo que para ella suponía. Ahora, con la vuelta del correo, si no la orden de empezar otra vez, sí había vuelto a llegar regularmente el sueldo, un regalo del hermano, teniendo en cuenta el trabajo que hacía. «Más me lo gano yo», había dicho en cierta ocasión su demonio, y Molina no había contestado, saliendo con mal gesto de la cocina,

emprendiendo una de aquellas largas caminatas sobre la nieve, que le hacían volver roto, maltrecho.

Su demonio se preguntaba, a veces, si acaso no serían penitencias por aquel sueldo innoble que aceptaba o quizá castigos a sí mismo para no volverla a hacer subir hasta la alcoba, manteniéndola allá abajo en la cocina. Tan cansado llegaba, tan muerto, que ni ganas de cenar traía.

Si fuera cazador lo hubiera comprendido, hubiera llegado a entenderlo a través de aquellas largas caminatas que en verano comenzaban antes de amanecer, trepando monte arriba, caminando siempre, durante todo el día, sin llegar a verlos (nunca supo qué clase de animales perseguían), pero que hacían volver a los hombres tan cansados, maltrechos, como si aquellos misteriosos animales, que ni siquiera alcanzaban a ver, hubiera que matarlos cuerpo a a cuerpo, en vez de con aquellas singulares escopetas, como la del dueño del bar, que en vez de cartucho en el pistón llevaba una pequeña aguja, aparte ya de su aspecto tan raro con su largo, único y delgado cañón, como la vara de conducir los bueyes, tan distintas de aquellas otras colgadas sobre la chimenea en el chalet del hermano de Molina. De haber sido pescador, lo hubiera comprendido también, se lo hubiera imaginado, saltando de muro en muro a la orilla del río, de roca en roca, de piedra en piedra, con veda o no, ahora que el guarda no podía subir en su vetusta moto, jugándose la vida sobre aquellos temibles pozos, con el agua cayendo como un trueno, donde sólo asomarse daba miedo, cuyo estruendo continuo ya asustaba a la noche, incluso por encima de la voz de la radio.

Pero no era cazador, ni pescador, ni nada que ella pudiera imaginarse. Aquellas caminatas eran inútiles ahora, no como su trabajo —calculaba el demonio—, en invierno más duro, a pesar de que los días fueran templando, aunque no fuera ya preciso mantener aquel fuego encendido durante toda la noche y se ahorrara un poco más de leña que, a pesar de las previsiones de Molina, podía llegar a escasear si el mal tiempo volvía a echarse encima. Pero el sol ya comenzaba a asomar en la casa, como pidiendo paso, metiendo sus dedos como haces finos, invisibles, variantes, barriendo las húmedas alcobas, la cocina, el inútil pajar, los corrales, los establos vacíos, con su cobertizo al fondo para defender la leña.

Y un día que Molina andaba abriendo caminos en la nieve y el hielo y su demonio sacando haces de piorno de bajo el tejadillo, los dedos de aquel sol que debía ser un sol amigo, protector, se fueron a posar sobre la caja del tesoro. Era una caja cuadrada, de hierro, corriente, como las que pueden comprarse en cualquier ferretería. Estaba cerrada, pero cualquiera, hasta el demonio, comprendía que aquella cerradura no aguantaba un buen golpe, la más floja herramienta. Al principio, cuando el dedo de su amigo el sol le señaló aquel reflejo brillante, enterrado entre la última maraña de los piornos, pensó si sería alguna lata abandonada, perdida, pero a medida que apartaba aquellos retorcidos troncos, su corazón le iba anunciando, revelando, diciendo que los dedos de su amigo apuntaban al tesoro de Molina, que allí dentro reposaban,

esperaban, dormían aquellos sueldos, regalos del hermano. Y los dedos del sol eran como una orden de ese mismo hermano y aquella caja como un nuevo rostro avaro de Molina, de un hombre con el que ya llevaba viviendo demasiado. Quizás al estar enterrada allí significaba que no estaba escondida para ella, pero quizá también Molina, acostumbrado al Páramo, no contaba con un invierno tan largo. De todos modos, los dedos del sol ya se iban, ya escapaban entre la trama seca de la retama, y la caja, el tesoro, volvía a la oscuridad, aunque ahora un poco más tapado, recubierto de tierra, tal como debió dejarlo Molina tras su última visita.

Aquella noche, mirando su tarjeta de colores, soñó el demonio con aquella moderna Babilonia, tal como los antiguos amigos de Molina la llamaban. Calculó que ahora estaba a su alcance, recordó tantas historias como allá, en la pequeña capital, le contara Daniel o el dueño del hostel aquel, amigo de su hermana. Así que su primer paso fue ir haciendo un recuento de su ropa y, en uno de los viajes a la ciudad, comprarse, también como la hermana, una maleta como aquella que duró tantos días escondida debajo de la cama. Ella no tenía por qué esconderla. Nadie le preguntaba ya, ni siquiera el hermano, que ya paraba bien poco en casa, salvo los sábados hasta la medianoche, para subir al padre hasta la cama. Luego, él, a su vez, se vestía, cepillaba y peinaba para perderse por la oscura maraña de los barrios viejos, por aquel laberinto de tabernas, olor a frito, cantos, golpear de dominós, toscos flamenco, siguiendo tal vez idéntico camino que el padre horas antes, a la tarde.

Poco a poco, aquella maleta por la que nadie se interesaba demasiado, se fue llenando, desde aquellos zapatos, un poco antiguos ya, pero que aún resistían otro verano, hasta aquellos vestidos que a Daniel y a su padre, por supuesto, gustaban, alegraban tanto. También fue colocando aquella ropa interior, la negra dedicada un día a Molina y la demás dedicada a otros, acabando, por fin, con el abrigo ligero, de entretiempo, de aquel viaje de bodas primero en que Molina era alegre, simpático y espléndido.

Y cuando la maleta rebosó, cuando ya fue preciso cierto esfuerzo para cerrarla, ya el buen tiempo venía por los prados altos, donde sólo brillaban pardas manchas de nieve o regueros helados cada vez más oscuros y delgados. Comenzaba el tiempo propicio para las grandes aventuras —decían en la radio—; incluso las guerras comenzaban con el buen tiempo, por la primavera; el tiempo en que —el demonio añadía por su cuenta— se podía aguantar mejor, en caso de que tales aventuras fracasaran. Las pocas amigas, antiguas compañeras que aún quedaban de otros tiempos, no recordaba si más duros que estos, lo aseguraban siempre: la primavera, el verano, la época mejor; el invierno, fatal, duro, la muerte.

De modo que una tarde, mientras Molina andaba despejando por su mano aquella oscura boca que debía amar tanto, su demonio salió de la cocina, cruzó el corral tranquila, despacio, y se acercó al tejadillo de la leña, iniciando así su gran viaje, su aventura, como aquellas que leía en cuadernillos de fotografías que a veces le prestaban las amigas. Fue apartando los haces últimos de piornos y jara, y al igual

que los dedos del sol, incluso más tranquilos, sus dedos apartaron los piornos y la tierra, hasta encontrar la caja. Se levantó y miró por encima de las tapias. La carretera aparecía tan desierta como siempre, y más allá, entre las casas y la montaña del péndulo, el río corría, clamaba como siempre también. Tomó la caja, entró con ella en el establo abandonado y al segundo golpe de azadón saltó la tapa y con ella un alegre revuelo de billetes. Los recogió en un rollo, los ató con cuidado y volvió a la casa, comenzando a vestirse, esperando la furgoneta que venía a surtir al bar cada semana.

Apenas acababan de secarse las uñas, ya la oía petardear por la curva del descargadero. Esta vez le recordó aquella otra de la que Molina la había rescatado un día y era como si media vida anduviera por medio. Se acabó de pintar, y con el bolso y su tesoro a mano, subió a aquel armatoste de chapa y hierro viejo. El chófer le había preguntado como siempre: «¿Qué? ¿A coger el tren?», y ella, como siempre, asintió y no mentía. Lo mismo había explicado a Molina, y tampoco Molina tuvo nada que oponer, ahora que tantos viajes le concedía.

A medida que el pueblo, la montaña de la boca oscura, aquella helada casa, el corral, el tejadillo del tesoro, iban quedando atrás, desaparecían tras la curva del descargadero, pensaba el demonio qué fácil era borrar un mes, un año de la vida, igual, lo mismo que se decía cada vez que emprendía tal viaje.

Sólo que ahora, en esta ocasión, era un viaje más largo y distinto. Había llegado a casa y apenas tuvo que inventar explicaciones. La verdad es que todo era mucho más fácil que en las terribles historias de las fotonovelas. Había dado un beso al padre, que apenas alzó la vista del periódico; abrazado a la madre sin decir palabra, lo mismo que la hermana un día, y sacando como ella la maleta habían llamado un taxi, que la llevó en un vuelo hasta la estación, hasta el segundo tren. Cuando arrancó, pensó que quizá le debiera haber dejado a Molina un poco de dinero, mas luego, calculando, llegó a la conclusión de que el sueldo del mes o la quincena —no recordaba bien— estaría a punto de llegar. De él podía vivir, porque la caja, su tesoro, nunca más volvería a encontrarla. Y no podía denunciarla, porque tendría que explicar tantas cosas antes, que le sería más fácil dar por bien perdido su dinero. A fin de cuentas, para algo tenía un hermano rico. Aquel recuerdo leve, aquel remordimiento pasajero, no alcanzó a cruzar siquiera, con el tren, las últimas casas, las últimas señales de las vías, más allá de los arrabales.

Es una reunión especial. Esta vez nadie tiene prisa por llegar al final. Son los mismos de siempre, las mismas caras, idéntico escenario, con sus fotografías, su buró cargado de papeles y los letreros bordados adornando las paredes. También Muñoz parece como siempre, aunque su bigotillo y su frente sudan hoy en abundancia; suda como los otros cuatro en sus axilas y sienes; sudan el té que la mujer sirve incansable. Fuera, al otro lado de la calle, el muro del hotel devuelve el fuego que cae sobre su piedra nueva, artificial, sobre el marco de níquel que encierra cada uno de sus pulidos

cristales, y es preciso defenderse de su hiriente rayo fijo, prolongado, corriendo las cortinas que se acaban de poner en vez de las de invierno. Así los rostros de los cinco hombres, con chaqueta y corbata, de las que no son capaces de prescindir, apenas se recortan en la penumbra que ampara, oculta un poco sus preocupaciones. Es una leve luz que se agradece, casi tanto como ese té que tan poco dura en el cuerpo.

—Hermanos —dice Muñoz al fin; y su voz no es segura, decidida, como en tantas ocasiones—, todos sabéis la razón principal de que estemos reunidos aquí, de esta sesión de hoy. Hemos estado haciendo tiempo, tal como convinimos al principio, para ver si acudía alguno más, pero visto que la tarde se nos echa encima y todos los problemas y cuestiones ya han sido debatidos, creo que es el momento de afrontar la cuestión principal, que, podéis estar seguros, me molesta, me confunde tanto o más que a vosotros.

—Para ninguno de nosotros es un gusto, tampoco —comenta alguno de los rostros silenciosos.

—Máxime después del asunto de Molina —corroboraba otro.

—Justo. Si dos casos así, dos problemas de esta índole, se dan en el curso de tan poco tiempo, es que algo anda mal entre nosotros, es que en algo nos andamos descuidando.

—No son dos casos, sino tres —murmuran.

—Es verdad, tenéis razón: tres. —La voz de Muñoz se hace más amarga y solemne todavía—. Tenéis razón. Me olvidaba de mi hija.

—Es la fruta del tiempo —murmura el rostro de antes, no dirigiéndose en concreto a Sedano, sino dejando caer las palabras en el aire, en tanto coloca con parsimonia su taza sobre la mesita cubierta de periódicos—. Es fruta del tiempo en que vivimos. No nos sucede a nosotros solos; les pasa a los católicos también, y no digamos a las demás Iglesias.

—Pero en nosotros no debería suceder.

—¿Por qué? ¿Porque somos mejores? ¿Porque somos los elegidos del Señor?

—Quizá no seamos sus elegidos —responde Muñoz, con esa voz opaca, tan diferente a la de la capilla—; puede que seamos como los demás, ni más diferentes, ni más sabios, pero vivimos más cerca del Señor, me parece, en comunidad con Él, cerca de Él casi constantemente, procuramos estar, vivir con Él cristianamente. Sin embargo, es evidente que hoy soplan malos vientos para los creyentes, para aquellos que buscan al Señor, para todos los que quieren vivir según Sus palabras. La gente duda, todos dudamos, ¿por qué no decirlo?, ¿por qué no vamos a reconocerlo? A fin de cuentas, somos hechos del mismo barro que los demás, y el hecho es que los hombres dudan, cuanto más jóvenes más, porque la vida tiene para ellos otras respuestas, otras salidas, a saber: formas nuevas de vivir, artificiales o no, llámense moral, amor, protesta, drogas, o lo que sea. Antes, en tiempos mejores, quien dejaba nuestra Comunidad o cualquier otra, lo hacía por fe, por más fe, por una fe distinta, diferente (si vale la palabra), en otra Iglesia, en cualquier otra creencia. Se hacía

darbysta, pongo por ejemplo, o bautista, o, sin ir más lejos, como en el caso doloroso de mi hija, Testigo.

—Eso ya lo tratamos en su día.

—Es verdad, lo tratamos y llegamos, si mal no recuerdo, a la eterna conclusión de siempre: que no es lícito retener a nadie contra su voluntad. Yo mismo, con la amargura que podéis suponer por mi parte, planteé la cuestión, os anuncié que se iba, se marchaba. No hay nada que ocultar, todo es bien claro; pero ella no se ha apartado del Señor; ella trata de servirle a su manera. El caso que se discute hoy es diferente: es el caso de quien, consciente y voluntariamente, se separa del Señor. Si no escoge ningún otro camino a cambio de aquel que nosotros le ofrecemos, de aquel que respiró, vivió toda su vida, ¿qué debemos hacer?

—Yo no veo dónde está la diferencia.

—¿Cómo salvar a esta persona y a cualquier otra que pueda seguir su ejemplo? ¿Nos basta ahora con nuestras viejas normas para corregir hoy estos alejamientos, esta indiferencia de que hablábamos antes?

—Yo no creo que nuestras normas sean viejas. Las normas no tienen nada que ver con esto. No es cuestión de cambiarlas o no. Han servido hasta hoy y servirán mucho mejor que otras que fuéramos a establecer ahora. Si se aplicaron en el caso de Molina, igual se deben aplicar ahora. —Este caso es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque se trata de una hija de Sedano? ¿Qué importa eso?

—No es porque sea hija suya o no. No es, ni siquiera, el caso de mi hija.

Los otros callan. Sudan y callan. Sudan el té, sus dudas, en tanto la mujer de Muñoz, incansable, se vuelve discretamente a la cocina. Callan confusos, apuran sus tazas o miran a la mesa sin decidirse a responder, a intervenir, a comenzar de nuevo. Uno se alza para estirar las piernas y los demás le miran como si fuera a iniciar un discurso. Pero no habla; se va hasta la ventana, entreabre la persiana y vuelve a cerrarla, huyendo del relámpago ardiente de la calle.

—Vamos a ver —se decide alguna de las voces—; que el Hermano Muñoz nos explique en dónde está esa diferencia.

—La diferencia está en saber, en comprobar por nuestra parte, si en realidad ella tiene total conciencia de lo que está haciendo.

—Tiene uso de razón, me parece. Yo creo que lo sabe tan bien como Molina, y si vamos a ser justos, hay que medir a los dos por el mismo rasero.

—El primer paso es la exclusión de la Santa Cena.

—Perdonad, pero el primer paso es advertirla.

—¿Advertirla de qué? ¿No le hablaste tú ya? ¿No le ha dicho nada su hermana?

—Quiero decir una advertencia formal. Lo demás puede ser sólo un consejo. Además, es mi deber aclararos que, hasta ahora, nadie, que yo sepa, ni su hermana, ni yo tampoco, le dijimos una palabra en tal sentido.

—Hubiera servido igual. Molina ni siquiera quiso recibirnos. Cuando sin razón o causa importante se abandona la Iglesia y sus cultos, es que hay otra razón: que lo

tienen pensado, decidido ya, sobre todo cuando se trata de personas que llevan tanto tiempo entre nosotros.

El que se halla junto a la ventana ha vuelto a mirar, al compás de sus palabras, más allá de la calle y el hotel de enfrente, con el portero de uniforme azul, agobiado de galones, con sus manos, que tanto deben sudar, embutidas en sus guantes blancos. Más allá, al otro lado de las lomas cuyo perfil no oculta la silueta más lejana y azul de la gran cadena de montañas, estará Molina, bien ajeno a cuánto va y viene en la sala esa tarde su nombre. Y más a la derecha, donde la ciudad acaba en la estación, en el gran manojito de rieles que el puente sobre el río funde, reduce a dos, en el oscuro y alto edificio que domina los tinglados y semáforos, esperan las hijas de Sedano —una al menos— el resultado, el veredicto de la reunión.

—Entonces, ¿qué es lo que tú propones?

—Yo, como siempre, respetaré lo que decida la mayoría.

—¿Mayoría total?

—No sé. Yo creo que estando cinco como estamos, con que haya tres de acuerdo, es suficiente.

En el cuarto pequeño, con su raya de luz que lo divide, que lo perfora hasta los pies de la mesita, no hablan ya como allí, en la capilla. Aquí no suena el «que mi Hermano me perdone» o «de acuerdo con lo que mi Hermano dice», «como mi Hermano cree», «el Hermano que hizo uso de la palabra antes que yo». Ahora se tratan de tú a tú. Ahora, cuando el asunto que les reúne allí ha salido a la luz definitivamente, parece que les corriera prisa despacharlo rápido.

—Bueno. Si estamos de acuerdo en lo que se refiere al procedimiento, sepamos de una vez lo que vamos a votar.

—¿Se la amonesta públicamente o se la retira de la Cena? ¿O la damos un plazo? Y en ese caso, ¿quién se encarga de comunicárselo?

—Se lo puede decir su hermana.

—¿Y sembrar la discordia entre las dos?

—Lo que interesa es evitar otro escándalo. No conviene publicarlo en la capilla.

—En cualquier caso, es la Comunidad entera la que sale perjudicada.

—Es un riesgo que la Comunidad debe correr. No es nada nuevo, ni puede que la última vez que nos suceda. Lo único importante es un margen de equidad, de honestidad, de saber si obramos con justicia en este caso.

—Pero ella, ¿qué dice? ¿Cómo vive? ¿Qué piensa?

(Apenas habla, a mí al menos, apenas me dice alguna cosa. Viene y mira el periódico o se mete en su cuarto, mientras se hace la cena. No sé ni lo que piensa, ni dónde va, ni con qué clase de gente anda. A veces, con la señora de la biblioteca; pero los otros días, cuando vuelve tan tarde, ¿quién sabe? Yo, la verdad, ya ni me atrevo a preguntar. Antes, de cuando en cuando, alguna que otra vez, abría, me asomaba a su

cuarto, si veía la luz encendida. Me asomaba: «¿Qué tal?», y ella, «bien», nada más, o a veces ni contestar siquiera; allí echada en la cama, en ese cuarto que ha convertido en una especie de castillo donde no deja entrar a nadie, que más que castillo parece una cárcel, un horno, ahora en verano, a partir de las tres de la tarde.

Y esos paseos que no sé adónde va, ni con quién va, cómo puede volver tan tarde, a menos que lo haga adrede, como el día de Emilio. El día que llegó Emilio, subió blanca como la pared, desencajada, nerviosa. No sé con quién habría estado, qué pasaría, qué pensaría encontrar, pero llegó hasta el comedor, y al verle allí sentado fue como si el mundo se la viniera encima. Puede que sí, que esperara ver allí sentado al otro. Le dijo: «¡Ah, eres tú!», suavemente, no con rencor, desde luego, sino como quien nunca se ha hecho muchas ilusiones. Y él intentaba animarla, subirla la moral, creo yo, porque también se había dado cuenta y la aprecia, pero al final también se puso tan nervioso que apenas pudo explicar que el otro le había prestado el coche por unos días. Luego quiso seguir, pero la verdad es que ninguna de las dos le oíamos, y ella dijo que estaba muy cansada y se marchó a la cama sin probar bocado, y después volvió a salir y sentí que el lavabo funcionaba. Fui y empujé la puerta y, tal como suponía, a pesar de no tomar nada, allí estaba, sobre el lavabo, que entre el llanto y la bilis, parecía vaciarse por dentro. Y otra vez: «¿Qué te pasa? ¿Quieres que llame a un médico?». Y aquella mirada que daba miedo, tanto, que Emilio me lo notó al salir. «Pero, ¿qué os pasa? ¿Andáis con eso todavía?».

Y yo callando, fingiendo: «No es nada; es cosa del calor, son estos días». Desde entonces es peor, desde entonces yo creo que hace adrede las cosas, ciertas cosas, igual que si estuviera resentida con el mundo, con nosotros, conmigo. Por ejemplo, eso de irle a enseñar la capilla a un extraño, como si hubiera alguna razón para ello, para llevarle a husmear allí, a meter las narices en las cosas nuestras; un extraño que ya nos molestó bastante en Barcelona, a la salida del dichoso Congreso.)

—Para obrar con honestidad y justicia, es preciso analizar antes el caso, y el caso de esta mujer, Hermana nuestra, no es el de Molina, precisamente.

—¿Por qué? ¿Dónde está la diferencia?

—Molina era un hombre; sabía perfectamente lo que hacía; es otra cosa.

—Y ella es una mujer. También ella sabe lo que hace.

—No del todo.

—¿No del todo? ¿Por qué?

—¿Quién puede estar seguro de eso?

—Haría falta un médico.

—Un médico no soluciona nada.

—Entonces ¿qué es lo que estamos discutiendo aquí? ¿Qué remedio ponemos?

(—Yo no sé qué hacer, si dejarla a su aire o hacer algo, aunque me suelte cualquier impertinencia o se niegue a escucharme y se encierre. Cualquier cosa menos seguir así. No sé si cogerá las vacaciones, si podré irme siquiera yo; hasta me da vergüenza presentarme sola en la capilla. Si vamos a hacer algo, mejor ahora, en verano, que parece que la gente se entera menos de estas cosas, aunque de todas formas lo va a saber, se acabará enterando después de tanto tiempo sin verla. Y hay otra cosa que no sé cómo decirla, que me da vergüenza también, que no sé si hago bien contándoselo ahora, pero, ¿a quién si no? Se está comprando ropa. Ropa de toda. El otro día estaba delante del espejo. Se había comprado un camisón. Perdona, pero así es. No sabía ni a quién contárselo, ni cómo decirlo, pero es así. Yo me quedé mirándola sin saber qué decir, y al fin la pregunté: «¿Y eso?», y ella me contestó: «Para alguien será». A mí me dio más pena que vergüenza, más vergüenza que contarle ahora; pero si van a amonestarla, es mejor que alguien sepa lo que pasa, y es el único usted; el único al que yo me atrevería. Allí estaba, delante del espejo, y como no me iba, me sacó a colación la historia de la primera mujer de papá, de la ropa que usaba; una historia que no sé si es verdad, pero que puede ser. Si se la va a separar de la Cena es mejor, pienso yo, que sepa alguien, usted, estas cosas.)

—¿Y cómo podemos los demás estar seguros también de que no es normal con ese mismo margen de certeza?

—De un modo bien sencillo: preguntándome.

Los otros cuatro han quedado en silencio. El perfil brillante de sus rostros y manos, la silueta de sus trajes, flotan inmóviles por un instante. Nadie quiere ser el primero en preguntar, en tanto el estampido de una moto llena el cuarto, el calor, el silencio, esa pausa prolongada y cautelosa.

—Es inútil, Muñoz. ¿Cómo vamos a preguntar de algo que tú tampoco sabes? Tú tampoco eres médico. ¿Que no es normal en qué? ¿Que está mal de la cabeza? ¿Que está en la mala edad? ¿Y qué? ¿No está la otra hermana en caso parecido? O puede que peor porque, si mal no recuerdo, es mayor todavía. No es cuestión de la edad, ni de enfermedades, me parece; sobre todo cuando sigue trabajando como siempre.

—Hay muchos que trabajan sin estar bien por eso.

—Pero no hay muchos enfermos que se bajen solos, en pleno invierno, hasta el río, de paseo, con esa niebla criminal que le nace en el invierno; una niebla que los que estamos hechos a ella nos lo haría pensárnoslo dos veces.

—¿Es verdad eso, Muñoz?

—Sí, es verdad, tal como mi Hermano lo dice.

—Razón de más para apartarla.

—No se trata de apartarla. Es que ella se ha apartado ya.

—Pero nadie asegura que no vuelva.

Junto a Muñoz se halla sentado, sin murmurar palabra y la mirada fija más allá de los posos del café, el más viejo de los cinco Ancianos. Su mirada es como el fondo de la taza, y su pelo cano tiene la forma de un hilo invisible que lo ciñe. La boina que lo hizo gira y gira en sus manos, que son como raíces cuarteadas, agrietadas lo mismo que la piel del cuello que, embutido en la camisa, suda como los de los otros, pero no le impide, al final, romper a hablar de improviso:

—Hermanos, a este paso no llegamos a nada. ¿Por qué no concretamos de una vez? ¿Por qué no vamos de una vez al fondo del asunto? No se trata de que esa mujer se llame Sedano; no se trata aquí de apellido más o menos; ni de si está normal, que es asunto de médicos. Si es verdad que no cumple como debe, se la debe separar o advertir al menos, se llame como se llame; porque no creo que ese escándalo que teméis llegue a ser tanto, después de los que venimos padeciendo. Se la avisa y en paz. Dejemos esperar dos meses, a que pase el verano, y según vengan las cosas, decidimos lo que hay que hacer definitivamente.

—Yo voto por esta solución —se alza un brazo rápidamente.

(—Yo al principio no la entendía. Nunca tuvimos una cosa así, aunque la verdad es que en casa no se reciben muchas cartas. No la entendía. Lo que sí me extrañó es que viniera sin firma. Allí venían algunas cosas que yo sabía ya: los paseos hasta el río de noche y la visita al pueblo con ese amigo o conocido suyo. Lo malo no eran esas cosas; lo que yo nunca supe ni me imaginé, lo malo era el modo tan ruin de decirlo; tanto, que al principio no quise ni pensar que fuese alguien, alguno de los nuestros, pero luego me dije que a quién le iba a importar, le va a chocar si ella viene o va, sale o entra, cuando ya las mujeres hacen lo que quieren, lo primero que se les viene a la cabeza. No; tiene que ser alguno de los nuestros y, además, mujer; no sólo por la letra, sino por esa intención que le decía, porque sólo a una mujer le puede importar lo que otra hace, hasta ese punto, de esa manera.)

Muñoz ha cortado al segundo de los Ancianos que se disponía a levantar el brazo.

—Siento mucho tener que interrumpir a mi Hermano, pero insisto en que, enfocando así este asunto, puede salir favorecida una causa injusta.

Los rostros, los otros cuatro perfiles sudorosos, canos y quemados, le miran otra vez, sorprendidos e irritados.

—Injusta, ¿por qué?

—Porque antes de juzgar a la persona, de saber si obra bien o mal para con la Comunidad, cara al Señor y también cara a nosotros, es preciso, repito, saber si esa persona es lo que llamamos y entendemos por normal, quiero decir, responsable de sus actos.

—Pero, en resumen: ¿qué quieres decir? Yo creo, y perdóname, Muñoz, que estás intentando que esta votación no siga adelante.

—No; ya lo he dicho, y si es preciso lo repito. Yo estoy y estaré dispuesto siempre a acatar lo que salga por mayoría.

—Pues entonces vamos adelante de una vez. Acabemos. Son cerca de las ocho.

A medida que el tono se endurece y el sudor nace y se extiende en largos surcos por las sienes, de nuevo la palabra «Hermano» vuelve como una especie de barrera que detiene y mantiene a cada cual en su opinión, en su justa distancia.

—Yo sólo os ruego encarecidamente que lo penséis bien. ¿Qué es más justo? ¿Votar únicamente si esta mujer cumple o no, o decidir antes si está enferma o no, si está (y el Señor haga que lo esté) en su sano juicio?

—Eso es un disparate. Eso sólo puede saberlo un médico, y ¿cómo va a ir ese médico a verla? ¿Por qué razón? ¿Qué le vamos a decir? ¿Que no va a la capilla? Entonces nos dirá el médico que hay treinta y tantos millones de locos en España. No tiene sentido.

—Acabemos —concluye cansado el más viejo de los Ancianos—. Sacarlo a votación. Acabamos de una vez y nos vamos.

Cuatro manos se alzaron, pero casi al mismo tiempo se apercebían de que aún no estaba decidido lo que se votaba. Fue preciso explicar el enunciado: «Sobre si hace falta antes conocer la salud de la persona, si está en condiciones de darse total cuenta de sus actos. Los que crean que se trata de persona normal, que alcen el brazo». Cuatro brazos se alzaron. «Ahora los partidarios de advertir a la persona, que lo levanten también.» Las mismas manos se alzaron en el aire cargado del cuarto. Aquel rayo de sol oblicuo vaciaba su última templada luz bajo las patas torneadas de la mesa. El ruido del paseo, voces, palabras, risas, otra vez en la calle. La voz de Muñoz sentenciando el asunto sobre el rumor de las sillas arrastradas:

—Espero que a fuerza de separarnos de la vida, no se acabe la vida separando de nosotros.

Pero nadie le escucha o, si le oyen, sus palabras no les detienen, no parecen afectarles demasiado en su tácito acuerdo satisfecho, en ese levantarse decididos y buscar, uno tras otro, en silencio, el camino que lleva hacia la puerta. El Hermano Muñoz va con ellos, les acompaña, les indica el paso, les estrecha la mano en el quicio y luego, cuando sus voces se pierden, escalera abajo, en el último rellano, vuelve serio, cansado y ayuda a su mujer a recoger las tazas, a ordenar el cuarto.

—¿Qué tal?

—Lo que esperábamos.

—¿Va a hablar alguien con ella?

—Alguien tendrá que hacerlo. Lo más lógico sería la hermana, pero a veces lo más lógico no es lo más fácil.

—¿Quién, entonces?

—Yo había pensado en Emilio. Él sabe cómo tratarlas; las conoce y es joven, de su edad. Hoy día se hace más caso a los más jóvenes. Él puede decírselo de un modo razonable. Es lo único que me preocupa ya: que no suene a amenaza, que venga a ser

como un consejo.

—¿Y se ha sabido quién mandó la carta?

—¿El anónimo? No; ni creo que se sepa. Yo también recibí alguno hace ya años. Si se tiene sentido común, se rompen y se tiran al cesto; pero lo malo es que ese no es el caso de esta chica. Si no tiene la cabeza serena, lo leerá y lo volverá a leer, y al final, el que lo escribe acaba saliéndose con la suya; quiero decir, haciéndole un buen daño.

«El anónimo, Hermanos míos, amigos míos que me escucháis aquí, que os halláis reunidos conmigo, es pocas veces negocio frívolo, asunto pasajero. Las más (es decir, con frecuencia) resulta una maldad y siempre, siempre, oídmeme bien, algo innoble; lisa y llanamente una solemne cobardía. Quien se envuelve en tinieblas para causar el mal, es culpable doblemente, no tiene el menor asomo de conciencia. Quien huye de la reciprocidad, de dar la cara, quien no es capaz de esperar una respuesta, comete una felonía, es indigno, en resumen, de sentarse entre nosotros. Es raro que un árbol malo dé frutos excelentes, y el anónimo, cualquiera que sea el sentimiento que lo inspire, produce malos frutos, irremisiblemente. Por eso es preciso arrancarlo de raíz de entre nosotros.»

Las mismas caras de siempre, los mismos rostros, quizás ajenos, puede que conmovidos, atentos siempre. ¿Atentos a qué? Quizás a su voz, al sonido de su voz que les habla de antiguo, desde siempre. Quizá si un día explicara, recomendara, dijera lo contrario que la semana, que el mes anterior, los mismos rostros seguirían inmutables. No parece que nadie se conmueva. Ello debería indicar que no conocen el caso, que ni siquiera saben de qué anónimo se trata; pero más que nada, los ojos de Muñoz escudriñan la puerta que siempre se abre para alguna mujer, un niño vestido de fiesta, para algún otro Hermano, tal vez para su propio hijo. Sería preciso pedirle al autor de la carta que se alzara, que allí mismo, en voz alta, pidiera el perdón del Señor, de Margarita, de todos, o que al menos escribiera otra carta arrepintiéndose, pidiendo disculpas. Pero todo es soñar. Nada vale. Ni siquiera sus palabras, que no sabe adónde van, a quién aprovechan, si es que realmente son capaces de ayudar, de aprovechar a alguien.

«El anónimo va por lo general firmado: “Un amigo, una amiga, un alma que ora, un hermano desconocido”. Pero no os engañéis. Aquel que lo dicta es siempre el mismo y ese tal, desde el principio hasta el fin, es cruel y cobarde. Pero yo os aseguro que el golpe asestado por una mano que se oculta, llega al alma del que lo lleva a cabo, tan fatalmente como al corazón de aquel que lo recibe.

«Ese acusado que no puede responder, esos hechos erróneos que no pueden volver a su camino, esa ofensa cobarde que debemos padecer sin haberla merecido, esa paz interior robada, ¿Dios lo aprueba? ¿Puede nuestra conciencia admitirlo? Y nuestra alma, ¿puede sentir algo más que indignación hacia esos golpes indignos y

brutales?»

Desde el fondo, desde la última fila, muchos ojos anticipan las preguntas de la tarde en casa. ¿Quién mandó el anónimo? ¿Por qué lo hicieron? ¿A quién se lo mandaron? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Hace mucho? ¿Por qué no se lee en voz alta, en la capilla?

Unos pocos, los más avisados, adivinarán que se trata de las dos Sedano, de Margarita, que lleva tanto tiempo sin ir a la capilla.

Es raro volverse así a su edad; esas cosas que dicen, si sucedieran allá en Madrid tendría explicación; allí que cada cual tira ya adonde quiere, donde cada uno adopta la moral que le conviene, su propia moral a la medida. ¿Pero aquí? ¿Cómo? ¿Por qué? No ven a nadie, quizá por eso, quizás aburrimiento, cansancio, tristeza. Puede que vivir así, tan apartados, tan tranquilos no sea un bien según creyeron siempre, puede que eso que llaman crisis venga a ser esa sal de la tierra de que tan a menudo habla Muñoz tantos días, tantos años, con las mismas palabras, en la misma capilla.

Allí estaba tan seria y tan formal, tal como había prometido, sin aquellas botas casi militares del primer día y también sin abrigo. Viéndola de lejos, antes de llegar, parecía tan dispuesta, tan entera como aquel otro día, pero al subir al coche lo hizo como cansada. Aparte de lo que ya cambiaba de verla por la noche a así de día, con ese sol criminal que parecía hundirla aún más los ojos bajo la piel reseca. Parecía que estuviera a punto de meterse en la cama, en vez de salir seguramente de la siesta. Más tarde, poco a poco, se fue entonando y llegó a ser como en días anteriores. Al principio chocaba aquella forma de dejarse caer en el asiento. Además, venía mucho menos arreglada. Se diría que esa luz, el sol, la desmoralizaba, la destruía como a un ave nocturna, que su vida principal era de noche o que dormía mal o quizá no dormía.

Le dije que tendría frío luego y ella naturalmente respondió que no, que el tiempo del calor había llegado y que allí calentaba de veras y además, en caso contrario, en la casa tenían ropa. Empezó a rebuscar en su bolso de cuero. No se había olvidado nada importante, sólo buscaba la llave de la casa. Sí, allí estaba, una llave no muy antigua pero tampoco un llavín, sino larga y anónima. Así sería la casa, la casa de la inglesa, donde las dos hermanas solían pasar ahora sus vacaciones. Ahora estaba un poco abandonada pero en sus buenos tiempos había sido la mejor, de las pocas de piedra por aquellos lugares, aparte del Ayuntamiento, claro. El padre era maestro, ¿no? Sí, el padre era maestro. Por entonces, es decir, hace ya muchos años, no acierta a decir cuántos, ser maestro era cosa importante, más importante cuanto más pequeño el pueblo. ¿Y la madre? La madre no, la madre no tenía carrera. Vivió más que la primera mujer, aunque no mucho, tampoco. Parece como si fuera el sino de Sedano. Y murió precisamente con Sedano ausente. Dice que es lo primero que recuerda de todos sus recuerdos, desde siempre. La madre allí, en la alcoba de arriba, y la hermana mayor buscando al médico, que no encontró porque había salido a otro

pueblo para asistir a un parto. Recuerda sus horas, su tiempo allí, al pie de la cama, mirando, observando a la madre, sin saber qué hacer, si marcharse o avisar a los Hermanos o quedarse aun a pesar de no poder ayudar en nada. Y la hermana marchó corriendo hasta el pueblo del parto y el médico estaba allí, sin poder abandonarlo, y en el dilema, entre las dos mujeres, se quedó con la que tenía entre las manos, a pesar del llanto y la ira y los insultos de la niña que quería arrastrarlo fuera, en tanto el futuro padre y los otros de la casa luchaban por tenerla a raya y hacerla entrar en razón, más allá de la puerta.

Cuando los dos volvieron, el médico y la niña detrás, abrazada a sus espaldas, a la grupa del caballo, ya la cosa no tenía remedio, ya era casi de noche y lo único de vivo que quedaba en la casa era la hermana pequeña helada junto a aquel balcón al que, según algunos, tanto gustaba a la inglesa asomarse. Y nada más certificar el médico la defunción, recuerda que la casa se había ido llenando de rostros conocidos a veces, otras no, porque, según ella, entonces ya pasaba por aquella casa poca gente. También llegaron algunos familiares borrosos, no sabe cuántos, de riguroso luto, a los que hubo que dar de cenar, una vez concluido el entierro.

Y por fin había aparecido Sedano, cubierto de polvo, cansado, con los ojos enrojecidos de la noche sin dormir tras el largo, imprevisto viaje.

Contando todas estas memorias, nada alegres por cierto, ella se anima, sin embargo, a lo largo de unos cuantos kilómetros. Apenas es preciso preguntarle. Ella mueve los labios tan delgados y finos, su boca como de pájaro y, mirando a lo lejos, como si también a su modo fuera conduciendo, va ligando una historia con otra, imagen tras imagen, sin detenerse apenas, sin tener que animarla o distraerla como con tantos sucede.

Sedano no murió donde sus dos mujeres, la inglesa y la segunda. Acabó, más que pasados los noventa, ya cerca de los cien, allá en la capital, en el piso de junto a la estación, entre la admiración de sus Hermanos y el cariño de sus hijas.

Ya antes había cuidado de colocar a la menor como auxiliar en la biblioteca municipal, un puesto, un oficio interesante, más interesante y cercano a la cultura que trabajar en un Banco, por ejemplo, como Muñoz; y más independiente a la vez, porque la directora era pariente a su vez de Muñoz y el mozo buena persona, algo cotilla, pero servicial y simpático. Aquello era importante en una ciudad pequeña como la suya si se quería vivir de un trabajo público y no, como en el pueblo, a la sombra del padre. El caso de la hermana era distinto; ella dedicaba todo su tiempo a los Hermanos, entre los cuales había heredado en cierto modo el prestigio del apellido.

Ella y Muñoz seguían manteniendo en pie la relación con los amigos ingleses, con la familia de la primera mujer de Sedano y, más que nada, con aquellos grupos amigos que de vez en cuando les brindaban ayuda, sobre todo en aquellos duros tiempos de la guerra.

—Aquí no lo notamos mucho, sólo en los chicos que se fueron al frente, pero no

faltó nada, la verdad, ni siquiera en la comida lo notamos, por eso las veces que recibíamos algún donativo a través de la Cruz Roja, lo mandábamos a otras Comunidades más necesitadas, sobre todo de la otra zona, donde pasaban más calamidades.

Ahora ya el pueblo está a la vista, más solitario, más vacío que en invierno, quizá porque, como ella asegura, a pesar del calor, en esta época ese vacío se disimula menos.

Se cruza antes la vía de un tren que jamás aparece, por un paso a nivel donde un montón de niños se persiguen en torno a una alberca. Tan negros y afilados como gitanos, saltan y gritan en torno al redondo ojo de agua cenicienta. Pega el sol. Dentro de un mes, ese polvo que deja el coche atrás se alzaría como una pesadilla. Se nota que ella conoce esto bien, desde, el bochorno que ya viene amenazando hasta cada uno de los agujeros del camino imposibles de salvar, como un campo sembrado de minas, como si hubiera sufrido todo a lo largo, desde la carretera general, un implacable bombardeo.

—Ahora, desde que nos marchamos, quedan pocos amigos de papá, y los jóvenes no van por la capilla. Hay sólo uno que a veces interviene en el culto, pero ese para poco aquí. Ese es nuestro problema, bueno, el problema de todas las Iglesias, que aquel que despunta un poco se nos marcha a Madrid o Barcelona, y si no se marcha, se le llevan.

—¿A estudiar? ¿A trabajar? ¿A qué?

—Un poco de todo, pero como es lógico ninguno vuelve. Todos quieren quedarse.

Se calla. Quizá piensa en su propio caso, en el caso de Sedano, que también en cierto modo desertó después de tantos años. Es difícil pregunta, pero ahora el viaje y su propia conversación parecen hacerla renacer otra vez, volver a la otra tarde, a las horas junto al río de la niebla.

—Y ustedes, ¿hace mucho que marcharon?

—Sí; bastante.

(—«Sí, se marcharon porque el padre quería casarlas. Vaya, no el padre, sino ellas, como les pasa a todas, a todas en los pueblos, tengan o no dinero. Los de aquí, debíamos parecerles poca cosa, y de tanto esperar ya sabe usted qué ocurre eso: que el tiempo pasa y los años se les vienen encima. De modo que cuando convencieron al padre ya la cosa tenía muy mala solución. Y Sedano casi ni veía. Aguantó lo que pudo hasta que con aquello de su enfermedad se lo llevaron a la capital. Decían que para el caso de una necesidad, allí estaría mejor atendido. Aquí verdaderamente esas chicas, con lo engreídas que eran por la madrastra inglesa y su padre maestro, la verdad es que apenas hablaban con nadie. La pequeña si acaso, que lo que es la mayor si te encontraba por la calle miraba a la pared, como si uno fuera a contagiarse algo. Cosas de chicas, cosas de la edad, pero ellas aquí siempre tuvieron su fallo en

eso que le digo, que les hacía vivir solas, sobre todo desde que se murió la madre. Así, ¿quién iba a hacerlas caso? Tenía que ser entre los de su misma rama y además con dinero. Casi nada, pedir todo eso reunido, aquí precisamente, en este pueblo. Así fueron pasando los años y las chicas tirando por marcharse y el padre, en tanto que las fuerzas no faltaron, aguantando igual que si le mandaran a la guerra.

»La vida de Sedano aquí al final era poco menos que decirle: o nos vamos, o te quedas, o nos llevas o nos vamos nosotras. Era una cosa así, según oí decir, todo el día, a cada ocasión, recordándose, como sin querer. Y Sedano no era ya el de sus buenos días, cuando manejaba a su gusto al pueblo con la inglesa, cuando nos metió aquí la capilla esa y puede que algo más, a poco que el pueblo hubiera respondido.»)

—Nosotras, en realidad no nos fuimos de aquí del todo. La casa sigue abierta.

—¿Vienen muy a menudo?

—Al principio estuvimos mucho tiempo sin volver, pero cuando murió papá, fue como si nos faltara el aire. Después de todo, si nos fuimos de aquí, fue por su enfermedad, de modo que, después de morir él, empezamos a volver por los veranos. Fue muy difícil, ¿sabe?, como empezar de nuevo no sé qué historia, quiero decir la vida. Volver a abrir las ventanas, las puertas, saludar a la gente, visitar a los Hermanos que quedaban, limpiar de malas hierbas el jardín hasta dejar a la vista la piedra debajo de la cual está enterrado el pobre «Tom», que tampoco vivió después de la muerte de su dueña. Gracias a que mi hermana hizo como un programa y las dos nos propusimos sacarlo adelante. Dos días a la semana, limpieza de suelos; otros dos, para las ropas de las camas, uno para el jardín y así sucesivamente hasta que la casa estuvo otra vez como va a verla ahora. Fue nuestra salvación aquel primer verano después de la muerte de papá. Gracias a ese trabajo ordenado, tal como yo le digo, no volvimos otra vez a la capital, porque aquí, en el verano y nada más llegar, sin papá ni mamá, a partir de las siete de la tarde, se nos venía la casa encima. Así, con mucha disciplina y trabajo, salimos adelante el primer año. Lo malo fue el segundo, cuando ya todo estaba arreglado, sin nada qué hacer desde por la mañana más que mirar un poco por el balcón y comer o dormir, o arreglar la capilla. A los dos días de estar aquí no había de qué hablar con los Hermanos, ni qué hacer por ellos ni en qué trabajar o entretenerse. Virginia propuso que les diéramos clase, pero, ¿clase de qué, si no sabemos nada? Y allí en el pueblo no les voy a enseñar cómo se lleva una biblioteca. Además, teniendo en cuenta la edad de la mayoría, yo no creo que nadie tenga ganas de aprender ninguna cosa, salvo, eso sí, una manera de sacar más provecho a su trabajo.

Y por fin aparece el pueblo, ese montón de barro, preparado, amasado, cuarteado, rematado a veces por hileras prolongadas de tejas en su lecho de cemento. Otra vez

viene, como surgido de la tierra, como esas fallas, alcores, o arrugados estratos que surgen en los valles después de un terremoto. El arroyo que lo cruza y separa tiene su cauce como la piel rugosa y cuarteada de los cerdos. La iglesia está cerrada. Es un montón de piedra desigual con una sola y diminuta campana para los dos huecos de la gran espadaña. Los huecos de las casas aparecen cerrados con cortinas que no tiemblan ni un ápice, con tela de saco y algunas persianas. Entrando ya en el pueblo, las casas no son malas ni peores que las de otros más ricos. El pueblo tiene mucho peor aspecto desde lejos, desde el exterior, a ras de sus raquílicas huertas, de sus viñas simétricas, de los lechos de mimbres flotantes que marcan los afluentes del arroyo. Una vez dentro, el pueblo está mejor; veremos la capilla.

Voy a entrar por la calle principal, pero ella me indica, me ordena un leve desvío, bordeando la ribera polvorienta del arroyo, al amparo de las primeras tapias de los huertos. El desvío crece, se prolonga casi en el mismo sentido, dando casi la vuelta a medio pueblo. Menos mal que no es grande, que no hay barro ahora. No sé qué harán, cómo entrarán cuando vienen las dos en el invierno. En los tramos de sombra se desperezan perros, revolotean gorriones a la busca de granos y algún niño va y viene bajo la cortina con la mano sobre los ojos acechando, con los ojos semiabiertos, la carrera del sol por encima de los tejados.

Bien, ya estamos. De día, a plena luz, también cambia la capilla. Se parece más a las casas mejores. O quizá sea la falta de sorpresa, la costumbre. De todos modos es preciso buscar una sombra para el coche, que al cabo de unos minutos estará ardiendo.

—No crea que hay dentro nada de particular. Si ya ha visto usted otras, es igual que las demás, es lo mismo que todas.

Y mientras se justifica de antemano, y hace girar la llave en la puerta metálica del jardín, a mi espalda, tras de nosotros, surge y se alza despacio una persiana. Me vuelvo, miro. En la casa de enfrente hay una figura borrosa, soñolienta, que mira, que no se oculta. Nos mira tan fijamente y sin cuidado que al final uno acaba volviéndose. Ella en cambio ni mira. Debe estar acostumbrada ya porque apenas responde cuando le pregunto, según vamos atravesando el jardín, cubierto de grava y pulidos cantos de río colocados formando dibujos simétricos. Abre la segunda puerta, barnizada de pintura ya seca. Es preciso empujarla después que la llave gira, antes que del interior venga un fresco vaho de madera vieja, seca. La capilla no es nada, tal como ella decía, son cuatro paredes blanqueadas, el púlpito, el estrado, alguna lápida y ese suelo abombado que cruje y se lamenta a nuestro paso. Quizás un viaje inútil, a no ser que me invite a la casa, aunque si no, no habrá más remedio que hacer alguna cosa para recordárselo. Mientras tanto, ya que se ha venido hasta aquí, ya que se ha molestado en abrirme la puerta, mirar las lápidas al menos, el nombre de Sedano en dorados caracteres, intentar pasar al cuarto que hay detrás del estrado, al que da paso una puerta, como en la sacristía de las otras iglesias.

—¿Se puede entrar?

—Pase; pase; no hay nada.

Y es verdad: sólo un par de Biblias y unos libros de himnos sobre una mesa tan vieja como el resto de la madera, como todo el edificio; folletos viejos también, comidos por la humedad, manchados por el moho, y dos ramos artificiales que debieron servir para alguna ceremonia.

—¿Hace mucho que no bautizan a nadie?

—¿Cómo dice? —la voz viene casi desde la puerta de la calle.

—Que si tiene nuevos (no sé cómo decírselo), nuevos miembros.

—La verdad es que sí, aunque no muchos.

—¿Bautizos?

—No, nosotros no podemos bautizarlos aquí. Nuestro bautizo no es como el de los católicos.

—Ya; ya lo sé. ¿Y bodas?

Aquella ceremonia civil, tan sosa, tan vacía, con aquel hombre escribiendo a máquina y el Secretario del Juzgado preguntando, como si en vez de una boda se tratara de un contrato de venta, de un juicio o un atestado, con los testigos, entre los que estaba la Señora, con Muñoz al fondo sin querer figurar para nada, triste, oscuro, seguramente hundido por aquella hija que se le marchaba, se le iba, no como todas, por la mera circunstancia de la boda, sino casada, por si ello fuera poco, con un Testigo, convertida además ella a su vez, lejana ya, ajena a él, fuera de la Comunidad y la capilla.

¿Cuándo se lo diría? ¿Cuándo confesaría su nueva fe, su nuevo modo de vivir, de ver las cosas? Quizá por carta. No, no sería capaz de hacerle al padre una cosa así, por escrito. Puede que en casa, por aquella primera semana del año, quizás a la vuelta de alguna de aquellas Misiones a las que Muñoz, tan ciego aún, se empeñaba en llevarla. Quizá detuvieron el coche a la tarde, a la vuelta, en medio de esas llanuras que conocemos tanto, quizá se echó a llorar, quizá fue a Muñoz, a quien antes le asomaron las lágrimas viendo a su hija Adela, criada, educada día a día por él, ponerle en duda la deidad de Cristo, escucharle aquello de que «cuando Jesús estaba sobre la tierra era un hombre, perfecto pero nada más...»; que millones de hombres, de las personas que ahora viven, no morirán nunca, que les será concedida vida eterna sobre la tierra cuando llegue ese día señalado que esperan; que el hombre es un alma pero no posee alma, que Jesús no resucitó, que no existe tampoco el infierno.

Y lo que debe ser más doloroso aún: pensar que la estaba casando con un preso, porque a los seis meses, al año, después de cierto tiempo, lo sería, ya que en rehusar el saludo a la bandera y en cuestiones de servir, en el ejército son pacifistas intransigentes.

Todo ello explicaba aquel rostro huido de Muñoz, su pesar, su silencio en los días con que empezó aquel año, y el silencio también de los padres del novio, anónimos, oscuros, él con corbata negra y traje gris y ese corte de pelo a cepillo sobre las gafas de montura negra que le dan como un toque común, universal, parecido a los otros

Evangélicos, con sus manos cruzadas sobre el segundo botón de la chaqueta. Quizá sufría tanto como Muñoz; si era así, se le notaba mucho menos.

Y al final, después de las firmas, a la salida, ¿qué? Irse juntos todos, los unos con los otros, con esa rara sensación, no de alegría, como en todas las bodas, sino de algo roto, fracasado, frustrado. El empeño de la Señora por presentarme a Adela, como si no la conociera ya de tantos años, por presentarme al flamante marido, como si tuviera algún interés especial en conocerlo. Quizá lo celebraron luego, ¿quién sabe? ¿Quién sabe qué cosas hacen estos nuevos Testigos? Aunque quizá no sean como tantos dicen. Algo tendrán, supongo, para llevarse tras de sí tantas personas, no pequeñas ni metidas en el hoyo, sino en Madrid, estudiando en la Universidad, como el caso de Adela. ¡Cómo debe Muñoz de haberlo lamentado: mandarla allí, darle aquellos estudios por sacarla adelante, por sacarle de nuestra ciudad, por darle una vida distinta a la suya, distinta a la mía, a fin de cuentas! Bueno, ya se la dio. Y el hijo ya veremos.

Y de pronto, viene de lejos, como un sordo disparo, un estampido solitario. Ella debía esperarlo porque apenas levanta la cabeza. Luego viene un volteo de campana, de esa campana chica. Después, nuevos cohetes.

—¿Es fiesta hoy?

—Hoy es una pequeña. Más que una fiesta, sólo la procesión. Vaya si quiere y luego me recoge en casa. Yo tengo que arreglar unos armarios ahora que ya tenemos el verano encima.

Voy saliendo y obedeciendo a esa voz que me dirige a través de la capilla, cruzando entre los bancos retorcidos, gastados y brillantes de asperón, sobre el suelo que sigue lamentándose desde el estrado hasta la misma puerta. Otra vez el girar cuidadoso de la llave, la grava molesta del jardín que cede y se desplaza a nuestro paso y el abrir engrasado, silencioso en cambio, de la puerta de hierro, desde donde me enseña la mole gris, bajo un gran cortinaje de hiedra o madreselva, con su enhiesta lanza de tres puntas dominando el tejado.

—Allí la ve usted. Es difícil perderse porque se ve desde cualquier sitio. Está en lo más alto.

«Lo mismo que la iglesia», pienso yo. Puede que Sedano o la inglesa lo escogieran adrede, quizá fue un desafío, aunque es difícil combatir, provocar por encima de aquellos tejados brotados de maleza sobre estas calles opacas y pajizas, que al fin parecen querer animarse.

—Entonces, hasta dentro de un rato.

No ha sabido si alargar la mano y se va, componiendo la figura, se diría que midiendo los pasos, ni uno más largo que otro, a pesar de que la cuesta, comida por el agua, se alza a veces en residuos de muros destruidos. No ha sabido ni adonde mirar en tanto que su pico carnosos murmuraba aquella despedida momentánea. Allá va con

su deslizarse que imita, sin saberlo, el andar automático, adusto, de las maniqués profesionales. Por fin desaparece. Quizás ahora le aburre el viaje. Puede que se arrepienta de haberme traído y tiene ganas de marchar, o puede que simplemente se aburra de sí misma. Tampoco muestra demasiado interés por ver a los amigos, a los pocos que tenga, de su Iglesia. Puede que vaya ahora, a solas, que no quiera ir conmigo, aunque ellos ya nos verían en el coche, a pesar de tantas precauciones, aunque yo piense localizarlos por mi cuenta, Hermanos o no, la pese o no la pese. La verdad es que si no habla, si no cuenta, no hace más que flotar. Sitúa los ojos en una cota imaginaria, a lo lejos, y cuenta, ordena, invita, señala, pero si se le habla, nunca da la sensación de comprender, a no ser las preguntas. No debe de importarle ni siquiera esa eterna sensación de que alguien mira desde el otro lado de la calle, alguien que no se ve, además de la mujer que continúa como antes, en su balcón, como atada al cordón de la persiana, barriendo con sus ojos la calle y la entrada de la capilla.

(—Después que se marchó Sedano, hay que reconocer que todo fue a peor. Yo no simpatizaba con él, eso tengo que decirlo bien alto, pero ya la cosa no marchaba como antes. Puede que por su falta o quizá porque los tiempos pintaban así, quiero decir por una coincidencia. Sus amigos fueron a menos y los que no lo eran, al no tener a nadie enfrente, también se fueron alejando de la Iglesia; ya ve hasta qué extremos se puede llegar, lo que puede influir la competencia. Lo que pasó es que los que quedaron, se hicieron, ¿cómo diría yo?, más resacos, más duros, como esa leña que se deja en la tenada allá para el invierno. El invierno vino para ellos también, ¡ya lo creo!, ha venido muchos años después, más duro cada vez, hasta ponerlos tal como usted puede verlos, tan solos y tan viejos. ¿Qué los hay? Yo ni lo creo ni lo dejo de creer. Ni ellos mismos lo saben, porque si estas cosas no se hacen de verdad, con constancia y también con voluntad, es cumplir por cumplir, es como no ser nada. La voluntad no falta, eso aquí todo el mundo lo reconoce, pero la voluntad siempre la hay para todo, en casa de los pobres. La voluntad no falta, pero uno necesita saber adónde va, dónde lo mandan, lo mismo que a los chicos, porque después, al cabo de los años, lo que se siembra es lo que se recoge, como en el caso de Muñoz o Sedano.)

Más allá del velado ventanal, del alambre metálico que como una tela de araña divide y protege los cristales, estalla un trueno, retumba, de verdad, por encima de los tejados y se aleja por encima del Páramo hacia la montaña. Ahora, después, los cohetes resultan mezquinos, secos, cortos, cuando viene de nuevo el estampido y rueda sobre las nubes que, de pronto, se han cerrado en lo alto.

Un viento seco, súbito, amenazante, oloroso, con sabor a tierra quemada, envuelve al pueblo casi en tinieblas, hace avanzar las horas, empuja a la procesión de

vuelta hacia la iglesia, pega la ropa al cuerpo, hace aguantar las cruces y las velas, incluso el paso donde el Santo inmóvil mantiene su ademán cortando las rachas cálidas que se escapan camino de las eras. El viento arrastra también el rumor de la campana y la voz de los hombres y hasta sus pensamientos ahora que la luz falta, que se ha ido, tras leve pálpito, definitivamente, al segundo estampido desde lo alto.

Los hombres miran más allá de la tela de araña, del bar, con su vaso en la mano, cómo la procesión se vuelve buscando el refugio del atrio, ante la lluvia que ya viene por el arroyo seco, cuarteado. Se la ve bajar a plomo, vertical, de lo alto, como un bosque de lanzas, como una cortina rosa, azul, blanca, centelleante, que va y viene, movida a capricho por el viento, a lo largo de toda la llanura. Otro estampido y la nube revienta muy cerca de la plaza. Los hombres en el bar callan, miran la escasa luz que viene de la tela de araña y ensanchan los pulmones. Uno abre la puerta de par en par, y una nube de polvo y arena se abate en un instante sobre el mostrador, los pellejos y los bancos.

La puerta se había abierto despacio, lo mismo que otras veces. Primero sonó el picaporte un poco, como si del otro lado tantearan, probaran si estaba cerrada o no, antes de hacerlo girar del todo. Luego la hoja fue cediendo poco a poco y al final apareció, como asomando en el quicio, el perfil afilado de Ella. Después vinieron las preguntas de siempre: «¿Qué tal? ¿Te encuentras bien? ¿No te aburres? ¿Estabas durmiendo? ¿Notas el calor?». Pero ya las conocía. No cayó en esa trampa, no llegó a levantarse. Contestó que no a todo; siguió leyendo. Pero esta vez insistía, no se fue tan de prisa, no cedía.

—¿Por qué no te levantas y sales?

—¿Para qué?

—Está aquí Emilio. Ha venido a verte.

Nunca se está alerta lo suficiente, siempre te engañan si se lo proponen. Ella me engañó porque no dijo a qué venía, al contrario, lo dijo como si viniera a una de tantas visitas como nos hizo siempre. De decirme: «Ha venido Muñoz», o cualquier otro de los Ancianos, alguno de los Hermanos conocidos, ya hubiera adivinado el resto, pero Emilio, así, de pronto, sin avisar, como acostumbra por teléfono, me engañó también, no supe que él también era de ellos, pensaba como el resto. Allí, en el comedor, con las ventanas cerradas y las cortinas corridas por el calor, todo eran excusas, dudas y vacilaciones antes de llegar al fondo verdadero del asunto. De modo que me avisan, que me advierten. De momento tan sólo eso, como si no fuera bastante, como si no fuera razón bastante para no ir, cuando se ve a tantos en la capilla, sentados en los bancos como estatuas, mirando sin ver, escuchando sin oír, con el pensamiento, como dijo Muñoz cierta vez, «a mil leguas de allí, en aquel instante: Esos, con hacer acto de presencia ya cumplen; tú si no vas no cumples, aunque reces y pienses en el Señor de la mañana a la noche». Se lo dije a Emilio y al

principio no supo qué responder, porque para una cosa así no hay respuesta, que yo sepa. Sólo se puso triste, con esa cara dolorida que saca en ocasiones y murmuró:

—No lo tomes así; no es ninguna amenaza, ni ninguna advertencia; es más bien un consejo entre Hermanos, entre amigos.

—Pero tú dices que si no vuelvo se volverán a reunir.

Otra vez la cara de dolor o compasión, no sé, y:

—Yo no voy a esa Junta.

—Pero en cambio me lo vienes a decir.

—Te lo vengo a decir, no como representante de la Junta, sino porque soy tu amigo; te repito.

Entonces él tampoco está seguro. Había que ver los ojos de Ella, sirviendo aquel té frío, con las manos temblando. Le miró como a un Judas, como si estuviera traicionando a los Hermanos, y las tazas sonaban en los platos como si hasta ellas llegara su irritación a través de sus manos. ¡Pobre Emilio! Tú tampoco estás firme. Ahora resulta que tampoco serías capaz de darme ni un consejo, a mí, que soy tan tonta, que no entiendo de nada, que ni sé lo que digo o lo que hago. Tú también has cambiado. Viéndote ahí, sudando con tu chaqueta puesta, con tu corbata que no te va, se piensa que has menguado, que has cambiado. Pareces un embajador de un pobre país, de una causa más pobre todavía. No eres aquel del discurso que oí yo, con tu bonita voz y tus ideas tan claras y bonitas también, que luego todo el mundo elogiaba a la salida de la iglesia católica. Ya no eres el que viene de fuera trayendo ideas y recuerdos y camisas nuevas, ya no eres el de las excursiones, el que hablaba primero a los pobres porque eras al que mejor entendían. Ahora estás ahí tan triste como un chico pequeño cogido en falta, en renuncio, como si esa falta de que hablas fuera culpa tuya y no mía, igual que si la Junta, esa famosa Junta que ni Molina ni nadie temen, que ni siquiera en casa la reciben, te fuera a reñir, igual que te regañan o quizá te castigan los ojos de Virginia por mostrarte tan comprensivo y blando, por no haberme aconsejado, igual que si estuvieras a punto, tú también, de ser amonestado.

Pero no te preocupes. Ya me lo pensaré. El plazo es tan largo que da tiempo a tomar una decisión, volverse atrás, volver a tomar otra, decidirse y echarse para atrás no sé yo cuántas veces. No te preocupes, que lo decidiré; ya puedes irte, que es lo que piensas, lo que estás deseando. Ya puedes levantarte, secarte esas venitas de sudor que bajan por las sienes, despegarte la ropa del cuerpo y alejarte de los ojos de Virginia, de esta casa que te debe parecer un panteón, suponiendo que tengas tranquilidad y ojos para fijarte. Adiós, vete, marcha. Emilio, adiós. Ya, ¿qué más da?, si no eres aquel otro que yo conocía, tan guapo, tan amable y decidido. ¿Te quedas a ayudar a Muñoz? No, Emilio, no te quedas, márchate y vuelve al año que viene siendo el otro, con aquellos jerséis, con aquellas camisas de colores. Vete, sálvate, no te quedas aquí todo el verano, no te metas con Muñoz en ese asunto del colegio en el que tampoco crees. Vete y no vuelvas si no te parece.

Y si por casualidad te encuentras a Agustín, dile que no le guardo rencor, que no

se preocupe más, si es que se acuerda algo, que ya todo pasó y yo os sigo apreciando a los dos lo mismo que antes, como si nunca hubiéramos hecho aquel famoso viaje.

Y cuando nos quedamos solas, allá en el comedor, solas las dos como siempre, igual que en otros tiempos, escuchando el ruido del ascensor bajando, yo estaba mucho menos preocupada, menos irritada que Ella. Ella miraba a la mesa, me miraba a mí y no sabía cómo empezar porque yo tampoco hablaba, para no facilitarla el camino, darla pie para lo que yo bien sabía que se avecinaba. Y por fin se debió hartar de mirarme y de mirar tras de mí y de arreglar titubeando las tazas. «Ya ves», comenzó al fin, esperando que yo la respondiera, que saltara. Pero yo me callé, yo para mis adentros me reía, aunque no para fuera, porque ella hubiera sido capaz de pegarme otra vez. «Ya has visto lo que conseguiste al fin.» Y yo callaba, yo firme. Me levanté sin decir palabra y me encerré, como siempre hacía, en el cuarto, pero esta vez echando el cerrojo. Noté que el picaporte se movía pero no pasó nada, ni gritó, ni la emprendió a empujones como yo me temía que hiciese. No dijo una palabra ni entonces ni cuando me puse ese vestido nuevo de verano y me marché a la calle a refrescarme un poco y volví ya bien tarde a la noche.

Y más allá del patio, al otro lado de la ventana ahora abierta de par en par, pero con la persiana sólo echada a medias, están las dos charlando, riendo a veces, yendo y viniendo, supongo que a la cocina, porque se oye ruido de platos y botellas. Se ve que el calor no les quita las ganas de cenar, ni de reír, ni de hablar, este calor que a mí, a cualquiera, a estas horas, le agota. El olor del gasoil es más fuerte que nunca, marea casi y, por culpa de la siesta, el sueño parece que no viene nunca, parece que no llega. Enciendo la luz otra vez y vuelvo a pasar las hojas del periódico, cosa que ya hice no sé cuántas veces esta noche. En América han fundado una Iglesia para hippies. En América tenía que ser, pero, ¿qué pensarían los Hermanos de eso? Seguramente le llamarían la atención al que fuera, al culpable, y es muy posible que al final le separaran de la Cena. Y, sin embargo, en esa Iglesia, dice el periódico, colaboran todos, metodistas, anglicanos, todos, hasta católicos. Dicen que tienen demasiado trabajo explicando a los jóvenes quién es Cristo para entretenerse en cosas que pasaron a la historia.

Eso dicen. Eso suena, huele, no sé por qué, a Emilio, hasta puede que a Agustín. Puede que Emilio tenga esas ideas, por eso no se atreve a aconsejar a nadie ya, por eso puede que estuviera tan triste el otro día. Pero, ¿y Muñoz? Muñoz y los demás, los otros que no se atrevieron a venir, que viene a ser como aquella o aquel que escribió aquel anónimo. Jesús no huyó, no se avergonzó de aquella samaritana, ni tampoco seguramente de estas de enfrente que ahora terminan de cenar, cogen sus platos y se alejan, desnudas como están, camino de la cocina. Y yo que, aunque estoy sola, estoy igual, porque en estos días de bochorno ni el camisón aguanto, me voy de la ventana y me miro de lejos en el espejo. Nada más se ve una sombra sin forma que se adivina confusamente, tan sólo si me muevo. No se puede encender la luz porque se suda aún más y con ese sudor se llega a la mañana sin dormir, desvelada, y luego

Arturo se mete con mis ojeras, se aprovecha. Pero debo de estar llena de sudor, mis flacos brazos, mis flacos muslos, mis flacas piernas, debo brillar como esos santos, como esas estatuas relucientes y delgadas que adoran en la India.

Ahora suena, allá en casa de los vecinos, un timbre, el timbre, me parece, de la puerta. Ahora tienen apagada la luz y no se ve más que un filo blanco al fondo que debe ser la puerta del pasillo. Sí, era ese timbre porque la puerta de la calle se abre y se oye una voz de hombre que se viene acercando. Ahora vienen, se acercan, vuelta a encender la luz y las dos aparecen vestidas, no mucho pero lo suficiente, quizás a todo correr, por el pasillo. El hombre tiene una bonita voz, por lo menos un tono que no ofende, y ellas hablan despacio, no parecen las mismas de antes, las de aquellas risas. Ahora la joven se va y la otra, la mayor, con el hombre, baja la voz, en tanto que las dos figuras están tan juntas que parecen una. Y lo que es más raro: cuando llega la joven, los dos no se separan y la joven va y viene con los vasos sin hacerles mucho caso, como si sólo la preocupara el ir destapando las botellas. Luego, cuando están llenos los vasos, de no sé qué, de alguna bebida fría supongo, ella también se acerca, se sienta no sé en dónde, encima de la cama supongo, y su figura, o mejor, se diría su sombra, desaparece, se funde con las otras. Quizás ellos vivan así, quizás ese hombre haya venido en otras ocasiones, puede que las visite sin saberlo yo, por lo poco que ríen cuando él está presente. Puede que vivan como los hippies esos de América para los que han abierto esa Iglesia. Esos viven todos revueltos, juntos. Al menos eso dicen los periódicos, y si tienen Iglesia quizás el Señor les perdone y hasta puede que a estos de enfrente, y a mí supongo, también espero, por estas horas que vienen hasta la madrugada que me hacen levantarme tantas veces, acercarme al espejo, volverme a tumbar sobre la cama de tantas formas, en tantas posturas que ninguna descansa. Luego me hacen volverme a levantar, escuchar las palabras, o mejor, los susurros del otro lado, esas voces, crujidos, hasta puede que música, palabras y deslizarse opaco, lo mismo que los gatos. Todo eso y más parece cruzar el patio y entrar por mi ventana abierta con el pesado aroma del gasoil. Me hace vestirme aprisa cuando empiezan las náuseas y correr hasta el cuarto de baño a oscuras para no despertarla a Ella con las luces, y quedarme vacía como siempre no sé de qué, por lo poco que como, y meterme bajo la ducha fría para ver si se me va esa angustia, para ver si consigo sobrevivir un día más, ese día que ya viene asomando.

Ahora llueve. Después de cada resplandor, de cada trueno, los flecos de la lluvia arrecian, retumban las gotas sobre la tierra seca, tensa de calor. Tan reseca está que las primeras aguas resbalan sobre ella igual que por los maltrechos tejados o por la piedra blancuzca de la iglesia, levantando, al caer, un polvo diminuto que luego, poco a poco, desaparece cuando las cortinas traslúcidas que vienen se hacen más densas y el agua más menuda.

En un momento ha quedado la plaza vacía otra vez aunque ahora la gente, bajo los soportales y el atrio de la iglesia, espera sin demasiado interés el final de la

tormenta. El encargado de tirar los cohetes sale del bar desafiando el agua e intenta lanzar uno. La caña se alza, sube con su estela de chispas, pero de pronto la lluvia lo derriba, la hace caer como herida en pleno vuelo, dejando tras de sí el vacío del estampido que no llegó a sonar. Desde el otro lado de la tela de araña los del bar miran los claros que se abren o cierran arriba, dorados por el sol que aún barre aquella altura. A medida que se van cerrando se piden nuevos vasos y se van olvidando la lluvia y la fiesta. Los jóvenes, que son apenas chicos, miran más impacientes, desde el único lado de la plaza donde aún quedan soportales, cómo el agua va deshaciendo las dos o tres guirnaldas de papel que adornan la fuente. Unos quieren forzar a los de la orquestina a salir para tocar, pero los músicos ni siquiera desenfundan las guitarras y se miran entre sí como dudando si esperar aún o marchar a cenar y tocar por la noche. De pronto ha cesado de llover. Los chicos pasean su entusiasmo, no sólo por la plaza sino por el camino de las viñas, más fuera ya del pueblo. Un entusiasmo inédito, que rompe súbitamente, que nadie supondría en este pueblo. En cuanto que los músicos, tras mirar al cielo muchas veces, se encaminan a regañadientes al estrado de madera mojado todavía, los de los soportales, el público que aguarda en el atrio, incluso los callados bebedores de la tela de araña, se lanzan a la arena, como si acabara de concluir una corrida.

Y la casa de piedra, así en la oscuridad, impone. Es más grande de lo que suponía o es la falta de luz que la hace aparecer tan imponente, igual que la capilla. El viento mueve las parras, las cortinas de arbustos que caen sobre la tierra del jardín y deshace y estrella contra la pared el raquíptico chorro de la fuente. Es preciso aguardar como antes a que la luz violeta estalle frente a la fachada para meter la mano por la reja y correr el picaporte, según ella explicó. Luego, atravesando la maraña sonora del jardín donde las parras cantan en su tinglado de alambres y madera, y el farol de la entrada salta y golpea contra el tejadillo y la puerta oscura y cerrada, viene la duda de si se habrá marchado, si algún coche sale para la capital a aquella hora o simplemente se encuentra de visita en algún otro hogar de los Hermanos. A fuerza de palpar el muro se llega a un timbre que suena tan remoto y apagado como el viento. No hay nadie, no se sabe qué hacer; tampoco se la puede abandonar así en esta mole de piedra oscura rodeada de jardín que cruje y se lamenta. Otro nuevo timbrado mustio y prolongado y una voz que viene de lejos bajando, supongo, la escalera.

—¿Es usted? Había pensado que con la tormenta no venía.

—No iba a dejarla aquí.

—No, claro, no. Espere que coja el paraguas.

Se va tras de su luz y a poco vuelve, debe volver con el paraguas en la mano porque va hacia la puerta y se asoma. Fuera, aún la oscuridad, y un relámpago cercano que la obliga a encerrarse en la casa.

—No es nada. Es sólo el ruido. Vamos; ánimo.

—Esperamos un poco. Esperamos a que pasen estos truenos.

—Es sólo el ruido.

—Ya lo sé, pero no puedo soportarlos.

Es preciso pasar al comedor, que huele a invierno, a cerrado, como toda la casa. A la luz que pasea en su mano, nacen y mueren cortinones de principios de siglo con figuras pintadas que son copias de cuadros famosos, fruteros de cristal tallado, sillas imponentes, algún aparador más imponente aún. Allí donde no llegan esas luces violetas, donde resuena sólo el rodar prolongado de las truenos, ella ha quedado inmóvil, no se sabe si sentada o en pie porque su luz, que es como ella misma o quizá como lo que de ella misma queda, está sobre el trincherero, flotando ante el espejo ovalado que multiplica su resplandor cada vez que la llama se agita y vibra un poco con el viento.

Y un día así de truenos, de tormenta, volvió Cecil. Estaba allí en silencio, al amparo de la luz, como esperando, como dicen algunas lecturas que esperan el diablo o la muerte, aguardando sin decir palabra, como si el tiempo no contara, como si no fuera preciso ni mover los labios.

Aquel día sus ojos no tenían esa melancolía de otras veces, se parecían más a los del padre, más fijos, más tenaces y oscuros con la noche entera por delante.

¿Qué quieres, Cecil? No te preguntaré por qué no hablas, no diré más palabras si tú no me contestas. Dime qué debo hacer. Dime «levántate» y saldré de la cama; tú dime «vístete» y yo lo haré a pesar del calor; dime «camina» y andaré por el cuarto. Tú eres mi único amigo, mi ayuda y esperanza a pesar de esos ojos tan fríos y distantes. Tú sabes la verdad aunque no dices nada, sabes bien el camino de salvarme por muy duro, cruel o difícil que sea.

Si tú me ayudas, es fácil levantarme, vestirme, andar, cruzar la habitación, ir a tu encuentro, olvidarme del cuarto, de las sábanas mojadas, de esa luz que centellea más allá del patio envuelta en risas, música de radio hasta casi la madrugada, de ese rumor que son suspiros, palabras sueltas, pasos desnudos, sudor, agua, cigarros encendidos, más allá de la persiana subida a medias.

Un día de truenos fue, un día en que el agua de la lluvia se llevó para siempre el olor de las cocinas del patio. Tú estabas allí pero no me ayudaste. Estabas inmóvil, junto a la ventana, sin decir palabra, sin decir tan siquiera «levántate, ven, anda». Yo llevaba tanto tiempo esperando, que hasta la ropa misma que a Virginia tanto ofendió ya estaba aborrecida. Así llegó un día, una noche en que no pude aborrecerme más. Era un día de lluvia, de esos días de lluvia que lavan con estruendo la ventana.

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted? Ya leí su nota en la tarjeta. Bien; siéntese un poco y luego vamos a hacer una visita. ¿Es la primera vez que viene? Por aquí suelen venir

sobre todo estudiantes, aparte de los familiares, que nunca faltan en los días festivos.

«Esa mujer por la que usted pregunta ya está mejor, ya va bien. Al principio resultó un poco difícil por falta de colaboración suya, desde luego. Ahora mismo termino y le atiendo.

Las habitaciones son iguales, cuadradas, con cuatro o cinco camas, como esas que se ven ahora en la mayoría de las tiendas. Las hicieron los mismos enfermos, como también las sillas, los armarios, las alfombras, en el pequeño taller que hay en la misma casa. Es aquel un moderno sanatorio y aquel también un ensayo importante. Se han derribado las tapias, se quitaron las rejas y desde que esto se hizo —explica el director—, no ha aumentado el número normal de accidentes. Ellos mismos trabajan, ganan dinero, se lo administran y administran la casa. Tienen su propio presidente y cada cual escoge su quehacer de acuerdo con sus gustos.

—Ahí es donde tropezamos con la persona por la que usted pregunta. No quería hacer nada; ni comer, ni pasear, ni los trabajos propios de mujeres. Sólo sentarse allí arriba, en el cuarto, y mirar por la ventana, una vida prácticamente vegetativa. Además se empeñaba en no decir palabra, en no hablar con las otras. Menos mal que hay gente aquí muy preparada, con responsabilidad y amor por el oficio. Hay, ya le digo, médicos y auxiliares que se han traído aquí incluso a sus mujeres y ellas nos ayudan en lo que haga falta, prácticamente en todo. Ya le digo que es una experiencia importante.

A un lado, paralelo al pasillo que vamos recorriendo, aparece o se borra tras el muro o las ventanas un jardín interior con bancos de madera. Quizás aquellas otras ventanas que van surgiendo enfrente correspondan a las habitaciones, a la capilla o a esas tiendas recién instaladas para que los enfermos tengan dónde gastarse su dinero.

A medida que nos vamos adentrando en la casa, viene la desazón, tal vez el miedo de si ella irá a reconocerme o no, de si será buena o no esta visita, si será beneficiosa para alguien, para ella, por ejemplo. Podría preguntarle al médico, pero va tan seguro a mi lado que quizá sería ofenderle después de mi insistencia, de mi interés, que llenó hasta los bordes mi tarjeta.

Quizás es culpa mía, quizás es esa falta de rejas, de pasillos, de cerrojos lo que va sembrando desazón a medida que vamos caminando, cruzándonos con hombres y mujeres que no se sabe seguro si serán enfermos, celadores o auxiliares.

—¿Vienen a verla amigos o familiares?

—Sí; en eso verdaderamente no puede quejarse. No le suele faltar cada domingo compañía.

—¿Parientes?

—Parientes o amigos, no sé, la verdad es que aquí no preguntamos.

—¿Por qué dice que no puede quejarse?

—Porque en estos sitios, justamente suele suceder lo contrario. Los parientes, los hijos incluso, los dejan y no volvemos a verles la cara en mucho tiempo.

Los celadores, bronceados, fornidos, embutidos en sus batas blancas, con más

aspecto de monitores de gimnasia que de enfermeros, cruzan y saludan en tanto este pasillo de azulejo blanco hasta media altura que debieron arrancar al tiempo que las rejas, se prolonga cada vez más, igual que si estuviéramos dando, una y otra vez, vueltas a aquel patio cuadrado. Y otro nuevo, abierto al exterior, hasta donde llega el rumor del pueblo cercano, se abre ahora, con sus bancos pintados de blanco y sus senderos de arena dorada que llevan hasta absurdos cenadores, lo único que debe quedar de la primitiva forma y destino de la casa. El médico lanza una mirada a las mujeres que buscan algo, quizás alguna flor en aquel mar de césped plateado, a las parejas que pasean cogidas del brazo o charlan a la sombra, bajo unos cuantos árboles frutales, bajo unos sauces que se estremecen y agitan su ramaje inerte sobre la grava gris recién regada. Este debe ser el jardín de las mujeres. Quizás hemos pasado sin transición —y sin rejas por supuesto— de la casa de los hombres a esta otra parte, aunque mi acompañante no me lo haya explicado en tanto pasea la mirada en torno a sí, como si fuera capaz de reconocer, a esa distancia, a cualquiera de las personas que vagan entre los sauces.

—Aparte de que con esta paciente —dice, hablando al horizonte que las tapias ocultan— teníamos el otro problema, el problema religioso, por así decirlo, que al principio le hacía encontrarse más incómoda todavía, hasta que conseguimos convencerla de que aquí nadie la obligaba a nada y menos en esa índole de cosas.

Su mirada sigue buscando, barre el césped, casi táctil, como haciendo volver la vista a los enfermos.

—Bien; aquí parece que no está. Se habrá quedado leyendo en su cuarto. Parece que es lo que más la entretiene. Ya sabe que ella (mejor dicho, ellos), no van al cine, no ven televisión, en fin, la mayor parte de todas esas cosas. Y la verdad es que lo lleva a rajatabla. Cuando hacemos alguna sesión aquí, ella no baja, se queda en su habitación, y lo mismo cuando vienen esos artistas que suelen ofrecerse desinteresadamente para entretener alguna tarde a los enfermos, con algún espectáculo de variedades.

Vuelta a atrás, nuevos pasillos que, sin saber por qué, aumentan otra vez el malestar. Nuevamente esa sensación de meterse inútilmente en otra vida, en una vida sobre la cual no se tiene derecho sino, todo lo más, curiosidad disfrazada de servicio. ¿De servicio a quién, a quiénes? Sensación desagradable, sentir abrirse una cualquiera de esas puertas iguales, con su número y picaporte niquelados, y encontrarse de pronto con ella, con su cara, y por si fuera poco, en presencia de este médico, auxiliar, celador o guía. Volver, marcharse, huir. Pero mi acompañante, normal, paciente, acostumbrado a su trabajo, detiene al celador del piso y se aleja un instante con él, a preguntar, supongo. El celador duda. Por un instante parece que sucede algún contratiempo.

—Venga; es al otro lado.

Caminamos más rápidos ahora. El friso de azulejos va reflejando, multiplicando, deshaciendo nuestras dos imágenes, en tanto que el rumor de los pies se unifica o

divide de forma intermitente.

Bien; ya estamos ante la puerta. Esta tiene que ser, a juzgar por el gesto de mi guía. Chapa ondulada de madera, igual que en las otras, un silencio total al otro lado, a lo largo del pasillo, como si de repente todos hubieran muerto en aquella casa, y esa sensación eterna de los ojos clavados en la espalda.

De pronto toda la casa, blanca de azulejos que debieron arrancar al tiempo que las rejas, ha quedado vacía. Hay que afrontar el paso, los ojos, los murmullos, ese grito continuado a lo lejos, ese lamentarse remoto, como el llanto de un animal solitario. Es preciso llamar quedamente en la puerta, golpear con los nudillos, suavemente al principio, sin recibir respuesta. Se hace girar el picaporte y la puerta cede suavemente, como reprochando los golpes anteriores. Aparece una habitación vacía, de una sola persona, con la cama recién hecha, ordenada, y un vestido de color oscuro, tendido, estirado sobre ella. Todo limpio, ordenado, todo cuanto se alcanza a ver bajo la poca luz que dejan pasar las maderas, entornadas a medias, de las contraventanas. También hay sobre la mesilla de noche, junto a la lámpara de tela de cretona, quién sabe si confeccionada por ella, el bloque negro, rectangular, de una Biblia, con sus dorados titulares en una de las esquinas de la tapa.

—Bueno —continúa sin rendirse el guía—, parece que tampoco está aquí —en tanto aparece en el quicio de la puerta la sombra blanca y suave de una enfermera.

—La señorita por la que ustedes preguntan no está. Se fue con las otras de excursión.

—Pero, ¿era hoy?

—Era ayer, pero tuvimos que retrasarla por culpa del mal tiempo.

Queda tranquilo al fin. Luego se vuelve. La enfermera ha aclarado el equívoco. Lo siente mucho pero él no tenía la menor noticia. De todos modos, al menos he conocido la casa por dentro. Si quiero puedo aún recorrer otras dependencias: las tiendas, el salón de reuniones, esa sala como un patio con techo de cristal, con palmeras enanas y sillas como las de los antiguos balnearios, con una imagen de escayola dominándolo todo allá desde lo alto. Un corredor con su recién instalado mostrador, con sus estanterías repletas de géneros de punto, libros y corbatas. Otras habitaciones parecidas y siempre la misma sensación de que todo aquello ha sido fabricado, medido, usado, por la misma persona, incluso esos dibujos y cuadros enmarcados que cubren las paredes y que a primera vista se le antojan, a uno, todos hermanos.

¿Cuál de ellos? ¿Qué mueble o ropa o cuadro o paño bordado serán obra de ella, de sus manos, aquellas manos que tanto entrecruzaba en Barcelona mientras yo le iba haciendo las preguntas a su amigo, a ese Emilio tan venido abajo, tan venido a menos? Entonces parecía más arrogante, agresivo incluso. Ahora parece como si se justificara de algo, se diría que huye, en vez de irritarse, como allá a la salida del Congreso. Insiste en que la mayor de las hermanas saldrá pronto, le darán pronto de alta, se irá a pasar unos meses en el campo, en el pueblo de Sedano, en un sitio

tranquilo, entretenida en trabajar, en algo que no dé mucho que pensar, lejos de la casa, de aquí, donde ocurrió el accidente de la hermana.

—A fin de cuentas, en la casa de aquí están todavía esa habitación y la ventana. No ha tocado nada; ni una silla quiso mover; es como si le diera miedo, pánico volver a entrar en ella. Por eso la internamos, porque era peligroso dejarla pasar allí tanto tiempo sola. En cambio, en la otra casa, es totalmente distinto. Allí están por todas partes los recuerdos mejores de su infancia. De aquí vamos a verla alguna que otra vez, y seguro que en poco tiempo volverá a ser lo que era: una mujer valiente, valerosa; una mujer de Dios que aún tiene que vivir para ayudarnos mucho.

Esperar el final del mes. ¿Qué será aquella nube? ¿Qué es ese polvo que se levanta, que se acerca, dejando tras de sí como un rubio penacho? ¿Será otro coche, un tractor de esos que a veces cruzan arrastrando el remolque de las uvas? Esperar el final de la noche. ¿Qué será ese resplandor blanco que se dispara hacia el cielo borroso como un techo de goma oscura que pudiera palpase? ¿Será una nueva luz? ¿Será una nueva iluminación en la plaza o en el Ayuntamiento o en el cine, cuya voz viene, llega en verano tan clara, tan nítida? Vienen suspiros, palabras espaciadas, jadeos, silencios. Luego la música explica lo demás y se puede seguir la película por ella. Después, cuando termina, llega el rumor de tantos pies arrastrándose, poniéndose en pie, llantos de niños, algún grito llamando al que responde otro grito, hasta que, poco a poco, tanto rumor se va calmando, alejando, muriendo, disolviéndose en la noche, antes que el tubo de neón se apague y deje los tejados como siempre, bajo la luz de esa lámpara amarilla que el párroco instaló, ya hace años, en la fachada norte de la iglesia.

Esperar el final del día que unas veces es largo, que parece abarcar dentro de él una vida completa, y otras corto, casi como si el tiempo no existiera, unidas una mañana y otra, una tarde y otra tarde, un toque de campana y otro toque, igual que si el calor y el vacío del pueblo, a lo largo de las horas de sol, mantuvieran las horas inmóviles y el tiempo sin correr hasta las nueve o las diez de la noche.

A veces se consigue dominar el tiempo, vencer esa aprensión, ese reparo a los días que aún faltan, sin leer, sin pensar, sin charlar con la asistenta, sentada en la verde, cambiante, ardiente sombra del jardín, mirando, más allá de la reja, el resplandor vacío, inmóvil de la calle, partido en dos violentamente por la sombra negra de la casa de Molina. Se mira al resplandor y las pupilas se relajan, los párpados van perdiendo su tensión y al tiempo que la brillante imagen de la calle va volviéndose borrosa, se pierde la sensación del cuerpo, el contacto un poco duro de aquel sillón tan viejo. No se oye nada. Ni el cambiante zumbar de las avispas en los claros de sol que se abren entre los pámpanos traslúcidos, ni el chirriar de las poleas de pozos invisibles, ni el rumor uniforme del motor de las bombas del agua. Se puede estar mirando aquel destello inmóvil largo tiempo, tanto como en la noche con los ojos cerrados y vacíos. Más allá, al otro lado de la verja que acaban de pintar, surge de vez en cuando el padre.

Otras veces llegan hasta los hierros verdes, retorcidos en dibujos complicados, Margarita y la madre. O vienen despacio desde la soledad, desde la sombra de las paredes de enfrente, figuras que no recuerda, rostros que no es capaz de reconocer.

Cuando ya no aprieta el calor, se vuelve repentinamente interesada por las plantas, regándolas, podándolas, buscando las malas hierbas que ahogan a los geranios y las parras. Seguramente esa afición viene de aquel jardín de mujeres, de aquellos sauces que agitaban un poco tontamente sus melenas al viento. Ella anda allí, con sus tijeras y su delantal, a la caza de hierbas que corta de un tajo brusco y seco, como quien caza o mata un animal; anda por los rincones, lejos del chorro brillante que se rompe intermitente en el aire, va dejando limpio el jardín, desbrozada y limpia la piedra que cubre el cuerpo de «Tom», que ayuda a hacer más opacos y lejanos sus ladridos en los días tan malos del invierno. Luego, cuando el sol cae, llega la chica que le hace la comida porque a la cocina no ha conseguido acostumbrarse. Sólo a coser la ropa, porque para lavarla ha comprado una máquina con parte de lo que le dieron por el coche. El resto se lo devolvió a mister Baffin. Cuando va a la capilla se queda ahora detrás. No canta, no dirige, no trajina.

Ya las primeras lluvias de Octubre van matando el polvo de la tierra, esas nubes que son como pesados suspiros cuando el viento las alza, como el alma del Páramo. Pero aún sin dejar tal rastro a sus espaldas, aquel rumor no engaña, no cubre el otro que se viene acercando, saltando sobre los baches, sobre el lecho de gravas: el rumor del viejo coche de alquiler. Viene saltando sobre el camino a la caída de la tarde, siguiendo con las ruedas las profundas rodadas de los carros. Nadie se asoma, nadie mira: le han visto tantas veces salir o llegar que a nadie llama la atención ese rumor que ya cruza ante las tierras que en verano fueron cebada y avena y al que viene serán de remolacha. Ahora sólo se le distingue la parte superior, el techo. Sin las ruedas abajo parece más veloz, como si fuera a saltar sobre las eras como el alma del Páramo, igual que en sus pasadas los vencejos. Desaparece en las primeras casas, pero su ruido guía a la vista desde el balcón, por en medio del laberinto de tejados. Ya se le ve completo, ya se esconde y acerca. Y su rumor duda y lucha y parece a punto de apagarse. Pero es tenaz, porque dentro va un hombre de Dios y el Señor le guía a través de la plaza, de la pequeña pasarela de cemento sobre el río seco, para girar definitivamente, enfilarse la calle y detenerse al fin ante la reja de su casa.

He aquí que él viene; saltando sobre los montes, brincando sobre los collados; parecido a los gamos o a los ciervos. Helo aquí ante mi pared, mirando por las ventanas, asomando por las rejas. Me habló y me dijo: «Levántate, amiga mía, y vente. Porque he aquí que ha pasado el invierno, se ha ido y también la lluvia se fue. Se han mostrado las flores en la tierra, la higuera ha echado sus higos y las vides al fin dieron su olor; levántate, amiga mía, y ven; muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz».

Ya vamos sobre los campos. Ya el tiempo de su demonio quedó atrás. El Señor guio sus pasos y ahora vamos por esa senda donde nunca puso sus pies mamá, por

donde papá y Cecil paseaban a la caída de la tarde, más allá de las huertas, camino de la montaña grande, sola como es a veces la vida de los hombres. Vamos los dos, y a veces es un gran gozo en el camino estrecho, antes de que se queden atrás las últimas tapias, ir poniendo mis pies en las huellas que dejan los suyos, sentir ese olor que viene de su cuerpo, que trae el viento tan suave. Ya vamos hacia ese montón de piedras verticales que señalan al cielo, hacia esas aureolas que rodean las nubes que se alargan una tras otra, trazadas por la mano del Señor con un lápiz ardiente, luminoso, que deja tras de sí, a la tarde, su largo rastro de fuego intermitente.

—Al principio estuvimos a punto de llevar la hermana pequeña allí, enterrarla en aquel cementerio, tal como la mayor quería; pero luego pensamos que sería un disparate, aunque algunos decían que quizá fuera como una nueva savia para el pueblo, para la fe de los Hermanos que en él quedan. En realidad, había otra razón, las circunstancias, el modo cómo murió, poco claro, y para nosotros, puede figurarse, bastante importante. Entonces hubo muchas opiniones y distintas todas. Hubo quien (y nunca diré el nombre) dijo que, según lo poco claro de la muerte, no podía dársele tierra aquí en la capital. La verdad es que nadie puede saberlo. Nuestro destino, nuestra vida está en manos del Señor, y sólo Él es capaz de juzgarnos.

»El caso es que la mayor ya marcha bien. No parece tener prisa por volver. Lleva al detalle los consejos que le dieron. Mucho paseo cuando no caliente el sol, trabajar en cosas que la entretengan y la mantengan activa. Tan bien le va que hasta piensa casarse con uno de nuestros Hermanos que ha vuelto. Así es la vida. El Señor nos lo quitó y ahora, cuando más hace falta, de pronto nos lo devuelve. Así son sus ocultos designios. ¿Qué quiere que le diga más?

No quiero que me diga más. Ya estáis todos aquí: Muñoz, Emilio, Baffin, Agustín, Martínez, Margarita y los otros.

Y también Virginia con Molina, juntos en la capilla, en el culto matrimonial. Todos estáis aquí, vivos o muertos, para que si algún día alguien quiere saber algo de vosotros, de lo que sois o fuisteis o seréis, pueda llegar a conoceros, odiaros, envidiaros o huiros, para que llegue a conocer vuestra historia, como aquel rey Asuero, una noche, a través de este otro Libro de las memorias de las cosas.



JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. (Madrid, 1926-1988) Escritor, director de cine y guionista español. Representante de la novela social de mediados del siglo xx, practicó también la ficción histórica. Cursó estudios en la Facultad de Letras de Madrid, que abandonó para seguir sus intereses teatrales (fue director y actor del Teatro Experimental Universitario) y literarios (frecuentó el grupo del Café de Gijón, es decir, el de los jóvenes escritores que en los años cincuenta intentaban introducir la problemática social en la narrativa española).

Sin embargo, las experiencias teatrales se vieron reemplazadas muy pronto por las del cine; Fernández Santos fue el guionista y director de una nutrida serie de documentales sobre la cultura artística y literaria española y, al mismo, tiempo crítico cinematográfico. Su iniciación literaria —publicó tres cuentos en la *Revista española* (1953-1955)— acabó confirmándose como una auténtica vocación gracias a la segura construcción narrativa de la novela *Los bravos* (1954); esta obra, articulada en torno a la participación coral de un pueblo, es emblemática de una visión realista y crítica del ambiente rural español.

Siguieron dos novelas igualmente vinculadas a esta investigación social, En *La hoguera* (1957), que explicaba las amargas vicisitudes de dos jóvenes de la ciudad que se refugian en el ambiente rural, y *Laberintos* (1964), una crítica de las relaciones precarias y egoístas en un grupo de artistas de la pequeña burguesía urbana. También remite a la tendencia realista de las tres novelas el libro de relatos *Cabeza rapada* (1958), por su contenido y por la correspondencia entre las estructuras sociales consideradas y las estructuras lingüísticas. En los años siguientes, los de la difusión

de los narradores latinoamericanos, la narrativa de Fernández Santos se centró en un interés específico por el individuo y, sobre todo, por una búsqueda consciente de técnicas narrativas y de posibilidades expresivas.

Ambas novedades estaban ya presentes en la novela *El hombre de los santos* (1969), articulada en torno a la introspección de un protagonista atormentado por su vida interior, pero no separado del mundo exterior, y se hacen más perentorias en las cuatro obras siguientes: dos libros de cuentos, *Las catedrales* (1970) y *Paraíso encerrado* (1973), en los que debe subrayarse la unidad estructural y de composición, en el primero con la referencia espacial a cuatro catedrales, y en el segundo con la referencia espacial al parque del Buen Retiro, y dos novelas, *Libro de las memorias de las cosas* (1971), galardonada con el Premio Nadal de 1970, y cuyo tema, las historias de una comunidad confesional «heterodoxa», y cuya motivación temática es la crisis del sentimiento religioso, representan una nueva preocupación humana de Fernández Santos; y *La que no tiene nombre* (1977), que juega en torno a un contrapunto de voces narradoras y contenidos narrados, punto culminante de una experimentación consciente, atenta a no ceder a veleidades vanguardistas.

La novela *Extramuros*, de 1979, Premio Nacional de Literatura, inauguraba con fortuna la trayectoria cultural de la narración histórica, de la que participan también las novelas *Cabrera* (1981), *Jaque a la dama* (1982), *Los jinetes del alba*, de 1984, y *El Griego* (1985). Estas obras reconstruyen un momento de la historia española, incluso a nivel expresivo (en particular *Extramuros* y *Cabrera*), y en cada circunstancia histórica recuperada se mueven personajes imaginarios (incluso el Greco lo es), y vividos a través de sus estados de ánimo, a fin de alcanzar un realismo intimista que se puede señalar como una constante de la narrativa de Fernández Santos.

La vena del intimismo atraviesa también el cuarto libro de relatos *A orillas de una vieja dama* (1979) y las dos narraciones breves inéditas que integran la antología *Las puertas del Edén* (1981). Los textos periodísticos, las notas de viaje y de crónica aparecen reunidos en *Europa y algo más* (1977) y *Palabras en libertad* (1982).